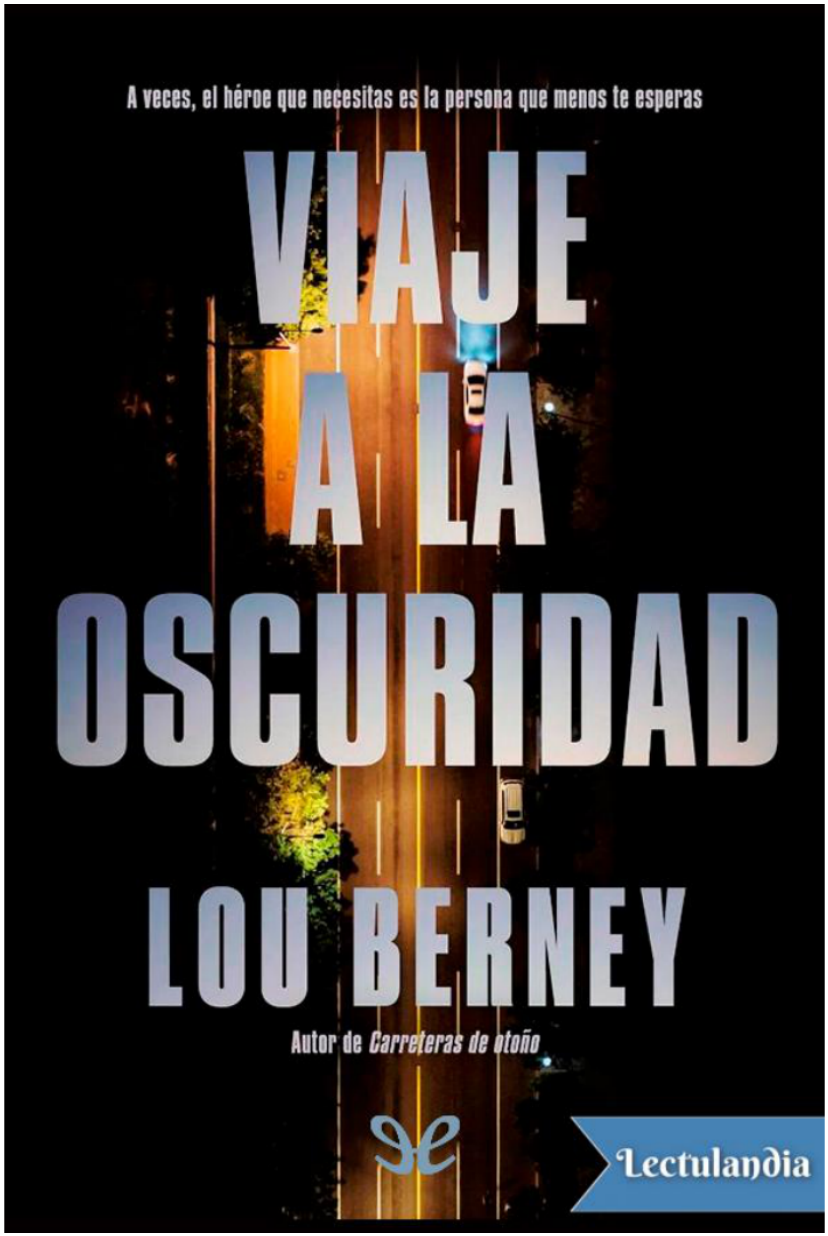
A veces, el héroe que necesitas es la persona que menos te esperas
VIAJE A LA OSCURIDAD
LOU BERNEY
Autor de Carreteras de otoño
Lectulandia

A sus veintiún años, Hardy Hardly Reed, un chico tranquilo, bondadoso y aficionado a los porros, que trabaja como actor en el pasaje del terror de un parque de atracciones, va a la deriva por la vida. Un día, se fija en dos niños pequeños que están solos en un banco. Hardly se acerca a ellos para asegurarse de que están bien y descubre que ambos tienen heridas. Denuncia el caso al Servicio de Protección de Menores, y ahí debería acabar el asunto. Pero no consigue quitarse de la cabeza a esos niños. Y cuanto más indaga, menos confía en el Servicio de Protección de Menores. Por primera vez en su vida, decide luchar por algo: tiene que ayudar a esos niños.

Poco a poco, con ayuda de aliados inesperados, aprende a investigar y se da cuenta de que es más listo y capaz de lo que imagina. Pero también descubre que el padre maltratador no solo es abogado; también dirige una red de narcotráfico. La madre afirma que quiere escapar con los niños, pero Hardly no sabe si fiarse de ella. Enfrentado a una faceta de su personalidad que desconocía, Hardly se niega a darse por vencido, pero su empeño en salvar a los niños podría acabar con la vida de los pequeños y con la suya propia.

Lou Berney

Viaje a la oscuridad

ePub r1.0
Titivillus 11.06.2024

Título original: *Dark Ride*
Lou Berney, 2023
Traducción: Victoria E. Horrillo Ledesma

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Steve Harrigan.

1

Estoy perdido, vagando sin rumbo fijo, un poco ciego. Este aparcamiento, cuando estás en medio, parece mucho más espacioso y extenso que desde la calle. ¿O será que yo parezco mucho más insignificante? Esa es la cuestión. La eterna pregunta.

Es julio y hace un calor de cojones. Miro arriba. El cielo pálido, como de papel, parece a punto de echar a arder.

¿Cómo le describirías el cielo a alguien que no lo ha visto nunca? Tendrías que explicarle que es distinto cada día. Todas esas tonalidades de azul y gris… Y no digamos ya el amanecer o la puesta de sol. ¡Y las nubes! ¿Cómo describirías las nubes?

—¿Necesitas ayuda?

—¿Qué? —digo yo.

Un tío trajeado está a punto de subirse a su coche. Es más o menos de mi edad; seguramente hará un par de años que acabó los estudios, pero, con el traje y ese corte de pelo, parece todo un hombre de negocios. Yo llevo bermudas, chanclas y una camiseta antigua de Van Halen que me compré por cinco pavos en Goodwill. Hace siglos, o casi, que no me corto el pelo, y trabajo dando sustos en el pasaje del terror de un parque de atracciones por el salario mínimo.

Pero ¿quién es más feliz? ¿Él o yo? Bueno, a ver, espero que él sea feliz, pero yo también lo soy. No necesito gran cosa. No aspiro a gran cosa. Tengo todo lo que necesito y lo que quiero. El equilibrio perfecto.

—Como estás ahí parado… —dice el del traje.

—Sí. No. Estoy bien. Gracias.

—¿Puedes apartarte para que salga marcha atrás?

—Ah, sí. ¿Sabes dónde están las oficinas nuevas de los juzgados

municipales?

Señala el otro extremo del aparcamiento.

—Vale —le digo—. Gracias.

El nuevo edificio municipal no es nuevo, en realidad. Son las antiguas oficinas municipales dentro de otro edificio antiguo. El interior es tan lúgubre como el de cualquier oficina de la Administración. Techos bajos y fluorescentes moribundos, suelos arañados y puertas abolladas, huellas de manos borrosas que trepan por las paredes como enredaderas. La gente va de acá para allá por el largo pasillo. Una mujer murmura para sí misma.

—Al inspirar, calmo mi cuerpo —dice al pasar a mi lado—. Al inspirar, calmo mi cuerpo.

Me pongo a la cola de la ventanilla de infracciones de aparcamiento. Tengo que tramitar una multa hoy antes de las cinco, o sea, dentro de once minutos. Casi seguro que me va a tocar esperar más, pero, si estás en la cola a menos diez, suelen atenderte.

Avanzamos poco a poco. En el pasillo, a mi derecha, un tipo da patadas a una puerta cerrada. La mujer sigue yendo de acá para allá y murmurando. Dos tíos que hay en la cola, detrás de mí, discuten en voz alta, iracundos, primero sobre un quarterback, después sobre un político y a continuación sobre las hamburguesas de Sonic y las de Whataburger. Debe de ser agotador tener opiniones tan firmes. Yo solo tengo preferencias tibias, y normalmente ni eso.

La mujer de delante de mí mira su teléfono, preocupada por un bulto sospechoso que tiene en la axila. Cómo me alegro de haberme fumado un porro en el coche. La maría hace que me sienta como si una gran goma de borrar me estuviera extrayendo suavemente de este instante.

En el pasillo, a mi izquierda, hay un par de críos sentados solos en un banco de madera. Me fijo en ellos porque el banco es muy grande y ellos muy pequeños. ¿Tendrán seis, siete años? Un niño y una niña. Me alucina lo bien que se portan. No se mueven, ni se pelean; ni siquiera balancean los pies. A su edad, yo habría estado arrastrándome por el suelo y lamiendo los chicles fosilizados pegados a la parte de abajo del banco.

La cola sigue avanzando poco a poco. Por fin me llega el turno en la ventanilla.

—¿Pago o aplazamiento? —pregunta el funcionario.

—Aplazamiento.

Me sella la multa de aparcamiento, autorizando mi solicitud de treinta días de prórroga. Me aparto de la ventanilla. Ya que estoy aquí, pienso, debería pedir otra prórroga para otra multa que me cumple la semana que viene. Pero el tío de detrás de mí parece nervioso, así que le cedo la ventanilla. Una buena acción, decía siempre mi madre, nunca le hace daño a nadie.

Al salir, vuelvo a ver a los dos niños sentados solos en el enorme banco. ¿No es un poco raro que estén solos? Miro alrededor por si veo a algún padre o a alguien que esté cuidando de ellos, pero todo el mundo está a lo suyo. Nadie los mira siquiera.

No es asunto mío y no tengo ni idea de desarrollo infantil, pero me parecen demasiado pequeños para estar solos, sobre todo en un sitio así, con tanta gente rara yendo y viniendo, mascullando y dando patadas a las puertas.

Me acerco al banco. Les dejo espacio suficiente y me agacho para no cernirme sobre ellos como Godzilla en Tokio. Porque, a fin de cuentas, técnicamente, yo también soy uno de esos tíos raritos.

—Hola, chicos —les digo—. ¿Qué tal?

El niño mira más allá de mí, por encima de mi hombro. La niña, por encima de mi otro hombro. Son hermanos, no hay duda. ¿Mellizos? Puede ser. Tienen el mismo pelo rubio claro, la misma frente ancha, los mismos ojos verdes y enormes. No parecen asustados. Es como si fueran en el autobús al trabajo, con los brazos cruzados, viendo pasar el mismo paisaje tedioso de todos los días.

—¿Está vuestra madre o vuestro padre por aquí? —les pregunto.

No reaccionan. Lo mismo que antes: Este autobús, esta ruta, qué pesadez… Decido, sin ninguna base científica, que el niño tiene seis años y la niña siete. Llevan deportivas y vaqueros en miniatura. El niño lleva una minicamiseta de *rugby* a rayas azules y amarillas. La niña, una minicamiseta con la palabra Happy! escrita con lentejuelas, aunque le faltan unas cuantas lentejuelas, así que solo pone Happy.

Muevo la cara unos centímetros a la derecha para que el niño no se lo pierda. Ni siquiera pestañea. Soy invisible. Tiene los ojos como desconectados, abiertos pero vacíos, solo una luz tenue y muchas sombras.

Y lo mismo su hermana. Qué inquietante. Son unos niños muy

monos. Me encantaría que sonrieran o se rieran. Hasta me conformaría con que fruncieran el ceño o me miraran con enfado.

¿Es normal que estén tan flaquitos? ¿Que tengan tan estrechos, tan delicados, el cuello y el pecho, las muñecas y los tobillos? Parecen dibujos hechos con palotes, más que niños humanos de verdad.

Me fijo en el tobillo de la niña, en la piel desnuda entre el calcetín y los vaqueros: tres puntos redondos del tamaño de botones de camisa. ¿Son lunares? Es lo primero que pienso. Pero los puntos son todos del mismo tamaño y perfectamente redondos. Luego me digo: ¿será tinta? Pero ¿cómo van a tener tatuajes a esa edad?

Vistos de lejos, los puntos parecen negros, pero cuando me inclino un poco veo que en realidad son de color rojo muy oscuro, con el borde negro.

Quemaduras de cigarrillo. Eso es lo que son. Reconozco enseguida las quemaduras de cigarrillo porque, en el instituto, un estudiante de segundo que estaba pirado se tomó un ácido en una fiesta y se creyó que tenía la piel de nailon balístico. «Mirad esto», dijo, y se apretó un cigarro contra la cara interna de la muñeca. No paró de chillar ni cuando la gente encontró un poco de mantequilla con la que untarle la piel.

Noto que se me retuerce el estómago. ¿Quemaduras de cigarrillo? El niño tiene los calcetines subidos, así que no le veo los tobillos. Pero entonces veo tres puntos perfectamente alineados a lo largo de su clavícula, justo debajo del cuello de la camiseta de *rugby*. Las quemaduras son de un rojo más vivo que las de la niña y con el borde negro más fino. Más recientes.

Me levanto y doy un paso atrás. Una quemadura de cigarrillo podría ser un accidente, quizá. Pero ¿que tenga tres la niña y tres el niño? ¿En fila y a intervalos regulares? Eso no puede ser un accidente. Me noto mareado. A mi alrededor, todo el ruido, el eco de las voces, el taconeo de los pasos y el zumbido de los fluorescentes, se difumina y, un segundo después, vuelve a sonar el doble de fuerte. Los niños siguen sin mirarme. Están ahí sentados, con la mirada perdida.

Una mujer sale de un despacho. Se acerca a toda prisa al banco. Es la madre. Tiene que serlo. Se parece a los niños: el mismo pelo rubio, los mismos ojos grandes. Blusa, falda. No sé si trabaja aquí o

si es una ciudadana que ha venido a resolver algún trámite municipal. Lo que más me llama la atención es lo afilada que es, tanto su cara como su cuerpo, todo esquinas y aristas, como de origami.

—Vamos, chicos —les dice a los niños.

Se mueven por primera vez. La niña se desplaza despacito por el banco y se desliza hasta el suelo. El niño observa los movimientos de su hermana y los reproduce con precisión.

La madre me está mirando. Desconfía, como es lógico. ¿Quién eres tú, con esas greñas y esas bermudas, y qué haces mirando a mis hijos? Pero entonces detecto un movimiento y miro hacia abajo. Está tirando del cuello de la camiseta de *rugby* del niño, recolocándosela, y me doy cuenta de que intenta ocultar las quemaduras de cigarrillo de su clavícula.

¡¿Qué?!

La madre se interpone entre los niños y yo para taparlos de mi vista y se los lleva a toda prisa. Sucede todo muy rápido. Mi mente se ha quedado rezagada, lleva tres minutos de retraso; está procesando todavía ese primer vistazo a las quemaduras de cigarrillo. Al final del pasillo, la luz del sol centellea cuando se abren las puertas de cristal del edificio. Antes de que me dé tiempo a pensar o a moverme, o hasta a pensar en moverme, la madre y los niños han desaparecido.

Miro alrededor en busca de ayuda, pero la gente que tengo más cerca está enfrascada en su teléfono o bostezando, distraída. Antes había un guardia de seguridad dando vueltas por la planta baja, ¿no? Puede que esté junto a los ascensores. Corro en esa dirección, pero luego me digo que quizá debería seguir a la madre y a los niños. Doy media vuelta y vuelvo por el otro lado. Las puertas de cristal tardan un siglo en abrirse lo justo para que pueda colarme de lado.

Hay un par de personas vapeando fuera del edificio, en medio de una nube de vapor con olor a melocotón. En el aparcamiento no hay ni rastro de la madre y sus hijos. El resplandor de los parabrisas me da de lleno en los ojos.

Un coche azul oscuro sale de una plaza, no muy lejos de donde estoy. Es un Volvo, creo. La ventanilla del copiloto está bajada: es la madre, con la mirada fija al frente. A su lado va conduciendo un

hombre. No consigo verlo bien. En el asiento de atrás, veo la coronilla de dos cabecitas.

¿Y ahora qué? Otra vez me quedo paralizado. El Volvo gira hacia la salida. Puedo perseguirlo por el aparcamiento. Seguramente podría alcanzarlo. Pero ¿qué haría después?

La matrícula. ¡La matrícula! Me pongo a intentar memorizar los números, pero entonces la niña levanta la cabeza, se vuelve en el asiento y mira por la luna trasera. Me sobresalto cuando me mira directamente a los ojos. Mientras el coche acelera y se aleja, es como si se levantara un extraño hechizo y yo ya no fuera invisible.

2

Vuelvo adentro. Tengo que localizar enseguida a alguien capaz de hacerse cargo de la situación. Porque yo, desde luego, no soy el más indicado para afrontarla. No tengo ninguna habilidad ni ningún talento especial, y nadie me ha puesto nunca a cargo de nada. Trabajar de actor en el pasaje del terror de un parque de atracciones no implica mucha responsabilidad. Ni tampoco repartir comida a domicilio con DoorDash o Grubhub, los otros empleos que figuran en mi currículum. En el instituto, era segundo suplente del equipo de baloncesto. Y en el año y medio que pasé en la universidad, hace cuatro años, aprobé todas las asignaturas con un flamante notable bajo.

Que, por mí, perfecto. Me gusta ser del montón. La falta de presión me mola. Pero ahora mismo estoy superagobiado. ¿Qué debo hacer? El Volvo azul oscuro se ha ido. La madre y los niños se han ido. Intento inspirar para calmar mi cuerpo. Funciona, vagamente. Pero el puto guardia de seguridad sigue escaqueado, no hay ni rastro de él.

La madre ha salido de una oficina. Voy a empezar por ahí. Me acerco. El cartel de la puerta dice ACREDITACIÓN DE CONDUCTORES. Ajá. Conozco este sitio, del antiguo edificio municipal. Es donde tuve que demostrar que había completado los cursos de educación vial hace un par de años.

Dentro, la sala de espera está desierta: solo sillas vacías y una chica gótica ojeando su teléfono detrás del plexiglás del mostrador de recepción.

—¿Sabes algo sobre verrugas anales? —me pregunta cuando me acerco.

—¿Qué?

—Internet está lleno de consejos contradictorios.

Se está quedando conmigo.

—Oye —le digo—, ¿puedo hablar con alguien, por favor?

—Apúntate.

Me acerca un portafolios con el codo para no tener que soltar el teléfono. Tiene la piel extremadamente suave y blanca, como si la acabaran de verter con una jarra o un cucharón, mientras que todo lo demás —su pelo, la sombra de ojos, los labios— es de un negro intenso y espeso. En el trabajo deben de obligarla a llevar ropa de paisano, un vestido *vintage* con flores y volantes en las mangas, pero su collar de plata dice en letra pequeña: Satán me ama, eso lo sé.

—No vengo por una cita —le digo—. ¿Estabas aquí hace cinco minutos?

—Apúntate.

—Escúchame. Había una mujer aquí, hace cinco minutos. La he visto salir. Rubia, unos treinta y cinco años, como muy… afilada. Como de origami.

La chica gótica levanta la vista del teléfono. Me presta atención un momento, sin mucho interés, como si se hubiera fijado en un perro con sombrero.

—¿De origami? —dice.

Una mujer mayor sale de un cubículo, detrás de la recepción. Tiene paso de supervisora, la barbilla levantada y hacia fuera, el pelo de color acero inoxidable. Menos mal. He aquí una señora que vive para gestionar situaciones difíciles.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —me pregunta.

Le explico lo de los niños, las quemaduras de cigarrillo, la madre. La supervisora asiente varias veces y luego, cuando termino de hablar, menea la cabeza.

—Mmm —dice—. Hay que dar parte a las autoridades competentes.

Espero a que diga algo más. Pero eso es todo. La supervisora levanta las cejas: Así que si no se le ofrece ninguna otra cosa…

—Pero ustedes son las autoridades —le digo—. Ya estoy dando parte.

—Esto es el ayuntamiento —contesta—. Tiene que hablar con las autoridades estatales. Con el Departamento de Servicios

Sociales. Servicio de Protección de Menores, imagino.

Supongo que tiene razón. Por lo menos ya sé a quién llamar.

—¿Cómo se llama la madre, para que pueda denunciarlo a Servicios Sociales?

—Lo lamento, pero no puedo darle esa información —me dice —. Nuestros archivos son estrictamente confidenciales. Es una cuestión de responsabilidad legal.

¡¿Qué?!

—¿Cómo voy a denunciarlo a Servicios Sociales si no me da el nombre de la madre? —le digo. Se lo pregunto de verdad, no con intención de ser un capullo.

La supervisora parpadea despacio para que me dé cuenta de la paciencia que está teniendo conmigo. Luego da media vuelta, se aleja y vuelve a desaparecer en su cubículo. Me quedo allí de pie, pasmado.

—Apúntate —repite la chica gótica.

—¿En serio? —le digo.

—Tío. —Me mira y luego mira el portafolios. Vuelve a mirarme y vuelve a mirar el portafolios—. Firma la hoja.

Ah. Ah. Ya lo pillo. La hoja sujeta al portafolios está casi llena. Le echo un vistazo, hasta abajo. Muchas de las firmas son garabatos, pero el último nombre, el más reciente, no me cuesta distinguirlo. Tracy Shaw.

Es ella. La madre. Tracy Shaw. La chica gótica me enseña su teléfono: un gif de una multitud enloquecida en las gradas de algún encuentro deportivo, celebrando una victoria. Agarro el bolígrafo mordisqueado que hay pegado con velcro al portafolios y me apunto el nombre de la madre en la palma de la mano.

—Gracias —le digo a la chica gótica y ella me enseña otro gif: un corredor tropezando y cayendo de bruces al cruzar la línea de meta.

En el coche, busco el Departamento de Servicios Sociales y llamo al número de atención al público. El sistema automatizado me derrite el cerebro. Pulso varios números. Vuelvo a menús anteriores. Por la razón que sea, acabo siempre en el buzón de voz de Angela Prince-Stover, coordinadora de Personas Mayores, Armonía e Informática. ¿Cómo? ¿Coordinadora de qué?

Por fin consigo hablar con el Servicio de Protección de Menores.

Como son más de las cinco, tengo que dejar un mensaje. Lo explico todo. Digo el nombre de Tracy Shaw y luego lo deletreo. Digo mi nombre y también lo deletreo. Dejo mi número.

—Llámenme si tienen alguna pregunta o, bueno, si necesitan más información —añado—. Muchas gracias.

Cuelgo, aliviado. Yo ya he cumplido. El Servicio de Protección de Menores se hará cargo de esos niños y yo vuelvo a tener cero preocupaciones.

3

Nadie quiere ser el Sheriff Muerto. Comparado con otros puestos, el factor molestia es extremo. Los colonos necrófagos, los forajidos zombis y los fantasmas del cementerio de Boot Hill se pasan casi toda la noche tranquilitos, pegando la hebra y comiendo gominolas de maría mientras esperan a que pase el siguiente grupo. En cambio, el Sheriff Muerto siempre está en acción, siempre interactuando con la gente. Y, además, al final de cada pase los forajidos zombis se lo llevan a rastras, como un pelele. Ni siquiera tiene un buen final.

Llevo casi dos años trabajando en Frontera Embrujada, así que sé cómo pasar desapercibido y ahorrarme mosqueos y esfuerzos innecesarios. Aun así, hoy llego veinte minutos tarde. Entro intentando que no me vea nadie, pero el encargado de turno me descubre y se planta delante de mí.

—Vaya, vaya, hola, tú —dice Duttweiler.

Un par de forajidos zombis se ríen de mi desgracia. Hago como que no oigo a Duttweiler. Cojo un chaleco y un par de botas de vaquero y me siento en un coche de choque averiado. Los actores del pasaje del terror usamos lo que antes era la hojalatería del parque como vestuario. Los del bar la usan para almacenar los bolsones flácidos del Mountain Dew sobrante.

Duttweiler me lanza la insignia dorada.

—Mi héroe.

—Duttweiler, Duttweiler… Mi contribución al equipo es mucho más provechosa desempeñando otras tareas. —Como relajarme, por ejemplo. O comer gominolas de maría—. Por favor.

Se aleja. Salvador se levanta de un salto y se ofrece voluntario para ser mi ayudante. Dos colonos necrófagos le lanzan botellas de

agua de plástico. Los forajidos zombis se parten de risa. Salvador solo tiene dieciséis años, todavía está en el instituto. Es demasiado ansioso, grita demasiado y parece un insecto palo con aparato en los dientes. Por alguna razón misteriosa, y totalmente en contra de mi voluntad, se ha autoproclamado mi leal y fiel vasallo.

Duttweiler me mira. Me tirará un hueso y, si yo quiero, mandará a Salvador a meterse en una tumba. Pero yo sé que los otros fantasmas del cementerio se pasarán toda la noche tirándole pegotes de tierra. Y me siento mal por él. En realidad, casi nunca tiene la culpa de ser tan cargante.

—Vale —le digo a Salvador—. Te vienes conmigo. Vamos.

Recogemos al primer grupo en el centro del parque. Bella América es una imitación de Disneylandia que lleva al borde de la quiebra desde los años setenta u ochenta. Antes, Frontera Embrujada era una atracción que se llamaba América Fronteriza, pero estaba en tan mal estado que acabó cayéndose a pedazos y entonces alguien de la dirección pensó «Oye, ¿sabes qué? Podemos sacarle partido a eso, a la ruina y el deterioro».

—Hola, amigos —les digo a los usuarios poniendo acento de vaquero—. ¿Listos para un viaje aterrador al Salvaje Oeste?

—¡Hola, amigos! —grita Salvador justo al lado de mi oído.

Hago un repaso de las normas. Una mujer menuda pero de aspecto feroz, como un pit bull enano, ya está refunfuñando.

—No sé por qué tenemos que pagar una entrada aparte por esto —dice—. Más vale que merezca la pena pagar los ocho dólares de más.

Qué va, podría decirle yo, ni mucho menos. Pero me llevo la mano al Stetson, compruebo que tienen todos su pulserita y echo a andar. De día, Frontera Embrujada es un sitio triste y deprimente, con las ventanas rotas, los balcones a medio caerse y las fachadas de madera astilladas. Pero cuando anochece el poblado se vuelve de verdad espeluznante. Las sombras se alargan inesperadamente, la oscuridad se derrama y se encharca. Casi no hay iluminación (la dirección recorta gastos donde puede).

Un par de colonos necrófagos sale de la tienda tambaleándose y gimiendo. Yo cuento la historia del Barranco Infernal. Tormenta de invierno, masacre, canibalismo y tal. Mi mente divaga mientras suelto el rollo. Pienso en los niños de las oficinas municipales. ¿Tú

sabes lo que debe de doler una quemadura de cigarrillo? ¿Y más tres?

Esos pobres niños… Sé de otra persona a la que le costaría olvidarse de ellos: mi madre. Le daba dinero a cada indigente con el que se encontraba por la calle. Se paraba cada vez que veía que a alguien se le había pinchado una rueda y engatusaba a cada perro abandonado para que se subiera al asiento trasero de nuestro coche. Recuerdo que una vez vimos a un perro paralizado de miedo en medio de un cruce. Los coches pasaban zumbando sin que nadie frenase. Mi madre paró y se fue corriendo a por el perro. Pasamos una hora o más recorriendo el barrio calle por calle y llamando a los timbres hasta que dimos con los dueños del perro.

Me recuerdo a mí mismo que a los niños del banco no va a pasarles nada. Ya están en buenas manos. El Servicio de Protección de Menores: el mismo nombre lo dice, ¡es su razón de ser!

Delante aparecen de repente más necrófagos, chillando y lanzándose hacia nosotros. Arriba, en el cementerio de Boot Hill, lo mismo. El Preso Ahorcado gesticula y gruñe.

—De momento, esto no vale ocho dólares —refunfuña el pit bull enano.

Volvemos al pueblo. Tres chicas de instituto borrachas se sacan del bolso unas botellas de White Claw de mango que han metido a escondidas en el parque y se ponen a beber.

—Eh, oye, lo siento, pero eso no está permitido, por favor —les digo. Nada de bebidas alcohólicas es una de las normas que he repasado no hace ni diez minutos—. Tenéis que guardarlo.

No me hacen ni caso. Un tío que está haciendo fotos con *flash* —Prohibidas las fotos con *flash* durante el recorrido es otra de las normas— también pasa de mí. Pero no puedo hacer nada. Mi insignia es falsa y mi pistola también, y tengo autoridad para hacer cumplir la ley. Oficialmente, el Sheriff Muerto tiene que echar a quien incumpla las normas. Pero extraoficialmente no puede echar a nadie porque entonces la gente pediría que le devolvieran el dinero y presentaría reclamaciones. Y el lema oficial del servicio de atención al cliente del parque es ¡Dale a cada cliente tu mejor sí!

Las adolescentes borrachas se están haciendo ahora selfis con *flash*. Será para Instagram o TikTok, digo yo. ¿O para otra cosa más nueva? A mí no me van las redes sociales. Requieren demasiado

esfuerzo. Es la impresión que tengo.

Aquí viene la banda de forajidos zombis. Salen de la cárcel tambaleándose con aire amenazador.

—Oh, maldición —digo—. Esto tiene mala pinta.

—¡Ya lo creo que tiene mala pinta! —grita Salvador, y se da sin querer una manotazo en la cara al espantar un mosquito.

Una de las chicas borrachas vomita un chorro de Hard Seltzer mezclado con algodón de azúcar azul. El olor es repugnante. Sus amigas chillan de placer. Aunque se supone que no debo hacerlo, le paso a la que ha potado un par de pulseras gratis para otra visita al parque. Está claro que ahora mismo no se encuentra muy bien.

Una colona necrófaga se arranca un globo ocular y se lo aplasta en la palma de la mano. Las primeras veinte veces que lo ves impresiona.

No puedo decir que me encante trabajar en Frontera Embrujada, pero la verdad es que tampoco lo odio. El sueldo no es gran cosa, pero cubre mis necesidades, y el trabajo me exige muy poco, cero esfuerzo intelectual. Cuando salgo del parque por la noche, me olvido de que existe. En cambio, mi hermano Preston, que trabaja en la oficina municipal de urbanismo, tiene que llevarse el portátil del trabajo a casa todas las noches y todos los fines de semana y se pasa la vida rechinando los dientes y rasgándose las vestiduras; cuando no es por un plazo de entrega, es por un ascenso.

Yo estoy contento donde estoy. El primer forajido zombi me alcanza y caigo sin luchar.

4

Es por la mañana. Bueno, casi, todavía no. Estoy tumbado en la cama. Me gusta despertarme despacio, poco a poco, y empezar el día sin prisas. El despertador del móvil es un invento enviado desde un futuro distópico para destruirnos. Cojo la pipa de mi mesilla de noche —que en realidad es una caja de plástico, de las de botellas de leche, puesta del revés— y la enciendo.

Mi madre nació en 1972, así que le gustaba la música de los ochenta, la de su adolescencia. Le encantaban Madonna y Prince, las Go-Go's, U2, Whitney Houston y los Beastie Boys. Todas las mañanas, antes del colegio, ponía una canción a toda tralla para despertarme, y cantaba y saltaba en mi cama. Tenía una canción para cada día de la semana. Manic Monday los lunes, por supuesto. Vacation, los viernes. Era nuestra tradición inquebrantable. Hasta que murió, cuando yo tenía nueve años, creo que no falló ni un solo día.

Intento imaginar cómo es el despertar de los dos niños de las quemaduras de cigarrillo. ¿Hay algún momento en que no sepan muy bien dónde están? ¿En que quizá tengan la esperanza de que todo lo que les ha pasado haya sido solo un sueño?

Miro mi teléfono. ¿Es semipreocupante que el Servicio de Protección de Menores no se haya puesto en contacto conmigo? No. Solo han pasado dos días desde que dejé el mensaje. Hay que darles tiempo, ¿no? Y a lo mejor no necesitan hablar conmigo. Es muy posible que ya tengan toda la información que necesitan.

Me imagino otra vez ese Volvo azul oscuro, con los niños detrás. Llegan a casa. Entran en el garaje. Quizá los niños puedan relajarse mientras van en el coche. Quizá allí no les pase nada malo. Puede que las cosas malas solo ocurran cuando llegan a casa.

¿Es la madre la que les hace daño, o es el que conducía el Volvo, el padre o el novio? La madre, desde luego, sabe lo de las quemaduras. Era evidente que intentaba taparlas para que yo no las viera. ¿Significa eso que se siente culpable? ¿O significa simplemente que no quiere que la pillen? Si se siente culpable, ¿es porque es ella quien les hace las quemaduras, o porque deja que se las haga otra persona?

Me levanto del futón y me pongo algo de ropa. Vivo en un apartamento-garaje que es literalmente eso: una habitación que antes era un garaje de dos plazas. Está bien, es muy espacioso. Una alfombra grande cubre casi todo el suelo de cemento y tengo un calefactor para el invierno y un ventilador para el verano. Hace tiempo que quiero decorarlo un poco. Tengo un póster pegado a la pared, encima del futón. Me lo regaló mi amiga Mallory cuando me mudé. Es una reproducción de un cuadro famoso, Paisaje con la caída de Ícaro: un labriego arando un campo mientras a lo lejos, en el mar, un tipo —Ícaro, se supone— ha caído al agua. Solo se ven dos piernecitas desnudas, pataleando. El campesino no se entera. Eso es lo que más me impresiona del cuadro, cómo está compuesto. Tardé un montón de tiempo en fijarme en esas piernas desnudas.

¿Por qué no me han llamado aún los de Protección de Menores? Hoy no tengo nada urgente que hacer, solo pasar el rato en la piscina con Nguyen y Mallory, y, como el Departamento de Servicios Sociales está solo a quince minutos en coche de casa, decido pasarme por allí para asegurarme al cien por cien de que lo de los niños está arreglado. ¿Qué daño puede hacer?

Rebusco en la nevera, cojo un trozo suelto de pizza que huele pasablemente y me voy. Tardo más de lo que esperaba en cruzar la ciudad, el tráfico se traga mi viejo Kia Spectra igual que la lava se tragó Pompeya. El paisaje no es muy estimulante. Vivo en un área metropolitana de tamaño medio, en medio de los Estados Unidos. Es una ciudad llana y extensa, muy parecida a muchos otros lugares, sin ningún rasgo distintivo, ni geográfico ni de otro tipo. Si mi ciudad fuera sospechosa de un crimen, a los testigos les costaría describirla. Seguramente podría decirse lo mismo de mí.

Doy con la oficina del Servicio de Protección de Menores después de equivocarme solo un par de veces. Es casi igual que la Oficina de Acreditación de Conductores, solo que el suelo de la sala

de espera está enterrado debajo de montones de carpetas. Avanzo esquivando el desorden y encuentro a un tipo agachado a cuatro patas detrás del mostrador. Está hojeando carpetas, ordenando una torre gigantesca y dividiéndola en dos más pequeñas, pero igual de tambaleantes.

Me inclino sobre el mostrador.

—Hola —le digo—. Disculpe.

Se pone lentamente de pie. El pelo se le empina en sitios raros y el faldón de la camisa se le ha salido de los pantalones de pinzas. Tiene cara de haberse despertado hace cinco minutos o de llevar varios días sin dormir, una de dos.

—Fantástico —dice.

—¿Perdón?

—Nada. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me llamo Hardly Reed. Hardy Reed, oficialmente, aunque todo el mundo me llama Hardly[1]. Les dejé un mensaje de voz el lunes. Hace dos días. Sobre un par de niños que vi.

—¿Y en qué puedo ayudarte?

Tengo la sensación de que acabo de explicárselo, pero vuelvo a probar.

—Les dejé un mensaje de voz hace dos días. Sobre las cinco y cuarto o así. Era una situación un poco preocupante. Solo quería saber cómo va la cosa, creo.

Sonríe, luego sonríe más aún y después se echa a reír.

—¿Dejaste el mensaje hace dos días?

—Sí.

—¿Y cómo de rápido crees que giran los engranajes de la justicia por aquí?

—No lo sé.

Esta vez lo hace al revés: de la risa a la sonrisa, y de la sonrisa a la cara de llevar varios días sin dormir.

—Puedes hacer una declaración delante de un trabajador social, si quieres.

—Claro. De acuerdo.

Recorremos un pasillo hasta un despachito. Cierra la puerta, se sienta detrás de la mesa y se pone a toquetear una aplicación de su teléfono.

—Probando, probando, probando —dice, y luego lo reproduce.

Probando, probando, probando. Abre un cajón de la mesa y saca un bloc de notas—. Vale. Cuéntame.

—¿Tú eres el trabajador social? —pregunto.

—Dan, para servirte. Cuéntame.

Le explico lo que pasó. Toma notas en el bloc. De vez en cuando levanta un dedo para ponerme en pausa y hacer una pregunta.

—¿Has dicho que los niños tenían seis y siete años?

—Creo que sí, pero no estoy seguro.

—¿Y estás seguro de que las marcas que observaste en ellos eran quemaduras de cigarrillos?

—Muy seguro, sí.

Le estoy hablando del Volvo cuando de pronto suena la sintonía de su móvil. Son diálogos y efectos de sonido de una película de submarinos o un videojuego. ¡Inmersión, inmersión, inmersión! ¡Ahuuuu! ¡Ahuuuu!

Para la grabadora y coge la llamada.

—Hola, Richard —dice—. No, Richard. Sí, supongo que sí. Con todo el respeto, Richard, me cuesta creerlo.

Cuando cuelga, se disculpa por la interrupción y echa un vistazo a sus notas.

—Entonces…, estábamos hablando de…

—¿No tienes que volver a encenderlo? —le digo señalando el teléfono, encima de la mesa.

—Sí, claro. —Vuelve a encender la grabadora—. Bueno, a ver… Has dicho que en el coche, con la mujer y los dos niños, había también otro pasajero, un varón.

—He dicho que conducía él. El hombre. No era un pasajero.

Frunce el ceño y tacha una palabra en el bloc. Y luego sigue tachándola —trazos diagonales hacia delante, trazos diagonales hacia atrás y florituras apretujadas—, hasta taparla completamente.

—¿Cuántos casos crees que tengo asignados ahora mismo? —pregunta.

—¿Qué? —digo yo.

—A ver si aciertas. Voy a darte una pista. Se supone que debo tener un máximo de doce en cualquier momento dado. Esa es la norma. Un máximo de doce casos por trabajador social. Bueno, pues, ¿cuántos casos crees que tengo asignados ahora mismo?

No tengo ni idea. No sé por qué me lo pregunta.

—Pues…

Levanta un dedo para detenerme.

—Te pido disculpas —dice—. No importa. Vamos a seguir.

En cuanto acabo de responder a las preguntas de Dan, vuelve a sonar su teléfono. ¡Inmersión, inmersión, inmersión! ¡Ahuuuu!

—Vuelvo enseguida —dice—. Un minuto.

—No te preocupes.

Oigo voces apagadas desde el pasillo o desde otro despacho. Dos voces, dos hombres. Una, la más fuerte, dice algo así como: «¿En serio? ¿En serio?».

Un golpe sordo. Pisadas. Se abre la puerta. Me incorporo. No es Dan, es otro tío con camisa y pantalones de pinzas con cinturón. Es un poco mayor que Dan y tiene el mismo pelo alborotado, aunque menos abundante. Se sienta en la silla de Dan.

—Excelente. —Endereza el bloc de notas de Dan que tiene delante—. Gracias por su declaración. Permítame explicarle cuál es el procedimiento. Abriremos un expediente. Reuniremos pruebas y las evaluaremos con todo cuidado. Puedo asegurarle al cien por cien, absolutamente, que tratamos con la mayor seriedad todas las denuncias de maltrato infantil.

—Disculpe —le digo—, ¿dónde está Dan?

—Dan ha decidido probar suerte en otro sector profesional.

—¿Que ha decidido… qué? —Yo esperaba que dijera «Dan ha tenido una emergencia en casa y ha tenido que marcharse» o «A Dan le ha sentado mal el chili y se ha ido corriendo al baño»—. ¿Quiere decir que se ha despedido? ¿Ahora mismo?

El nuevo trabajador social tiene una manera muy incómoda de mirarte fijamente a los ojos. Alarga la mano por encima de la mesa y al principio temo que vaya a apretarme la mano o la muñeca, o a darme una palmadita en la mejilla. Pero en lugar de eso da unos golpecitos con los nudillos en la formica.

—No se preocupe —me dice—. Vamos a dedicar toda nuestra atención a este caso. Se lo puedo asegurar al cien por cien, absolutamente.

5

Cuando por fin llego a su urbanización, sobre las tres, Nguyen y Mallory aún no han bajado a la piscina. Están fumándose un bong y viendo un episodio antiguo de *The Office*. Nguyen está explicando su teoría de que Stanley, de *The Office*, en realidad está muerto y toda la serie está ambientada en su infierno particular.

—¿Y qué pasa con el viaje a Tallahassee? —dice Mallory—. A ver cómo explicas eso, amigo mío. Stanley se pone loco de contento cuando el equipo de Dunder Mifflin va a abrir la tienda de Sabre. ¿Cómo va a estar en el infierno?

Nguyen se da por vencido con un encogimiento de hombros y luego vacía el bong con fuerza pulmonar sobrehumana, como un trompetista sosteniendo una nota toda una estrofa.

—Este híbrido es la hostia —dice. Vuelve a cargar la pipa de agua y me la pasa—. Tiene mucho CBD, pero hace que se te salgan los ojos de las órbitas.

Doy una calada. No soy un experto como Nguyen. Podría pensarse que lo soy, con toda la maría que he fumado a lo largo de mi vida. En general, prefiero el equilibrio y la pegada, pero, aparte de eso, todo lo que me dé Nguyen me parece bien.

Terminan los anuncios. Vuelve a empezar *The Office*. Vemos a Dwight haciendo de las suyas. A Jim, a su bola. Es relajante. Las caladas que le doy al bong son relajantes. Empiezo a separarme lentamente de mi cuerpo físico, un suave guante de seda que me quito dedo a dedo.

Aun así, mi experiencia en el Servicio de Protección de Menores me sigue molestando. Menuda cagada, ¿no? No solo lo de Dan, el trabajador social que se despidió cuando yo estaba con mi declaración a medias, sino todos esos montones de expedientes.

Cada carpeta debe de ser un caso. ¿Cuántos trabajadores sociales tiene el Servicio de Protección de Menores? No los suficientes, si Dan decía la verdad. ¿Y por qué el trabajador social que le sustituyó estaba tan emperrado en tranquilizarme? No era nada tranquilizador.

Aunque ¿qué sabré yo? Puede que el que un trabajador social dimita de repente, en plena jornada laboral, sea un hecho insólito y nada frecuente. Y todas esas carpetas de la sala de espera podrían ser casos cerrados, investigaciones concluidas con éxito.

Puede que mi hermano Preston, el gran hombre, tenga información privilegiada sobre el Servicio de Protección de Menores. Como trabaja en la administración municipal… Salgo para llamarle.

—¿Cómo es que no has venido últimamente? —me dice—. Ven a cenar algún día esta semana.

—Lo intentaré. Tengo que trabajar.

—¿En el presunto parque de atracciones?

—¿Cómo que «presunto»? Es literalmente un parque de atracciones, Preston.

—Lo presunto es que tenga algo de atractivo. Si tuvieras un trabajo de verdad, una profesión, tendrías un horario normal, ¡sabes! Podrías tener una vida social normal, una novia. Una familia, algún día.

Resisto el impulso de colgar. Técnicamente, Preston es mi hermano de acogida. Cuando murió mi madre y me mandaron a vivir con una familia, él, que es dos años mayor que yo, ya estaba allí en acogida. Pasamos los siete años siguientes, hasta que se fue a la universidad, compartiendo habitación. En casi todos los sentidos somos polos opuestos. Él es negro; yo soy blanco. Yo soy tranquilo; él, nervioso. En octavo, yo empecé a fumar marihuana. Él, en octavo, inventaba y dibujaba meticulosos y complicadísimos planos de metrópolis eficientes.

—¿Qué sabes del Servicio de Protección de Menores? —le pregunto—. ¿El de aquí, el de la ciudad?

—¿El Servicio de Protección de Menores? ¿Por qué te interesa el Servicio de Protección de Menores?

—Da igual. De todos modos, no creo que sepas nada. La mayoría de la gente solo sabe de su propia rama de la Administración.

Preston se precia de saberlo todo y jamás se consideraría «la mayoría de la gente». Pero hay que tener cuidado cuando se apela a su ego. Él es consciente de que es su punto flaco.

—Extraoficialmente —dice—, yo no dejaría ni que me cortaran el césped la mayoría de los memos que trabajan en Protección de Menores.

—Pero alguno habrá bueno, ¿no?

—Claro. Seguramente habrá un par de agujas en el pajar, si duran más de un año o dos. ¿Por qué te interesa el Servicio de Protección de Menores?

—Por nada.

Vuelvo a entrar, más intranquilo que antes. No es el resultado que esperaba.

Nuestra experiencia en el hogar de acogida, la mía y la de Preston, fue positiva. Tuvimos suerte. Nuestros padres de acogida no eran las personas más afectuosas, cariñosas o consideradas del mundo, que digamos, pero teníamos comida suficiente, ropa y sábanas limpias y llegábamos a tiempo al colegio. Y nunca nos pegaban. Gritaban mucho, eso sí, pero, cuando nos castigaban, eran castigos razonables. Nada de tele para mí y, para Preston, restricciones en sus visitas a la biblioteca. No teníamos que preocuparnos de que alguien fuera a quemarnos la piel con cigarrillos.

—Por otro lado —está diciendo Mallory—, Stanley al final se ve obligado a marcharse de Tallahassee y a volver a Scranton, lo que hace que su tormento eterno sea aún más insoportable.

Nguyen se concentra y vuelve a concentrarse.

—Exacto —dice—. Eso es exactamente lo que digo.

—Me pasó una cosa hace un par de días —digo yo—. Cuando fui a tramitar una multa de aparcamiento.

—¿El qué? —pregunta Mallory.

Les cuento a ella y a Nguyen lo de los niños del banco. Cuando describo las quemaduras de cigarrillo, Mallory coge el mando y quita el volumen a *The Office*.

—Joder, tío —dice Nguyen cuando termino—. Qué fuerte.

—Tío… —añade Mallory—. O sea… ¿Qué cojones…?

Nos quedamos callados un rato; luego Mallory menea la cabeza y vuelve a poner el volumen a *The Office*. Nguyen recarga el bong.

—¿Creéis que debería hacer algo más? —les pregunto.

—¿Como qué? —dice Mallory.

—No lo sé.

—¿Qué más puedes hacer? —dice Nguyen.

Tiene razón. He hecho todo lo que he podido. Podría intentarlo con la policía, pero seguro que me mandarían otra vez a Servicios Sociales.

—Vivimos en un universo predeterminado y el libre albedrío es una ilusión —dice Mallory—. Nuestras decisiones ya están tomadas. Somos quienes somos y eso nada va a cambiarlo, porque somos quienes somos.

No es la primera vez que me explica esta filosofía. Tiene su atractivo, desde luego. La falta de libre albedrío le quita mucho estrés a la vida. Déjate llevar por la corriente porque la corriente sabe adónde va. Estás donde tienes que estar. El universo predeterminado quiere que me fume esta pipa. El universo predeterminado lo exige.

—Ayudar a esos niños no está en mi mano —digo.

—Ayudar a esos niños no está en tu mano —repite Mallory.

Cuando llego a casa esa noche fumo más maría y juego un rato al Far Cry en la Xbox, liberando puestos de avanzada solo con el tubo de enchufe y granadas de humo. He jugado tantas veces a esta campaña que me la conozco al milímetro, cada bucle de cada PNJ. Mis dedos hacen todo el trabajo automáticamente, pulsando los botones por su cuenta. Es muy contemplativo y apacible.

Hasta que deja de serlo.

Tiro el mando al futón y busco en Google Servicio de Protección de Menores. Después de unos cuantos enlaces a agencias oficiales de la Administración, el primer resultado es un artículo del año pasado acerca de los problemas crónicos de falta de personal, escasez de recursos y exceso de trabajo de los Servicios de Protección de Menores en todo el país. Una trabajadora social de Texas dice que tiene asignados tantos casos —veintisiete familias— que no sabe si todos los niños están o no a salvo. Una directora de Ohio dice que se necesitan dos años enteros para formar como es debido a los trabajadores sociales, que luego dejan el trabajo, por término medio, al cabo de solo tres años. En Nevada, el retraso es tal que pueden pasar semanas antes de que se investigue una llamada a una

línea de socorro.

Otro artículo, de hace tres meses, dice básicamente lo mismo. Las oficinas de protección de menores carecen de recursos para recabar pruebas de maltrato. Y, sin pruebas suficientes, no pueden intervenir para proteger a los niños.

¿Mi testimonio sobre las quemaduras de cigarrillo será prueba suficiente? Seguramente no, me digo. Es suficiente para abrir la investigación. Si es que llega a abrirse. ¿Y si esta es una de esas veces en que los Servicios Sociales la cagan? ¿Y si los niños acaban siendo una carpeta movida de acá para allá, traspapelada, olvidada y perdida para siempre?

Abro un último enlace. En 2017 hubo en los Estados Unidos 1720 casos de menores fallecidos como consecuencia de maltrato y abandono. Más de una cuarta parte de esos niños —¡más de una cuarta parte!— ya estaban dentro del sistema de protección de menores, bajo la presunta tutela de una agencia de bienestar infantil.

Hago clic en otro enlace. En Kentucky, una niña de cinco años recibió una paliza tras otra a manos de sus padres, que, por último, la empujaron de un coche en marcha. Un mes antes de que muriera, el último trabajador social del Servicio de Protección de Menores —el cuarto que tenía la niña— se encargó de hacer el seguimiento de una llamada que hizo una enfermera a una línea de socorro. Pero el trabajador social se equivocó de dirección y cuando por fin dio con la casa, una semana después, los hematomas de la niña se habían curado. Anotó en su informe: No se aprecian indicios de riesgo.

Un niño de seis años en Pensilvania. Dos hermanas gemelas de siete años en California. Un trabajador social a cargo de treinta y nueve familias. Otra trabajadora social que sospechaba que había maltrato pero no tenía forma de demostrarlo. Cada vez que se pasaba por allí sin avisar, los padres no abrían la puerta y hacían como que no había nadie en casa.

Cada enlace que abro inunda la pantalla agrietada de mi móvil con la misma mierda fea, absurda y horripilante. Pasado un rato, ya ni comprendo los párrafos o las oraciones completas. Solo veo palabras y frases sueltas, detalles que me corren por las venas como veneno. Deja de hacer clic, deja de leer. Pero no puedo. Antes de que me dé cuenta, han pasado dos horas y me he quedado sin

batería.

Busco a Tracy Shaw en internet. Hay más de una docena en la ciudad. Es un nombre muy corriente. Y no parece que ninguna de las que encuentro pueda ser la madre de los niños.

Miro mi póster de Paisaje con la caída de Ícaro. Ícaro se está ahogando y nadie presta atención al pataleo de esas piernas desnudas. El labriego ara su campo. Un pastor de ovejas mira hacia otro lado. ¡Y su perro, lo mismo! Hay también otro tipo, un pescador, creo que es, en la esquina de abajo, a la derecha. Es el que está más cerca de Ícaro. Lo tiene justo delante. El pescador podría salvar a Ícaro de ahogarse. Solo tiene que levantar la vista y tirarse al agua.

Estos dos últimos días se me han hecho eternos, como un siglo o dos. A través de la bruma del tiempo casi no puedo distinguir al funcionario que me selló la multa de aparcamiento, ni a las chicas del White Claws de mango. La única imagen que sigue nítida es el coche alejándose y la niña en el asiento trasero, mirándome fijamente a los ojos. ¿Y si su hermano y ella no tienen a nadie más que a mí?

Este no es el giro argumental que le hacía falta a mi vida. Ojalá no me hubiera fijado en los niños del banco. Ojalá no me hubiera acercado. Desearía, sobre todo, existir en una versión del multiverso en la que herir a niños con la punta de un cigarrillo encendido quedara muy lejos de los límites de la imaginación humana.

Pero no, no es así.

6

A la mañana siguiente me levanto temprano (temprano para cualquiera, no solo para mí). Jutta, la pastor alemán de mi casero, entra en el baño y se pone a olisquear la cortina de plástico de la ducha, desconcertada por este extraño giro de los acontecimientos. Corro la cortina para acariciarle las orejas.

—Ya somos dos —le digo.

Llego al edificio municipal a las ocho menos cuarto. Me quedo sentado en el coche delante de la entrada principal y enciendo mi pipa. Observo a un cardenal dando brincos en la mediana, una gota de sangre brillante sobre la hierba descolorida por el sol.

Poco a poco van llegando coches al aparcamiento. Entra gente en el edificio. A las ocho y diez, la recepcionista gótica de Acreditación de Conductores se baja de un coche. Su coche es aún más desastroso que el mío, tiene el silenciador hundido, como una tripa colgando. Lleva botas de Frankenstein tachonadas con pinchos y falda y blusa de paisano.

Me acerco. Se ha inclinado para retocarse el pintalabios negro mirándose en el retrovisor roto, sujeto ingeniosamente con unos palillos chinos y cinta adhesiva.

—Hola —le digo—. Hola. Perdona.

Se endereza. Tarda un segundo en acordarse de dónde me ha visto antes. No me lo tomo como algo personal. No soy especialmente memorable.

—Tú —dice.

—Yo, sí. El del otro día. Me llamo Hardly.

—¿Hardly?

—Es como me llama todo el mundo. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Se asegura de que yo vea lo que hace a continuación: mete la mano en el bolso y agarra algún tipo de arma, supongo. Pero enseguida se da cuenta de que no soy peligroso y se relaja.

—¿Qué quieres? —pregunta—. ¿Me estás siguiendo? Porque te advierto que a mí solo me van las tías.

—¿Qué?

—Nuestro amor está abocado al fracaso. ¿Tienes una hermana? ¿A ser posible, que sea más guapa que tú y que no huela tanto a porro?

Va a seguir metiéndose conmigo hasta que vaya al grano.

—Necesito hablar contigo sobre esa mujer que estuvo en tu oficina. Esa por la que pregunté. Tracy Shaw.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Habría alguna forma de que consiguieras más información sobre ella? Aunque sea lo más básico, como su dirección.

La chica gótica me mira entornando los ojos. Veo que un guardia de seguridad viene hacia nosotros. Claro, cómo no, ahí está, ahora que no me hace una falta un guardia de seguridad.

—¿Estás bien, Eleanor? —pregunta alzando la voz.

—Solo confusa —responde ella gritando también.

Eso confunde al guardia de seguridad, pero, como ya está lo bastante cerca, se da cuenta de que no soy peligroso. Se sube los pantalones y se aleja tranquilamente.

—¿No llamaste a Protección de Menores? —me pregunta ella—. ¿Por qué necesitas más información, aparte del nombre? Los Servicios Sociales tendrán acceso a lo que necesiten.

No quiero ponerme a darle explicaciones, pero sé que no hay ninguna posibilidad de que me dé la información que quiero si no se lo explico.

—Llamé a Protección de Menores y no me respondieron —le digo—. Así que me pasé por allí ayer y fue un desastre. Me preocupa que no vayan a investigar qué les pasa a esos niños. O que, cuando se pongan a investigar, sea demasiado tarde. O que la caguen. Así que estoy pensando que a lo mejor puedo… ayudar.

—¿Ayudar? ¿Cómo? Ahora estoy más confusa que antes.

Yo también, la verdad. Anoche, a las tres de la mañana, la gran idea que se me ocurrió parecía mucho más nítida, mucho más clara y tenía mucho más sentido.

—Pues se me ha ocurrido que… ¿Y si puedo hacer un poco de, no sé, de trabajo de calle para Protección de Menores? ¿Y si encuentro pruebas que les sirvan? Así les sería más fácil ayudar a esos niños. Y los niños no estarían desamparados.

—¿Pruebas?

—Todavía no sé qué, exactamente. Se me ocurrió anoche. Pero en plan… puedo intentar averiguar quién les está haciendo daño, por ejemplo.

La madre no es. Cada vez estoy más convencido; es una corazonada. En el edificio municipal, cuando les tendió la mano, los niños ni se inmutaron. Y recuerdo que ya antes de verme parecía nerviosa, ansiosa. ¿Sería por el tío que les esperaba fuera, al volante del Volvo azul oscuro?

—¿Qué clase de estafa es esta? —dice la chica gótica—. La verdad es que es bastante original.

—No es una estafa. Quiero ayudar a esos niños.

Parpadea muy despacio con sus pestañas de tarántula.

—¿Tú? —dice—. ¿Tú vas a investigar y a buscar pruebas? Qué maravilla, es lo más tronchante que he oído en años.

No me ofendo. Creedme, tengo tantas dudas como ella sobre mi capacidad.

—Por lo menos voy a intentarlo.

—¿Por qué estás tan obsesionado con ayudar a dos niños que ni siquiera conoces?

Me encojo de hombros. Eso tampoco lo entiendo del todo.

—Tengo un póster en la pared de casa. Es un cuadro famoso, Paisaje con la caída de Ícaro. Un tipo ha caído al mar y se está ahogando, y hay gente alrededor, en la orilla, haciendo sus cosas. Deben de haber oído el ruido del agua, pero no se dan cuenta de que el tipo se está ahogando.

—¿Estás montando todo esto por un póster que tienes en la pared de casa?

—No. Era solo una… No sé. Si hubieras visto a esos niños, sus caras. ¿Y si nadie les presta atención? ¿Y si no tienen a nadie más que a mí?

—Qué idea tan aterradora —dice.

Asiento con la cabeza. ¡Pues sí!

Sigue mirándome con los ojos entornados.

—O sea que vas en serio.

—¿Lo harás? —le pregunto—. ¿Puedes conseguirme información sobre Tracy Shaw?

—No te va a salir gratis. Tendrás que hacerme un favor.

—Claro.

—Múltiples favores. Podrían despedirme por darte esa información.

No parece muy preocupada porque la despidan. Creo que solo quiere estrujarme un poco.

—Vale. ¿Qué favores?

—Ya te diré.

Me preocupa un poco el tipo de favores que pueda pedirme. Estaba dando por sentado que el Satán me ama de su collar era irónico. Tiene que serlo, ¿no?

—De acuerdo —le digo.

Me pasa su teléfono y grabo mi número en sus contactos. Le devuelvo el teléfono.

Diez minutos después, mientras vuelvo a casa, me suena una notificación: un mensaje de un número desconocido. Es una foto de una hoja de papel. Está torcida y borrosa, hecha con prisas. Cuando la amplío, veo que es un impreso rellenado a mano. El nombre que figura en la parte de arriba es Tracy Paige Shaw.

Paro en el aparcamiento de un Cheesecake Factory y echo un vistazo al impreso. Los datos básicos habituales. Fecha de nacimiento, domicilio, número de teléfono. Profesión: No. ¿Casada? Sí. Nombre del cónyuge: Nathan Shaw. Profesión del cónyuge: Autónomo. Hijos: Sí.

Nathan Shaw. El nombre del marido me suena, pero no sé de qué. Veo un par de palabras apretujadas de lado en el margen derecho de la hoja, junto a la línea sobre la profesión del cónyuge.

Pearl Jack.

Estoy intentando deducir qué es —¿el nombre de la empresa del marido?— cuando caigo en la cuenta de que Pearl y Jack son los hijos de Tracy Shaw.

La niña, Pearl. El niño, Jack. Noto como una sacudida al saber sus nombres. Ya no son solo unos niños. Son Pearl con los labios fruncidos como el nudo de un globo y Jack con la cabeza grande sobre el cuello flaquito observando cómo se baja su hermana del

banco.

Vuelve a sonarme el teléfono. Otro mensaje de Eleanor, la chica gótica.

Para que lo flipes, dice.

7

Solo son las dos y hoy ni siquiera curro, pero aun así me voy a Frontera Embrujada. El Tren de la Mina, una atracción abandonada, es uno de mis sitios preferidos para estar tranquilo y reflexionar. La puerta de la caseta está cerrada con una cadena, pero todavía se puede entrar a la plataforma de carga techada (el cobertizo de los mineros). Retiras una malla de nailon rajada, pasas por encima de unas cajas de dinamita falsa y ya estás, lejos de los peatones y a resguardo de los elementos. Lo mejor de todo es que nadie sabe lo del cobertizo de los mineros, solo yo. Me lo soplaron un par de compañeros cuando empecé. Ellos ya se han ido, así que soy el último escaqueado que queda en pie.

El impreso que me ha mandado la chica gótica no dice gran cosa sobre Tracy Paige Shaw. Tiene treinta y nueve años y está casada con Nathan Shaw. ¿Nathan Shaw será el que conducía el Volvo? Busco la dirección en Google Maps. Conozco más o menos la zona, de mis tiempos de repartidor: mucha obra nueva y casas bonitas. ¿Quién vive ahí? Gente como yo, no. Anestesistas y ejecutivos de *marketing*, familias que llevan a sus hijos a colegios privados. No debería sorprenderme, pero me sorprende. Estaba dando por sentado, sin pensarlo siquiera, que el tipo de gente que maltrata a sus hijos vive en barrios como el mío o peores aún.

Busco a Nathan Shaw. Es abogado especializado en quiebras y asuntos fiscales. De eso me suena el nombre, de los anuncios de la tele local. «¿Hacienda le tiene acorralado? ¿Necesita empezar de cero con urgencia? Llame al bufete de Nathan Shaw y vuelva a respirar tranquilo».

Veo un par de anuncios suyos en el móvil. No se ve a Nathan Shaw en ningún momento, solo imágenes de camiones embargados

y gente en la mesa de la cocina desesperándose por sus facturas. En el sitio web del bufete sí que hay una foto. Nathan Shaw sonríe con aire severo. Tiene el pelo ondulado y los ojos penetrantes, un tío guapo pero no tan guapo como para no confiarle la suerte de tu camión.

Parece tener cinco o diez años más que Tracy, se le está poniendo el pelo canoso. ¿Tiene cara de maltratar a sus hijos? No lo sé. No se puede saber si una persona es malvada o no con solo mirarla. La vida sería mucho más sencilla si se pudiera.

Oigo arañazos, pisotones, jadeos. Será coña. Pues no. Efectivamente, aquí viene Salvador: entra en el cobertizo de los mineros como un elefante en una cacharrería.

—¿Qué haces aquí? —le digo.

—¡Te he seguido! —grita.

—¡Salvador! No hace falta que grites todo el tiempo. Estoy a un metro de ti.

—¡Te he seguido! —grita un poco más bajo—. Te he visto entrar y he pensado que a lo mejor me necesitabas para algo.

¿Para qué voy a necesitarle? ¿Para qué le he necesitado nunca? Como para demostrarme que tengo razón, coge un pesado pico de atrezo y casi al instante se lo deja caer en el pie.

—¡Este sitio es genial! —dice—. ¿Cómo lo descubriste?

Estoy a punto de decirle que se largue, que se vaya y no vuelva, cuando se me ocurre una idea.

—Salvador —le digo—, supón que quiero investigar a alguien. Averiguar todo lo que pueda sobre esa persona. ¿Sabes lo que te digo?

Él asiente.

—¡Sí!

Nunca me ha interesado programar ni escribir código, ni someter internet a mi voluntad. Además, tengo veintitrés años, siete más que él, y en lo tocante a las últimas tecnologías soy prehistórico.

—¿Tú sabes cómo hacerlo?

Salvador vuelve a asentir, pero de otra forma esta vez: levanta la barbilla con seguridad, en vez de mover la cabeza vigorosamente arriba y abajo, como suele hacer. También le cambia la cara. Sus rasgos se relajan con una expresión pícara que de repente parecen

encajar a la perfección con su cara. Es como cuando ves a una foca o un pingüino tambalearse o arrastrarse con torpeza en tierra y luego se desliza en el agua y de repente se vuelve grácil, reluciente y aerodinámico como una bala.

—Claro que sé —dice—. Déjame tu teléfono.

Se lo paso. Lo toquetea y me lo devuelve. Sonríe con la comisura de los labios. Creo que podría ser incluso una sonrisa de arrogancia.

—Solo tienes que escribir el nombre de la persona —dice—. Y bum.

¿Bum? Esta es una faceta desconocida de Salvador. Miro el teléfono y veo lo que ha abierto. Es Google, claro.

—¿En serio? —le digo.

Se desinfla.

—Tienes que poner entre comillas el nombre que buscas —dice —. Mucha gente no conoce ese truco.

—Todas las personas del planeta conocen ese truco, Salvador.

Le digo que se largue. Se va hecho polvo, pero se le pasará. Una cosa que puede decirse de Salvador es que siempre se recupera enseguida de la adversidad, o sea, de sí mismo.

Vuelvo a buscar la ubicación de la casa. Nathan y Tracy Shaw viven a veinte minutos de aquí y todo el camino está marcado en verde, no hay tráfico. Así que… ¿por qué no? Sigo teniendo una idea muy vaga de cómo encontrar pruebas para el Servicio de Protección de Menores, pero este me parece un primer paso muy razonable. Pulso INICIAR y allá que me voy.

8

Los Shaw viven en Meadow Wood Estates, una urbanización con una garita de piedra en la entrada. Pero la garita es ornamental, no hay ni verja ni guardia. Paso sin problemas. Las casas son más o menos como me las esperaba: grandes, nuevecitas, con un toque medieval. Una cinta de acera lisa pasa junto a arbolitos rodeados de estacas para protegerlos del viento.

Todas las casas me parecen iguales: las mismas piezas básicas, solo que un poco cambiadas. El porche con arcos de este lado y no de aquel. El ventanal rodeado con un cerco de ladrillo rojo oscuro en vez de con un cerco de ladrillo rojo claro. Las calles sinuosas no son solo calles, son «caminos», «travesías» o «paseos». Camino de Meadow Wood Blossom. Travesía de Meadow Wood Blossom. Paseo de Meadow Wood Blossom. Me equivoco en un par de desvíos. La señora de mi GPS parece enfadada.

—Recalculando, otra vez —suspira en voz baja.

Por fin encuentro la dirección que buscaba. La casa de los Shaw está al final de la última calle sin salida de la urbanización. Como esta es la urbanización más nueva de una serie de urbanizaciones, más allá no hay más que pastos y cielo.

¿Un bosque no es un sitio con muchos árboles? ¿Y un prado no es un campo sin árboles? Alguien tendría que haberlo pensado cuando llamaron a este sitio Meadow Wood Estates[2]. Es como llamar a una montaña Monte Llano, o a un aeropuerto, Pista Catástrofes.

Retrocedo y me paro junto al bordillo, casi al final de la calle cortada, lo bastante cerca de la casa de los Shaw como para verla bien, pero no tanto como para que alguien se asome por la ventana y se fije en mí.

La casa. Veamos. Se parece, cómo no, al resto de las casas de la urbanización. Hay un coche en la entrada, un Volvo azul oscuro que coincide exactamente con el coche que vi hace tres días saliendo del edificio de las oficinas municipales.

Bajo las ventanillas, apago el motor y observo la casa. ¿Qué tendría que buscar? No estoy seguro, ese es el problema. Sé que las pruebas que puedo llevar a Protección de Menores no van a caerme del cielo. Y, si me caen del cielo, espero reconocerlas.

Me fijo en una cosa que puede ser interesante: todas las cortinas y las persianas de la casa están cerradas, en la planta de arriba y en la de abajo. Hoy también hace calor, el sol pega de lo lindo. Es lógico que intenten mantener la casa fresca. Pero al mirar a mi alrededor veo que ninguna de las casas vecinas está así, cerrada a cal y canto.

Otra cosa que podría ser interesante: la valla de madera del jardín trasero también es más alta que las demás. Si una valla estándar de Meadow Wood Estates mide, calculo yo, un metro ochenta de alto, esta debe de medir dos metros y pico. ¿Eso quiere decir algo o no?

La calle cortada está muy tranquila un jueves por la tarde, solo hay una señora mayor al otro lado de la calle, regando sus arriates de flores. Pienso en Pearl y Jack. Me pregunto si estarán en casa, detrás de las persianas cerradas y las cortinas echadas. ¿Estará siendo un buen día o un mal día para ellos? ¿Qué es para ellos un buen día? ¿Cuando casi pueden olvidarse del horror que pasaron ayer? ¿Cuando casi pueden fingir que no volverá a pasarles mañana?

Sería tan fantástico que ahora mismo apareciera en la calle un coche del Servicio de Protección de Menores… Un coche del Servicio de Protección de Menores y un par de coches de policía, además. Podría quedarme aquí sentado y ver cómo la policía se lleva esposado a Nathan Shaw, a Tracy Shaw o a los dos. Vería cómo una joven y brillante trabajadora social con las ideas bien claras abraza a Pearl y a Jack, les regala peluches y les hace comprender con la mirada que todo va a ir mucho mejor a partir de ahora. Podría irme. Sin mirar atrás.

¿Debería volver mañana con, no sé, algo de picar y unos prismáticos?, me pregunto. No tengo ni idea de cómo se vigila de

verdad, sobre todo con este calor. ¿Un detective de verdad deja el motor en marcha y el aire acondicionado puesto? Seguramente un detective de verdad lleva un cuaderno para anotar las cosas que observa, como lo de las cortinas y la valla. Para empezar, ¿vigilar la casa de los Shaw es una buena táctica? No estoy seguro, y ahí está otra vez el problema.

Oigo en mi cabeza a esa chica gótica tan molesta. ¿Tú? ¿Investigar? Tiene toda la razón, aunque me moleste. Saco el móvil y busco «tutoriales de vigilancia». Encuentro algunos vídeos de YouTube y hago clic en uno de ellos. Un tipo levanta la tapa del contenedor de un bloque de apartamentos y echa un vistazo dentro.

—Hoy, en la tercera parte —dice—, vamos a ensuciarnos un poco las manos y a pasarlo en grande con la basura.

¡Bum! Algo choca contra mi coche. Del susto que me pego doy un brinco y se me cae el teléfono. Un hombre ha aparecido de repente justo delante de mí. No tengo ni idea de dónde ha salido. Es grande y fuerte, con el pecho y los hombros como un tonel, cubiertos por un polo de golf rosa, la cabeza cuadrada y el pelo gris cortado casi al rape, como un militar. ¡Bum! ¡Bum! Aporrea el capó de mi coche.

—¡Tío! —le grito—. ¡Colega! ¡Tranquilo!

Se acerca a la ventanilla abierta y se inclina para mirarme a los ojos. Su mandíbula se mueve, se tensa y rechina como si intentara roer un alambre de espino o el pellejo duro de un animal al que acabara de estrangular con sus propias manos. Parece muy muy cabreado, sobre todo para alguien que lleva un polo de golf rosa.

—Lárgate de aquí cagando leches —me dice.

—¿Qué?

—Que te largues ahora mismo, joder. Te doy dos segundos.

No entiendo por qué este tío está tan cabreado conmigo. En general, no soy alguien que despierte emociones fuertes.

—Oye, escucha —le digo—. Lo siento, pero creo que ha habido un malentendido.

La casa delante de la que estoy aparcado. Ahora me doy cuenta de que la puerta está abierta. El golfista furioso debe de haber cruzado su césped perfecto mientras yo estaba distraído mirando YouTube. ¿Se habrá cabreado porque he aparcado delante de su casa? Es posible, pero se le ha ido la pinza: ha pasado directamente

a las amenazas, saltándose por completo las primeras fases de la confrontación. Como, por ejemplo, mirarme con enfado desde el porche y luego acercarse a preguntarme «¿Querías algo?» con cara de pocos amigos.

—Dos segundos —repite— y llamo a la policía.

—¿Qué? Vale vale.

La señora mayor de enfrente, la de las flores, ha vuelto a salir y nos observa con cara de susto. La compadezco por vivir enfrente de este energúmeno.

—Tengo tu número de matrícula. Si vuelves, aviso a la policía.

—¡Vale!

Intento girar la llave en el contacto, subir la ventanilla y coger mi teléfono, todo al mismo tiempo. El golfista furioso se gira y vuelve hacia su casa, pero se para un momento para darle otro puñetazo a mi capó. Esto es ridículo. Estoy casi seguro de que no hay ninguna ley que prohíba aparcar en una calle pública, pero también puede ser que las calles, los caminos y las travesías de Meadow Wood Estates no sean públicos, oficialmente.

El motor se enciende por fin. Por razones obvias, no puedo dar marcha atrás por el camino de entrada a la casa del golfista furioso, así que tengo que recorrer otra vez la calle cortada para dar media vuelta. El golfista enfadado se planta en su césped para asegurarse de que no intento nada raro. La señora de las flores también me mira mal. ¿Qué? ¿Yo? Al salir de la calle, la veo por el retrovisor, moviendo la cabeza con desagrado.

9

Mientras vuelvo a casa en el coche, repaso el batacazo de Meadow Wood Estates. Estoy muy decepcionado conmigo mismo. No sé por qué estaba tan cabreado el tío del polo rosa, pero, sea por lo que sea, yo debería haberle visto venir. O se me debería haber ocurrido aparcar entre las casas y no justo delante de la suya.

En la radio ponen un anuncio de «soluciones basadas en la nube». Al principio, como mis altavoces están tan hechos polvo, oigo «soluciones payasas en la nube». Y pienso, eso soy yo, una solución payasa. ¿Cómo voy a ayudar a Pearl y Jack si no puedo ni hacer algo tan básico como vigilar cinco minutos una casa?

Me acuerdo de aquella vez, hace un par de años, un verano caluroso como este en que Nguyen, Mallory y yo cogimos prestada una lancha para hacer *tubing* en el lago. Nos lo pasamos bien, hasta que la cuerda se enredó en la hélice y la lancha se quedó parada. Le dije a Mallory que apagara el motor antes de tirarme al agua, por si acaso ella o Nguyen tocaban sin querer el acelerador mientras le echaba un vistazo a la hélice. No quería que mis propias manos amputadas me dieran una bofetada.

Como la cuerda estaba tan tirante que no se podía desenredar, desenrosqué la hélice para desplazarla unos centímetros por el eje. Pero, como no cedía, volví a subirme a la lancha y encendimos el motor unos segundos para que se aflojara.

En teoría, parecía una idea estupenda. Recuerdo que me zambullí en la oscuridad fangosa y que busqué a tientas la hélice perdida y el fondo del lago. No encontré ninguna de las dos cosas: ni la hélice, ni el fondo.

Esto me supera. Lo que necesito, me digo, es asesoramiento profesional, ¿no? Y no de cualquier pringao de YouTube que

rebusque en contenedores. Necesito hablar con un auténtico detective privado.

Cuando llego a casa, Burke, mi casero, está en la cocina. Está sentado a la mesa, desmontando una pieza de maquinaria aceitosa, minúscula pero complicada. Jutta se levanta y se acerca a saludarme haciendo clic, clic, clic con las uñas en el suelo.

—Hola, Burke —digo.

—Buenos nachos[3], señor Reed —me dice.

Burke tiene treinta y tantos años, va a exposiciones de preparacionismo y supervivencia en el recinto ferial y tiene varios cerrojos en la puerta de su cuarto. Si le haces una pregunta, sonríe enigmáticamente y evita dar una respuesta directa. Llevo un año alquilándole la habitación y todavía no sé muy bien cómo se gana la vida.

—¿A qué te dedicas, Burke? —le pregunto a veces. Sonríe enigmáticamente y contesta «¿A qué no me dedico?», o algo así.

No sería mi primera opción como compañero de piso y casero, pero es limpio y el alquiler es barato, incluso para un sitio que antes era un garaje de dos plazas. Le acaricio las orejas a Jutta. Se aprieta contra mí y gruñe suavemente, desde lo más profundo del pecho, como el estruendo del metro. Acariciarle las orejas a Jutta y oír sus ruiditos de felicidad suele ser la mejor parte del día.

—No la mimes tanto —dice Burke.

—Oye, Burke —le digo—, ¿tú qué harías si estuvieras haciendo *tubing* en el lago y se te enredara la cuerda en la hélice de la barca?

—Me quitaría de en medio. —No levanta la vista de su engranaje aceitoso—. Cargaría una Desert Eagle Mark XIX del calibre 50 con munición de 325 granos, me la metería en la boca y adiós muy buenas.

Vale, a veces Burke sí da una respuesta directa.

Me voy a mi cuarto a pensar. ¿A quién conozco que pueda ponerme en contacto con un detective de verdad? El jefe de seguridad de Frontera Embrujada antes era policía, pero no le gustan las tonterías, y seguramente eso es lo que pensaría de este asunto (y de mí): que es una tontería. ¿Y Burke? No. Prefiero no meter a Burke en esto; ni en esto, ni en nada que no sea vivir tranquilamente en su garaje, a mi bola.

Sobre las siete me acerco en coche a casa de Preston. Es una

casa pequeña, construida con materiales de mala calidad, en un barrio casi tan cutre como el mío. Pero es suya, no alquilada, y Preston no perderá ocasión de recordármelo como mínimo dos veces antes de que acabe la noche.

—Es increíble que llegues cuarenta minutos tarde —me dice—. Aunque la verdad es que no me sorprende nada.

—Yo también me alegro de verte —contesto yo.

—Quítate los zapatos antes de entrar.

—La gente dice que eres un estirado, Preston, pero yo no veo por qué.

Su novia, Leah, me coge la mano y me da un apretón fuerte y largo.

—Hola, Hardly, ¿qué tal? ¿Cómo va todo?

—Estupendamente, Leah. Gracias.

—Eso es interesante —dice Preston—. ¿Bajo qué estándares vivir en un garaje puede calificarse de «estupendo»? ¿O trabajar por el salario mínimo en un presunto parque de atracciones?

—¿Este suelo es de madera auténtica?

—La madera sintética es superior a la madera tradicional en casi todos los sentidos.

—Seguro que sí.

—Chicos… —dice Leah suavemente.

Pasamos a la mesa. Preston sirve su chili hecho en Instant Pot, que (menuda sorpresa) está tan soso que se le podría dar de comer a un bebé. Leah hace intentos heroicos de que la conversación sea civilizada. Es muy amiga de sus hermanas y la relación entre Preston y yo la tiene muy descolocada. Los dos perdimos a nuestras respectivas madres cuando éramos pequeños. No conocimos a nuestros padres. Crecimos juntos. ¿Por qué no somos grandes amigos? Ella cree —lo que es enternecedor pero incorrecto— que en el fondo sí que lo somos. Pero no es verdad. Seguramente en eso somos más como auténticos hermanos que en cualquier otro sentido.

—Tienes que ponerte las pilas —me dice Preston.

Ya empezamos. Puntual, como siempre.

—No necesito ponerme las pilas —contesto—. Estoy sumamente satisfecho con mi vida.

—Tienes que volver a la universidad. Tienes que acabar los

estudios. Centrarte y marcarte metas.

—Yo no soy como tú, Preston.

—Eso no hace falta que lo jures.

—Ya tengo una meta. Mi meta es estar sumamente satisfecho con mi vida.

Refunfuña, pero ¿cómo no va a ser esa una meta sensata? Soy consciente de que, siendo como soy una persona corriente, un joven del montón sin medios económicos en los Estados Unidos hoy en día, lo tengo muy crudo. Los precios de la universidad son grotescos. Han pasado casi cuatro años y todavía estoy pagando, despacio pero sin pausa, lo que me costó mi semestre y medio. ¿Y qué trabajo me espera cuando me gradúe? ¿Un empleo de nivel básico en el que no ganaré mucho más de lo que gano ahora y que además no llevará a ninguna parte?

Puede que Preston esté ascendiendo en el escalafón, pero solamente porque es muy inteligente y porque tiene una voluntad de hierro y una capacidad de trabajo alucinante. Y aun así todavía le faltan muchos años para alcanzar su sueño de diseñar ciudades. Se pasa el día revisando estudios sobre el desarrollo del comercio minorista y redactando sus reflexiones sobre el uso de materiales de construcción apropiados en las fachadas de las tiendas.

Y yo me alegro por él. Aunque nunca se lo diga, estoy orgulloso de Preston. Sabe lo que le conviene. Igual que yo sé lo que me conviene a mí.

—No puedes estar sumamente satisfecho —dice—. Eso no tiene sentido. O estás satisfecho o no lo estás.

—Estoy sumamente satisfecho. Satisfechísimo.

—Por favor, es una cuestión gramatical.

—Chicos… —dice Leah.

—No pasa nada, Leah —le digo. Pienso en qué puedo hacer para que no se agobie tanto con nuestra dinámica familiar, pero a Preston, como siempre, se le ocurre algo primero.

—Yo no era nada popular en secundaria ni en bachillerato —le dice—. Era un empollón negro. Y a esa edad un empollón negro se cotiza muy poco. Hardly sí que era popular.

Preston no era solo un empollón negro. Era un empollón negro, rarito y quisquilloso que no soportaba a los tontos, una categoría muy amplia que incluía a todo el mundo menos a él.

—Yo no era popular —digo—. Ni mucho menos.

—A ti no te pegaban.

—¿Eso es lo que tú entiendes por ser popular?

—Un día, Hardly vio que me estaban pegando. Y se acercó.

—Y nos pegaron a los dos —digo.

Preston asiente. Leah espera a que añadamos algo más. Pero eso es todo, no hay más. Noto que no sabe muy bien qué pensar ni qué decir. ¿Es una historia amable y reconfortante? ¿O triste y deprimente? Yo tampoco lo sé.

Leah trae el postre, pastel de cerezas.

—Qué rico, Leah —digo—. Creo que es el mejor pastel que he comido.

—Bueno, ¿y por qué te interesaba tanto el Servicio de Protección de Menores? —me pregunta Preston.

—¿Por casualidad no sabrás de alguien que conozca a un detective privado?

—¿Qué? ¿Para qué quieres un detective privado? ¿Por qué absurda razón, para ser exactos?

Les cuento lo de Pearl y Jack, lo de las quemaduras de cigarrillo y lo de Dan, el trabajador social. Les explico lo que me he propuesto. Preston no reacciona, supongo que porque ha adoptado la pose de que ninguna idiotez que yo haga puede sorprenderle.

—¡Hardly! —exclama Leah alarmada—. ¿Seguro que debes meterte en eso?

—No, seguramente no —reconozco.

—Podría ser peligroso. ¿Es… legal siquiera?

Se vuelve hacia Preston para pedir su veredicto. Él termina de comerse su pastel, deja la cuchara y dobla la servilleta. Quiere otro trozo, pero la simple tentación nunca ha sido rival para su voluntad de hierro.

—Descuida —le dice a Leah—. No llegará tan lejos como para que sea peligroso. En cuanto algo requiere un poco de esfuerzo, se rinde.

Empujo la silla hacia atrás y me levanto. La silla se engancha en el borde de la alfombra y vuelca, lo que le da al momento un toque de dramatismo que no pretendía. Porque la conclusión de Preston es acertada. No es que quiera asestarme un golpe bajo.

—Lo siento —digo.

—¿No quieres más café? —pregunta Preston.

—Tengo que irme. ¿Puedes buscarme el nombre de un investigador privado?

Suspira.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias por invitarme, Leah.

—Cuídate, Hardly —contesta—. ¿Me lo prometes?

10

A la mañana siguiente uso el buscador ultrasecreto de Salvador para encontrar detectives privados en la ciudad. Google me da un montón de resultados, pero, cuando llamo a los números, casi siempre me salta el buzón de voz. Hablo con un total de tres seres humanos. El primero me corta cuando le estoy contando la historia para darme sus tarifas. Le explico que en realidad no puedo contratarle, que solo quiero hacerle unas preguntas, y vuelve a darme sus tarifas. El segundo es un poco más amable, pero tampoco da consejos gratis y cobra todavía más caro. El tercero se ríe y me cuelga.

Preston me manda un mensaje a mediodía. Me envía el nombre y el número de un detective. ¿Sabéis cuál? El del tío que se rio y me colgó.

Mientras espero a que los otros me devuelvan la llamada, investigo un poco más sobre el Servicio de Protección de Menores y el maltrato infantil. Es un error enorme, te deja absolutamente machacado. No sé qué es más horrible: la creatividad que ponen algunas personas en hacer daño a sus hijos, o que haya gente que parece que ni siquiera se lo piensa dos veces.

Pearl oye el chasquido del mechero. Huele el humo del cigarrillo. ¿O quizá oye primero llorar a Jack? ¿Llora Jack? Estaban los dos tan callados en el banco… ¿Se enfada Nathan Shaw cuando les quema y no lloran?

Joder. ¡Joder! Tiro el teléfono al futón, me fumo un porro, juego un poco al Far Cry, pero no puedo concentrarme. Tropiezo con las alarmas del puesto de avanzada y me matan una y otra vez.

A las cinco, ninguno de los detectives a los que les he dejado un mensaje explicando lo que quiero me ha devuelto la llamada.

Ninguno, cero. Me voy a Bella América y busco a Beckett, el jefe de seguridad. Dependiendo de la dudosa fuente a la que le pregunte, o ya se ha marchado o aún no ha llegado o se ha ido de vacaciones una semana a Branson. Pruebo primero en las oficinas, luego en América Prehistórica y después en América Futura.

Por fin lo encuentro en América Colonial. Está allí de pie, contemplando en silencio los cochecitos de la montaña rusa acuática de Valley Forge y a los pasajeros, que chillan. Le digo «hola qué tal» y le pregunto si conoce a algún detective privado. Le explico que no puedo permitirme pagarlo, que solo quiero hacerle unas preguntas y que me aconseje.

Beckett me echa una ojeada. Me conoce y no me conoce. Hemos hablado un par de veces, un momento, sobre nada en particular. Sabe que trabajo en Frontera Embrujada desde hace tiempo, más tiempo del que trabajan allí (o deberían trabajar) la mayoría de los actores.

—No —contesta, y se va.

Bueno, por lo menos ha sido rápido. Me giro y veo a Salvador acechando detrás de la Campana de la Libertad.

—¿Ya estás siguiéndome otra vez? —le digo—. En serio, Salvador, me estás volviendo loco. ¿Eso es lo que intentas, volverme loco? Porque, si ese es tu plan diabólico, lo estás consiguiendo. Enhorabuena.

Sale tímidamente de entre las sombras.

—¿Para qué tienes que pedirle consejo a un detective privado?

—No es asunto tuyo, Salvador.

Echo a andar hacia la antigua hojalatería. Faltan veinte minutos para que empiece mi turno y tengo que ponerme el disfraz. Salvador corre para alcanzarme. Corre como si le persiguiera un enjambre de avispas y ya le estuvieran picando. Como si su cuerpo fuera un coche y estuviera aprendiendo a manejar la palanca de cambios.

—Mi madre trabaja con una detective —dice, jadeando babosamente por el esfuerzo—. Se lo oí decir una vez.

No me paro en seco al oírle, que digamos.

—Creía que tu madre trabajaba en una inmobiliaria.

—Trabaja con una mujer que antes era detective privada.

Aún mejor.

—Vale, Salvador. Gracias.

—Puedo pedirle su contacto y mandártelo.

—No, gracias —digo cuando cruzamos la puerta de servicio.

Un par de fantasmas lúgubres están saliendo de la hojalatería. Uno de ellos se desvía para darle un caderazo a Salvador. Se ríen los dos.

—¡Salvatontín!

—Tienes que plantarles cara —le digo—. Si dejas que hagan esas cosas, van a seguir haciéndolas.

Sacude la cabeza.

—Eso no sirve —dice.

Y es verdad. Tiene razón. Si lo sabré yo.

—Bueno, pues intenta no llamar la atención.

—Vale.

—Sé discreto. No hables tan alto, por ejemplo. Intenta comportarte con la mayor normalidad posible.

Veo que ha sacado el móvil y está tomando notas. Suspiro.

—¡Qué buena información! —dice.

Entramos en la antigua hojalatería. Rebusco en el montón un par de botas de vaquero que sean más o menos de mi número. En cuanto al sombrero de *sheriff*, me conformo con uno que no huela como las botas. Salvador me trae una selección de cinturones y fundas de pistola para que elija, aunque le he pedido un millón de veces que deje de hacerme de mayordomo, que es un rollo.

—Necesito que me aconseje un detective privado —le digo—, porque conozco a dos niños que lo están pasando mal y quiero ayudarlos.

Salvador toma aire con la boca abierta y suelta un suspiro fuerte y baboso.

—Ah —dice.

—Sus padres los maltratan. O por lo menos uno de ellos.

—Ah.

¿Cómo voy a encontrar un detective privado? ¿Cómo voy a averiguar cómo puedo ayudar a Pearl y Jack? Es una sensación horrible querer hacer algo, necesitar hacer algo, y saber que no das la talla, que nunca vas a darla.

Todas las pistoleras que me trae Salvador son de talla luchador de sumo, no para alguien como yo, que peso setenta y siete kilos.

—Voy a decirle a mi madre lo del detective en cuanto pueda —dice Salvador—. O sea, ya mismo. Le digo que corre mucha prisa y te mando la información.

—No lo hagas, por favor —contesto.

11

El domingo por la tarde Mallory me manda un mensaje con una piña y una carita de león. O sea, que Nguyen y ella van a ir al zoo a colocarse.

Suena bien. Suena de maravilla. Un día como otro cualquiera, un regreso a mi existencia anterior, sin fricciones.

Le contesto: «No puedo». Voy camino de mi primera visita a una casa en venta. Una vivienda moderna, con tres habitaciones y tres baños, salón comedor y muebles empotrados a medida, piscina y brasero de exterior, en un barrio muy cotizado. La han bajado de precio hace poco y la venden por trescientos cuarenta mil dólares, o sea, unos trescientos cuarenta mil dólares más de lo que puedo pagar.

Aparco en la calle. Solo hay otro coche en la entrada. ¿Llego tarde? Creo que no. Son las tres y el cartel de SE VENDE que hay en el jardín dice que las visitas son de dos a cuatro. El nombre del cartel coincide con el que me mandó Salvador. FELICE UPTON.

La puerta está abierta. Entro.

—¿Hola? —digo.

Nadie contesta. Me muevo por la casa. Está vacía, es un cascarón recién pintado, sin muebles ni cuadros ni adornos en las paredes, ni señales de que alguna vez haya estado habitada por un ser humano. Además, está tan silenciosa que da escalofríos; se oye el golpeteo de mis chanclas en el suelo de madera pulida. Noto un olor a tarta de manzana caliente, recién salida del horno. Eso también da escalofríos. Seguramente será una táctica de venta que usan los agentes inmobiliarios, pero no tiene ningún sentido que huela a tarta de manzana caliente en una casa vacía y silenciosa. Se pregunta uno: «¿Quién está haciendo una tarta? ¿Quién se la va a

comer?».

En la cocina, encuentro la tarta fantasma reposando en el horno. En la isla hay un surtido de lonchas queso y frutas variadas, sin tocar. Y una botella de vino con el corcho todavía puesto en un cubo con hielo medio derretido.

Abro la puerta del patio y salgo. Una mujer con gafas de sol está echada en una tumbona a la sombra, sorbiendo de un vaso de plástico. Va vestida para triunfar, con falda y una blusa brillante, pero descalza. Sus zapatos de tacón grueso están junto a una botella de vino blanco descorchada y medio vacía.

Está mirando el jardín y aún no me ha visto. Hago todo el ruido que puedo al cerrar la puerta del patio, no vaya a ser que piense que intento pillarla desprevenida.

—Hola —digo—. Hola. Disculpa.

Bebe un sorbo del vaso, pero no gira la cabeza.

—Has pasado del queso.

—¿Perdona?

—Creía que tomarías un poco de queso. O unas uvas, quizá. El queso es bueno. Pensaba que te apetecería.

Se baja las gafas de sol. Me doy cuenta de que está de cara al césped, pero en realidad no lo está mirando. No me ha quitado ojo en todo este rato.

—Sí que me apetecía —reconozco—, pero, como no me interesa comprar la casa, me ha parecido de mala educación comérmelo.

—No le interesa a nadie. Los propietarios piden cuarenta mil dólares más de lo que vale y no quieren pagar comisiones extras para que la enseñemos como es debido. Lleva ocho meses en venta.

—Entonces, ¿es usted la señora Upton? Soy Hardly.

—¿Hardly?

—Es un mote.

—Felice. ¿Te apetece un vino?

—No, gracias.

—Siéntate.

Me siento en la otra tumbona, frente a ella, al otro lado del brasero. Tiene cuarenta o cuarenta y cinco años, calculo yo. Transmite muy buen rollo: muy tranqui, muy guay. Me recuerda al jazz, lo cual, pensándolo bien, a lo mejor es un sesgo cultural. Pero, aunque no fuera negra me recordaría a esa música que va donde

quiere, que se toma su tiempo y pasa de lo que piensen los demás.

—Hardly. —Bebe otro sorbo de vino y se queda pensando—. ¿Tendría que saber quién eres?

—No. Bueno, sí. ¿Salvador no te ha hablado de mí?

—¿Tendría que saber quién es Salvador?

Estupendo. Voy a matar a Salvador.

—Tú no habrás sido detective privada, ¿verdad?

—¿Qué? —Llena el vaso hasta arriba y me lo pasa—. Toma un poco de vino.

Bebo un trago. ¿Cómo puedo ser tan tonto? ¿Cómo he podido pensar que lo que me ha contado Salvador era exacto o útil?

—Siento haberte hecho perder el tiempo.

—No tengo ninguna prisa, como puedes ver. ¿Para qué quieres un detective privado?

Se lo cuento. ¿Y por qué no? No se me ocurre ninguna idea mejor. Escucha sin decir palabra la versión resumida y objetiva de mi historia. Cuando termino, tampoco dice ni mu. Añado algunos detalles. Cómo me miraban Pearl y Jack sin verme, como si fueran en autobús al trabajo. Los anuncios de Nathan Shaw en la tele. Dan, el trabajador social, dejando su puesto mientras me tomaba declaración.

Sigue sin decir nada. El silencio se vuelve muy incómodo. Le cuento —aunque no era mi intención— cómo la cagué cuando fui a vigilar la casa y lo del cabreo que se pilló el tipo del polo rosa. Le explico que dejé la universidad cuando llevaba año y medio, que trabajo como actor en Frontera Embrujada y que la verdad es que soy la persona menos indicada para ayudar a nadie en una situación así.

—Entiendo —dice por fin.

Y entonces, por fin, me doy cuenta de lo que pasa.

—Sí que fuiste detective privada, ¿verdad?

—Catorce años, en California. Aquí no tengo licencia. Pero sigo sin saber quién es Salvador.

—Eso ha sido muy astuto.

—¿El qué?

—Cómo me has hecho hablar. ¿Dónde aprendiste a hacerlo?

Se alisa la falda y mueve los dedos de los pies descalzos.

—Así que quieres consejo profesional.

—Sí —contesto—. Sí, por favor. Lo que sea.

—Olvídate del tema —dice—. Ese es mi consejo profesional. Jugar a los detectives, intentar demostrar que a esos niños los están maltratando… No es buena idea.

—Ya lo sé. Pero no puedo olvidarme del tema. No sé por qué.

Me hace señas con el dedo. Al principio creo que quiere que me incline, que me acerque para susurrarme la respuesta secreta. Pero luego me doy cuenta de que lo que quiere es que le devuelva el vaso para volver a llenarlo. Me he terminado el vino que estamos compartiendo.

Casi nunca bebo alcohol. Siento pinchazos, como si estuviera cargado de electricidad estática. Qué tarde más rara, como uno de esos cuadros enigmáticos que se ven en los museos. Yo, con mis bermudas y mi camiseta vieja de Hoodoo Gurus comprada en una tienda de segunda mano, en el patio de una casa desierta y en venta, junto a un brasero apagado y delante de una agente inmobiliaria de mediana edad muy atractiva. ¿Cómo se titularía el cuadro? Naturaleza muerta con… ¿con qué?

—¿Cómo lo plantearías tú si estuvieras en mi lugar? —le pregunto—. ¿Por dónde empezarías?

—Yo me olvidaría del tema, Hardly. Ya te lo he dicho.

—¿Cómo buscarías pruebas si estuvieras en mi lugar y no pudieras olvidarte del tema, Felice? ¿Dónde buscarías? ¿Qué buscarías?

Mira su reloj. Son las tres y veinte. Tiene que quedarse hasta que termine la hora de visitas.

—Ve a por la otra botella de vino —me dice.

Entro y traigo el vino y un poco de queso. Nos repartimos el queso con servilletas de papel. Seguimos compartiendo el vino en el mismo vaso de plástico.

—Dímelo tú —me dice—. ¿Cómo lo haría? ¿Cómo crees que buscaría pruebas?

Estoy casi seguro de saber qué no haría. No haría nada precipitado. No se dejaría llevar por un impulso y pasaría en coche por la casa de la familia. No dejaría que un tipo con un polo rosa la sorprendiera. Cuando he llegado, acuérdate, estaba de cara al jardín y al mismo tiempo mirando la cocina. Me ha visto venir.

—Tendrías un plan —le digo.

—Cierto.

—Te… —Me acuerdo de que, treinta segundos después de conocerme, se las ha arreglado para que le contara básicamente la historia de mi vida—. ¿Hablarías con gente? ¿Con gente que… que conozca a los niños y pueda haber visto algo?

—¿Qué gente?

Vecinos, quizá. En teoría, pero ya no soy bienvenido en la calle sin salida. ¿Y los padres de los amigos de Pearl y Jack? El problema es que no creo que Pearl y Jack tengan muchos amigos; no me los imagino yendo a fiestas de cumpleaños o jugando al fútbol en la liguilla infantil. ¿Te acuerdas de cómo se los llevó Tracy Shaw del edificio, casi corriendo? ¿Te acuerdas de cómo los aparcó en un banco, delante de la oficina, antes de entrar? No quiere que nadie sepa lo que les pasa a sus hijos.

Felice sonríe.

—Fíjate.

—¿Qué?

—Nada. Continúa.

Pearl y Jack solo están con otras personas cuando no queda más remedio. Pero ¿cuándo es eso? Cuando van al médico o al dentista. O a la iglesia, quizá. En el colegio. Eso es, en el colegio.

—Hablarías con sus maestros —digo.

—¿Ves? No necesitas que te aconseje, ¿a que no?

—Pero ¿y si…?

—¿Y si los educan en casa? Podría ser.

Felice vuelve a alisarse la falda, estira las piernas. Tiene unas piernas bonitas. De pronto me arden las mejillas. Espero que sea por el vino y no porque me estoy ruborizando. Vuelvo a fijarme en que es muy atractiva. A su boca el mundo le hace cierta gracia, pero sus ojos tienen una mirada muy seria. Es una combinación seductora.

Cojo todas esas ideas y las guardo bien guardadas para que no me distraigan, no vaya a ser que Felice vuelva a leerme el pensamiento.

Aunque a Pearl y Jack no los eduquen en casa, aunque vayan al colegio, en la ciudad hay decenas de colegios de primaria. ¿Cómo voy a saber cuál es el suyo?

—Solo tienes que buscar —dice Felice—. Es el único consejo que puedo darte. Buscar y buscar y buscar. No hay ningún truco mágico,

ningún secreto.

Me animo un poco, con cautela. Lo de buscar puedo hacerlo, quizá. Parece más cuestión de esforzarse que de tener un talento natural extraordinario, lo que cuadra perfectamente con un tío del montón como yo.

—¿Por qué dejaste de ser detective? —le pregunto—. ¿Por qué no estás en California? ¿Cómo acabaste aquí?

La sombra se ha movido. Felice moja los dedos en el sol que se ha ido acercando a ella a hurtadillas y baja las largas piernas de la tumbona. Pone el corcho a la segunda botella de vino, o a lo que queda de ella.

—Las cuatro —dice—. Hora de irse.

Me acompaña hasta la puerta principal. Le agradezco sus consejos y me da su tarjeta de visita.

—Mi número personal está detrás —me dice.

—¿Puedo llamarte?

—Recuerda lo que te he dicho.

—Que tengo que buscar y buscar.

—Que tienes que olvidarte del tema.

Y entonces me cierra suavemente la puerta en las narices.

12

Esa noche tengo pesadillas. Lo raro sería que no las tuviera, con todo lo que he investigado. Pero curiosamente no sueño con niños maltratados. Las pesadillas son sobre mí: necesito vestirme a toda prisa, pero no encuentro mis zapatos; tengo que coger el bus, pero se está yendo; tengo que pulsar el botón correcto —o si no…—, pero todos los botones están encendidos y parpadean. Y entonces es demasiado tarde, se acabó, pierdo para siempre la oportunidad de hacer lo que intentaba, estoy solo y nadie va a venir a socorrerme.

Me despierto asustado, sudando. Cuando vuelvo a dormirme, todo vuelve a empezar.

El lunes por la mañana, Salvador se reúne conmigo en la Mina Abandonada. Va a prestarme su MacBook Air viejo, que es más rápido y fiable que mi Dell, que está decrépito. También ha traído varios paquetes de fichas de cartulina, cajas de chinchetas de colorines y rotuladores de varios colores.

—Es para que organicemos nuestro caso —dice.

¿Nuestro caso? Pero la verdad es que no puedo decir nada. Necesito el MacBook y además es verdad que Salvador me ayudó a encontrar a Felice.

—Vale, pero estate callado, ¿vale? Necesito concentrarme.

—¡Sí! —grita.

Localizo en el mapa y hago una lista de todos los colegios de primaria que hay cerca de Meadow Wood Estates, en un radio de un par de kilómetros. Pero me atasco en el siguiente paso. Obviamente, no puedo llamar a cada colegio y preguntar si Pearl y Jack están matriculados allí. Nadie va a darle esa información a un fulano cualquiera. Los nombres de los alumnos tampoco aparecen en el sitio web de los colegios. Y las fotos de niños riendo, aprendiendo y

jugando al balón prisionero tienen una pinta sospechosamente lustrosa, como si fueran de *stock*.

Elijo el colegio que queda más cerca de casa de los Shaw, el Canyon Ridge Elementary, y miro en Instagram. El colegio tiene cuenta y las fotos que hay publicadas parecen auténticas, muy de andar por casa, así que esto promete. Genial. Si veo a Pearl o Jack en una publicación de Instagram, sabré a qué colegio van.

Sí, genial, solo que hay un montón de colegios y en el Insta de cada colegio habrá un montón de fotos. Será como buscar una aguja en un pajar, sin garantías de que haya aguja.

Tenemos que establecer un sistema. Le digo a Salvador que ponga el nombre de cada colegio en una ficha, un colegio por ficha, y que vaya anotando los comentarios que yo le dicte.

Se pone como loco, como siempre.

—¿Y luego pongo la ficha en la pared con una chincheta? ¿O la pongo primero en la pared?

—Lo que tú veas —le digo—. Tú mandas en las tarjetas.

Empiezo a buscar. Canyon Ridge. Muchas de las publicaciones las descarto de un plumazo: niños mayores que Pearl y Jack; niños en fiestas de cumpleaños y partidos de fútbol (sitios donde es poco probable que estén Pearl y Jack); fotos de familia… Pero también hay fotos de niños de su edad en las aulas y en el patio, saliendo del colegio al acabar las clases o yendo de excursión al museo de ciencias.

Miro detenidamente cada una de esas fotos. Cada cara, cada trozo de cara, las caras del borde del encuadre y las del fondo. Es muy muy lento, aún más de lo que esperaba. Solo con Canyon Ridge estoy media hora. ¡Solo con un colegio! Le digo a Salvador que apunte un par de posibilidades remotas para revisarlas después —huerto de calabazas y globo terráqueo—, pero no veo claramente a Pearl y Jack por ningún sitio.

Siguiente colegio: Good Shepherd Elementary. Luego, Dundee West. Mando a Salvador al 7-Eleven a por taquitos y bolitas de pollo. Ashford Hills. Morris Brock. Me duelen los ojos. Las caras de las fotos se me confunden. A los niños de esa edad —seis, siete, ocho años— les encanta la cámara. Se iluminan: sonrisas enormes, risas descontroladas, cara de bobos. Toda esa alegría tan pura y esa chaladura sin complicaciones debería ponerme de buen humor. Y

en cambio estoy cada vez más mustio, pensando en Pearl y Jack en el banco del edificio municipal, con su cara inexpresiva y sus ojos vacíos.

Me preocupa no reconocerlos. Han estado viviendo en mi cabeza veinticuatro-siete desde que los vi, pero recuerdo la impresión general que me produjeron, no ningún rasgo físico concreto. Los vi solo un momento, un par de minutos. Me parece que Jack tenía la cara más redonda y las orejas más grandes que Pearl, ¿no? ¿Estoy cien por cien seguro de que tenían el pelo rubio claro y los ojos verdes?

Saint Cecilia. Spring Creek. Qué hartura de fotos, qué hartura de caras. Qué hartura de Salvador.

—¿Alguna vez has probado a respirar con la boca cerrada? —le pregunto—. ¿Como por las fosas nasales?

—Sí —contesta, no muy seguro.

—Prueba a ver.

Cierra la boca. El silbido húmedo cesa. Se le ponen los mofletes colorados y se le hinchan los ojos. Pero Salvador no se rinde. Sigue luchando. Me siento culpable. El silencio es un alivio, pero no quiero que se asfixie.

—Da igual —le digo—. Era una broma. Respira como tengas que respirar.

—¡Gracias!

—Puedes irte a casa, Salvador. Ya sabes que no hace falta que te pases aquí todo el día.

—¡No me importa!

Me vuelvo hacia el MacBook. Una publicación de mayo pasado, del colegio Spring Creek. Es una foto de clase: un grupo de críos sentados en círculo, mirando boquiabiertos a un profesor joven, con pinta de simpático. Les está leyendo un libro. No se ve la portada, pero, sea el libro que sea, los niños están embobados, sentados al borde de sus sillitas.

Y ahí está Pearl. No me puedo creer que me preocupara no reconocerla. Es ella, tal cual. Es la única niña del corro que no parece embelesada con el libro, la única que se ha dado cuenta de que al fondo de la clase alguien está haciendo una foto. Su oreja está desenfocada y tiene la cabeza inclinada como si hubiera hecho amago de apartarse, pero sus ojos están fijos en la cámara. De

pronto, estoy otra vez en el aparcamiento del edificio municipal: el coche se aleja y Pearl me mira por la luna de atrás.

—¿Hardly? —dice Salvador.

Levanto la vista.

—¿Qué?

—¿Estás bien? Te he preguntado si ya hemos terminado con Spring Creek y si cuelgo la ficha.

Leo los comentarios de la foto de la clase de Pearl. El nombre del profesor joven y simpático está justo ahí, en el primer comentario: ¡La hora del cuento con el señor K! Y un enlace: Camokellr19. Voy a su Insta. Se llama Cameron Keller: «Aprendiz entusiasta, aspirante a pionero, maestro de segundo de primaria, amante de las galletas. Deja que tu sonrisa cambie el mundo, no que el mundo cambie tu sonrisa».

Salvador empieza a decir algo.

—Espera —le digo—. Silencio.

Escribirle un mensaje directo a Cameron Keller va a ser complicado. Si le digo la verdad —lo que intento hacer, por qué quiero hablar con él—, pensará que estoy loco (y seguramente es verdad que lo estoy). Pero mentir se me da de pena. Me pongo nervioso por si meto la pata, y encima me siento culpable por haber mentido y me pongo aún más nervioso. «Cariño», recuerdo que me dijo mi madre una vez, riéndose, «se te van a rifar para jugar al póquer».

Decido escribir algo muy vago y que sea verdad, más o menos. Le digo que un padre de Spring Creek me ha hablado de él (fue un padre quien hizo la foto, así que… más o menos, ¿no?) y que me gustaría hablar con él sobre educación (algo así…). Justo cuando voy a mandar el mensaje, vuelvo a leer su perfil y me acuerdo de Felice y de cómo está atenta a todo. Así que busco en Google «citas inspiradoras» y pongo una al final del mensaje, debajo de mi nombre. Eres más de lo que solías ser. Qué astuto soy. Le doy rápido a enviar, antes de empezar a sentirme culpable.

Ahora toca esperar, supongo. Solo tengo un cincuenta por ciento de esperanzas de que Cameron Keller responda al mensaje. Si responde, seguramente tendré que ser menos vago y más sincero para que acepte quedar conmigo. ¿Con qué padre he hablado? ¿Por qué quiero hablar de enseñanza con él? A eso me refiero con lo de

mentir. Es agotador.

Casi enseguida recibo un mensaje directo de Cameron Keller. «Claro! Encantado de que hablemos! Tomamos café mañana? A las cinco?».

Salvador me observa mientras reorganiza las fichas clavadas con chinchetas.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Yo sacudo la cabeza. No pasa nada. Solo que necesito un segundo para asimilarlo. Esto funciona de verdad.

13

Cameron Keller es un tío optimista. Le flipa conocerme. Le flipa que me guste esta cafetería, que tiene el mejor café de la ciudad. Derrocha entusiasmo y positividad a las cinco de la tarde, después de un largo día batallando con los alumnos de segundo de la escuela de verano. Debería estar machacado, ¿no? Hecho un escombro, convertido en un cráter de cascotes humeantes. Pues no. Está más tieso que un libro nuevo cuando lo abres.

Resulta que fuimos al mismo instituto. No nos acordamos el uno del otro —él me saca dos años, y el instituto es el más grande de la ciudad—, pero le parece una coincidencia flipante.

Me cae bien. Su energía parece auténtica, no una pose. Entiendo perfectamente que a unos chavales de siete años les chifle un profe como Cameron.

—Así que ¿estás pensando en dedicarte a la enseñanza primaria? —me pregunta.

Debe de ser la conclusión que sacó de mi mensaje. Yo sigo con mi planteamiento vago y más o menos verídico.

—La educación es crucial a esa edad —contesto.

—Pues sí, Hardly. Y es muy gratificante estar ahí al principio, en los primeros cursos. Somos un verdadero acicate. Marcamos la diferencia.

—Los primeros cursos —digo—. Sí, desde luego.

—¿Hiciste algún curso relacionado con la educación en la universidad? No pasa nada, si no. Solo tienes que hacer un curso de acreditación. Si tienes alguna duda, puedo resolvértela.

Sorbe los posos de su café *frappé* con una pajita. Intento pensar en una pregunta sobre los cursos de acreditación. No se me ocurre ninguna. Y, además, prefiero ir al grano.

—Tenías una niña en clase el año pasado —le digo—. Pearl Shaw.

—Sí, sí, Pearl. Así es.

—¿Alguna vez notaste algo raro? ¿Algo… preocupante?

—¿Preocupante?

—Como marcas o quemaduras. Moratones. Heridas que no tendría por qué tener.

Estoy empezando a darme cuenta de que Cameron tiene una cara más expresiva que un ser humano normal. Cuando tiene curiosidad o te quiere dar ánimos, no hay ninguna duda de que tiene curiosidad o te quiere dar ánimos. Y cuando algo le extraña, como ahora, no hay ninguna duda de que está extrañado. Es como si hubiera contado tantos cuentos a los niños que ya no puede dejar ese hábito.

—¿Te refieres a indicios de maltrato? —pregunta.

—Exacto. ¿Viste algún indicio de maltrato?

—No entiendo. ¿Qué tiene eso que ver con…? —Se queda pensativo. Inequívocamente pensativo—. ¿Eres de Servicios Sociales?

Muevo la cabeza ambiguamente.

—Entonces, volviendo a Pearl, ¿viste algún indicio de maltrato?

—No.

—¿No? —digo, sorprendido. Cameron era su maestro. Estuvo con Pearl todos los días lectivos del curso escolar. Tuvo que ver algo.

—No. —Sacude la cabeza—. No vi ningún indicio de maltrato.

—¿Nada de nada?

—¿Por qué lo estás investigando?

Mis esperanzas de que esto pudiera ser el gran avance, la prueba que necesitaba, se derrumban de golpe. Estrepitosamente, entre una nube de polvo. Ni siquiera hay margen de duda. «No, no vi ningún indicio de maltrato»; más rotundo no puede ser.

Cameron espera a que responda a su pregunta. Es hora de que me dé el piro. Pero entonces me paro y pienso. Es lo que haría Felice. Mirar el asunto desde todas las perspectivas.

Se me ocurre que Cameron ha respondido a muchas de mis preguntas con otras preguntas.

YO: ¿Notaste algo preocupante?

ÉL: ¿Preocupante?

YO: ¿Viste algún indicio de maltrato?

ÉL: ¿Eres de los Servicios Sociales?

Sí, al final me ha dado una respuesta directa, pero solo después de salirse por la tangente un montón de veces. Y luego ha vuelto a responder a mis preguntas con más preguntas.

YO: ¿Nada de nada?

ÉL: ¿Por qué lo estás investigando?

¿Es posible que Cameron no me esté contando todo lo que sabe sobre Pearl? ¿Es posible que mienta aún peor que yo?

Sigue esperando a que yo diga algo. Pruebo el truco del silencio incómodo que Felice usó conmigo, pero no funciona. Soy yo quien empieza a sudar. Soy yo quien se remueve en la silla. A lo mejor no estoy sudando ni removiéndome literalmente, pero lo parece. Le miro fijamente demasiado rato. Aparto la mirada demasiado rato. Cameron se está preguntando qué me pasa. ¿Se me habrá ido por mal sitio un trozo de magdalena y necesito que me haga la maniobra de Heimlich?

Incluso con los consejos de Felice, esto se me da fatal, sigo sin tener ni idea de lo que hago. Recuerdo un domingo por la mañana cuando tenía nueve años, al poco de morir mi madre. Estaba en la iglesia, con Preston, nuestros padres de acogida y sus cuatro hijos normales. Estábamos cantando un himno. ¿Una fortaleza poderosa es nuestro Dios, quizá? En fin, el caso es que a mí siempre me había gustado cantar. Me encantaba. Pero debía de hacerlo de pena, porque aquel día mi madre de acogida se inclinó y me dijo que solo moviera los labios y fingiera que cantaba. Creo que solo pretendía ayudarme. No quería que me pusiera en evidencia, como me estoy poniendo ahora.

—Bueno, nunca vi señales evidentes de maltrato —dice Cameron de pronto, hablando a toda prisa, como si hubiera estado aguantando la respiración todo este tiempo—. Quería puntualizarlo. Y maltrato no es la palabra que yo… No quiero dar una impresión equivocada.

Se pone a juguetear con la tapa de plástico de su café vacío. La quita, la pone. La quita, la pone. Vaya. O sea, que es verdad que sabe más sobre Pearl de lo que decía al principio, y me lo está contando ahora. Estoy a punto de preguntarle a qué se refiere con

señales «evidentes» de maltrato, pero me callo a tiempo.

—Tenía cierta preocupación al respecto, diría yo —dice después de juguetear un poco más con la tapa del vaso—. Pero es difícil estar seguro. A esa edad todos los niños se hacen un montón de moratones y arañazos y… ¿Alguna vez has visto a críos de esa edad en el patio? Están todo el rato saltando, dándose golpes y cayéndose…

Se para. Cuento despacio hasta veinte para mis adentros. Le estoy cogiendo el tranquillo a esto del silencio incómodo.

—Pearl tuvo una vez un moratón muy feo en la muñeca —continúa—. Y otra vez, en el cuello. La verdad es que estuve a punto de llamaros, de llamar a Servicios Sociales, pero no quería meter a nadie en un lío. Si denuncio algo así y es solo un malentendido… No quería meter a nadie en un lío.

No entiendo. ¿Meter a quién en un lío? Y entonces me doy cuenta de que se refiere a los padres, a Nathan y Tracy Shaw. Espera, espera. ¿Qué? ¿Una niña de su clase aparece con moratones, y a él le preocupan los padres?

—No te preocupes —dice rápidamente. Debo de haber puesto cara de sorpresa—. Les pedí a los padres de Pearl que vinieran a una reunión de tutoría. Y era lo que yo me imaginaba. Me dijeron que Pearl se había hecho el moratón de la muñeca patinando. Y el del cuello… A su hermano y a ella les gusta jugar a la lucha libre.

—¿Eso te lo dijeron los padres?

—Pearl lo confirmó. Ella también estuvo en la tutoría. Cuando le pregunté por los moratones, confirmó lo que decían sus padres.

Me explota la cabeza. ¿Cameron le preguntó a Pearl si sus padres la maltrataban estando sus padres delante, sentados a un metro de ella? ¿Cómo puede ser tan ingenuo? Ni siquiera yo soy tan ingenuo, creo. Tal vez sea la naturaleza humana. Quizá Cameron solo oyó lo que quería oír. Intento ver la situación desde su perspectiva y concederle el beneficio de la duda. Pero no es fácil.

Lo que importa, en todo caso, es que me está dando información importante. Todavía me cuesta un poco creer que esto esté dando resultado.

—Entonces, ¿estarías dispuesto a decirle al Servicio de Protección de Menores lo que me acabas de contar? —le pregunto.

—Claro —contesta—. Pero yo pensaba… ¿No lo estoy haciendo

ya?

Tiene la impresión de que soy un trabajador social. Ah, sí, se me había olvidado.

—Una declaración oficial, quiero decir.

—Si crees que es importante, sí. Claro.

Son las cinco y media. Ha quedado con su novia en Home Depot. Limpiamos nuestra mesa y le pregunto por Jack. Me dice que Jack es un año más pequeño que Pearl. Este año iba a estar en su clase, pero la primavera pasada los padres decidieron empezar a educarlos en casa.

Después de que los convocara a una reunión para hablar de posibles indicios de maltrato, los padres decidieron empezar a educar a sus hijos en casa. Espero a ver si a Cameron se le ilumina la bombilla. Pero, aunque parezca increíble, no, nada.

Al salir de la cafetería, se me ocurre una última pregunta.

—¿Cómo son los padres? —digo—. Nathan y Tracy Shaw.

—Tracy puede ser un hueso duro de roer, pero tiene un gran corazón —contesta—. Deberías verla con los niños. Se desvive por ellos.

—¿Y Nathan?

Cameron pulsa el mando de su coche y echa mano del tirador.

—¿Cuándo crees que tendré que ir? ¿O puedo hacer la declaración por teléfono?

Qué lento soy. Debería haber estado más atento y haberle cortado la huida.

—¿Cómo es Nathan?

Sube al coche.

—Tengo que irme —dice antes de cerrar la puerta—. Ha sido genial conocerte.

14

Al día siguiente estoy listo para ponerme en marcha. Pero ¿para ir adónde, exactamente? He ahí mi dilema. Lo del profe de Pearl fue una gran victoria y me sirvió para descubrir información crucial. Pero puede que no sea suficientemente crucial. No sé hasta qué punto ayudará una declaración de Cameron Keller ante Protección de Menores. Un par de moratones y una explicación de los padres confirmada por Pearl. Basándome en mi experiencia hasta ahora con el Servicio de Protección de Menores, es posible que no aporte gran cosa.

Nguyen y Mallory quieren que vaya. Piensan colocarse y pintar la habitación de Mallory, o sea que seguramente se colocarán y no pintarán la habitación de Mallory. Les digo que no puedo, pongo unos litros de gasolina en el coche y me voy a dar vueltas por ahí con la esperanza de que eso ayude a fluir mi creatividad. De vez en cuando saco la tarjeta de Felice y la miro. Pero no puedo llamarla aún. Solo han pasado tres días y no quiero ser un plasta. Tengo que decidir el siguiente paso yo solito.

Cuando vuelvo a casa, Burke está haciendo salchichas caseras en la cocina. Utiliza una picadora de carne manual porque dice que los electrodomésticos han acabado con el vigor de la civilización occidental. Lleva gafas de sol tácticas, un pañuelo en la cabeza y una camiseta de camuflaje sin mangas. Suele llevar esas pintas de SEAL jubilado, aunque está más gordo, más fofo y más pálido de lo que creo yo que estaría un SEAL jubilado.

—No te acerques a mí con tanto sigilo —me dice—. No te lo recomiendo.

No sabía que me había acercado con sigilo. Estoy casi seguro de que solo he andado normalmente y he abierto un armario para

sacar los cereales.

—Perdona —le digo.

Me voy a mi habitación a pensar. Y a pensar. Y a pensar. Una cosa en la que pienso pero no quiero pensar: ¿cómo se hizo de verdad Pearl esos moratones? Por lo que me ha dicho Cameron, tiene que ser Nathan quien maltrata a los niños. Yo estaba en lo cierto.

Lo de los moratones es mal asunto, pero lo de las quemaduras de cigarrillo es aún peor. ¿Qué vendrá después? ¿Qué viene después de las quemaduras de cigarrillo? Mientras estoy aquí tumbado, en este mismo instante, Nathan podría estar ideando una nueva forma de hacer daño a Pearl y Jack, algo aún más malvado.

Sobre las nueve de la noche me vibra el teléfono. Es un mensaje de Eleanor, la chica gótica: «Preparado?».

¿Preparado para qué? Ay, mierda. El favor que le debo. Supongo que esperaba que, si yo me olvidaba del tema, ella también se olvidaría.

Me manda otro mensaje. «Hola?».

No estoy nervioso. Bueno, sí, un poco. Pero no creo de verdad que quiera que cave una tumba para un ritual gótico demoniaco. Seguramente solo necesita que la ayude a llevar muebles y cajas a un piso nuevo. Sencillo, fácil.

Le contesto: «Cuándo?».

Me manda una dirección. «Ahora».

El navegador del móvil me lleva hasta una casa de dos plantas vieja y destartalada, en un barrio igual de destartalado. Aquí mi Kia tembloroso y humeante no desentona nada, no como en Meadow Wood Estates.

Eleanor está esperando delante de la casa. Todavía lleva la ropa del trabajo, un vestido color café con lunares color crema. Con esa ropa y la piel tan pálida, el pintalabios negro, los *piercings* en las cejas y las botas de Frankenstein con pinchos, parece la encargada de una tienda de Banana Republic en plan guerrera caníbal distópica.

—¿Has tenido que quedarte trabajando hasta tarde? —le pregunto.

—No. ¿Por qué?

—Por el vestido.

—¿Qué tiene de malo mi vestido?

Entonces me doy cuenta de que ese estilo tan raro es en realidad su estilo. Es una elección, no una exigencia del trabajo.

—Nada —contesto—. Está muy bien.

—Qué inmenso alivio que el porrero *hippie* de las greñas sarnosas me dé su aprobación.

—Jopé —digo—. Vale.

¿Qué tiene de malo mi pelo? Es mi mayor atractivo. Por lo menos, eso me dijo una chica con la que me enrollé hace un par de años. ¿Es triste que todavía me acuerde de eso? Pues sí, lo es.

—Por cierto, es verdad que soy lesbiana —me dice—. Eso no era mentira. Por si te da por pensar que esto es una astuta estratagema para seducirte.

Jopé, repito. Eso ni se me pasa por la cabeza, lo prometo. Pero ya la he ofendido una vez, así que mejor me callo.

—Has venido de verdad, idiota —me dice—. Sabes que podrías haber pasado de mi mensaje, ¿no? No tenía forma de localizarte.

—Pero hicimos un trato.

Me mira como aquella primera vez, como si fuera un perro con sombrero.

—¿Vives aquí? —le pregunto.

—Sí, con mi abuela. Desde que murió mi tío hace un par de años. Le vas a quitar las llaves del coche. Ese es el favor.

—¿Que voy a qué?

—Mi abuela no debería conducir. Va a matar a alguien. Tú eres de la policía. O de Tráfico. Espera dos minutos y luego llama al timbre.

—¿Qué? Espera.

Demasiado tarde. Ya se está yendo hacia la puerta. Esto es de locos. Nadie va a creerse que yo soy de la policía o de Tráfico. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Reducir a una anciana y quitarle las llaves del coche? Eso no pienso hacerlo, ni hablar, ni con trato ni sin trato.

Espero dos minutos y llamo al timbre. Eleanor me deja entrar. Me lleva por el pasillo, cruzamos el cuarto de estar y subimos al piso de arriba. La casa es vieja y oscura y chirría, y está decorada por todas partes —va en serio— con alienígenas vestidos con distintos trajes. Me refiero a criaturillas verdes con gigantescos ojos

negros y extremidades alargadas. Hay una pareja de novios alienígenas, un policía alienígena y una familia alienígena de cuatro miembros cenando alrededor de una mesa. Hay cuadros, figuras de cerámica, cojines bordados…

—No preguntes —me dice Eleanor sin darme tiempo a preguntar.

Su abuela está en el dormitorio principal, sentada en un sillón reclinable. Lleva puestos unos auriculares gigantes, de esos acolchados que tapan toda la oreja. Tiene aproximadamente doscientos años, lleva una tonelada de sombra de ojos y delineador negro, y tiene tatuajes desteñidos en los brazos y una mirada fulminante idéntica a la de Eleanor.

Se quita los auriculares. Parece que está escuchando heavy metal del antiguo. Se oye el guitarreo distorsionado en toda la habitación.

—¿Tú quién eres? —me pregunta.

—Abuela —dice Eleanor—, es de Tráfico. No sé qué quiere.

Muchas gracias, Eleanor.

—Sí, señora —le digo—. Soy del Departamento de Tráfico.

—Pues no te vas a llevar las putas llaves de mi coche.

Eleanor se vuelve hacia mí.

—No te vas a llevar las putas llaves de su coche.

Ahora mismo preferiría estar cavando una tumba. Por favor, por lo que más quieras, pídeme un ritual gótico demoniaco.

Veo las llaves encima de la mesa, junto al sillón, al lado de una lata de refresco Mr. PiBB y un pastillero. ¿Qué hago? ¿Las cojo? ¿Me dará tiempo a cruzar la habitación antes de que las agarre la abuela? Esto es de locos.

Lo único que sé de la gente mayor, por haber trabajado en Frontera Embrujada y en reparto a domicilio y en mis otros trabajillos de atención al cliente, es que prefieren que los traten como a personas normales. No le puedes hablar a un anciano como si estuviera gagá, aunque lo esté. Sobre todo, si lo está. Así que intento pensar en una pregunta que le haría a una persona cualquiera en esta situación.

Hace calor en la habitación. Está mal ventilada y hay un extraño mejunje de olores. Polvos de talco y aceite de pachulí.

—¿Qué está escuchando? —le digo.

Me fulmina con la mirada unos segundos.

—A los Sabbath.

—¿A los Black Sabbath?

—No, a los Green Sabbath.

—¿Los vio alguna vez en directo?

—¡Ja! Solo media docena de veces.

—¿Quién es el mejor guitarrista de todos los tiempos?

—¿Quién crees tú?

—Pues, la verdad, no lo sé. Por eso pregunto.

Mira a Eleanor. Eleanor se encoge de hombros.

—Mejor vete —me dice—. Tiene que marcharse, señor. Váyase a Tráfico y aquí no vuelva.

—El puto Clapton, no —dice la abuela.

—El puto Clapton, no, desde luego.

¿Quién es Clapton? No tengo muchos conocimientos ni opiniones firmes sobre guitarristas de rock, pero me fío de una anciana que escucha a los Black Sabbath a todo volumen.

—Ni el Jeff Beck de los cojones —dice.

—¡Ja! Jeff Beck.

La abuela señala a Eleanor.

—A Natalie le va esa mierda sentimentaloide. Ese rollo deprimente. A mí me da ganas de cortarme las venas.

—Soy Eleanor, abuela —dice Eleanor.

—¿Y qué opina de Eddie Van Halen? —le pregunto a la abuela —. A mi madre le encantaba.

—No es muy de mi gusto, pero sabía tocar.

—Esta persona no tiene derecho a llevarse las llaves de tu coche, abuela —dice Eleanor, y me mira como diciendo: «Coge las llaves de una vez, ¿vale?».

—Tengo que llevarme sus llaves, señora —le digo, y, como sigo mintiendo igual de mal que ayer, busco alguna manera de ceñirme a la verdad—. No porque yo quiera. Lo siento muchísimo, se lo digo de corazón.

La abuela vuelve a ponerse los auriculares. Supongo que da por terminada la conversación. Pero luego, antes de que nos dé tiempo a decir nada, coge las llaves y me las tira a la cabeza. Con fuerza. Las esquivo por los pelos. Se estrellan contra la pared, detrás de mí. Eleanor las coge del suelo y me agarra del brazo.

—Joder —dice mientras me lleva a toda prisa escaleras abajo—,

le has caído bien. Lo has conseguido.

15

Eleanor me acompaña al coche.

—Este ha sido solo el primer favor que me debes —me recuerda.

—Ya lo sé. Teníamos un trato.

—Eres un tío raro.

—¿Raro por qué?

—Me juego algo a que todavía ni has empezado a investigar lo de esos críos, ¿a que no? Seguro que aún estás en la fase de «me fumo un porro y me lo pienso».

—Sí que he empezado.

—Pues a ver, cuéntame.

Le cuento que conocí a Felice y que hablé con ella, que estuve mirando todas esas fotos de Instagram y que conseguí sonsacarle información a Cameron Keller. Pensaba omitir convenientemente lo de cómo la cagué cuando fui a vigilar la casa, pero al final se lo cuento también. Total, ya piensa que soy idiota. No voy a hacerla cambiar de opinión.

Cuando acabo, parpadea con sus pestañas de tarántula y me mira. Sospecho que está pensando en la manera más salvaje de ridiculizarme por lo del tío del polo rosa. Pero al final se limita a decir:

—Ah.

—Ahora tengo que decidir cuál va a ser mi próximo paso —le digo.

Su teléfono se ilumina al recibir un mensaje. Le echa un vistazo y lo guarda.

—Llamada guarrilla —dice.

Me pregunto qué tipo de chica le gusta a Eleanor. ¿Otras tías raras como ella, así, góticas? ¿O todo lo contrario? ¿Universitarias

rubias y pizpiretas, por ejemplo? La mayoría de las chicas con las que me he enrollado —que no son muchas— y mi única novia formal —aunque por poco tiempo— fuman porros, hacen bisutería y tienen vagos planes de convertirse algún día en aprendices de tatuadora. Pero ¿me atraen esas chicas por ellas, concretamente, o porque sé que es más probable que se sientan atraídas por mí?

Empiezo a subirme al coche.

—Espera —me dice.

Espero mientras Eleanor parece sopesar las implicaciones de algún asunto trascendental.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

—Claro.

—Como recompensa por tus servicios de esta noche, te dejo que me invites a cenar.

Gracias otra vez, Eleanor. Vamos a un sitio allí cerca, famoso por sus tacos mediocres pero baratos. Ella saquea la mesa vacía de al lado para coger condimentos extras.

—Entonces, ¿tu abuela está bien? —le pregunto—. ¿O está? Ya sabes…

Se mete un trozo de taco increíble en la boca, prácticamente el taco entero.

—¿Senil? No, qué va. La mente le funciona bastante bien. Lo que tiene hecho una mierda es la vista. Y también tiene ciática. Y cáncer.

—¿Cáncer?

—Sí, pero no pasa nada. Está como en las primeras etapas o algo así. Seguro que nos entierra a todos. Le dan unas drogas cojonudas para la ciática, y las que le sobran las comparte conmigo.

—¿Quién es Natalie? ¿Por qué te ha llamado así?

—¿Quién crees tú que es?

—¿Es tu madre?

—Era.

—Ah.

—No está muerta, solo ausente. Lo último que supe de ella es que vive en Florida. ¿Quién sabe?

—¿Te pareces a ella, o es que a tu abuela se le va la pinza?

—Sí.

Una pareja moderna de unos treinta o cuarenta años ocupa la

mesa de al lado. Son demasiado elegantes y estilosos para este sitio. La app de Urban Eats debe de haberlos traído aquí por error, en vez de a un restaurante que hay a un par de kilómetros, donde hacen unos tacos mucho más sabrosos pero más caros.

—Oye, perdona —dice el marido, sonriéndonos—, creo que ese es nuestro pico de gallo.

Eleanor moja el dedo en el cuenco, remueve la salsa y le ofrece el cuenco.

—¿Este? —le dice.

El marido se queda congelado como una llamada de FaceTime, con ligero temblor de píxeles. Su mujer murmura algo por lo bajo. Seguramente «Tranquilo, cariño» o algo así. Yo cojo la salsa de la mesa vacía del otro lado y se la paso. Me disculpo en nombre de Eleanor.

—Estás un poco loca —le digo. Y la verdad es que eso me gusta un poco.

Ella no contesta. Se está zampando su segundo taco. Rebaña con los dedos la carne picada que se le escapa.

—¿Cuándo se fue tu madre? —le pregunto—. ¿Cuántos años tenías?

—La primera vez, siete. La segunda, diez. A la tercera fue la vencida. Tenía doce cuando se fue para siempre. No es que una niña necesite a su madre a esa edad. Y, de todos modos, tuve a mi padre un tiempo. Y a mi abuela.

—Mi madre murió cuando yo tenía nueve años.

—¿Qué pasa, es que ahora somos mejores amigas? ¿Tengo que contarte cómo fue mi primera regla?

Miro al marido modernito. Creo que está poniendo la oreja. Me parece que piensa que Eleanor es mi novia y le doy pena. Frunce el ceño con cara de lástima.

—¿Y qué pasó luego? —dice Eleanor—. ¿Después de que muriera tu madre?

—Estuve con una familia de acogida. Pero fue una experiencia positiva. Tuve suerte.

—Ahora todo tiene sentido.

—¿El qué?

—Estás de broma, ¿no? Es obvio por qué estás tan obsesionado con ayudar a esos niños.

¿Ah, sí? Ahora que lo pienso, puede que en parte sea verdad, que la muerte de mi madre tenga algo que ver con el hecho de que no pueda quitarme de la cabeza a esos niños. Pero parece una explicación demasiado simple. O, al revés, demasiado complicada.

—Yo creo —digo— que la cuestión pura y simple debería ser no por qué quiero ayudar a esos niños, sino por qué no debería querer ayudarlos, yo o cualquiera.

Aparta los despojos de sus tacos y vuelve a mirarme. Eso lo hace mucho: mirarme fijamente. Me pone un poco nervioso.

—Me aburro —dice—. Enséñamela.

—¿Que te enseñe qué?

—La casa donde vive la familia. Vamos a pasar por delante. Iremos en mi coche para que el energúmeno ese del polo rosa no te reconozca.

No veo para qué vamos a pasar por delante de la casa. Es muy arriesgado y no vamos a conseguir a nada. Aunque, por otro lado, es algo. Si me voy a casa ahora, me quedaré despierto en la cama pensando en todas las cosas horribles que les pueden estar pasando a Pearl y Jack y en que estoy ahí tumbado sin hacer nada.

Mientras cruzamos la ciudad, me toca escuchar la lista de reproducción de Eleanor. La abuela lo clavó. Zumbido de guitarras lentas y estallidos de *feedback*, como si te estuvieras electrocutando. Baterías lentas y pesadas, y lamentos. Y también, de vez en cuando, sin venir a cuento, una canción de Taylor Swift o el tema de Little Einsteins de Disney.

—¿Qué tiene de malo mi música? —pregunta Eleanor fulminándome con la mirada.

—Yo no he dicho nada —contesto.

Entramos en Meadow Wood Estates. Todas las casas están a oscuras y el brillo de nuestros faros parece casi agresivo. Me pregunto si habrá seguridad privada: algún tipo como Burke patrullando por allí, con los dedos cruzados para que un día sus sueños se cumplan y pueda liarse a tiros con un intruso.

—Pensaba que sería un barrio más chungo —comenta Eleanor.

—Yo también.

—Lo cual es una estupidez, ya lo sé. La gente con dinero puede ser igual de mala que el resto.

Entramos en la calle sin salida. Las casas también están a

oscuras, menos la de los Shaw, que está toda iluminada. Hay luz en todas las ventanas de la planta baja.

—¡¿Qué?! —digo.

—¿Es esa? —pregunta Eleanor.

—Sí. Hala.

Después de lo que vi la semana pasada —las cortinas cerradas y cero señales de vida—, no esperaba encontrarme una fiesta a esas horas, un día de entre semana. Cuento tres coches en la entrada, más el Volvo. Y otros dos aparcados delante.

Pasamos delante de la casa. Ahora, con las cortinas abiertas, puedo ver lo de dentro. Pero no hay mucho que ver. Un rincón de una habitación vacía, un rincón de otra habitación vacía. La fiesta debe de ser al otro lado de la casa o en el jardín de atrás.

Eleanor da media vuelta, sale de la calle y nos vamos hacia la entrada de la urbanización. ¿Qué estará pasando?, me pregunto. ¿A qué vienen todos esos coches y esas luces? ¿Podría ser una pista? En la tele es relativamente fácil encontrar una pista. Se ve un primer plano de ella, o la música te da un empujoncito, o hay un corte y de pronto se ve al detective pensando «Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?». En la vida real faltan todos esos elementos tan convenientes.

—Es raro, ¿verdad? —digo—. No es muy normal que unos padres con hijos pequeños den una fiesta un miércoles a las once de la noche.

—¿Qué hay detrás de la casa? —pregunta Eleanor.

—Un jardín. ¿Por qué?

—No, digo detrás del jardín. ¿Más casas? ¿O campo?

—Campo. Pastos.

Me doy cuenta de lo que quiere decir y abro mi app de mapas. La cambio a vista satélite. Una carretera comarcal atraviesa el descampado de detrás de la urbanización, a unos cien metros de la casa de los Shaw. Podríamos aparcar en la cuneta. No tendríamos que colarnos por el jardín de ningún vecino. La valla de madera de los Shaw, que mide dos metros y pico de alto en lugar de metro ochenta, podría ser un problema. Tendríamos que mirar a través de ella, en vez de por encima. Confiar en que haya un agujero.

—No sé —digo—. ¿Y si nos ven?

—¿Quién nos va a ver? No seas cobardica, cobardica. Has dicho que querías investigar. ¿No es eso lo que quieres, investigar? ¿O me

equivoco?

—Vale. Pero tenemos que ir con muchísimo cuidado.

—No me digas —contesta.

16

Salimos de Meadow Wood Estates y cruzamos a la carretera comarcal. Los dos carriles, estrechos, están desiertos a estas horas de la noche, y hay campos a ambos lados. Algún día, en el futuro, todo esto existirá oficialmente, habrá un campo de golf y una clínica de urgencias y otra urbanización nuevecita (¿Hilly Flats Estates, quizá?)[4], pero ahora mismo este vacío oscuro e interminable parece irreal, un punto muerto en el mapa de un videojuego donde te ha dejado tirado un fallo del sistema.

El resplandor de la casa de los Shaw nos sirve de guía. Eleanor aparca en la cuneta y cruzamos el campo a pie. La media luna da luz suficiente para ver por dónde vamos. Y también para que nos vea el guardia de seguridad del gatillo flojo, pienso sin poder evitarlo.

Pero llegamos sin problema a la valla de madera de detrás de la casa de los Shaw. Y tenemos suerte: el lado de la valla que da hacia nosotros tiene unos travesaños horizontales, separados más o menos por un metro de distancia. Podemos usarlos como los peldaños de una escalera para trepar y mirar por encima.

Eleanor se me adelanta. Para ser una chica gótica menudita y con vestido, es increíblemente ágil. Me encaramo a su lado.

Ahí está la fiesta. La están celebrando en un salón comedor separado del jardín por unas puertas cristaleras. Las luces titilan y parpadean en la terraza de madera mientras la gente se mueve dentro. Oigo el golpeteo sordo de los bajos: bum, bum, bum.

Pero sigo sin ver nada. En el jardín hay un árbol que, aunque no es muy grande, me tapa la vista. Lo único que alcanzo a ver entre las hojas son fragmentos inconexos de caras y cuerpos, de bocanadas de humo y meneos de pelo. Tenemos que probar en otro

lado de la valla con mejor ángulo.

Voy a darle un codazo a Eleanor, pero, ¡joder!, ya está saltando la valla. ¿Qué hace? Se queda colgada un segundo al otro lado y luego se tira al suelo.

—Date prisa —me susurra, y desaparece entre las sombras del árbol.

Me subo a lo alto de la valla y también me tiro al suelo. ¿Por qué? No lo pienso. Acabamos de cometer un allanamiento de morada y estamos atrapados detrás de una valla de dos metros y medio.

Me acerco al árbol con cuidado y me agacho junto a Eleanor.

—¿Qué haces? —susurro—. Nos van a ver. ¿Y cómo vamos a volver a saltar la valla?

—No pueden vernos. Tranquilo. Está oscuro y dentro está encendida la luz. No pueden ver por las ventanas. ¿Nunca has estado dentro de una casa por la noche con la luz encendida? Las ventanas son espejos.

Vale, sí, pero ¿y si alguien abre la puerta de la terraza y sale? Estará tan cerca que notará que nos huele el aliento a tacos. ¿Y si…?

Ahora veo claramente la fiesta y la escena de dentro me deja tieso. ¿Quién es toda esa gente? Antes a Eleanor le ha sorprendido que el vecindario no fuera más chungo. Bueno, pues aquí hay gente chunga, chunga de verdad. Cuatro o cinco tíos a los que podrías ver rebuscando basura en la cuneta de una autopista. Un par de mujeres a las que no sería raro ver haciendo cola delante del centro de donación de plasma. Mala piel y peor dentadura, pelo grasiento y vaqueros aún más grasientos. La mitad de los invitados son flacos como yonquis. La otra mitad, gordos como camiones. Uno de los gordos tiene una barba gris como de lana de acero que le llega hasta la barriga. Otro, borracho y flacucho, lleva un cuchillo de caza en el cinturón. Una mujer con el pelo teñido de un rubio dudoso echa la cabeza hacia atrás y enseña los dientes al reírse. Parece que estuviera aullando, o ahogándose.

Seguramente yo no soy quién para juzgar, pero esta gente… Ostras… ¿Estarán Pearl y Jack arriba, intentando dormir? La música retumba. Cualquier padre normal no querría que sus hijos estuvieran ni a un kilómetro de un ambiente así, de gente como

esta. Pearl y Jack estarán seguramente tan asustados que no podrán dormir. ¿Y si tienen que hacer pis por la noche? Tendrán que aguantarse. No pueden levantarse y salir al pasillo. ¿Quién sabe lo que habrá fuera? Dolor y miedo. Pearl y Jack conviven con eso cada día, pero siempre hay espacio para más.

—¿Dijiste que el padre es abogado? —Eleanor frunce el ceño porque en la fiesta no hay nadie que encaje ni de lejos con esa descripción—. ¿Cuál es?

Nathan Shaw no está. Tracy, tampoco. Estoy a punto de decírselo a Eleanor cuando otra persona entra en el salón. Ahí está Nathan. Lo reconozco por la foto de su página web. En persona parece un poco más tosco. Necesita afeitarse y lleva la corbata floja, pero, comparado con el resto de la gente de la fiesta, parece una estrella de cine con esmoquin.

—Ese es —le digo a Eleanor.

Observo cómo avanza entre la gente. Sonríe, charla, va rellenando vasos de plástico con una botella de vodka. Al verlo en la vida real, sabiendo lo que ha hecho, creo que debería sentir un arrebato de furia. Pero me siento casi embotado. Como si estuviera separado unos centímetros de mi cuerpo, o como si me hubieran coloreado saliéndose de la raya. Nathan Shaw parece tan normal… Lo que significa que lo que les hace a sus hijos forma parte de una vida normal. Se lava los dientes, presenta demandas contra Hacienda, apaga cigarrillos en la clavícula de un niño.

—¿Estás bien? —susurra Eleanor.

Me digo a mí mismo que tengo que concentrarme. Estoy aquí por un motivo. Estudio la habitación procurando no perder detalle. Manos pálidas, pero cara bronceada. Un chaleco vaquero con costuras fantasma en la espalda, donde antes había un parche. No sé qué cosas tienen importancia y cuáles no. ¿Es importante que Tracy no esté en la fiesta? El borracho flacucho choca los puños de todos en cuanto tiene ocasión. Lleva el pelo cortado estilo mullet, con flequillo muy corto. La parte larga de atrás parece como si le resbalara por la nuca.

La botella de vodka se vacía en un minuto.

—Podemos acercarnos —susurra Eleanor.

—¿Qué? ¡No! Ya estamos demasiado cerca.

El borracho flacucho choca con el tipo del chaleco vaquero. El

del chaleco vaquero le da un empujón. El borracho flacucho echa mano del cuchillo y por un segundo parece que la cosa se va a poner fea, pero luego se gira y se pone a perrear dándole el culo al del chaleco vaquero, y todos se echan a reír.

¿Quién es esta gente? ¿Por qué les deja entrar Nathan Shaw en su casa? Sus vecinos de Meadow Wood Estates no deben de estar muy contentos. Sus vecinos… Ahora me explico por qué el tío del polo rosa estaba tan cabreado. Me vio rondando por la calle en mi coche cochambroso y pensó que yo era uno de ellos. Me preocupa que alguien pueda tomarme por una de estas personas, pero también me hace comprender que la fiesta de hoy no es nada excepcional. En casa de Nathan Shaw, la gente chunga debe de ser lo habitual.

Pero eso no es una prueba sólida de que Pearl y Jack estén sufriendo malos tratos. Seguramente, un trabajador social del Servicio de Protección de Menores se encogería de hombros. Y de todos modos no puedo informar de esto porque estoy quebrantando la ley al estar aquí. Y mi credibilidad ya es dudosa.

Saco el móvil, compruebo que el *flash* está apagado y hago una foto de la fiesta. Por alguna razón desconocida e inexplicable (¡juro que lo he comprobado primero!), salta el *flash*. La luz rebota en los cristales de la puerta de la terraza y todo el jardín se ilumina una fracción de segundo.

Eleanor y yo nos quedamos paralizados. Intento que no me entre el pánico. Ha sido solo una fracción de segundo. Dentro nadie se ha dado cuenta. El jardín vuelve a estar a oscuras. Nadie ha mirado hacia aquí.

Y entonces se abre la puerta de la terraza y sale Nathan Shaw. La música le sigue, densa y pesada. Distingo trozos de conversación detrás de él. Le dije a ese gilipollas que… hace un año o así, cuando… me está tocando las narices… tráeme uno de esos… no, no, no.

Nathan Shaw se queda parado en la terraza de madera. Está de espaldas a la luz de la casa, con la cara a oscuras, así que no sé si nos ve o no. Puede que Eleanor y yo seamos totalmente invisibles entre las sombras que rodean el árbol, o puede que nos esté mirando fijamente.

No se mueve. Sujeta algo junto a la pierna. El móvil,

seguramente, no un arma. ¿Por qué iba a tener un arma? Es solo la adrenalina, que me ha subido de golpe, y mi imaginación desbocada.

Eleanor me aprieta la rodilla con el codo. La valla. Quiere que echemos a correr hacia la valla. Pero entonces Nathan Shaw nos verá, seguro, si no nos ha visto ya. Y sigo sin tener ni idea de cómo vamos a volver a saltar esa empalizada de más de dos metros.

Quedarnos aquí agachados, sin apenas respirar, tampoco es una solución a largo plazo. ¿Y si Nathan tarda un rato en entrar? ¿Y si la fiesta se traslada a la terraza? Me gustaría que se moviera un poco a la izquierda para confirmar que lo que tiene en la mano es solo un teléfono.

La puerta de la terraza vuelve a abrirse. Sale el tipo grandullón de la barba como de lana de acero.

—¿Qué coño haces aquí? —dice.

Nathan responde en voz tan baja que no oigo lo que dice.

—Ya casi es la hora —contesta el barbudo—. Venga.

Vuelven a entrar y cierran la puerta. Eleanor y yo retrocedemos rápidamente por el jardín. Busco algo que podamos acercar a la valla, una silla de jardín, quizá, o un barril de madera de esos para plantar flores.

—Busca algo a lo que subirnos —susurro.

Eleanor no me hace caso. Pega un salto y se agarra a lo alto de la valla. Y casi en el mismo movimiento se retuerce, patalea, sube una pierna y se encarama arriba. Es alucinante, un movimiento ninja total. Me quedo a cuadros mirándola.

Ella me mira desde arriba.

—¿A qué esperas? —susurra.

—¿Qué? Yo no puedo hacer eso.

—Claro que puedes. Dios santo…

Salto y me agarro a lo alto de la valla. Estoy más o menos en forma. Puedo hacer diez flexiones o así por las mañanas, cuando me acuerdo de hacerlas. Pero necesito más fuerza en el tronco para impulsarme hacia arriba y saltar la valla. Y apenas consigo llegar con la barbilla al borde.

—Usa las piernas, idiota —susurra Eleanor—. Haz lo que yo. Gira las caderas y engancha el talón. Es fácil.

Claro, si no pesara prácticamente nada, como ella. Lo intento de

todos modos. Y, aunque parezca increíble, funciona. Me balanceo, me impulso y salto la valla. Eleanor ya está corriendo hacia el coche, riéndose como una loca. Yo echo a correr detrás de ella sin mirar atrás.

17

Parece que cuanta más información tengo, menos entiendo. ¿Eso también forma parte del proceso detectivesco? ¿Coger cada hecho individual y exprimirlo hasta sacarle todo el jugo de la verdad?

¿Qué coño pasa con Nathan Shaw? ¿Quién era esa gente tan chunga que había en su casa? ¿Son clientes suyos? No parece que a esas personas les preocupe mucho Hacienda. Si Nathan Shaw está metido en algo turbio, ¿ayudará eso a que Protección de Menores intervenga? Seguramente, ¿no?

¿Y si…?

—Oye, ¿por qué nos hemos saltado la cárcel?

—¿Perdón?

El jueves vuelvo a ser el Sheriff Muerto. Justo ahora, cuando más necesito tiempo y espacio para pensar, cada dos minutos tengo que atender a clientes como este, un quejica que me ha cortado el paso con su silla de ruedas eléctrica.

—La última vez, en junio, la cárcel fue un alucine —me dice.

La Vieja Cárcel del Pueblo nunca ha sido un alucine, os lo puedo asegurar, y tampoco ha formado nunca parte de la visita, desde que yo trabajo aquí. Podría mostrarle pruebas de que el edificio es un cascarón desnudo, vacío y cubierto de polvo, pero sé por experiencia que esa estrategia nunca da resultado con quejicas como este. Así que le digo que lamento que no haya disfrutado de su experiencia en Frontera Embrujada y le doy un vale de un veinte por ciento de descuento para su próxima visita. Me quita el vale de la mano, indignado por la calidad del servicio.

En el siguiente grupo, una señora me da el cubo de palomitas a medio comer de su hija y me dice —me lo dice, no me lo pide— que la tire. En el grupo de después, otra señora interrumpe mi

discurso como si yo no estuviera allí y obsequia a los demás clientes con un montón de datos curiosos sobre el Salvaje Oeste.

Por lo general no me importa que me traten así, como a un sirviente incompetente y molesto, porque es básicamente lo que soy. Pero esta noche es distinto, no sé por qué. Estoy de mal humor. Tengo calor. Solo quiero que termine mi turno.

Me tomo mi único descanso cuando en América Colonial empieza el espectáculo nocturno Así suena la libertad y todos los clientes del parque se congregan en el punto de encuentro central durante quince minutos para ver los fuegos artificiales. Me bebo con ansia una botella de agua y vuelvo a buscar Nathan Shaw en el móvil. Necesito su historia completa, pero lo único que encuentro es la página web de su despacho y unos cuantos comentarios en una página de reseñas de abogados. Los comentarios son breves y genéricos; falsos, seguramente. Muy recomendable. Trato amable y profesional. Prestó verdadera atención a mis problemas.

En la sección Sobre Nathan de su sitio web figura el nombre de la prestigiosa facultad de Derecho en la que estudió. Nada más. El resto es publicidad: que ha defendido a cientos de clientes, que trabaja incansablemente en nombre de sus representados, etcétera. Primera consulta gratuita, sin cita previa. Tarifas razonables, dice dos veces.

Hay unos cuantos Nathan Shaw en Facebook, Instagram y Twitter, pero, que yo sepa, ninguno es el Nathan Shaw que me interesa. ¿Dónde más puedo buscar? Como no tengo tarjeta de crédito, no puedo acceder a las bases de datos que supuestamente lo encuentran todo sobre cualquiera. Y de todos modos seguro que son una estafa.

Saco la tarjeta de Felice de mi cartera. Vale, ahora o nunca. Seguro que ella sabe cómo encontrar información sobre una persona. Y a lo mejor todavía tiene contactos útiles, de sus tiempos de investigadora.

Contesta al quinto pitido, justo cuando pienso que va a saltar el buzón de voz.

—Felice Upton.

—Hola, sí, hola. Soy Hardly. El de la casa en venta, el domingo pasado.

—Hola, Hardly. —No parece sorprendida. Seguramente nunca lo

parece—. ¿En qué puedo ayudarte?

Estoy un poco nervioso. Si no hubiera querido que la llamara, no me habría dado su número. Pero, aun así, esta conversación me parece una prueba. No puedo hacerle perder el tiempo. Un paso en falso y pasará de mí completamente.

—Seguí tu consejo —le digo—. Y curiosamente funcionó.

—¿Curiosamente? Me gusta pensar que fue un buen consejo, Hardly.

—No quería decir eso. Lo siento. Quiero decir que no la cagué, aunque cueste creerlo.

—¿Y ahora necesitas más consejos?

—Sí. ¿Cómo lo sabes? Si no te importa. Si tienes tiempo.

—Podemos tomar una copa. ¿Qué estás haciendo?

—¿Ahora mismo? —Esperaba una conversación corta por teléfono, como máximo—. ¿Una copa?

—Solo son las nueve —dice—. ¿Cuántos años crees que tengo?

Me dice que nos vemos dentro de una hora en el bar de un hotel de lujo del centro. Busco a Duttweiler, el jefe de turno, y le digo que me ha surgido una emergencia y tengo que irme antes de mi hora. Es cierto, más o menos. No le hace mucha gracia, pero me comprometo a ser el Sheriff Muerto sin rechistar el resto del mes. Eso va a facilitarle la vida, así que deja que me marche.

Me voy a casa y me doy una ducha rápida. Como la ropa que suelo usar no es apropiada para el bar de un hotel de lujo, rebusco en el fondo de mi armario. Encuentro unas prendas usadas que me dio Preston hace tiempo con la esperanza de que algún día tuviera una entrevista de trabajo de verdad. Una camisa decente y unos vaqueros buenos.

Llego al hotel unos minutos antes de la hora. El vestíbulo es lujoso y aséptico, y el aire acondicionado está a tope. El frío y el mármol —los suelos de mármol, las columnas de mármol y las planchas de mármol artísticamente veteado que cubren las paredes — me recuerdan a un depósito de cadáveres, y me digo que tendría que haber allí una ingeniosa forense de la tele comiéndose un bocadillo mientras hurga en los órganos de un cadáver.

El hotel tiene dos bares, uno más informal, con varias teles que emiten resúmenes de partidos de béisbol y camareras vestidas de árbitros, y otro oscuro y silencioso, con focos de luz aquí y allá

creados por las velas de cada mesa. Me quedo a medio camino entre los dos, sin saber qué hacer. Me siento rígido e incómodo con la ropa rígida e incómoda de Preston. No solo plancha los vaqueros, sino que al parecer también los almidona. O puede que solo sea que estoy acostumbrado a llevar vaqueros que no se lavan desde hace mucho.

Felice me toca el hombro. ¿De dónde ha salido?

—No has cogido mesa —me dice.

—No sabía a qué bar te referías.

Sonríe como si fuera una broma y me lleva al bar oscuro y silencioso.

18

En cuanto nos sentamos, un camarero se desliza hasta nosotros para preguntarnos qué queremos. Se nota que se toma su trabajo muy en serio, pero le pillo mirando a Felice y mirándome a mí como si se preguntara «¿Qué es esto?». El resto de las parejas son hombres y mujeres de mediana edad que están tratando asuntos importantes, u hombres de mediana edad con mujeres mucho más jóvenes que casi seguro no son sus hijas.

Felice pide un *old-fashioned* con un tipo especial de whisky de centeno. Yo intento pensar en algo igual de sofisticado. Al final, me saca del apuro y le dice al camarero que me traiga también un *old-fashioned*.

—Gracias por quedar conmigo —le digo.

—A ver, cuéntame.

—Localicé al profesor de segundo de Pearl, el del año pasado. Hablé con él. Me dijo que había visto un par de veces que Pearl tenía moratones. Pero no informó a Protección de Menores. Convocó a los padres a una reunión y al final llegó a la conclusión de que no pasaba nada raro.

Felice levanta una ceja.

—¿Has hecho todo eso?

—No sabía muy bien lo que hacía cuando hablé con él. Pero algo es algo. El profesor pensaba que era el padre quien maltrataba a los niños. Aunque eso no es suficiente para Protección de Menores. Y ni siquiera puedo contar con él. Cree lo que quiere creer.

—Como todos.

El camarero nos trae nuestras bebidas. Le doy un sorbo a mi *old-fashioned*. Jo, sí que está fuerte. Como aquí la luz es muy tenue,

espero que Felice no note que me lloran los ojos.

—O sea, que tengo que averiguar qué pasa con Nathan Shaw. —Le cuento a Felice lo de la fiesta nocturna y lo de las malas pintas de la gente que había en la casa—. No es de fiar, eso seguro. Pero no encuentro nada sobre él en internet.

Ella vuelve a levantar la ceja.

—Ya veo.

—¿Qué?

—Que por eso me has llamado. Quieres utilizarme.

—¡No! —digo. Pero es verdad, me ha pillado—. Bueno, sí, pensé que a lo mejor tú podías… Que quizá tenías recursos que yo no tengo para conseguir información sobre él. Lo siento.

—No te preocupes —me dice. Parece más divertida que molesta, lo que es un alivio—. Le daré unas vueltas.

—¿En serio?

Levanta su vaso para chocarlo con el mío. No es que lo necesite, pero la luz de las velas le favorece, resalta el toque dorado de sus ojos, de su piel. Es quince años mayor que yo, fácilmente. ¿Tengo debilidad por las mujeres mayores y no me había dado cuenta hasta ahora? No, no es eso. Es por Felice por quien tengo debilidad.

—Conseguir lo que quieres hablando con la gente es complicado —dice.

—Vale.

—Porque cada conversación, cada persona con la que hablas, es diferente. No vas a Francia y hablas japonés, ¿verdad?

—No. Pero ¿cómo…?

—Tienes que prestar atención. Tienes que prestar atención continuamente. Lo más peligroso del mundo es la primera impresión.

La mesa es pequeña. Su mano descansa cerca de la mía, nuestros dedos casi se tocan. De repente me siento culpable. ¿Qué me pasa? En un momento así no debería estar colándome por Felice. Debería estar totalmente concentrado en Pearl y Jack, en ayudarles y nada más. Eso por no hablar de que es imposible que yo le guste a Felice. Seguro que tiene un millón de opciones mejores.

—Es un buen consejo —le digo.

—Sí que lo es.

Le hace una seña al camarero y pide otros dos *old-fashioneds*.

¿Cuánto cuesta una copa en un sitio así? Llevo treinta y un dólares encima. Soy tan tonto que pensaba que sería suficiente.

—No te preocupes —dice Felice—. Yo invito.

—¿Cómo sabías que estaba pensando en eso?

—Dímelo tú.

—Porque estás prestando atención.

—Aprendes rápido. Eso me gusta.

En una mesa, no muy lejos de nosotros, hay un hombre de mediana edad con una mujer más joven que claramente no es su hija. Él se inclina hacia ella, concentrado, y le habla en voz baja con aire ansioso. Ella, con la mirada perdida, da golpecitos en el borde de su vaso con la pajita. Él lleva traje. Ella, un vestido corto y brillante y el pelo peinado hacia atrás como una nutria sexi. Mi primera impresión es que están liados, que él está forrado y le está contando los problemas que tiene en casa o en el trabajo. Y que ella aguanta, igual que aguantará después, cuando él quiera sexo.

Pero ¿y la segunda impresión? Presto atención, pero… Él tiene que ser su amante, ¿no? Y ella se aburre como una ostra, ¿no? Pero entonces estira el brazo y le da un golpecito en el esternón con los nudillos. ¡Venga ya! Es un gesto íntimo, cargado de buen humor. Así que puede que sí sea su hija.

—Lleva su tiempo —dice Felice—. Requiere práctica.

—¿Qué crees que hacía esa gente en casa de Nathan Shaw? ¿Qué opinas, como profesional?

—Acábate la bebida.

Capto la indirecta. Ya me ha dedicado más tiempo y atención de los que merezco. Me bebo de un trago lo que queda de mi segundo *old-fashioned*, que se extiende dentro de mí como hierro fundido al echarlo en un molde.

—Gracias otra vez por tu ayuda —le digo.

—Hardly —contesta.

—¿Qué?

—Que vamos a mi casa. Eso es lo que digo.

¡¿Qué?! La llama de la vela baila. Felice le da su tarjeta de crédito al camarero. Yo consigo mantener la calma, en parte por el whisky y en parte porque estoy tan alucinado que no puedo reaccionar.

—Vale —digo.

Vamos andando a su piso. Vive solo a unas calles de allí, en el edificio más parecido a un rascacielos de lujo de una gran ciudad que hay en nuestra ciudad de tamaño medio. El ascensor está impregnado del perfume de un pasajero anterior y de un olor a hojas mojadas y caramelos. Felice y yo nos ponemos el uno junto al otro, mirando de frente, con los brazos pegados. Con tacones, mide casi lo mismo que yo, un metro ochenta y tres. Miramos en silencio los números de encima de la puerta, que se encienden y se apagan, se encienden y se apagan. ¿Qué va a pasar ahora? Hace tres horas, un forajido zombi me estaba dando sin querer un rodillazo en los huevos.

El piso de Felice está hecho un desastre, justo lo contrario que la propia Felice. Ropa amontonada en el sofá, paquetes de Amazon a medio vaciar con el plástico de burbujas tirado por el suelo, una botella de vino vacía encima de un altavoz Sonos. O no pensaba invitarme a su casa o le da igual lo que yo piense.

—¿Puedo quitar esto? —digo señalando uno de los montones de ropa del sofá.

—¿Para qué?

—Para que nos sentemos.

—¿Y para qué vamos a sentarnos?

Me lleva al dormitorio, se quita los zapatos y abre las persianas de modo que entre algo de luz de luna, pero no demasiada. Nos besamos. ¿Qué hace que alguien bese bien? Es difícil de cuantificar. Felice besa muy bien. Enseguida le cogemos el ritmo. Empieza a desabrocharme la camisa.

—No te pongas nervioso —me dice.

—No estoy nervioso.

—¿Es tu primera vez?

—¿Qué? ¡No! Qué va.

—Era broma. Más vale que no sea tu primera vez.

—Ahora sí que estoy nervioso —digo.

El sexo con Felice me resulta familiar, conocido —es sexo—, pero también forma parte de ese extraño sueño en el que me siento cuando estoy con ella. Parece tan cómoda consigo misma, conmigo, con todo esto… No es que yo tenga mogollón de experiencia, porque desde luego no la tengo, pero las otras mujeres con las que he estado parecían hasta cierto punto cohibidas. Felice, no. A ella

nadie la mira.

Yo, durante el sexo, siempre siento que alguien me está mirando. Una mesa de severos jueces olímpicos de países de Europa del Este que descubren fallos en cada uno de mis movimientos. Esta noche, en cambio, en mi cabeza solo hay espacio para Felice. Qué increíble es su tacto, su físico, su sabor. Aceleramos y aflojamos el ritmo, nos tensamos y nos relajamos, rodamos por la cama y nos mecemos. Soy incapaz de mantener un pensamiento coherente más de un segundo. Sus ojos brillan, retándome a que no me corra todavía. Tengo que apartarme o me correré, seguro.

Después, Felice me manda a la cocina a por dos latas de agua con gas LaCroix con sabor a fruta de la pasión. En cuanto a opciones de hidratación, no me da a elegir. Nos tumbamos en la cama y pasamos unos minutos bebiendo en silencio.

—Entonces, ¿tienes hermanos o hermanas? —le digo.

—¿Qué?

—O… no sé. ¿Qué haces para divertirte, cuando no trabajas?

Me mira arqueando una ceja.

—Otra vez estás nervioso.

—No. Sí. Es que estoy pensando… No sé nada de ti. Ni tú de mí.

—Sí, así es.

—¿No deberíamos conocernos un poco más?

Mete la mano debajo de la sábana y me agarra el pene con la mano fresca por la lata de LaCroix. Me da un beso largo y perezoso con sabor a fruta de la pasión.

—Claro, a eso vamos —dice.

19

Felice me echa sobre las tres de la mañana. No se molesta en poner excusas.

—Lo entiendes —me dice, sin signo de interrogación.

Cuando me despierto, unas horas después, mi asombro por lo sucedido —Felice y yo, ¡Felice y yo!— se ha desvanecido. La culpa empieza a bullir otra vez. Hace más de una semana que vi por primera vez a Pearl y Jack en el edificio municipal. ¿Por qué yo puedo pasármelo bien, sentir alegría y placer, beber cócteles caros y enrollarme con una mujer como Felice, cuando ellos siguen atrapados en su vida? Ellos no pueden tomarse una noche libre. ¿Por qué yo sí?

Burke no está, menos mal, y por una vez ha dejado dentro a Jutta, otro golpe de suerte. Se tumba a mis pies mientras como cereales. No me quito de la cabeza todas las historias que he leído en internet sobre maltrato infantil. Es extraño que el dolor no se pueda traducir en palabras. No del todo. Un corte. Un moratón. Una quemadura. Nada de eso suena tan terrible cuando lo lees en una página, ¿verdad? Pero el dolor de un solo corte, o un moratón, o una quemadura, cuando se está produciendo parece como si fuera a durar para siempre.

Me fumo un porro, llamo a Salvador y le digo que se reúna conmigo en el aparcamiento del trabajo. Vive el doble de lejos que yo de Bella América, pero se las arregla para llegar antes.

—¡Estoy listo! —me dice.

—¿Para qué?

Se queda parado un segundo.

—¡Para lo que sea!

—¿Me prestas tu coche? —le digo.

Tiene un todoterreno Honda de hace solo unos años, que antes era de su madre. Lo mantiene espectacularmente limpio.

—Tú puedes usar el mío. Te lo devuelvo esta noche.

Como sé que se ha llevado una desilusión porque necesite su coche y no a él, le doy instrucciones de que se vaya al Tren de la Mina Abandonada, se meta en internet y haga fichas con todos los datos que recopilé en la fiesta de la casa de los Shaw. Ya está contento otra vez.

¿Es sensato volver a Meadow Wood Estates, aunque sea en otro coche, más bonito y limpio? No se me ocurre nada mejor. Quiero volver con los ojos frescos. Prestar atención, esta vez.

La urbanización está tranquila, como siempre. Cuando entro en la calle sin salida, vuelvo a ver a la señora mayor en su jardín, regando las flores. Ni siquiera levanta la vista cuando paso. El todoterreno de Salvador no desentona nada. Del tío del polo rosa no hay ni rastro. Puede que esté mirando desde dentro de su casa. Pues vale, tío. Hoy no voy a darle ningún motivo para que se le vaya la olla.

La casa de los Shaw está otra vez cerrada a cal y canto, con todas las cortinas corridas y las persianas bajadas. El Volvo azul oscuro en la entrada; ningún otro coche. Doy la vuelta, salgo de la calle y esta vez aparco en la calle que cruza. Sigo viendo la casa, pero llamo menos la atención. Pasados cinco minutos, arranco, doy la vuelta a la urbanización y vuelvo, pero a otro punto. Seguro que voy a cometer errores, pero por lo menos voy a procurar que no sean los mismos.

Estoy vigilando la casa desde el segundo puesto cuando se abre la puerta principal. Salen los dos niños, Pearl y Jack, seguidos de Tracy. Si al ver la foto de Pearl en el colegio me dio un vuelco el corazón, cuando vuelvo a verlos a ella y a Jack en la vida real es como si me atropellara un autobús. Ahí están. Justo ahí. Tan cerca que puedo ver el hada de anime de la camiseta de Pearl y el flequillo rubio que le tapa los ojos a Jack. Pearl lleva a su hermano de la mano. Parecen todavía más chiquitines de lo que recordaba. Son tan pequeños, tan delicados e insustanciales. Tracy le pone el cinturón de seguridad a Jack en el asiento de atrás. Le da un beso en la frente.

Mi cerebro va más lento que mis ojos. Antes de que me dé

cuenta, el Volvo ha salido de la calle y se aleja de mí, hacia la entrada de la urbanización.

Meto primera a toda prisa y arranco bruscamente el todoterreno. Doy media vuelta y voy también hacia la entrada. Alcanzo a ver el Volvo justo cuando gira a la izquierda para salir de la urbanización.

Nunca había seguido a nadie. Es algo muy intenso. En las películas, esta parte de la acción se monta para que sea un pimpampum de planos explosivos. Giro, giro, cambio de carril, y luego «¡Oh oh, lo estamos perdiendo!», o bien «¡Oh oh, nos ha descubierto!». En la vida real no hay montaje que valga. Tengo que mantener la atención fija en el Volvo azul oscuro, sin despistarme ni un segundo. No puedo acercarme demasiado ni quedarme demasiado atrás.

Empieza a dolerme la cabeza. Pasados unos minutos entramos en el agitado torrente sanguíneo de una zona comercial. Hay mucho tráfico, muchos coches azules parecidos al Volvo, y la gente conduce fatal. En las películas nadie se mete en tu carril porque se está poniendo los AirPods, ni nadie decide frenar de golpe en el último momento porque el semáforo se ha puesto en ámbar. Y, además, no estoy acostumbrado al todoterreno. Es más potente que mi coche y le funcionan bien los frenos, así que doy unos cuantos tirones innecesarios.

Pero poco a poco le voy cogiendo el tranquillo y consigo no perder de vista el Volvo. Al cabo de unos quince minutos, gira, vuelve a girar y se para en un parque de barrio. Yo paso de largo y paro junto a la acera, al otro lado de la calle. Así puedo ver el Volvo por el retrovisor.

Tracy saca a los niños del coche y los lleva a un pequeño parque infantil. Pearl se sube a un columpio. Jack observa los movimientos de su hermana y luego los replica exactamente. Me pregunto si Pearl se da cuenta de cómo la imita Jack. ¿Le molesta? ¿La reconforta? Imagino por un segundo que todo esto sale bien. Que consigo las pruebas que necesito y que el Servicio de Protección de Menores traslada a los niños y les da una vida nueva. Quizá, cuando Pearl tenga diecisiete años y Jack dieciséis, se meterá con él porque antes la seguía como un perrillo. O quizá cuando sea vieja y esté en una residencia de ancianos ese recuerdo la haga sonreír.

Mi mente se va por derroteros extraños. Y eso que ni siquiera

estoy colocado. Tracy también se sienta en un columpio. Los veo columpiarse a los tres adelante y atrás, sin apenas levantarse del suelo. Pero no es una escena triste, sino tranquila, en cierto modo.

¿A qué debo prestar atención? Al parque. Vale. Una pregunta que me hago es: ¿por qué Tracy ha traído a los niños hasta este parque, a quince minutos en coche? Es un trayecto relativamente largo. Seguro que hay otros parques más cerca de su casa. Es probable que haya un parque y una zona de juegos dentro de su urbanización.

Una posible respuesta: porque este parque está desierto. No hay ni un solo niño ni ninguna otra persona alrededor. Puede que los haya traído aquí por la misma razón por la que los sacó del colegio; por la misma razón por la que los dejó sentados en el banco cuando entró en la oficina de Acreditación de Conductores. Porque no quiere que nadie vea un moratón o una quemadura de cigarrillo y sospeche.

Ya veo a qué se refería Cameron Keller, el profe de Pearl. Tracy da la impresión de querer mucho a sus hijos. Les sonríe, les habla, le da a Jack otro beso en la cabeza cuando lo levanta del columpio, abraza con fuerza a Pearl mientras dan vueltas en el tiovivo. No quiero pasarme de crítico, pero ¿quién es peor: Nathan por hacer daño a sus hijos o Tracy por protegerle?

Cuando acaban en el tiovivo, vuelven al Volvo y se marchan. Les doy treinta segundos de ventaja y luego les sigo. Ahora vamos hacia el oeste, alejándonos del parque y de Meadow Wood Estates. Pasados unos kilómetros, Tracy se mete en el aparcamiento de una zona comercial al aire libre. Una peluquería, una tintorería, un restaurante vietnamita, una tienda de Verizon y un local vacío al fondo. Aparca delante del local vacío.

Yo aparco delante de la tienda de Verizon. No sé qué sería antes el local vacío. Un gimnasio, quizá. Antes de eso puede que fuera un Blockbuster: el revestimiento de color crema está ribeteado de pintura azul y amarilla descolorida. Todas las ventanas están tapadas con papel de estraza marrón.

Tracy vuelve a bajar a los niños del coche. ¿Adónde los lleva? Hay varios coches más aparcados delante del antiguo Blockbuster. Espero y observo. Poco a poco va llegando más gente. Un recuerdo de hace mucho tiempo me da un golpecito en el hombro: mi madre

llevándome al Blockbuster cuando era pequeño, cuando todavía estaban de moda los DVD. Íbamos los dos arriba y abajo por los pasillos, y los colores de las carátulas de las películas resaltaban, llamativos. Siempre elegía yo lo que veíamos. Podía ser agobiante tener que escoger entre tantas opciones. «No te preocupes, cariño», me decía siempre mi madre. «No puedes equivocarte».

Por fin deja de entrar gente en el antiguo Blockbuster. Pasan veinte minutos. Mi app de navegación da la dirección del local, pero ningún otro dato. Ojalá supiera qué hay dentro. Ojalá supiera por qué ha llevado Tracy a sus hijos a un sitio con las ventanas tapadas con papel marrón. No tiene sentido… o tiene todo el sentido del mundo. Se me hace un nudo en el estómago, cada vez más fuerte. La culpa es de todos esos artículos que he leído sobre el maltrato infantil. Me he prometido a mí mismo mantenerme alerta y no fumarme el porro que llevo en el bolsillo, pero al final me rindo y lo enciendo. No pasa nada, me digo. No pasa nada.

Cuarenta minutos. Una hora. ¿Entro a ver qué pasa? Se me vuelve a hacer un nudo en el estómago. Justo entonces salen Tracy y los niños. Vuelven a subir al Volvo y se marchan. Yo no me muevo de donde estoy. No puedo quedarme de brazos cruzados. Tengo que averiguar dónde han estado Tracy y los niños.

Sale más gente y se va. Un hombre trajeado, una mujer con pantalones de yoga, un tipo con malas pintas que podría haber estado en la fiesta de Nathan Shaw. Presto atención. ¿Qué estoy viendo? Veo gente que aparentemente no tiene nada en común. De todos los colores, edades y tipos, desde un tío que parece un *stripper* hasta otro que parece el director de un instituto.

Espero cinco minutos, hasta asegurarme de que el último que sale es de verdad el último, y luego salgo del todoterreno. Me acerco al misterioso ex-Blockbuster, respiro hondo y pruebo a abrir la puerta. No está cerrada con llave. Respiro hondo otra vez y la abro. Estoy casi seguro, por el tipo de gente que acaba de salir, de que lo que hay dentro no puede ser muy horrible. No me van a asesinar, ¿verdad? ¿Verdad?

Entro. Estoy en un pasillo estrecho con paredes baratas de pladur. A mi izquierda hay un cuartito. Echo un vistazo. Juguetes, un par de pufs, una pila de libros infantiles. Vale. Mmm. Aquí debe de ser donde Tracy ha aparcado a los niños.

Continúo por el pasillo, que da a una sala grande con una triste moqueta de color tostado y tristes paredes del mismo color. Un tipo está recogiendo sillas plegables puestas en corro. Al otro lado de la sala, junto a otra puerta, hay una cafetera sobre una mesa pequeña, entre trozos de galletas desmigajadas. Una planta solitaria y con el verde de las hojas descolorido languidece en una maceta.

El de las sillas se fija en mí. Es un *hippie* mayor, con trenzas a lo Willie Nelson.

—¿Qué tal, hermano? —me dice.

—Hola —le digo.

Se acerca y, sin darme tiempo a tenderle la mano en un apretón preventivo, me abraza.

—Yo soy de abrazos, tío —dice innecesariamente. Huele a gato. No mal del todo, pero no tan bien como para que me apetezca que me achuche.

—Vale —digo, apartándome suavemente.

—Me llamo Charlie. Te has perdido la reunión de la una, pero aun así nos alegra que hayas venido.

—¿La reunión de la una?

—NA, hermano. Pero si tu problema es la priva, también te servimos. Aquí todas las adicciones son bienvenidas.

NA: Narcóticos Anónimos. Ahora empiezo a entenderlo todo. Tracy ha venido a la reunión de la una. O sea, que está en recuperación. ¿Desde cuándo? Y ¿de qué, concretamente? Me encantaría saberlo, pero estoy haciendo lo que me dijo Felice que hiciera: prestar atención. Lo pienso despacio. Me digo: «¿Tengo otra multa de aparcamiento que aplazar antes de apartarme de esta ventanilla?».

Obviamente no puedo preguntarle por Tracy a Willie Nelson. Es Narcóticos Anónimos. No va a abrir la boca. Y dejará de ser tan simpático si empiezo a hacerle preguntas sobre otro participante.

—Así que ¿os reunís aquí todos los días a la una? —le digo.

—Solo lunes, miércoles y viernes. Pero yo siempre tengo un rato, si quieres tomar un café.

—No, ahora no. Pero gracias.

—Tennos presentes, hermano. Estamos aquí si nos necesitas.

Se acerca para darme otro abrazo. Esta vez estoy preparado y consigo esquivarlo.

Vuelvo al todoterreno y me quedo allí sentado, pensando. Tracy Shaw se está recuperando de una adicción. Va a reuniones de Narcóticos Anónimos. Es una información que puede ser importante y útil, pero me siento como un tonto porque no sé cómo usarla.

Aunque, por otro lado, es información que puede ser importante y útil. Y he sido capaz de descubrirla yo solito. Así que tan tonto no seré, ¿no?

20

Felice no me llama ni me escribe esa noche ni al día siguiente. Yo me autocontrolo a tope, a nivel Preston, y no la llamo ni le escribo. Le doy tiempo. No la agobio. Me muero por saber si al final ha decidido ayudarme a conseguir información sobre Nathan Shaw. Y también —lo que es más egoísta y vergonzoso— por saber si volveré a ver su habitación o si ya se ha arrepentido de lo que pasó entre nosotros.

Pero en lo que de verdad estoy centrado ahora mismo es en Tracy Shaw. He descubierto un montón de cosas. Lo del parque, lo de Narcóticos Anónimos. Una idea aflora muy despacio de las profundidades, hasta salir a la superficie de mi mente. ¿Y si intento hablar con Tracy?

Si pudiera convencerla de algún modo de que me acompañe a Protección de Menores… Eso sería lo definitivo, el punto final, la única prueba que necesitaría un trabajador social. Ella es la madre de los niños. Pearl y Jack estarían a salvo, inmediatamente y para siempre.

Claro que hablar con Tracy también podría no servir de nada. Recuerdo cómo se llevó a los niños para alejarlos de mí en el edificio municipal. Se desvía quince minutos de su camino para llevar a Pearl y Jack a un parque desierto. No quiere que nadie sepa que Nathan maltrata a sus hijos.

¿Y si me equivoco respecto a ella? ¿Y si no solo está protegiendo a Nathan? ¿Y si ella también maltrata a Pearl y Jack?

No lo creo, la verdad, después de lo que he visto y de lo que sé de ella ahora. Pero de todos modos no creo que deba arriesgarme. Hablar con Tracy podría ser el error más grande que puedo cometer.

El domingo voy en el coche cuando paso delante de Mister Snips, una imitación de Supercuts, la cadena de peluquerías. Tienen anunciada una oferta especial por 13,99. Paro sin pensármelo dos veces. Quiero estar un poco más presentable, por si alguna vez conozco a Tracy o a los niños. Y tampoco me vendrá mal adecentarme un poco para Felice, por si acaso volvemos a enrollarnos.

Mister Snips cierra en veinte minutos, así que solo hay una chica trabajando. Parece tener unos quince años, pero me da la mano con firmeza y profesionalidad, tiene su espacio de trabajo bien organizado y me ofrece un veinticinco por ciento de descuento adicional.

—Solo quiero cortármelo un poquitín —le digo—. Muy poquito, las puntas nada más.

—¿Así? —Separa los dedos unos dos centímetros y medio.

—No, no. Menos.

—Vale. Entendido.

—¿Entendido?

—Las puntas, solo un poquito.

Coge unas tijeras y se pone a trabajar. Sigue trabajando tanto rato que empiezo a preocuparme. Cuando termina, estudiamos los dos mi reflejo en el espejo.

—Mmm —dice.

Tengo el pelo corto. No relativamente corto comparado con como lo tenía antes, sino corto, corto. Ahora parece que yo también tengo quince años. Mis orejas son enormes.

La peluquera se muerde el interior de la mejilla.

—Ha quedado bien —dice—. ¿No crees?

Asiento con la cabeza. No quiero herir sus sentimientos. Y a lo mejor el pelo así no me queda tan mal como creo. Quizá cuando se me pase el susto no me den ganas de acurrucarme en posición fetal y llorar de vergüenza.

Al salir, me fijo en una pecera de cristal llena de tarjetas de visita. ¡Consigue un año de cortes de pelo gratis! La peluquera está de espaldas a mí, barriendo su puesto, así que rebusco y saco una tarjeta de visita con un diseño bonito, solo con el nombre y la información de contacto. Nunca se sabe. Quizá me sirva para algo.

Una hora más tarde, un poco antes de las diez, me llama Felice.

—¿Te apetece venir a saludar? —me dice.

Ni siquiera intento hacerme el interesante.

—Sí.

—Estaré en casa dentro de veinte minutos, más o menos.

Tardo quince en llegar allí. Voy andando hacia su edificio cuando la veo venir en sentido contrario. Me besa antes de que pueda decir nada.

—Luego hablamos —me dice, y vuelve a besarme.

La segunda vez que me enrollo con Felice es aún más alucinante que la primera. Estoy casi seguro de que me salgo literalmente de mi cuerpo durante un segundo. Sus labios burlones, sus ojos serios. Después voy a por dos latas de LaCroix sin que me lo diga.

Ella me pasa los dedos por el pelo corto.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Te gusta?

—Me da igual.

Es difícil saber si está siendo irónica, haciéndome un cumplido, o si de verdad le da exactamente lo mismo.

—Esta noche tenías una cita, ¿verdad? —le digo al caer en la cuenta de que ha vuelto a casa a las diez y media.

—Fíjate. Estás prestando atención.

—¿Qué tal ha ido tu cita?

Sonríe.

—Hablando de prestar atención —digo—, hace dos días seguí a Tracy Shaw. Fue a una reunión de NA. Narcóticos Anónimos. Pero primero llevó a sus hijos a un parque, a que jugaran.

Felice vuelve a sonreír.

—Mañana tengo que enseñar una casa a primera hora. ¿Te importa?

No, pero antes de irme tengo que preguntarle una cosa.

—¿Has tenido oportunidad de, ya sabes, de pensarlo? ¿Lo de investigar a Nathan Shaw?

—Tengo que hacer pis.

Se levanta y entra en el baño. Supongo que esa es la respuesta. Le doy un último trago a la lata de LaCroix y me visto. No sé si debo esperar a que termine de mear para decirle adiós cara a cara o si espera que me haya ido cuando salga.

—Le pedí a un buen amigo que hiciera averiguaciones —grita

desde dentro del cuarto de baño—. Nathan Shaw ha estado imputado un par de veces por delitos menores relacionados con las drogas, pero las dos veces se desestimaron los cargos. Y fue hace bastante tiempo.

Salto de la cama, cruzo la habitación y llego a la puerta del baño tan rápido que parezco un personaje de dibujos animados dejando una estela de anillos de humo detrás de mí.

—¿Algo más? —pregunto.

—Nada sólido.

Nada sólido. Pero eso da a entender que hay algo más. Me quedo esperando.

—Fue sospechoso de un caso de agresión —dice—. Una mujer con la que salía. Fue antes de que se casara. La mujer cambió su declaración y retiraron los cargos.

—¿Un caso de agresión?

—A la mujer ya la habían hospitalizado dos veces antes. Antes de que presentara la denuncia. La tercera vez fue todavía peor.

—¿Y aun así retiró la denuncia?

—Suele pasar.

—Porque le tenía miedo.

—¿Quién sabe?

Vaya… Esa información es la bomba. Intento asimilarlo. Es la bomba, ¿verdad?

Felice sale del cuarto de baño.

—Eso es todo —dice—. Es lo único que he descubierto.

—Es mucho —le digo.

Vuelve a pasarme los dedos por el pelo y me da un beso de buenas noches.

—No, qué va —dice.

21

Felice tiene razón. Sigo sin tener pruebas suficientes para el Servicio de Protección de Menores. Pero tengo suficientes pruebas para mí, para seguir adelante con mi idea de antes. Voy a hablar directamente con Tracy Shaw. Está claro que su marido es un tipejo. Lo más probable es que Tracy no lo esté protegiendo de las autoridades. Se está protegiendo a sí misma, y a sus hijos, de él.

El lunes por la mañana llamo a Eleanor.

—Estaba a punto de mandarte un mensaje —me dice.

—¿Sobre qué?

—Adivina.

Me da las instrucciones: ir a casa de su abuela; convencerla de que se monte en mi coche; llevarla a su cita con el médico a las dos y convencerla de que entre en la consulta.

Fantástico.

—¿Por qué no lo haces tú? —le pregunto.

—Porque eres el hombre que susurra a las abuelas. Y porque además yo no quiero hacerlo. Ese también es un factor clave.

—¿Cómo voy a convencerla de que haga todo eso?

—Tú verás. Pero no es para tanto. No es el oncólogo ni nada de eso. Solo es el otorrino.

De camino a casa de la abuela de Eleanor, me viene la inspiración. Llamo a Salvador y le digo que busque «mejor guitarrista de la historia». Es el puto Clapton en todas las listas. El segundo es o Jimmy Page o Jimi Hendrix. Las opiniones difieren. Lo echo a suertes en mi cabeza y le digo a Salvador que busque a Jimmy Page. Salvador me informa de que Jimmy Page estaba en Led Zeppelin. Bien. Led Zeppelin me suena.

Llamo al timbre. Pasado un buen rato, el tiempo que tarda una

anciana roquera en bajar las escaleras, la abuela de Eleanor abre la puerta.

—Hola —le digo—. Vengo a llevarla al otorrino.

Su mirada me atraviesa la cabeza como un láser, reduciendo a cenizas mis cuencas oculares.

—Tú —dice—. Tú eres el mamón de Tráfico.

—En realidad no trabajo para Tráfico. Soy amigo de Eleanor.

—¡Ja! Eleanor no tiene amigos.

—¿Ah, no?

—¿Qué quieres?

—Voy a llevarla al otorrino. Tengo buena música en el coche.

—Y una mierda. —Cierra la puerta casi del todo y me mira por la rendija con su ojo láser—. Te has cortado el pelo.

—¿Qué le parece?

Me cierra la puerta del todo, pero al cabo de unos segundos vuelve a abrir. Sale con un bolso tan grande que seguramente podría meterse dentro. El bolso tiene bordado un marcianito verde con gorro en un carrito de bebé. Me acuerdo de lo que me dijo Eleanor y no pregunto.

Llevo a la abuela hasta mi coche. No necesita ayuda para subir. Lo sé porque, cuando le toco el brazo, amaga con darme un golpe de kárate en la nuez.

Mi viejo Kia solo tiene reproductor de casetes. Para conectar el móvil, tengo que usar un cacharro, una cinta de casete con un cable. Lo enchufo todo y busco la canción de Led Zeppelin que me parece más prometedora: *Rock and Roll*. Todavía no la he escuchado. Cruzo los dedos. Subo el volumen y le doy al *play*.

Empieza a sonar la batería. Luego, el chirrido de una guitarra. El heavy metal, o lo que sea esto, es demasiado frenético y agresivo para mi gusto, pero la canción es pegadiza, de eso no hay duda. Casi sin darme cuenta, me pongo a cabecear al ritmo de la canción.

Miro a la abuela para ver si le está gustando. Parece molesta, pero luego mueve la mano hacia el parabrisas.

—Venga, vamos —dice.

A partir de ese momento coopera, más o menos. Me quedo en la sala de espera mientras le excavan la cera de los oídos. Cuando sale, me informa de que el médico le ha dicho que oye de puta madre. Doy por sentado que es una paráfrasis.

En el trayecto de vuelta, cuelo un poco de música de la mía entre los temas de Led Zeppelin. *Baby I'm a Star de Prince*, una de las favoritas de mi madre. Y también *Money for Nothing* de Dire Straits. A la abuela no le molesta, o no se da cuenta.

Cuando escucho *Baby I'm a Star*, siempre me acuerdo de cuando estaba aprendiendo a montar en bici. Mi madre debió de sacar el radiocasete a la entrada de casa. Seguramente escuché muchas canciones mientras aprendía, pero esa se me quedó grabada.

«¡Sí!», gritaba mi madre cuando conseguía dar tres pedaladas sin caerme.

Me latía el corazón a mil por hora. Aprender a montar en bici, si os acordáis, puede ser una experiencia angustiosa cuando eres pequeño y nunca has estado tan alto, yendo tan rápido, tú solo y al mando.

«¡Casi me estrello!», decía yo.

«¡Pero no lo has hecho!», contestaba mi madre.

Pero no lo has hecho. Oí muchas veces eso de pequeño. Mi madre quería que esperara siempre lo mejor, no lo peor. Quería que me lanzara siempre a por todas, a por lo que soñara con hacer, por muy aterrador e imposible que pareciera.

«¡Casi me pierdo cuando he ido a buscar bichos!».

«¡Pero no lo has hecho!».

Aparco junto a la acera, delante de la casa de la abuela, y la acompaño hasta la puerta.

—No ha estado tan mal —le digo.

—Ja —dice. Se zambulle en su bolso gigantesco y saca un billete de un dólar muy arrugado. Me lo da. Una propina, supongo.

—No tiene por qué —le digo.

—Jimmy Page me lanzó su púa. Yo tenía dieciocho años. Fue en su primera gira por los Estados Unidos. Mi amiga Marcie y yo fuimos hasta Memphis para el concierto. Estábamos a tres metros del escenario. La púa le dio en la cabeza a Marcie, cayó al suelo y no volví a verla. Es la historia de mi vida.

Y luego, sin decir ni una palabra más, entra y cierra la puerta.

Eleanor sale del trabajo a las cinco y media. Quedamos en un bar parrilla, en la parte más cutre del centro. Hoy hace más calor que ayer, y ayer ya hacía muchísimo calor, pero aun así sacamos la

comida a un banco para que yo pueda fumarme un porro.

—Has sobrevivido —me dice Eleanor. Hoy lleva una falda larga, una blusa de La casa de la pradera y una gargantilla hecha con lo que quizá sea auténtico alambre de espino oxidado.

—Ha estado bien. Tu abuela es… todo un personaje.

—¿Qué te han hecho en el pelo? ¿Ya lo has denunciado?

—Te burlabas de mi pelo cuando lo tenía largo.

—Esto es peor.

—No está tan mal.

—Mientras no tengas pensado echar un polvo en un futuro cercano…

Pienso en Felice y en sus labios y su clavícula y en todo el resto de su cuerpo desnudo. Pienso en ella moviéndose muy despacio encima de mí. Eleanor me mira extrañada. Me habré puesto colorado.

—¿Te estás acostando con alguien? —pregunta—. No me lo puedo creer.

—¿Puedes hacerme otro favor? ¿Ayudarme otra vez con esos niños?

—Seguramente no. ¿Qué es lo que quieres?

Se lo cuento. Lo del parque, la reunión de NA y los trapos sucios de Nathan que ha desenterrado Felice.

—Es él quien maltrata a esos niños, no Tracy. Quiero intentar hablar con ella. Si consigo que vaya al Servicio de Protección de Menores, no necesitarán más pruebas. Podrán poner a salvo a los niños.

Eleanor me mira chasqueando los dedos. Le paso el porro. Le da una calada y arruga la nariz, no sé si por la maría o por mi idea.

—No va a ir a Protección de Menores —dice—. ¿Por qué no ha ido ya, si no?

—No lo sé. Por eso quiero hablar con ella.

—Es arriesgado. ¿Y si ella también maltrata a los niños? Podrías empeorar las cosas, si hablas con ella.

Lo sé. Tengo buenos motivos para pensar lo que pienso. He visto a Tracy con sus hijos. He hablado con el profe de Pearl. Sé que denunciaron a Nathan por agresión. Pero solo estoy casi seguro de que tengo razón sobre Tracy. Por eso quiero hablar con ella, también.

—¿Se te ocurre una idea mejor? —Ojalá sí—. También es arriesgado no hacer nada. No puedo dejar que a esos niños les siga pasando lo que les pasa.

—¿Qué quieres que haga yo? —dice por fin.

—Sería mejor que rompieras el hielo tú. Porque eres una mujer. Así no se sentirá amenazada. No quiero que se asuste.

—Un tío con el pelo mal cortado que aparece de la nada. Fijo que se asusta.

—La pillas justo antes o justo después de la reunión de NA, pasado mañana, a la hora de comer. Le explicas lo que pasa y la traes a tomar un café o algo así.

Eleanor no dice nada. Acabamos de comer. Nos terminamos el porro.

—Tu abuela ha dicho una cosa hoy —le digo.

—¿Algo un pelín racista y profundamente homófobo o solo sus mierdas de siempre?

—Ha dicho que no tienes amigos. ¿Es verdad?

Me enseña el dedo.

—No, no lo decía en ese sentido —le digo—. Es que… me ha hecho pensar.

—Tómate todo el tiempo que necesites. Sé que te cuesta.

—Yo tengo amigos. Tengo un par de buenos amigos. Los conozco desde hace siglos y nos vemos todo el rato. En plan, constantemente. Pero desde hace un tiempo… no sé. Lo único que hacemos es pasarnos el día emporrados y ver series viejas en la tele. Lo que digo es si de verdad eso nos convierte en buenos amigos.

—¿Sobre eso estás reflexionando?

—A veces pienso que Nguyen, Mallory y yo somos más como compañeros de trabajo que como amigos. Es como si lleváramos diez años trabajando juntos.

—Ve a por el postre —dice Eleanor.

—¿Tarta?

—Obviamente.

Entro y traigo tarta.

—Soy una persona fundamentalmente antipática —dice—. Pero lo prefiero así. Tampoco me gusta la gente, fundamentalmente. La vida está llena de relaciones de mierda. Eso es lo que causa la soledad. Tener un matrimonio vacío y mentiroso, o una amistad, o

lo que sea. Estar solo no causa soledad.

Despachurra completamente el merengue de limón y la mitad del chocolate antes de que me dé tiempo a coger un segundo trozo.

—¿Y? —le digo—. ¿Me harás ese favor?

—¿Cuál? Antes no te estaba escuchando. Hace tiempo que no fumo maría. Siento como si la parte de arriba de mi cabeza fuera la tapa de un tarro.

—¿Harás eso por mí? ¿Romper el hielo con Tracy?

Aparta mi tenedor de plástico con el suyo y pincha el último trozo de tarta.

—Vale —dice.

22

Por cenar con Eleanor llego tarde a mi turno en Frontera Embrujada. Salvador le ha dado una excusa a Duttweiler.

—Le he dicho que tienes hongos en las uñas de los pies —susurra en voz alta. Estamos holgazaneando detrás del saloon Last Chance, a la espera de que llegue el siguiente grupo para darles un buen susto—. Y que tenías que ir a la farmacia a recoger un esmalte de uñas especial que te ha recetado el médico.

—Eso suena sospechosamente concreto, Salvador.

Sonríe de oreja a oreja.

—¡Gracias!

Le digo que necesito que me preste otra vez el coche el miércoles. Me suplica una y otra vez que le deje participar en la misión Tracy. Es la palabra que utiliza: «misión». Que Salvador participe no es necesario ni deseable, para nada, pero me estoy aprovechando de su todoterreno y de él como mano de obra barata. Así que tendré que inventarme otro encargo para tenerle entretenido en otra parte, bien lejos.

El martes tengo el día entero libre y estoy ansioso. Como aún no le he cambiado el coche a Salvador, no puedo pasar por casa de los Shaw. Luego me doy cuenta de que lo que sí puedo hacer es pasar por delante del despacho de Nathan Shaw y echarle un vistazo. No sé cómo no se me ha ocurrido antes.

El bufete está en una zona de oficinas lujosilla. A un lado tiene una óptica y al otro una clínica dental. Doy un par de vueltas y luego aparco enfrente, en una zona comercial casi idéntica a la de las reuniones de NA de Tracy. Una peluquería: sí. Un restaurante vietnamita: también. Una ferretería Ace en vez de una tienda Verizon. Y una librería Books-A-Million en vez del antiguo

Blockbuster.

Pasa media hora. No hace falta que mueva el coche. Si en la ferretería alguien se fija en mí —que seguro que no—, pensarán que estoy en la librería. Y si alguien en la librería, etcétera.

El único coche aparcado delante del bufete de Shaw es un deportivo pequeño de color perla, muy hortera. No hay más coches, ni gente entrando y saliendo. Ya ha pasado una hora. La óptica tiene bastante clientela. La clínica dental, también. El bufete, en cambio, no.

Un coche tan cascado como el mío para delante del restaurante vietnamita. Se baja un repartidor melenudo para recoger un pedido a domicilio. Soy yo, básicamente, dentro de veinte años. Bermudas y camiseta, chanclas y barba de tres días. Hasta tiene el pelo como lo tenía yo antes. Me da un escalofrío, no sé por qué. Nunca me había imaginado dentro de veinte años. Hay que vivir el momento, ¿no?

Me mira, levanta la barbilla y me hace un gesto con la mano, un *shaka*. Hola. Es como si me reconociera, igual que yo le reconozco a él. Soy él hace veinte años.

Hago como que no le veo. Vuelvo a notar ese escalofrío, aunque fuera hace treinta y cinco grados. El repartidor melenudo entra en el restaurante y sale con el pedido. Se busca en los bolsillos de las bermudas las llaves, el mechero o el teléfono, lo que sea que no encuentra.

Hace más o menos una semana, antes de ver a Pearl y Jack sentados en aquel banco, yo podría haber sido ese tío. Pero ya no. Ya no voy flotando o a la deriva, ni dejo que el universo marque mi próximo destino.

¿Qué opino al respecto? No estoy muy seguro. Me siento despierto, eso lo sé. Antes, grandes trozos de mi vida se desvanecían en el éter, como esos mensajes que empiezas a escribir y luego borras sin guardarlos. Esta última semana, en cambio, ha tenido forma y nitidez.

Abro la página web del bufete de Shaw. Voy bajando hasta que encuentro lo que busco: ¡Consultas gratuitas sin cita previa!

Vale, ya sé que hacerme pasar por un posible cliente seguramente no va a servirme de nada. No voy a conseguir ninguna prueba concreta: Nathan Shaw no va a confesar de repente que

maltrata a sus hijos mientras me explica las leyes fiscales como si yo fuera tonto.

Pero quizá averigüe algo si le observo de cerca. Puedo hacerme una idea de cómo es. ¿Es frío como el hielo o se pone rojo de ira? ¿Es astuto? ¿Dominante? ¿Traicionero? ¿O un matón? Cualquier cosa podría servirme, ¿no? Y a lo mejor comete un desliz, o se le escapa algún detalle que me venga bien más adelante. Nunca se sabe.

Y, además, la verdad es que quiero sentarme delante de Nathan Shaw y mirarle a los ojos. Sé cómo eres. Sé lo que eres. Seguro que Pearl y Jack le tienen tanto miedo que no son capaces de mirarle a los ojos. Yo no se lo tengo.

Enciendo el motor y lo vuelvo a apagar. No quiero precipitarme. Tengo que ser como Felice en la tumbona del patio, atenta a todo.

Le mando un mensaje a Nguyen —«Cógelo»— y luego le llamo. No lo coge. Llamo a Mallory. Lo coge y le pasa el teléfono a Nguyen.

—Tío —le digo—, te he dicho que lo cogieras.

—Relájate —dice—. ¿Qué pasa? Luego vamos a bajar a la piscina.

—¿Te acuerdas de tu amigo, el que tenía ese chanchullo montado? ¿Ese que compraba y vendía cromos de béisbol o algo así?

—Paul. Ganó como treinta o cuarenta mil en nueve meses.

Lo dudo mucho, pero es igual.

—¿Cómo lo hacía? ¿Te acuerdas de los detalles?

Nguyen me cuenta lo que sabe. Paul hacía lo siguiente: los días que salían colecciones nuevas de cromos de béisbol, baloncesto o fútbol, se iba a Walmart o a Target a primera hora de la mañana, una o dos horas antes de que abrieran. Era el primer cliente que entraba por la puerta, cargaba un carro de la compra con todas las existencias y luego las vendía en eBay con grandes beneficios.

—Ganó treinta o cuarenta mil en nueve meses —repite Nguyen.

—Ya me lo has dicho. ¿Y por qué lo dejó, si era tan buen negocio?

—Porque era mucho esfuerzo. Decía que, para trabajar tanto, podía buscarse un curro normal. Ahora está muy metido en ese rollo de Bitcoin. O una de esas criptomonedas.

—Genial. Gracias.

—Mallory y yo vamos a bajar a la piscina luego.

—Luego os veo.

Me fumo un porro para calmar los nervios, cruzo la calle en el coche hasta la zona de oficinas y aparco al lado del deportivo color perla. Me quedo sentado un momento y repaso mi tapadera para asegurarme de que la tengo clara.

La recepción del bufete es pequeña pero agradable, anodina y tranquilizadora. Hay un par de sillas, un cuadro de apacibles montañas y el aroma penetrante del frescor artificial.

No hay recepcionista, solo una puerta que da a otra habitación. ¿Llamo? ¿Espero? Antes de que me dé tiempo a decidirme, se abre la puerta y sale Nathan Shaw. No parece sorprendido de verme. Al contrario. Es como si me hubiera estado esperando ansiosamente. Cuando sonríe, su cara entera se pone en acción. Pliegues, hoyuelos, cejas y un montón de dientes. Es una sonrisa como de musical de Broadway, como de gran número final, cuando se abre el telón y las piernas empiezan a subir y a bajar.

—Pasa, pasa —me dice.

Tiene mejor aspecto que en la fiesta. La cara afeitada, el pelo ondulado perfecto, la corbata bien anudada.

Siento el mismo entumecimiento que aquella noche, en el jardín, cuando le vi por primera vez, pero ahora noto también un leve cosquilleo, como un zumbido lejano. Es la ira, que bulle y crece. Este… cabrón. ¿Cómo puede hacerles a sus hijos lo que les hace y luego venir a trabajar y sonreír a cualquier extraño que entra por la puerta? Menos mal que me he fumado el porro. Pocas veces me cabreo, y no sé muy bien cómo manejarlo.

Me lleva al despacho de dentro. También es anodino y tranquilizador, pero tiene un aire más profesional, con roble y metal y estanterías imponentes. Me siento en el sofá. Esperaba que Nathan se sentara detrás del escritorio, pero no, se sienta en el otro extremo del sofá, como si fuéramos dos colegas y estuviéramos charlando tranquilamente.

Cuánto me alegro de haberme fumado el porro. Estoy consiguiendo controlar mis nervios, más o menos. Nathan se presenta. Me pide que le tutee.

—No hace falta andarse con cumplidos —me dice.

Mierda, mi nombre. He planeado lo de la tapadera para explicar por qué necesito sus servicios y no se me ha ocurrido pensar si debía decirle mi nombre de verdad o no. Pienso a toda prisa y le doy el nombre de la tarjeta que mangué en Mister Snips.

—Chris Lee —le digo. Por lo menos no hago la tontería de darle la tarjeta. Un tipo como yo no tiene tarjetas de visita.

—Dime en qué puedo ayudarte, Chris.

Le cuento lo del negocio de los cromos y le digo que no he pagado impuestos estos dos últimos años.

—Lo he ido dejando —digo— y ahora me ha entrado el agobio.

Nathan menea la cabeza.

—Voy a decirte una cosa, Chris. A veces, los problemas nos superan. Nadie es perfecto. Todo el mundo la caga. Lo importante es cómo reaccionamos. No de dónde partimos, sino adónde llegamos.

Me pregunto si le suelta a todo el mundo el mismo discurso. ¿O me ha calado enseguida (Este es un pringao) y ha elegido este enfoque para mí en concreto? Lo único que sé seguro es que Nathan Shaw es un vendedor. Estaba vendiendo en la fiesta, volcando toda la fuerza de su personalidad en convencer a cada persona. Y ahora también.

—Lo que yo puedo ofrecerte, Chris, es mi atención completa. Mi dedicación. Estoy contigo en esto. Hacienda es un ejército. Es implacable y tenaz y…

Y sigue así un buen rato. Seguro que esta parte del discurso es de talla única, igual para todo el mundo. Pero Nathan le pone empeño. Se lo cree. Incluso me sorprendo a mí mismo estresado un par de veces —en serio— por si de verdad he metido la pata con mis impuestos, y no con los inventados.

Es un buen vendedor, y empiezo a agobiarme de verdad. Seguro que, si un trabajador social investiga mi denuncia, Nathan se le meterá en el bolsillo sin ningún problema. El trabajador social no tendrá nada que hacer. Me pregunto qué pasó en la reunión con el profesor. ¿Por qué Nathan le causó tan mala impresión a Cameron Keller? Seguramente porque no se molestó en tratar de ganárselo. O no le parecía que valiera la pena hacer ese esfuerzo, o ya había decidido sacar a los niños del colegio.

¿Qué más hace que me agobie? Que Nathan utilice este talento

suyo para atormentar a Pearl y Jack. Me lo imagino perfectamente fingiendo que siente lo que ha hecho, convenciéndoles de que esta vez va a cambiar para que bajen la guardia, aunque ellos sepan que no es así. Lo hace solo para divertirse, solo porque puede.

Sigue hablando. Presta atención, presta atención, presta atención. ¿Qué más? Echo un vistazo a sus manos sin que se note mucho. Son unas manos normales. Unas manos normales que agarran a Jack por el bracito y… Noto que ese leve zumbido de ira se acerca un poco. Que el cosquilleo se vuelve un poco más fuerte.

—Ahora te toca a ti, Chris —me dice—. ¿Quieres hacerme alguna pregunta?

¡Ja!, como diría la abuela de Eleanor. Tengo un montón de preguntas, pero no puedo hacerle ninguna. El silencio incómodo no va a funcionar con este tío como funcionó con el profe de Pearl. ¿Qué puedo hacer para descolocar a Nathan Shaw y que se salga del guion? Si es posible, quiero ver cómo reacciona cuando la cámara deja de grabar.

—¿Cómo la cagaste tú? —le pregunto.

Sigue sonriendo, pero ahora veo, o me parece ver, una pequeña arruga entre sus cejas.

—¿Perdona? —dice.

—Has dicho que todo el mundo la caga. Eso me ha impresionado. Así que… ¿tú la has cagado también alguna vez?

Mueve la mano, de su pierna al brazo del sofá. Cierra el puño y lo vuelve a abrir con la misma rapidez.

—Por supuesto, Chris —dice—. Claro. He cometido errores en mi vida. Pero voy a decirte qué es lo más inteligente que he hecho. Hice lo que tú estás haciendo ahora. Reconocí que tenía un problema y tomé las medidas oportunas para resolverlo.

Otra vez me está vendiendo la moto. Pero vuelvo a ver esa arruguita entre sus cejas y tengo la sensación de que acaba de contarme algo sobre sí mismo que es cierto, aunque no lo haya hecho a propósito.

Pero ¿qué es? ¿Y de qué me sirve? Por desgracia, no lo sé.

—Pero Chris —dice, otra vez con esa sonrisa de musical—, quiero saber más cosas sobre tu negocio. De pequeño coleccionaba cromos de béisbol. Cuéntame más.

—Vale, pues… Las colecciones nuevas salen determinados días.

Cromos de béisbol y de distintos deportes. Llego a primera hora, antes de que aparezca el distribuidor. A Walmart y Target. Compro lo que esté más de moda y luego lo vendo más caro en eBay.

—Qué listo. A quien madruga… ¿Cuáles fueron los cromos de moda el año pasado? ¿Con los que ganaste más pasta?

Me encojo de hombros como dando a entender que es una pregunta complicada, con matices que un profano en la materia sería incapaz de entender y, además, ¿a qué nos referimos exactamente cuando decimos «de moda»?

—Es difícil decirlo —digo. Es difícil decirlo porque no tengo ni idea de qué cromos y qué colecciones estuvieron de moda el año pasado. Me doy cuenta de que mi tapadera quizá sea menos sólida de lo que pensaba.

—Ponme solo un ejemplo —dice—. Tengo curiosidad. ¿Quiénes dieron el campanazo? ¿Los que no conoce nadie y van a ser estrellas?

No sigo ningún deporte desde que tenía once años, y tampoco es que los siguiera mucho entonces. Solo conozco a un par de jugadores, los más obvios. LeBron James. Tom Brady. Hay un jugador de béisbol japonés que lanza y batea, creo. ¿Cómo se llama?

Nathan Shaw espera pacientemente.

—Creo que es mejor que no te lo diga —contesto—. Ya sabes, no quiero llevarte por mal camino.

—Te lo agradezco, pero al menos dime dónde puedo conseguir información sobre la compra de cromos. ¿Dónde buscas las novedades en internet?

Joder. ¡Joder! En menudo lío me he metido. Con lo mal que se me da mentir. ¿Qué hago ahora? No puedo decirle la verdad y ya está. O… a lo mejor sí.

—Mira —digo—, soy idiota. Yo de esto no tengo ni idea. Es a mi amigo Nguyen a quien le gustan los cromos de deportes, no a mí. Él me manda una lista cada semana. Yo solo voy y compro lo que hay en la lista. Conozco a LeBron James y Tom Brady. Hasta ahí llegan mis conocimientos. Puedes preguntarme dos horas después qué ponía en la lista que me ha mandado Nguyen, que no lo sabría. Otra amiga mía, Mallory, me ayuda con eBay. Seguro que ya te has dado cuenta, hablando conmigo. Soy idiota.

Nathan Shaw se ríe. Ha funcionado. Esto marcha. Me doy cuenta de que mi yo de antes, la versión no mejorada, la habría cagado épicamente. Pero he cambiado, ahora soy otro. Es la primera vez en mi vida que soy otro.

—Sinceridad —dice Nathan Shaw—. Eso me gusta. Es la mejor política, siempre. Ahora vamos a hablar de mis honorarios, si decides subir a bordo.

—Vale —digo—. De acuerdo.

23

Al día siguiente, espero en el todoterreno de Salvador, a una manzana de la calle sin salida. Faltan diez minutos para que Tracy salga hacia el parque. Llego pronto, pero no tanto como para estar aquí parado varias horas y levantar sospechas.

Estoy contando con que, después de pasarse por el parque, Tracy vaya a la reunión de los miércoles en Narcóticos Anónimos. Eleanor ya está allí, delante del antiguo Blockbuster. Se acercará a Tracy antes o después de la reunión, eso lo decidirá ella. Le explicará que quiero ayudarles a ella y a los niños. Si acepta reunirse conmigo enseguida, la esperaré en una cafetería, no muy lejos de allí. Si necesita tiempo para pensárselo, Eleanor le dará mi contacto.

¿Es un plan sólido? Espero que sí. Es el plan más detallado que he ideado nunca, y el más cuidadoso. Voy a seguir a Tracy; así, si surge algún imprevisto, podré avisar a Eleanor. Tengo a Salvador esperando en mi coche, a medio camino entre Meadow Wood Estates y el sitio de la reunión; a mano, por si le necesito, pero sin estorbar. No puedo preverlo todo, pero lo intento.

Ya ha surgido un imprevisto. Al pasar por la calle sin salida, he visto dos coches en la entrada de la casa de los Shaw: el Volvo azul oscuro y el deportivo color perla. Nathan debe de estar en casa hoy. Y no sé si eso cambiará la rutina de Tracy ni cómo la cambiará.

Me acuerdo de la primera vez que estuve vigilando la casa, de lo inepto que fui. Fue un milagro que el energúmeno aquel del polo rosa no llamara a la policía. Me asombra un poco lo lejos que he llegado desde entonces, aunque, a decir verdad, me quedaba un camino muy muy largo por recorrer.

Recibo un mensaje de Salvador. «Preparado!!!».

Es el quinto o el sexto mensaje que me manda diciendo lo

mismo. Le contesto otra vez con un emoji con el pulgar hacia arriba. Pero no es Salvador quien me preocupa, sino Eleanor. Es muy probable que Tracy se sienta más tranquila y cómoda con otra mujer, pero sé por experiencia que a Eleanor lo que se le da bien es incomodar a la gente. Esta mañana, por ejemplo le pregunté cuál iba a ser su estrategia.

—¿Mi estrategia? —me dijo.

—Con Tracy. Para romper el hielo.

—Vete a la mierda. Yo sé lo que tengo que hacer.

¡Vale! Ahora pienso que a lo mejor debería habérselo pedido a Mallory, en vez de a Eleanor. Aunque Mallory, con lo porrera que es, podría haberse olvidado de la hora, o del día, o de lo que intentaba conseguir, en mitad de la conversación con Tracy. Y, evidentemente, a Felice no podía pedírselo. A Leah, la novia de Preston, tal vez. Pero es casi demasiado amable y dulce, y a Tracy le sería muy fácil quitársela de encima.

En fin, aquí estamos. Y aquí viene el Volvo, saliendo de la calle, con Tracy al volante. Segundo imprevisto: Pearl y Jack no van en el asiento de atrás. No importa. Puede que sea incluso mejor. Será más probable que Tracy acepte reunirse conmigo si no está con los niños.

Dejo que el Volvo se adelante un poco, arranco y lo sigo. Llamo a Eleanor.

—Acaba de salir —le digo—, pero no estoy seguro de adónde va, así que estate alerta, ¿vale?

—Vete a la mierda. Ya estoy alerta.

Como no hay casi tráfico, no tengo problemas para seguir al Volvo. Ya le he cogido el tranquillo; ahora sé cronometrar los semáforos e intuyo cuándo tengo que adelantar a un coche de los que van entre Tracy y yo y cuándo conviene que me quede detrás. Esta vez, estoy lo bastante seguro de mí mismo como para no acercarme mucho. Ahora mismo, lo último que quiero es que se ponga nerviosa o paranoica.

Vamos hacia la reunión de NA, en esa dirección, pero luego, de pronto, Tracy gira a la izquierda. ¿Adónde va? En el siguiente cruce grande, a menos de un kilómetro, gira a la derecha. Ahí es donde va: al centro comercial. Reduzco la velocidad y veo que el Volvo entra en el aparcamiento, junto a la tienda de Dillard's y los cines

AMC.

—Está en Prairie Square —le digo a Eleanor—. Vente para acá lo más rápido que puedas.

Este imprevisto no es malo. Acercarse a Tracy en un centro comercial es menos raro que acercarse a ella al salir de una reunión de NA. Desde luego, más raro no es.

Salvador me manda otro mensaje. «Preparado y a la espera!!!».

Estoy a punto de pasar de él cuando pienso en lo enorme que es el centro comercial de Prairie Square. Para acercarse a Tracy, Eleanor primero tendrá que encontrarla.

Llamo a Salvador.

—Vente a Prairie Square ahora mismo. No preguntes. Avísame cuando llegues.

—¡Voy! —contesta.

Me meto en el aparcamiento. Las únicas plazas libres están en la azotea. Acabo a solo tres coches del Volvo azul oscuro de Tracy. No hay ni rastro de ella. Bajo en ascensor y entro en el centro comercial.

Como no sé por dónde empezar, me doy una vuelta por la planta baja, mirando por los escaparates. Eleanor me llama cuando estoy subiendo por las escaleras mecánicas, hacia la zona de restaurantes. Veo desde arriba a un niño pequeño tirado en el suelo delante de la fuente, pataleando de rabia como un loco. Tío, no sabes cómo te entiendo. No soy muy fan de los centros comerciales. El ruido, la luz artificial, el olor penetrante que sale de cada puesto.

—Este sitio es un infierno —me dice Eleanor.

—Te acuerdas de cómo es Tracy, ¿verdad?

—Más o menos.

—Voy a echar un vistazo en la primera planta —le digo—. Ya he mirado en la planta baja, pero muy rápido, y no he entrado en Dillard's ni en Macy's.

Tracy no está en la zona de restaurantes. Me salto Yankee Candle y entro en Aeropostale y Buckle. Hay mucho terreno que cubrir y tengo que ser selectivo, solo entro en las tiendas donde imagino que podría comprar Tracy. ¿Los cines? Es posible que se haya saltado la reunión de Narcóticos Anónimos para ir a una sesión matinal, pero no puedo ir buscándola por salas oscuras.

Salvador me llama.

—¡Ya estoy aquí!

Le digo que busque a una mujer de treinta y tantos años, con el pelo rubio claro, delgada y como afilada y puntiaguda. No he visto bien lo que llevaba puesto Tracy hoy. Algo blanco arriba.

—Y oye, Salvador, si la encuentras… Escúchame con mucha, mucha atención. No te acerques a ella. Solo llámame. Llámame, ¿vale? No te acerques a ella.

—¡Vale!

—No me llames ni me escribas hasta que la encuentres.

—¡Vale!

Pruebo en Sephora. Una rubia delgada, con blusa blanca y el cuerpo tirando a afilado y puntiagudo está de espaldas a mí, haciendo girar una rueda de pintalabios. Me acerco a ella procurando no llamar la atención. No es Tracy. Llamo a Eleanor.

—¿Nada?

—Serás el primero en saberlo.

Media hora después sigue sin haber ni rastro de Tracy. ¿Se habrá ido ya? Si ya se ha ido, estamos perdiendo el tiempo. Opto por ir a ver si su coche sigue aquí y me voy hacia el aparcamiento. Entonces me doy cuenta de lo tonto que he sido. No hacía falta que buscáramos a Tracy en el centro comercial. Eleanor podría haberla esperado en el Volvo, porque evidentemente —¡evidentemente!— tiene que volver al coche en algún momento. Vuelvo a llamar a Eleanor.

—Aparcamiento junto a Dillard's —le digo—. Última planta. En la azotea.

—Voy a tardar un rato. Estoy al lado de Macy's.

—Es donde aparcó.

—¿Qué? Será una broma. ¿Viste dónde aparcó?

—Sí, ya lo sé, ya lo sé.

Me meto en el ascensor. Ojalá no sea demasiado tarde. Si Tracy ya se ha ido, no puedo seguir vigilando la casa —teniendo a Eleanor de guardia— hasta que vuelva a salir. Y no quiero esperar otros dos días, hasta la próxima reunión de NA. Serían dos días interminables más para Pearl y Jack.

—¡Espera!

Una mujer entra en el ascensor y mira el panel. Yo ya he pulsado el botón de la última planta, pero ella lo aprieta de todos

modos. Mira fijamente su reflejo en la superficie cromada y llena de arañazos de la puerta.

Es Tracy. Mantengo la calma. Vaya. Vaya, vaya, vaya. No te pongas nervioso. Su hombro está a solos unos centímetros del mío. El ascensor sube despacio. Tengo un poco de claustrofobia, nunca me han gustado los ascensores. Este es del tipo de los que menos me gustan: temblequea, cruje y gruñe como si en cualquier momento fuera a echarse la mano al pecho y a desplomarse.

¿Qué hago? ¿Me atrevo yo a hablar con ella? Eleanor no va a llegar a tiempo. Ni siquiera está cerca. Cuando las puertas del ascensor vuelvan a abrirse, Tracy se irá derecha al Volvo y en menos de un minuto se habrá ido.

Tercer piso. Cuarto piso. Yo también mantengo la vista fija al frente. Me da miedo hasta mirar el reflejo de Tracy. Quinta planta. Falta solo una más. Tengo que decidir qué hago. Ella suspira.

—No me gustan los ascensores —le digo.

Mira hacia mí con una leve sonrisa. Suena un tintineo y se abre la puerta. Sale. Salgo detrás de ella. Daría un poco de mal rollo que la siguiera por toda la azotea, hasta el Volvo. Tengo que lanzarme, ahora o nunca.

—Disculpa —le digo.

Se para y se vuelve hacia mí, impaciente pero también nerviosa. Echa rápidamente un vistazo alrededor, en busca de transeúntes, por si estoy a punto de atracarla.

—¿Te acuerdas de mí? —le pregunto.

—¿Qué?

—No, seguramente no. —Ya la estoy cagando. No debería haber empezado por la primera vez que nos vimos. ¿O sí? Eleanor iba a encargarse de esta parte. Yo no estoy preparado en absoluto.

—¿Quién eres? —dice—. ¿Qué quieres?

—En el edificio de administración municipal, hace un par de semanas. Delante de la oficina de Acreditación de Conductores. Yo tenía el pelo largo entonces.

Ahora cae. Ya se acuerda de mí. Se da la vuelta y echa a andar hacia el Volvo.

—Lo siento —dice por encima del hombro—. Te has confundido. No te había visto nunca.

La sigo a una distancia respetuosa.

—Quiero ayudarte —le digo—. Quiero intentar ayudar a tus hijos. He visto lo que les está pasando. Las quemaduras.

—No sé de qué me hablas.

—Dame dos segundos para que te lo explique.

—Déjame en paz, por favor.

—Fui al Servicio de Protección de Menores, pero…

Se gira de golpe, dejando de fingir.

—¿Qué?

—¿Podemos sentarnos a hablar en algún sitio? Me llamo Hardly, por cierto.

—¿Avisaste al Servicio de Protección de Menores? —El triángulo de piel de su escote se ha puesto de color rojo brillante. No sé si está furiosa, aterrorizada o una mezcla de ambas cosas—. ¿Cuándo?

—¿Podemos sentarnos en algún sitio y hablar un momento?

—Mis hijos están bien. Nadie los maltrata ni están en peligro. Estás confundido o equivocado o… no sé. Déjame en paz.

Recorre a toda prisa los últimos metros hasta el Volvo, pulsa el mando y abre la puerta de un tirón. Ahora, ya solo puedo soltar un discurso dramático y conmovedor, es mi única posibilidad. Pero por desgracia nunca he dado un discurso dramático y conmovedor.

—El otro día te vi con tus hijos en el parque —le digo.

Está a punto de meterse en el Volvo, pero se queda paralizada al oírme. Ahora está claramente más furiosa que aterrorizada.

—¿Qué?

—Me di cuenta de que quieres mucho a tus hijos. Es evidente. Y hablé con el profesor de Pearl del año pasado, el señor Keller. Me dijo lo mismo. Solo quiero ayudaros a ti y a tus hijos. Solo quiero intentarlo. Estoy de tu parte, te lo prometo. Te mereces tener a alguien de tu parte.

Ella no hace ni dice nada. Yo me quedo esperando. Me acuerdo del tipo del polo rosa y me pregunto por qué Tracy no ha amenazado aún con llamar a la policía. Y entonces lo entiendo: claro, no quiere meter en esto a la policía.

—¿Quién eres? —me pregunta.

—¿Tienes un bolígrafo?

Parpadea.

—¿Qué?

—Que si tienes un bolígrafo.

Sin dejar de mirarme, busca en su bolso, encuentra un bolígrafo y me lo lanza. Lo cojo y encuentro en mi cartera el tique del sitio de los tacos. No sé por qué lo tengo ahí ni por qué lo guardé. Apunto mi nombre y mi número de teléfono en la parte de atrás.

Yo estoy a un lado del Volvo y ella al otro. Estoy casi seguro de que no va a coger el tique si intento dárselo por encima del techo del coche, pero ha dejado la ventanilla del lado del copiloto un poco bajada, por el calor. Meto el tique por la rendija. Cae al asiento.

—Ahí me puedes encontrar —le digo—. Solo quiero que nos sentemos a hablar alguna vez. Piénsatelo, ¿vale?

—Déjame en paz —contesta—. Mis hijos están bien y son felices y no les pasa nada malo. No necesito tu ayuda.

Se mete en el coche y cierra de un portazo.

24

Cerca de una hora después, cuando ya le he contado a Eleanor mi conversación con Tracy y voy en el coche de vuelta a casa, me suena el teléfono. Es… Salvador. ¡Mierda, me he olvidado de él!

—¡La he encontrado! —me dice.

—¿Todavía estás en el centro comercial?

—¡Sí!

—Estupendo. Pero no la has encontrado. Vete a casa. Luego nos cambiamos los coches.

—¡Vale!

Burke está sentado en el sofá, con dos portátiles y una tableta sobre la mesa baja. Cuando entro, cierra un portátil y da la vuelta a la tableta. Luego se lo piensa mejor y cierra también el otro portátil.

—Eso resulta sospechoso, Burke —le digo.

—La curiosidad mató al gato —contesta.

—Pero ¿no resucitó luego?

—Lo dudo mucho.

—Era broma, Burke. No tengo curiosidad, te lo prometo. Siento molestarte.

Me voy por el pasillo, hacia mi cuarto.

—¡Alto! —Burke me mira fijamente—. Estás distinto. No sé por qué.

—Me he cortado el pelo.

Pestañea muy despacio, sin dignarse responder. Obviamente, me he cortado el pelo. Y, obviamente, no se refería a eso.

—Al final llegaré al fondo del asunto —dice.

En mi habitación, enchufo el teléfono para cargar la batería. Necesito tenerla cargada en todo momento, para cuando llame Tracy. ¿«Para cuando llame» o «por si acaso llama»? Tengo ciertas

esperanzas de que llame. Nuestra conversación en la azotea del aparcamiento del centro comercial no ha ido como la seda y Tracy no se ha mostrado muy receptiva que digamos, pero por lo menos me ha escuchado.

Me alucina un poco todo lo que he conseguido hasta ahora. ¿Cómo he llegado hasta aquí desde aquel primer día en el edificio municipal, cuando andaba como pollo sin cabeza buscando a un guardia de seguridad? Creo que a lo mejor ahora me siento un poco más yo mismo. La verdad es que he sido bastante competente. Me he vuelto bastante competente en algo que es difícil y arriesgado.

Es como trepar a un árbol. Recuerdo esa sensación, de hace mucho tiempo. Había un árbol gigantesco en el jardín delantero de la casa donde vivía con mi madre. Todos los días, más o menos, me subía a ese árbol y cada día llegaba un poco más alto. Un día subí demasiado alto. Pero había unas vistas increíbles. ¡Y era una pasada que hubiera llegado tan alto! La rama en la que estaba apoyado era muy delgada y flexible y empezó a ceder. Estuve a punto de caerme. Conseguí por los pelos subirme a una rama más gorda.

Cuando conseguí bajar, debía de tener cara de que acababa de darme un infarto. Pero antes de que me diera tiempo a decir nada, antes de que pudiera decir «¡Casi me caigo!», ahí estaba mi madre, como siempre.

—¡Pero no te has caído! —dijo.

Mis padres de acogida no eran malas personas, para nada. Seguramente podría decirse que a Preston y a mí nos tocó el gordo de la lotería en ese aspecto, o al menos un buen premio. Lo que pasa es que estaban muy ocupados. Tenían cuatro hijos normales, más nosotros dos. Él se ganaba la vida apilando carne congelada. Y cuando le falló la espalda, siguió ganándose la vida apilando carne congelada. Ella cocinaba y limpiaba, lavaba la ropa y tenía varios trabajos de unas horas, y nunca se sentaba, que yo recuerde. Preston y yo sospechábamos que uno de ellos también había estado en hogares de acogida, en sus tiempos, o quizá los dos. Sabían que la vida podía ser mucho peor de lo que era.

Mi madre de acogida solo estaba siendo realista cuando me dijo que moviera los labios y no cantara en la iglesia. Y lo mismo mi padre de acogida cuando me dijo una vez, sin venir a cuento: «No pidas nada y así no te llevarás desilusiones». Tuvimos, él y yo, creo

que cuatro conversaciones en nueve años. Conversaciones cortas. No sé a qué vino eso de «No pidas nada y no te llevarás desilusiones». A mi madre le habría dado un ataque, pero él solo intentaba darme un buen consejo.

¿Me llamará Tracy? ¿Cuándo? No puedo quedarme toda la noche sentado mirando el teléfono o me volveré loco. Me fumo una pipa de maría y me voy a Frontera Embrujada.

—¡Hola, amigos! ¿Listos para un viaje terrorífico al Salvaje Oeste?

—¡Hola, amigos! —grita Salvador junto a mi oído.

El turno, para ser un turno de trabajo, no va mal del todo. Las botas me aprietan, pero de vez en cuando sopla una brisa y hoy no hay muchos gilipollas. Pero, no sé por qué, me canso más, y más rápidamente que de costumbre. Estoy de mal humor y la piel me aprieta tanto como las botas, me oprime y me roza.

En el primer grupo después de los fuegos artificiales, una pareja de modernitos muy sonrientes se ponen a tuitear en directo. Molestan a todo el mundo leyéndose sus tuits en voz alta. Eso, después de que les pida educadamente como diez veces que por favor, si no les importa, bajen la voz. Pero pasan de mí. Menuda sorpresa.

El Preso Ahorcado se retuerce y gruñe en la horca. Justin se lo está currando de verdad hoy y una de las botas que lleva, que le están grandes —son de la talla que debería llevar yo— se le cae. Veo que lleva calcetines con dibujitos.

—Por lo visto —tuitea en voz alta uno de los modernitos, el chico—, *El juego del calamar* ya estaba de moda entre los cuatreros del siglo XIX.

—Oye, por favor —digo—. Por favor, bajad la voz.

Por fin me hacen caso. ¡Existo! Pero lo único que hacen es poner cara de fastidio. Como diciendo «¿Quién se cree que es este pringao que trabaja en un sitio así?».

—El *sheriff* se dispone a hacer cumplir la ley —tuitea la chica—. Hashtag «justicia fronteriza».

En fin, da igual. Si me dieran un dólar cada vez que me ponen mala cara cuando intento hacer cumplir una norma o cada vez que me hacen un comentario despectivo, seguramente podría comprar Bella América. No es para tanto. ¡Dale a cada cliente tu mejor sí!

Pero esta noche… esta noche tengo la piel cada vez más tirante. Y entonces otra clienta, una señora que rebusca en su mochila, intenta encasquetarme lo que parece ser un enorme puñado de clínex usados.

—Aguántame esto un segundo —me dice.

¿En serio? Se queda esperando. Yo no cojo el montón de pañuelos usados y húmedos.

Ella parpadea, desconcertada. Salvador carraspea y señala, él cree que discretamente, al Preso Ahorcado. Justin se retuerce colgado de su arnés, preguntándose qué pasa. Ya deberíamos haber pasado de largo.

La señora vuelve a parpadear. Cojo el dichoso montón de clínex y vuelvo a meterme en mi papel.

—¡Cáspita! —digo—. Más vale que nos apresuremos. Vamos a tomar ese atajo por el cementerio.

Sobrevivo al resto del turno y escribo a Felice. Me dice que puedo pasarme por su casa. Cuando abre la puerta del piso, la beso antes de que pueda decir nada. Dentro, le quito la parte de arriba del pijama prácticamente de un tirón, como un mago sacando un mantel de debajo de unos platos.

Ella sonríe.

—Pero ¿qué te pasa?

Como no sé qué contestarle, vuelvo a besarla y nos tumbamos en la cama.

25

Los tres días siguientes pasan muy muy despacio. Estoy que me subo por las paredes esperando a que me llame Tracy. A ratos estoy convencido de que va a llamarme y luego cambio de idea y pienso que es imposible. ¿Cómo serán tres días para Pearl y Jack? Tres días es una eternidad. Intento no imaginarme las cosas horribles que pueden pasarles en tres días.

En vez de eso, imagino otra cosa: que han pasado ya tres meses. He encontrado las pruebas que tenía que encontrar. He convencido a Tracy de que vaya al Servicio de Protección de Menores. Y Pearl y Jack están a salvo. Cuando Tracy quiere llevarlos al parque, no tiene que buscar uno desierto. Pearl y Jack pueden jugar con otros niños. Ahora son como los demás críos de su edad. Esa horrible etapa de su vida ha terminado y se desvanece lenta pero inexorablemente en el pasado.

Me encantaría poder vigilar a Tracy. ¿Quién sabe lo que podría descubrir aún? Pero no quiero asustarla, ni meterle prisa, ni presionarla, así que no me acerco a ella ni a la casa, ni al parque ni al antiguo Blockbuster.

A Nathan, en cambio… A él sí que lo vigilo. Un par de veces al día, a distintas horas, aparco en el centro comercial de enfrente y vigilo su oficina. He visto entrar y salir a varios clientes suyos: gente normal, nada sospechosa. Pero sé que algo pasa con Nathan. Tarde o temprano descubriré qué es.

¿Qué estará pensando Tracy? Ojalá lo supiera. ¿Estará pensándose si debe llamarme o no? ¿Ya habrá decidido no llamarme? ¿O, al contrario, habrá decidido llamarme pero está esperando el momento oportuno?

Como el domingo no me toca currar, me paso por el bufete sobre

las nueve. No espero ver gran cosa un domingo por la noche. Y no lo veo. Desde la calle, la zona de oficinas está a oscuras y vacía. Pero, al pasar con el coche, veo un destello en el retrovisor: unos faros, dos pares de faros detrás del edificio de Nathan Shaw. Doy la vuelta a la manzana, apago las luces del coche y me meto en la zona de oficinas. Hay tres edificios: el principal, que es más largo, y otros dos más cortos arriba y abajo, formando una I mayúscula. Me meto detrás de uno de los cortos, me acerco a la esquina y miro desde allí lo que pasa detrás del bufete de Shaw.

Una camioneta y el deportivo de Nathan están aparcados uno frente al otro. Sus faros forman un cuadrado de luz en el centro, como un foco en el escenario de un teatro. En medio de ese foco están Nathan Shaw y dos de los tíos con peor pinta de la fiesta. Los reconozco enseguida: el borracho flacucho y el de la gran barba gris.

Estoy a punto de cantar «¡bingo!». No sé qué tratos tiene Nathan con estos tipos, pero está claro que es algo turbio. Si no, ¿por qué iban a reunirse a esas horas, a oscuras, y detrás de su oficina en vez de dentro?

Tengo las ventanillas bajadas, pero estoy demasiado lejos para oír lo que dicen. Por sus gestos, deduzco que los dos tipos con mala pinta no han podido hacer alguna tarea y Nathan Shaw está cabreado. Está inmóvil como una piedra, con los brazos cruzados, mientras el borracho flacucho y el de la barba hacen aspavientos, menean la cabeza y de vez en cuando se señalan el uno al otro.

Pasados unos cinco minutos, Nathan apaga los faros de su deportivo y entra en su despacho por la puerta trasera. El barbudo se sienta al volante de la camioneta y el borracho flacucho en el asiento del copiloto. Se marchan haciendo rugir el motor.

Tengo que decidirme enseguida: o me quedo donde estoy y espero a que Nathan Shaw salga de su despacho, o sigo a la camioneta. No me lo pienso dos veces. Es muy probable que Nathan Shaw se vaya a casa. Pero, en cambio, el barbudo y el borracho flacucho, ¿quién sabe a dónde irán? Si Nathan Shaw está metido en alguna movida chunga, podrían llevarme directamente a ella.

La camioneta sale a la calle. Dejo que se adelante un buen trecho, luego enciendo las luces y la sigo. El barbudo respeta más o menos el límite de velocidad. Eso me facilita las cosas y también

resulta sospechoso, lo que me anima. El barbudo no parece de los que se preocupan por el límite de velocidad, a no ser que tenga una buena razón para no querer que le paren.

Pasamos por delante de una larga hilera de grandes superficies comerciales y luego cruzamos por debajo de la interestatal. Pienso por un segundo que el barbudo y el borracho flacucho van camino de Frontera Embrujada, que está a menos de dos kilómetros de aquí. Pero solo son paranoias mías. En el semáforo donde tendrían que girar a la izquierda, siguen recto.

En serio, ¿a dónde van? Estamos en una parte de la ciudad que es un batiburrillo: naves industriales y desguaces que parecen las ruinas oxidadas de antiguas civilizaciones, y también edificaciones nuevas, como islas brillantemente iluminadas. Un complejo sanitario, un concesionario Mercedes-Benz, un restaurante caribeño con un estanque artificial.

¿En qué andará metido Nathan Shaw?, me pregunto. En asuntos de drogas, probablemente. O de dinero procedente de las drogas. Los detalles no importan. Si encuentro pruebas de que está metido en algo ilegal, en lo que sea, el Servicio de Protección de Menores tendrá que dar prioridad al caso de Pearl y Jack. Sigo confiando en que Tracy me llame, pero este es un buen plan B.

Mi teléfono se ilumina. Es un mensaje de Eleanor: «médico abuela semana que viene gracias chao».

Como no puedo escribirle y seguir a la camioneta al mismo tiempo, la llamo.

—¿Te acuerdas de esos tíos con tan malas pintas que había en la fiesta? Estoy siguiendo a dos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Los he visto hablando con Nathan Shaw detrás de su oficina. Detrás de la oficina. De noche, a oscuras, un domingo. Acaban de pasar cerca de Frontera Embrujada, por la zona donde está ese hospital nuevo y los desguaces antiguos. Y un sitio que se llama «Tipple and Pickle».

—El *pickleball* es como el tenis, solo que puedes jugar estando borracho.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Has comido ya? No estoy lejos de allí. He tenido que ir a dejar un paquete de mi abuela en el buzón veinticuatro horas de

UPS.

La camioneta deja la carretera, se desvía por una calle que bordea el aparcamiento de «Tipple and Pickle» y luego serpentea entre naves industriales.

—Tengo que dejarte —digo, y cuelgo.

Ahora tengo que ir con más cuidado aún, porque por aquí no hay coches. Me mantengo lo más lejos posible de la camioneta y solo acelero cuando las luces traseras desaparecen al doblar una curva. Menos mal que ahora tengo experiencia siguiendo coches. Si fuera la primera vez, lo tendría muy jodido.

La camioneta se mete entre dos naves. Cuando me acerco, ya está saliendo por el otro lado del callejón. Voy a perderlos. Acelero y voy dando brincos como un loco por el asfalto desigual, intentando no dar un volantazo y chocar contra un muelle de carga. A mitad del callejón, se me escapa el volante de las manos. Oigo un chirrido muy inquietante procedente de la rueda delantera izquierda.

Suelto el acelerador y me paro en seco. ¡Mierda! Qué mala suerte, y en el peor momento. Esa camioneta era la mejor pista que había tenido hasta ahora. Salgo del coche y echo un vistazo a la rueda. Está destrozada. He pisado un trozo de chatarra: un tubo metálico erizado de clavos. Todavía está enredado entre los jirones de goma del neumático. ¿Qué hacía un trozo de chatarra llena de clavos tirado en medio de un callejón? Qué mala pata.

Y además no tengo rueda de repuesto. Esta, la delantera izquierda, era la de repuesto. De todos modos, da igual. El barbudo y el borracho flacucho ya estarán muy lejos.

Llamo a Eleanor.

—¿Has dicho que estabas cerca? He pinchado y no tengo rueda de repuesto.

—No me digas. ¿Dónde estás?

—En un callejón entre dos naves industriales, a unas manzanas de ese sitio de *pickleball*.

—¿Y luego podemos comer algo?

—¿Oyes eso? —pregunto—. ¿Es en tu lado o en el mío?

Me aparto el teléfono de la oreja. Siguiendo una especie de siseo, llego al otro lado del coche. No me lo puedo creer. La rueda delantera derecha también está pinchada. Me agacho y veo tres,

cuatro, cinco clavos distintos clavados en el dibujo de la rueda.

—Pero ¿qué le pasa a este callejón? —digo—. También tengo pinchada la rueda del otro lado.

—Eso no tiene sentido —dice Eleanor.

—¿Verdad que no?

—No. En serio, no tiene sentido.

Acabo de darle la razón, ¿no? Antes de que me dé tiempo a preguntarle de qué está hablando, unos faros inundan el callejón y vuelve a aparecer la camioneta roja. Se para a unos cinco metros de mí y las luces se apagan. Cuando se me acostumbran los ojos a la oscuridad, veo al barbudo detrás del volante, sonriendo y haciéndome señas con el dedo para que me acerque. Como si dijera: «Ven, cuchicuchi, ven».

26

Ahora entiendo por qué el callejón estaba lleno de clavos y trozos de chatarra cortante, y por qué se me han pinchado las dos ruedas. Mierda.

—Dame tu teléfono, por favor.

Me giro. Es Nathan Shaw, de pie detrás de mí. Le doy mi teléfono. ¿Por qué le doy mi teléfono? Qué tontería. ¿Porque me lo ha pedido educadamente? Debería haber salido corriendo. El barbudo y el borracho flacucho todavía se están bajando de la camioneta (oigo el chirrido de los muelles y los amortiguadores) y yo soy mucho más joven que Nathan Shaw, podría esquivarlo fácilmente.

Pero ahora tiene mi teléfono. Toca la pantalla para colgar a Eleanor. No quiero salir corriendo sin mi teléfono. Tendré que llamar a la policía si me persiguen.

—Así que eras tú —dice—. Eso me parecía. Me alegro de volver a verte, Hardly.

No sé cómo sabe mi verdadero nombre.

—¿Me devuelves mi teléfono, por favor? —le digo.

—Dentro de un minuto —contesta—. Primero vamos a hablar.

Oigo a mi espalda el ruido de las puertas de la camioneta al cerrarse. Pisadas rozando el asfalto. El borracho flacucho o el barbudo —seguramente el barbudo— hace un ruidito, como si se estuviera relamiendo los labios.

—Vale —digo.

—¿Quién cojones eres? —pregunta Nathan.

—¿Que quién soy? —No sé qué me está preguntando exactamente. A lo mejor cree que soy, no sé, un agente encubierto del Servicio de Protección de Menores—. No soy nadie.

Nathan Shaw me dedica su sonrisa de gran final de Broadway. Estoy sorprendentemente tranquilo. Así de poderosa es su sonrisa, porque ahora mismo tengo cero motivos para estar tranquilo.

—Correcto —dice—. Me he informado sobre ti. Exactamente, no eres nadie. No eres policía ni trabajas para el Departamento de Seguridad Nacional ni… nada. No tienes contactos. Así que dime por qué cojones te metes en mis asuntos.

¿Desde cuándo sabe que le estoy vigilando? Desde hace un tiempo, obviamente. Ha tenido tiempo de hacer planes, de montar todo esto, de fabricar las tiras de pinchos que me han reventado las ruedas delanteras. O a lo mejor el barbudo y el borracho flacucho ya las tenían. Cuando lo pienso, por fin empiezo a ponerme nervioso.

El barbudo y el borracho flacucho están justo detrás de mí, muy cerca. Huelen —los dos o uno de ellos— a sudor y a patatas fritas frías.

—Voy a decírtelo de otra manera, Hardly —dice Nathan—. ¿Por qué coño te metes donde no te llaman?

¿Cómo sabe mi nombre?, vuelvo a preguntarme. Habrá tenido a alguien siguiéndome mientras yo lo seguía a él y así ha conseguido mi matrícula. Se mete la mano en el bolsillo. Yo debo de dar un respingo, porque oigo soltar una risita al barbudo o al borracho flacucho.

Nathan se saca un papel del bolsillo. Me lo enseña. Reconozco mi letra. Ahí está mi nombre. Y mi información de contacto. Es el tique que le di a Tracy en el aparcamiento del centro comercial.

Se me encoge el estómago. Me imagino a Nathan encontrando mi nota. Rebuscando en el bolso de Tracy mientras ella está en la ducha, quizá. La agarra, la saca de un tirón de la ducha y le pregunta furioso qué coño está pasando. Cierra el puño y…

Debería haber tenido más cuidado y haberle dicho mi número, nada más. No debería haber dejado pruebas tangibles. La he puesto en una situación muy comprometida, y puede que a los niños también.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunto.

—¿Que de dónde lo he sacado? —Mira el trozo de papel como si mi pregunta le hubiera dejado pasmado—. Me lo dio ella. Mi mujer. Cuando me contó que un gilipollas la estaba siguiendo.

¿Qué? ¿Cómo? Me está diciendo que Tracy le dio la nota. Que le dio la nota. Que le habló de mí. Pero eso no puede ser. Estoy intentando ayudarla a ella y a los niños. ¿Por qué iba a hacer eso? A no ser que me equivoque con ella. Que me haya equivocado del todo.

—Eso explicaba por qué un gilipollas también me estaba siguiendo a mí —dice Nathan—. No sabía qué coño te traías entre manos cuando viniste a mi despacho.

—Pero yo no…

—Cállate. Lo que quiero saber es por qué un gilipollas se cree que mi familia es asunto suyo.

Se queda esperando. Tengo que darle una explicación. El borracho flacucho me da un empujón entre los omóplatos y casi pierdo el equilibrio. Intento decidir si es demasiado tarde para salir corriendo. Me da igual el teléfono. Puedo dejar atrás a estos tíos, ¿no? A menos que tengan un arma. Y, siendo realista, lo más probable es que unos tipos que saben fabricar tiras de pinchos para reventar ruedas y montar una encerrona como esta vayan armados.

—Vi lo que les haces a tus hijos —le digo a Nathan.

—Tú no sabes nada de mis hijos —contesta—. Ni tienes por qué saberlo. Mi familia es asunto mío.

Me vuelvo hacia el borracho flacucho y el barbudo. Podría ser mi única oportunidad de salir de esta. Elijo al borracho flacucho porque… no sé por qué. Es solo una intuición. Es más joven que el barbudo. Puede que tenga hijos de la misma edad que Pearl y Jack. Y quizá sea rastrero pero no malvado. Lo miro directamente a los ojos.

—¿Tú lo has visto? —le pregunto—. ¿Has visto lo que les hace a sus hijos?

El borracho flacucho me da un puñetazo en la cara. Sucede tan rápido que, antes de que me dé cuenta de que estoy cayendo, ya estoy en el suelo. Y entonces me explota la nariz, los ojos, todo el cráneo, un estallido de dolor. Todo se vuelve negro y luego todo se vuelve brillante, y después Nathan Shaw está en cuclillas a mi lado, mirándome y sonriendo otra vez.

—Te lo voy a decir muy clarito —me dice—. No te acerques a mí ni a mi mujer ni a mis hijos. No te acerques a mi casa ni a mi despacho. ¿Hardly?

Creo que quiere que diga «¿Qué?» o que por lo menos asienta con la cabeza, pero no puedo hacer ninguna de las dos cosas. Me duele tanto la cara que estoy mareado. Siento que, si me muevo un centímetro, echaré la pota. Tengo la barbilla húmeda. ¿Ya he potado? No. Es sangre de la nariz.

—No te acerques o te arrepentirás —dice—. Porque esto no es nada. Los próximos quince minutos no van a ser nada. Los próximos quince minutos son solo una pequeña charla. Tenlo en cuenta, Hardly.

Se levanta. ¿Los próximos quince minutos? ¿Qué ha querido decir? Me pregunto si habrá alguien más por aquí, un guardia de seguridad en alguno de los almacenes, por ejemplo. No. Nathan ya lo habría pensado. Podría gritar pidiendo socorro, pero no sé si podré soportar que me den otro puñetazo en la cara.

—Una cosa más, Hardly —dice Nathan—. Tengo amigos en la policía. Soy abogado. Tengo amigos en todas partes. Ten en cuenta eso también. Acude a la policía, acude a cualquiera, y te arrepentirás.

Y luego se va. Le oigo alejarse. Estoy mirando una de mis ruedas destrozadas y el lateral de un almacén, bloques de hormigón y acero corrugado. Encima del muelle de carga hay un rótulo pintado. Pero está oscuro, la pintura está descolorida y estoy demasiado lejos para distinguir lo que dice.

Cierro los ojos. «Despierta», me digo. «Despierta ahora mismo». Abro los ojos. El barbudo me pega una patada en las costillas y reviento como un globo. No puedo respirar. Me da otra patada en el mismo sitio. Con una bota con puntera de acero. Tengo que levantarme. Tengo que luchar. Consigo apoyarme en el codo y le lanzo un puñetazo con el otro brazo. Aunque en realidad no puede decirse que sea un puñetazo. El borracho flacucho se me acerca por detrás y me pega una patada en el hueso de la rabadilla. El barbudo me da un pisotón en el tobillo.

Sigo sin poder respirar. «Despierta». El cuerpo humano es un paquete muy frágil, sin envoltorio de burbujas. Huesos, órganos blandos. El barbudo y el borracho flacucho siguen dándome patadas y pisotones. El asfalto araña mi mejilla. Vuelvo a ver el rótulo encima del muelle de carga. Se me ocurre una idea loca, absurda. Si pudiera distinguir esas palabras descoloridas encima del muelle de

carga, todo esto pararía, se acabaría.

—¿Ya has calentado? —pregunta el barbudo.

—Casi casi —contesta el borracho flacucho.

El barbudo me agarra de la camiseta y me obliga a levantarme. Me apoya contra el lateral de mi coche y me echa en la cara su aliento con olor a patatas fritas frías. ¿Por qué no me he desmayado aún? Con un dolor así… ¿no se supone que te desmayas? ¿Que tienes una experiencia extracorporal?

—¿Y tú? —me dice—. ¿Ya has calentado? Porque aún ni hemos empezado.

Todo vuelve a brillar. Espero que eso signifique que estoy a punto de perder el conocimiento. Pero el barbudo y el borracho flacucho también guiñan los ojos. Faros. Un coche. Un coche avanza por el callejón hacia nosotros, pitando. El borracho flacucho tiene que apartarse de un salto cuando pasa a nuestro lado.

—¿Qué cojones…? —dice.

El coche se para de golpe. Es una cafetera. Una cafetera que yo he visto antes. No puedo respirar ni pensar. También he visto antes a la chica que se baja de un salto del coche y se pone a gritar al barbudo y al borracho flacucho.

—¡Dejadle en paz, joder! —grita. Eleanor. Cincuenta kilos, vestida. ¿Qué hace? La barba del barbudo es más grande que ella.

—No —digo, o intento decir.

El barbudo suelta mi camiseta. Me deslizo por el lateral del coche y acabo de culo, tumbado de lado contra la goma caliente de un neumático hecho trizas, mirando otra vez las letras indescifrables de encima del muelle de carga. Oigo reír al borracho flacucho. Oigo decir al barbudo:

—¿Quieres jugar, pequeña?

Y entonces el borracho flacucho se pone a chillar. El barbudo empieza a soltar tacos. Y yo noto que me arden los ojos y me lagrimean.

—Vamos —dice Eleanor. De repente está ahí, arrodillada a mi lado. Me da unas palmaditas suaves en la mejilla; luego menos suaves y luego nada suaves—. Venga, espabila. Tenemos que irnos.

—Vale.

—¿Puedes levantarte?

No tengo muchas esperanzas. Pero Eleanor se pasa mi brazo por

el hombro y tira de mí, y yo me agarro al espejo lateral del coche y consigo levantarme.

—¡Loca hija de puta! —grita el barbudo. Se tambalea lejos de nosotros, manoteándose la cara. El borracho flacucho se ha alejado en la otra dirección y está lanzando golpes como un loco a un oponente invisible.

Espray de pimienta. El residuo que ha dejado en el aire es lo que hace que me ardan los ojos. Eleanor debe de haberles dado de lleno en la cara. No sé cómo siguen en pie. En cuanto lo pienso, literalmente en el instante en que lo pienso, el borracho flacucho cae a cuatro patas.

—Sube al coche —me dice Eleanor—. Espabila.

Me desplomo en el asiento trasero de su coche. Ha dejado el motor en marcha.

27

En el coche, Eleanor pone su música emo, machacona y triste. Después de un par de estrofas, echa un vistazo al asiento trasero y pone una canción con sintetizadores y ritmo alegre, y la letra en alemán. Frena delante de un semáforo en rojo.

—Estás bien —me dice.

Quiero contestarle algo sarcástico, porque evidentemente no estoy bien, pero no se me ocurre nada. Me duele hasta respirar. Cada vez que cojo aire, es como si me volvieran a patear las costillas con una bota con puntera de acero.

—Te vas a poner bien —me aclara Eleanor—. Te voy a llevar a urgencias.

—No. —Descubro que hablar me duele aún más que respirar. Igual que intentar incorporarme; no lo consigo—. A urgencias, no.

Ella resopla.

—Lo digo en serio —digo.

—Vamos a ir a urgencias, idiota. No te preocupes por el seguro. Tienen que atenderte. Por ley.

No es el no tener seguro lo que me preocupa, aunque también. Si voy a urgencias, el médico se dará cuenta de que me han dado una paliza bestial. Y aunque no estoy del todo seguro, me imagino lo que tiene que hacer un médico por protocolo si te presentas en urgencias habiendo recibido una paliza bestial.

—Nada de policía —digo—. En serio…, Eleanor. Nada… de policía.

—¿Por qué? ¿Se puede saber de qué hablas?

Puede que lo que ha dicho Nathan sobre sus contactos fuera un farol, pero hay muchas posibilidades de que no lo sea. ¿Quiero arriesgarme? ¿Quiero pensar en lo que me habría pasado esta noche

si no llega a aparecer Eleanor? No, ni hablar.

—Hazme caso…, Eleanor. Nada… de policía. Ni de urgencias. Llévame… a casa. Estoy bien. —Quiero añadir algo así como «Tú misma lo has dicho, que estoy bien», pero el dolor no se me pasa cuanto más hablo.

Vuelve a mirarme.

—Como quieras.

Me quedo lo más quieto que puedo en el asiento de atrás, preparándome para los baches y las curvas cerradas. Me siento extrañamente relajado. Mi mente no sabe qué hacer con tanto dolor, de tantos sitios distintos y en una gama tan variada. Palpitante, sordo, punzante, abrasador. Costillas, tobillo, nariz, rabadilla y cadera. Es como una rima infantil, una retahíla para saltar a la comba. Costillas, tobillo, nariz, rabadilla y cadera. Palpitante, sordo, punzante, abrasador. Solo quiero estar en mi casa. Voy a meterme en la cama y a no salir nunca.

Pero ¿qué derecho tengo a quejarme? Esto no es dolor de verdad. Pearl y Jack sí que conocen el verdadero dolor. Merezco sentir mucho más dolor que esto.

El coche frena y luego se para. No sé cuánto tiempo ha pasado. ¿Ya estoy en casa? Levanto la cabeza y veo que estamos delante de la entrada de urgencias de un hospital.

—Eleanor. Joder.

—No voy a compartir contigo las drogas de mi abuela. Tienes que buscarte las tuyas propias.

—No puedo hablar con la policía. En serio.

—No van a llamar a la policía porque te hayas metido en una pelea absurda en la puerta de un bar o algo así. A no ser que te mueras, supongo. Así que mejor no te mueras.

Me ayuda a entrar cojeando. Después de aparcar el coche, se sienta en una silla de plástico, a mi lado, y rellena mis papeles. Nunca había estado en urgencias, pero he oído contar historias de terror sobre las largas esperas. Esta noche, sin embargo, solo somos cuatro en la sala de espera: Eleanor, yo, la enfermera de admisión y una chica amarillenta y hecha polvo que sostiene una lata de Sprite pegada a la frente.

No es mala idea. Ojalá tuviera una lata de Sprite fría para ponérmela en mis dolores palpitantes, sordos, punzantes y

abrasadores. Aun así, sigo estando relajado. No me importa el dolor. Me impide pensar en lo que ha pasado esta noche, en lo que significa y en lo estrepitosamente que la he cagado.

El médico que me atiende es enérgico, brusco y parece tragarse mi historia de que he tenido un accidente de coche. Es cierto, más o menos. Me da un par de analgésicos y no dice nada de llamar a la policía. Cuando recibe la radiografía me dice que tengo una costilla rota. También tengo rota la nariz y seguramente un ligamento del tobillo, y mogollón de hematomas y contusiones. No hay indicios de conmoción cerebral.

—Podría ser peor —dice. Y me doy cuenta de que tiene razón.

No hay cura para una costilla rota. Solo reposo, hielo y analgésicos. Y lo mismo para la nariz, más descongestionantes nasales si me cuesta respirar. Es una rotura simple, me dice el médico, así que no hace falta recolocar nada. Me envuelve el tobillo con una venda elástica de compresión. Tengo que cuidármelo con… Adivinad qué. Reposo, hielo y analgésicos.

En el coche, Eleanor mira la receta que me ha dado el médico y asiente con la cabeza.

—Estupendo.

Intento leer el resto de los papeles que me han dado con el alta, pero los analgésicos han empezado a hacer efecto y me dejo llevar. Estamos en la calle de las grandes superficies comerciales. Pasan las luces como borrones. Me siento mejor. Me siento bastante bien. Vuelvo a tener nueve años. Termina el recreo, empiezan otra vez las clases. Esa tarde vuelvo a casa, cruzo el patio, abro la puerta de un empujón. ¡Mira! Mi madre me está esperando. Está bien. Me abraza. Y el día sigue como si nada.

Eleanor sale del coche. ¿Cuándo ha parado? No lo recuerdo. Entra en Walgreens y sale con una bolsa de papel blanca. Me la pone en el regazo.

—No conduzcas vehículos a motor —me dice.

—Mi vehículo ya no tiene ruedas delanteras. No tiene ruedas delanteras. Le faltan las ruedas delanteras necesarias para que funcione.

En la bolsa hay un frasco de analgésicos y un bote de una cosa llamada Vamousse. Es para quitar los piojos.

—¿Qué? —digo—. ¿Por qué has comprado esto?

—Porque es gracioso.

Sí que es gracioso, pero no puedo reírme, por la costilla. Luego, de pronto, estamos en mi casa y Eleanor me ayuda a cruzar el cuarto de estar. Jutta asoma la cabeza por la esquina y nos mira desde la cocina, y después aparece Burke, que también asoma la cabeza y nos mira desde la cocina.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta.

—Estoy bien —le digo—. Como una rosa.

Eleanor me suelta en la cama.

—Hielo por la mañana. ¿Te acordarás?

—Nunca jamás podré pagarte lo que has hecho hoy —digo—. Nunca jamás.

—Tienes razón.

28

Me despierto con la mejilla caliente por el sol que entra por las ventanas del garaje. La otra mejilla la tengo fresca y húmeda y me cosquillea. Jutta está en ese lado de la cama, frotándome la cara con el morro para asegurarse de que aún respiro.

—No estoy muerto —le digo. Menea el rabo, misión cumplida.

Me duele la nariz. Estoy mejor cuando respiro por la boca. Me duele la costilla rota, pero no mucho. No mucho hasta que respiro hondo por la boca, para probar, y el dolor me empala desde el ano hasta el cuero cabelludo. Entendido: nada de respirar hondo.

Me incorporo muy despacio y cojo, también muy despacio, el móvil de la mesilla. No tengo ni idea de qué hora es. Las nueve cuarenta y nueve de la mañana. Hay un vaso de agua grande en la mesilla, junto al bote de analgésicos. Me trago un par de pastillas y me bebo la mitad del agua. Vuelvo a coger el teléfono. Sí, es el mío, no hay duda: la pantalla resquebrajada de un iPhone es tan única e individual como una huella dactilar o un copo de nieve. Pero ¿de dónde ha salido? La última vez que lo vi, lo tenía en la mano Nathan Shaw.

Me bebo el resto del agua. Me encuentro mejor que anoche. Y también mucho peor. Porque ahora que no tengo la mente nublada por el dolor, ahora que tengo tiempo de reconsiderar lo que pasó, me doy cuenta de lo horriblemente mal que ha salido todo, de hasta qué punto la he jodido. Respiro hondo. Mierda. Un trozo de costilla rota me atraviesa el alma.

Cuando me recupero, llamo a Eleanor.

—¿Cómo es que tengo mi teléfono?

—Estaba tirado en el suelo, así que lo cogí.

Eso, mientras rociaba a dos tíos con espray de pimienta y me

llevaba a rastras a su coche, y seguramente escuchaba un pódcast al mismo tiempo. Nunca volveré a subestimar a Eleanor.

—Gracias —le digo.

—¿Estás bien?

—Tengo hambre.

—Voy a buscarte. Tardo como diez minutos.

Entro cojeando en la cocina, con Jutta pegada a mí, y me bebo otro vaso de agua. Como no sé si me atrevo a hacer los movimientos necesarios para sacar los cubitos de hielo de la bandeja, me meto una bolsa de pollo a la naranja congelado de Trader Joe's entre el brazo y las costillas, y me pego a la nariz la bolsita de salsa congelada. Jutta me observa con interés, sin juzgarme.

—Me gustaría ver al otro tío —comenta Burke. Está en la puerta, sosteniendo dos mancuernas, y sonríe.

—Ja, ja —le digo.

—¿Le diste tanto como te dio él a ti? Cuéntamelo todo.

De repente me da mal rollo lo interesado que parece Burke, lo mucho que disfruta oyendo una historia violenta. En todo este tiempo, un año entero, ha mostrado cero interés por los detalles de mi vida. No pienso contarle nada.

—Tengo que irme, Burke. Luego te veo.

—Quizá yo pueda darte algún consejo útil, joven jedi.

—Hasta luego.

Le doy a Jutta una última palmadita en la cabeza y salgo cojeando. Casi no puedo apoyar peso en el tobillo. Procuro no pensar en lo que me habrían hecho el barbudo y el borracho flacucho si no hubiera aparecido Eleanor. Me doy cuenta de que tengo el corazón acelerado. Y me suda la frente. De todo esto, ¿qué es lo que más me angustia? ¿Que la paliza que me dieron podría haber sido, o debería haber sido, aún peor? ¿Que puse en guardia a Nathan al presentarme en su oficina? ¿Que fui derecho a una emboscada? ¿O que mi gran idea de confiar en Tracy ha sido una cagada?

No, lo que más me angustia, lo que no soporto es pensar que mis actos hayan podido perjudicar a Pearl y Jack.

Llega Eleanor. Me subo a su coche como puedo, con torpeza y mucho dolor. Frunce el ceño y señala mi nariz.

—¿Qué es eso?

—Salsa de naranja. —Ya no está helada: se ha derretido y ahora es una cosa blandurria y tibia. Tiro la bolsita al suelo, encima de los envoltorios, los pañuelos manchados de pintalabios y otras porquerías—. Da igual.

—¿Tú te has visto? —Sigue observándome mientras nos alejamos de la acera—. Madre mía.

He procurado no mirarme a los ojos mientras me lavaba los dientes, pero ahora me atrevo a bajar el parasol para mirarme al espejo. Acabemos con esto de una vez. ¡Hala! Tengo los dos ojos de un color negro azulado, con motitas e inyectados en sangre. La nariz hinchada y monstruosa. Y un lado de mi cara parece una rodilla desollada.

Pero lo más espeluznante es la factura de urgencias que debí de dejarme en el coche de Eleanor anoche.

—¿Mil novecientos dólares? —digo. ¿Por una radiografía, una venda de compresión, un par de analgésicos y una consulta de quince minutos, como mucho, con el médico?—. Creía que habías dicho que estaban obligados por ley. Que tenían que atenderme aunque no pudiera pagar.

—Dije que por ley tienen que atenderte aunque no tengas seguro, pero te cobran igual. De todos modos, no te preocupes. Puedes recurrir al defensor del pueblo para que te rebajen la factura.

—¿A quién? ¿Y rebajarla a cuánto? ¿A mil quinientos dólares?

Mil quinientos dólares son para mí casi lo mismo que mil novecientos dólares; o sea, básicamente lo mismo que un millón de dólares.

—¿Eso es lo que más te preocupa ahora mismo? ¿Una factura de urgencias?

Tiene razón. Me callo. Volvemos al sitio de los tacos baratos. Cuando nos traen la comida, empiezo a contarle las cosas que aún no sabe. Le digo que Nathan sabe mi nombre porque Tracy le contó lo del centro comercial y le dio mis datos.

—Te dije que era muy arriesgado confiar en esa tía —dice Eleanor.

Picoteo mi taco. Todavía no me entra en la cabeza que Tracy se lo haya contado a Nathan. Sé que quiere a sus hijos. Y que no los maltrata. Y también sé que seguramente sabía lo que me haría

Nathan.

—Sí, me lo dijiste —digo.

Eleanor no me lo restriega. Me doy cuenta de que le apetece, pero en vez de hacerlo se acerca al mostrador y trae churros.

—No es culpa tuya —dice—. Tenías que intentarlo.

—Nadie me puso una pistola en la cabeza.

—Oye, ¿por qué no vas a la policía? Diles lo que te hizo ese cabrón de Nathan. Cuéntales lo que ha hecho a los de Protección de Menores.

—Me advirtió que no lo hiciera, antes de que aparecieras tú. Dijo que, si iba a la policía, que me… En fin, es igual. Después de lo de anoche, no quiero averiguarlo. Eso fue solo una advertencia. Y de todas formas es mi palabra contra la suya. Es abogado. Conoce a gente. ¿Y yo quién soy? Un donnadie, un pringao que les ha estado siguiendo a él y a su familia.

Eleanor frunce el ceño, pero no me lleva la contraria.

—Y como sabe tu nombre —dice—, puede averiguar dónde vives y eso.

—Seguro que ya sabe dónde vivo.

—Entonces, ¿qué va a pasar ahora?

—¿Que qué va a pasar ahora?

Saco un trozo de hielo de mi bebida, lo envuelvo en una servilleta de papel y me lo acerco a la nariz. Me doy cuenta de que aún no me he atrevido a hacerme esa pregunta.

El dolor en las costillas, la nariz y el resto del cuerpo remite, pero solo para que me invada la rabia. Estoy cabreadísimo conmigo mismo, no solo por haberla cagado de esa manera tan absurda y espectacular —hacer sospechar a Nathan y caer en una emboscada, y confiar en Tracy, etcétera, etcétera—, sino por haber cometido la estupidez de creer. De creer que podía hacer esto. Que podía ayudar a Pearl y Jack.

Soy el niño de la última fila, el que mueve los labios y finge cantar. Soy el tío que lleva una insignia falsa y una pistola de juguete. Lo más idiota que puedes hacer, si eres como yo, es creerte que puedes ser lo que no eres.

«No pidas nada y no te llevarás desilusiones». Debería haber hecho caso a mi padre de acogida. Debería haberle hecho caso siempre.

La verdad es que me siento aliviado. Ahora que ya he hecho todo lo que podía por Pearl y Jack, puedo volver a dejarme llevar por la suave corriente de mi vida anterior. ¡Mi vida anterior estaba bien! No tenía que preocuparme de que me asesinaran. Ni de nada importante.

—¿Vas a dejarlo de una vez? —me pregunta Eleanor.

—Obviamente —contesto.

29

Vuelvo a casa y duermo. Y sigo durmiendo. Al día siguiente, martes, me siento con ánimos de buscar en Craigslist. Encuentro a un tío que vende un par de ruedas usadas por setenta y cinco pavos. Como Preston no contesta a mis mensajes, llamo a Salvador y le pido que me lleve a su oficina. Salvador no para de mirar con los ojos como platos mi cara magullada. Ya ha cogido los tristes hechos de la paliza que me dieron y los ha convertido en una osada aventura en la que, no sé muy bien cómo, yo soy el héroe.

—¡Fue como en una película! —dice.

—No, qué va.

—Tres contra uno. ¡Te jugaste la vida!

Un tipo de la oficina de Preston me señala un cubículo. Preston no está allí, pero le oigo unos cubículos más allá, sermoneando a alguna pobre víctima atrapada acerca de fases de urbanización y desarrollo de códigos de zonificación. Frunce el ceño cuando me ve. Tiene un largo catálogo de ceños fruncidos para cuando me ve. Hoy me toca el «Sorprendido, exasperado y cauteloso», seguido del «Molesto pero intrigado a su pesar».

—¿Qué haces aquí? —me dice—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—Estoy bien, gracias. ¿Puedes prestarme setenta y cinco dólares, por favor? Te los devolveré.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. Fue un golpe de nada con el coche, pero tengo que cambiar los neumáticos.

—¿Tienes que cambiar los neumáticos por un golpe de nada? ¿Y qué le ha pasado a tu pelo? La verdad es que te queda bien.

¿A Preston le gusta mi pelo? Impresionante. Esto es lo que creo que llaman «echar sal en la herida».

—¿Me mandas el dinero por el móvil? Lo antes posible.

—Sí. —Suspira y se vuelve hacia la chica a la que estaba sermoneando—. Mi hermano. Un martes típico en su vida.

Luego, Salvador me lleva a ver al tipo de las ruedas. El dibujo está casi borrado y una de las llantas tiene lo que parece ser un agujero de bala. ¿Qué esperaba por setenta y cinco pavos? Exacto. Me siento encima de una de las ruedas y reboto un poco. Salvador se sienta en la otra y hace lo mismo. Ninguna de las dos revienta. Vendidas.

El tipo ayuda a Salvador a meter los neumáticos en la parte de atrás del todoterreno. Yo no puedo ayudarles por culpa de mi costilla, mi tobillo y una hinchazón en el codo que no había notado hasta ahora.

Le doy indicaciones a Salvador, más allá del hospital, pasado el «Tipple and Pickle» y los desguaces y las naves industriales. A medida que nos acercamos al callejón donde me asaltaron, empiezo a notar una presión en el pecho y un picor en el cuero cabelludo. Sé que el barbudo y el borracho flacucho se fueron hace mucho. No andarán por aquí. Pero no resulta fácil recordarlo cuando todavía los veo de pie a mi lado y siento cómo la bota me rompe una costilla, y de repente —no es broma— noto otra vez ese olor a patatas fritas frías.

El callejón está vacío. Me relajo. A plena luz del día, a media tarde, es un callejón sucio pero no da ningún miedo. Aparte de mi coche, hundido hacia delante sobre las ruedas reventadas, como un borracho desmayado con la cabeza sobre la barra, no hay ninguna señal de lo que pasó anoche. Por fin puedo leer el rótulo descolorido de encima del muelle de carga. Es solo parte de una frase, un par de palabras: NO PROCEDA.

Un buen consejo. Ojalá hubiera visto esa advertencia anoche antes de meterme en el callejón. Ojalá la hubiera visto hace tres semanas. Ojalá no me hubiera engañado pensando que podía ser otro y no el que soy. Eso es lo que más duele: hacerte ilusiones y que te las destrocen. Mi padre de acogida tenía mucha razón. No pidas nada y no te llevarás desilusiones.

Salvador aparca junto a mi coche. Saca de mi maletero el gato y la llave para cambiar los neumáticos y nos ponemos manos a la obra. Yo le voy diciendo lo que tiene que hacer y él intenta quitar la

cubierta con el lado de la llave que no es, se le caen las tuercas y se pilla el dedo con el gato. Al final —un verdadero milagro navideño — conseguimos poner mis flamantes neumáticos viejos. Le digo a Salvador que es una máquina. Me sonríe y pregunta si quedamos en el cuartel general antes de nuestro turno de mañana.

—No tenemos cuartel general, Salvador. Tenemos unas cuantas fichas en la plataforma de carga de una atracción abandonada.

—Tenemos que pensar cuál va a ser nuestro próximo movimiento, ¿no?

—No va a haber próximo movimiento.

—¿Qué dices?

—Digo que esto se ha acabado. Lo dejo.

Se queda estupefacto.

—¿Lo dejas? Pero ¿por qué?

—Mírame, Salvador.

Quiero decir que mire mi cara amoratada, y cómo cojeo, y cómo me duele la costilla rota, que no puedo ni coger un gato. Pero me doy cuenta de que también podría decirlo en un sentido más general, más profundo. Mírame. Basándote en mi rendimiento anterior y mi potencial futuro, ¿de verdad crees que no debería dejarlo?

—Gracias por tu ayuda —le digo—. Nos vemos mañana en el curro.

Mis nuevos neumáticos viejos me llevan hasta casa. Me fumo una pipa de maría y me tomo otro par de analgésicos. Una siesta rápida. Cuando me despierto ya es la mañana siguiente. ¡Qué! Pero me parece estupendo, al cien por cien. Cuanto antes deje atrás este episodio de mi vida —cuanto antes se convierta en un destello vago y fugaz, ni siquiera en un verdadero episodio—, más contento estaré.

Me doy una ducha tan larga y caliente que empiezo a notar como si se me desprendiera la carne de los huesos. La costilla me duele un poco menos. La hinchazón de la nariz y el codo ha bajado un poco. Me seco y examino mi cara en el espejo; qué horror, menudo *show*. Llego a la conclusión de que no me va nada la violencia física. Decididamente, no es lo mío.

Me fumo una pipa y me pongo a jugar al Far Cry, a repetir varios puestos de avanzada que ya me había pasado. Pasan un par

de horas sin que me dé cuenta. Mejor. A mediodía me aventuro a salir a comer algo. Mientras estoy en el carril de Chick-fil-A esperando a que me den mis tiras de pollo, un coche para en el otro carril, a mi lado. En el asiento de atrás van dos críos, una niña y un niño más o menos de la edad de Pearl y Jack. No son Jack y Pearl, claro. Aparte de la edad, no se parecen nada a ellos. La niña está haciendo un baile de TikTok muy complicado en su asiento. El niño está inclinado hacia adelante para enseñarle a su madre un muñeco de un superhéroe. Seguro que le está contando la historia de su origen o describiéndole sus poderes.

Me como las tiras de pollo de camino a casa de Nguyen y Mallory. Lo de esos niños del Chick-fil-A… no es nada. Ya se me pasará. Con el tiempo dejaré de pensar en Pearl y Jack cada vez que vea a niños de su edad, y no se me encogerá el estómago. ¿Verdad que sí?

Nguyen y Mallory están viendo episodios antiguos de *The Office* y fumando maría en el bong. ¿Será posible que no se hayan movido desde la última vez que los vi? Podría ser. Están tan ciegos y tan absortos en el Día del Pretzel en Dunder Mifflin que no se dan cuenta de que me he cortado el pelo ni de que tengo la cara hecha mierda. O a lo mejor sí se dan cuenta, pero aquí, en este universo sin libre albedrío, ese hecho no merece comentarios.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Nguyen—. Hemos pedido un festín.

—No, estoy bien.

Mallory me pasa el bong.

—Vale, a ver qué os parece esto —dice—. ¿Y si los sueños son como el tejido conjuntivo entre todas las mentes que existen en el universo? Pensad en la cantidad de cosas raras que soñamos. Dices, pero ¿de dónde ha salido eso? ¿Y si parte de lo que sueñas procede de lo que está soñando otra persona, y viceversa?

—Espera. ¿Qué? —Los ojos de Nguyen se desvían un instante, desenfocados—. Qué mal rollo, tía.

Le doy una calada al bong. Este momento me resulta tan familiar que es como si fuera todos los momentos: como si el último tramo de mi vida hubiera sido este y solo este instante, estar aquí, relajándome con Nguyen y Mallory, mientras mis pulmones se llenan de humo y el mundo se ablanda a mi alrededor. Por un

segundo resulta agradable pensarlo, muy zen, pero luego empiezo a sentir el peso de todo ese humo y toda esa blandura, pliegues y más pliegues encima de mí, asfixiándome.

Suena el timbre. Nguyen se levanta. Coge una bolsa grande de papel manchada de grasa que huele a kebabs grasientos. Veo un momento al repartidor en la puerta, antes de que se vuelva. No sé si es el que vi en el centro comercial, pero se parece tanto que es como si lo fuera.

—¿Seguro que no tienes hambre? —pregunta Mallory—. Aquí hay de sobra.

—Tengo que irme —digo.

—Hasta mañana —dice Nguyen, y Mallory asiente, como si el futuro no pudiera albergar más posibilidad que esa.

30

Las cinco. Me despierto de la siesta y me tomo otros dos analgésicos. Sospecho que estos no son tan buenos como los que Eleanor le manga a su abuela. Me pongo hielo en el costado y el tobillo y salgo cojeando a montarme en el coche. No estoy en condiciones de ir a currar, pero quizá el turno en Frontera Embrujada me distraiga de mis diversos dolores.

Al ver que casi no puedo andar, Duttweiler me asigna un puesto fijo en el cementerio. No necesito maquillarme mucho porque ya tengo cara de muerto. A Salvador también le toca en el cementerio. Me sigue sin decir palabra, arrastrando los pies con aire tristón.

Yo tampoco estoy muy animado, que se diga. No consigo sacudirme el mal ánimo que tengo. Me siento como si arrastrara un cadáver del que tengo que deshacerme, pero resulta que el cadáver soy yo y a ver cómo me deshago de eso.

—Debería ser una noche tranquila —digo.

Salvador se sienta en el suelo con la espalda apoyada en una lápida torcida. Aquí yace Dutch. Rápido con el gatillo, lento al desenfundar. No dice nada y me doy cuenta de que quiere castigarme con su silencio, lo que no es el peor castigo del mundo (podría decirle, pero no se lo digo).

Al cabo de un rato, allá abajo, empiezan a pulular los demonios de la calle Mayor. Ha llegado la hora de que nos metamos en nuestras tumbas abiertas, encendamos las máquinas de niebla y nos agachemos a esperar. Unos minutos después llega el primer grupo, subiendo desde el pueblo por el camino. Oigo el tintineo de las espuelas de Justin. Esta noche le toca a él hacer de Sheriff Muerto.

—No hagan ruido —dice—. No conviene turbar a los espíritus que rondan por aquí.

Es la señal para que nos levantemos de las tumbas silbando, gimiendo y todo eso.

El cementerio está a oscuras y cada tumba está equipada con su propia máquina de niebla, pero aun así casi no da miedo. Un par de chicas gritan por educación. Yo intento no toser por la niebla.

Justin lleva al grupo otra vez por la cuesta abajo. Apagamos las máquinas de niebla. Yo me quedo en mi tumba. No es muy profunda, solo un metro o así, pero ¿para qué voy a salir si tengo que volver a meterme dentro?

Me digo a mí mismo que hay una versión de la historia de Pearl y Jack que no es tan terrible. Superan todo esto. Se hacen mayores, se van de casa y escapan de Nathan y Tracy. Estarán traumatizados, pero irán al psiquiatra y estarán ocupados con la vida cotidiana. Irán a sitios y conocerán gente. Se enamorarán. Sufrirán desengaños. Volverán a enamorarse. Les gustará su trabajo o quizá lo odien. Escalarán una montaña o se comprarán una franquicia de helados de yogur. Seguirán siendo grandes amigos hasta su muerte o se distanciarán y volverán a encontrarse décadas después por casualidad, en la zona de embarque de un aeropuerto. Se abrazarán y estarán tan cambiados que apenas se reconocerán el uno al otro.

Claro que sí. Pero la diferencia entre ellos y yo es que yo puedo seguir con mi vida ahora mismo, desde ya. Pearl y Jack, no. Durante los próximos siete, ocho o nueve años, no podrán ir a ninguna parte. ¡Siete, ocho o nueve años! Eso es una eternidad. Un solo año, con lo que están pasando, es una eternidad.

¿Y si no sobreviven un año más? ¿O un mes? ¿O una semana? ¿Y si mañana mismo Nathan les hace un pelín más de daño de lo normal? ¿Y si se le va la mano un poquito?

Pero eso ya no es responsabilidad mía. Lo he hecho lo mejor que he podido. He hecho todo lo que estaba en mi mano. Ahora solo tengo que enfrentarme a los dos fantasmitas pálidos que me miran fijamente, parados al borde de mi tumba. Me acuerdo de su mirada perdida mientras estaban sentados en aquel banco del edificio municipal. Ahora comprendo que estaban sintonizados con el futuro, observándome aquí y ahora, viendo cómo me rindo y los doy por perdidos.

Debería sentirme ligero, no pesado. Vuelvo a ser el de siempre y me he quitado de encima el peso de la responsabilidad por lo que

les pase a Pearl y Jack. Ya no tengo que estresarme por ellos. No tengo que estresarme porque alguien vaya a patearme las costillas, ni por intentar hacer algo que me viene grande.

Este trabajo en Frontera Embrujada, en cambio, está hecho a mi medida. Ponerse de pie y tumbarse. Hasta Salvador puede hacerlo.

Puede que sea por eso, en parte, por lo que estoy de bajón. Aunque la haya cagado investigando a Nathan Shaw, aunque me haya caído con todo el equipo, por lo menos estaba haciendo algo importante, algo significativo.

Y tan mal no se me daba, ¿no? Me esforcé más que en toda mi vida, fui más listo que nunca, no cometí el mismo error dos veces y de verdad conseguí bastantes cosas. Nathan no hubiera mandado a sus matones a darme una paliza si no hubiera conseguido tantas cosas.

El siguiente grupo sube despacio por la cuesta. Nos levantamos de las tumbas. A través de la niebla artificial veo la mirada perdida de Justin. Cuatro horas más así. Seguramente yo tengo la misma mirada. No voy a trabajar aquí el resto de mi vida, pero el trabajo que consiga después no será muy distinto. Yo nunca voy a ser muy distinto.

Cuando el grupo vuelve a bajar por la cuesta, salgo de mi tumba y me acerco a Salvador. Le toco la pierna con la punta de la bota.

—Escúchame un momento —le digo.

Sacude la cabeza.

—Si sacudes la cabeza es porque me estás escuchando, Salvador. Estás respondiendo a lo que te he dicho.

Empieza a sacudir la cabeza otra vez, pero se para, confuso.

—No había nadie que ayudara a esos niños —le digo—. Nadie más que yo. Por eso me metí en esto. ¿Y ahora sabes qué pasa?

Se rinde.

—¿Qué?

—Que sigue sin haber nadie que les ayude, más que yo.

Me siento a su lado. Creo que cualquier bifurcación del camino que tome ahora podría llevarme a la perdición. Es muy posible que acabe jodido, haga lo que haga. Pienso en el letrero del callejón, en las palabras pintadas sobre el muelle de carga. NO PROCEDA. Esa señal es una señal, está clarísimo. Pero ¿cuál es el mensaje, exactamente? ¿No proceda a qué?

NO PROCEDA a seguir metiéndose con Nathan Shaw. NO PROCEDA a lanzarse a esa piscina sin saber nadar. Eso es lo que pensaba ayer. Hoy ya no estoy tan seguro.

—Creo que no voy a dejarlo —digo.

—¿Qué?

—No voy a dejar a esos niños en la estacada.

Maquillados de gris verdoso de ultratumba, los ojos de Salvador parecen extragrandes, con el blanco muy claro y brillante.

—¿No?

No puedo abandonar a Pearl y Jack. Ahora ya no soy de los que se rinden. Si me das una patada y me caigo de culo, volveré a levantarme. Y a lo mejor la próxima vez no consigues darme una patada, porque recuerda que no voy a cometer el mismo error dos veces.

—No —digo, y Salvador levanta el puño, triunfante.

31

El día siguiente es jueves. La emboscada en el callejón fue el domingo por la noche, así que llevo casi cuatro días fuera de combate, sin hacer nada, sin avanzar ni un palmo. Pero hay que mirarlo por el lado bueno: si Nathan tiene a alguien vigilándome, seguro que pensará que he escarmentado.

Aunque imagino que no me tiene vigilado. Un tío como Nathan, por lo que sé de él, va de sobrado, se piensa que es un genio, así que seguro que cree que he escarmentado con el susto que me dieron. ¿Por qué no iba a pensarlo? Para él soy un donnadie. Una cucaracha que se escabulle en cuanto se enciende una luz.

Aunque, por otro lado, un tío como Nathan quizá esté cabreado porque Eleanor apareció con el espray de pimienta e interrumpió el escarmiento que quería darme. Me lo imagino perfectamente tomando la decisión de rematar ese asunto. Así que, por si acaso, empiezo a mirar como un loco por los retrovisores por si me sigue alguien, y a vigilar la calle de delante de mi casa por si hay algún vehículo sospechoso, y a escudriñar y estudiar las caras de la gente allá donde voy.

—Burke —digo—, ¿has visto algo sospechoso alrededor de la casa últimamente? ¿Algún transeúnte sospechoso, por ejemplo?

Si Burke tuviera las orejas como Jutta, ahora mismo las tendría pegadas a la cabeza.

—¿Qué has visto tú?

—Nada. Solo que… Los tipos que me asaltaron. No me gustaría verlos por aquí.

—Que Dios se apiade de ellos si aparecen por aquí.

Eso está bien. Ahora tengo a Burke en alerta máxima. No tengo que preocuparme de que alguien ronde alrededor de casa.

Le pido prestado el todoterreno a Salvador y decido pasarme por el bufete. Nathan no va a reconocer el coche y de todos modos dudo que esté mirando por la ventana y vigilando todo el tráfico que pasa. Pero aun así estoy tenso. Nunca sabe uno si va a caerle un rayo de mala suerte, así, de la nada.

Tiene gracia (bueno, no, no la tiene) que haya llegado tan lejos y que aun así siga aquí, en la casilla de salida. Necesito pruebas contra Nathan Shaw. ¿Cómo las consigo?

Paso por delante de la zona de oficinas. El deportivo color perla no está delante ni tampoco detrás. Es por la tarde, un par de horas después de comer. Solo una pasadita más. Tengo curiosidad. ¿Dónde estará Nathan a la hora en que debería estar en el trabajo? ¿Estará en casa? ¿Por qué? ¿Cuándo volverá?

Pasar por delante de la casa es arriesgado. ¿Y, además, qué voy a ver? Las persianas cerradas, la valla de dos metros y pico. Pero tengo que echar un vistazo. Porque uno nunca sabe cuándo va a caerle un rayo de buena suerte, ¿verdad? Aunque solo haya un cero coma uno por ciento de posibilidades de que pueda ayudar a Pearl y Jack, tengo que intentarlo.

A estas alturas conozco Meadow Wood Estates mejor que mi propio barrio. Paso por delante de la garita de piedra ornamental y avanzo sin problemas por las rondas y las travesías, los caminos y los paseos. No hay casi nadie circulando por la calle. Eso es bueno y malo. Es malo porque no puedo pasar desapercibido. Y bueno porque, si alguien me sigue, tampoco pasará desapercibido.

Pienso tener muchísimo cuidado y no moverme de la calle transversal. Pero, al pasar muy despacio por la entrada de la calle sin salida, veo un coche que no conozco delante de la casa de los Shaw. No es el Volvo de Tracy ni el deportivo de Nathan. Parado en el jardín hay un tipo que no conozco, con americana y pantalones de pinzas, no uno de los amigos chungos de Nathan Shaw. Me animo de pronto. A lo mejor es de Protección de Menores. O de la policía. No me puedo resistir. Giro el volante y entro en la calle sin salida.

El tipo de la americana no está solamente parado en el jardín. Al acercarme, veo que está forcejeando con un cartel. Lo ha hincado en la hierba y lo está moviendo para que se quede clavado. SE ALQUILA. Las persianas y las cortinas de la casa están abiertas. La

puerta principal, también. ¿Se han mudado los Shaw? Al pensar que han podido mudarse, es como si me cayera encima una bomba.

Paro junto a la acera. Si aún no se han mudado, me estoy arriesgando mucho, porque Nathan puede aparecer en cualquier momento. Me bajo del todoterreno, aun así. Tengo que averiguar qué está pasando.

—Hola —digo—. Buenas. Disculpe.

El tipo de la americana, el de la inmobiliaria, se vuelve. Parece estar de un humor de perros, entorna los ojos como si estuviera mirando una luz brillante y molesta. Cuando se acuerda de sonreír, su sonrisa tampoco es gran cosa.

—¿Quería algo? —pregunta.

Entonces me doy cuenta de que es él, el tío del polo rosa, el vecino grandullón que se lio a puñetazos con mi coche el primer día porque pensó que yo era uno de los amigos chungos de Nathan Shaw. La americana me ha despistado, y además hoy solo está molesto, no enfurecido. No parece que me reconozca. Voy vestido como siempre, con bermudas y camiseta, así que será por mi nuevo corte de pelo respetable y por el respetable todoterreno de Salvador.

—¿Se alquila esta casa? —le pregunto.

Se le inflan las narices. ¿Es que no veo el puto cartel?

—Sí —contesta—, se alquila.

—Y la gente que vivía aquí… ¿Sabe dónde han ido?

—No.

—¿Sabe por qué se han marchado?

—La casa está desocupada ahora mismo, pero aún no está lista para enseñarla. Llame a mi oficina y le pondrán en la lista. La semana que viene haremos una jornada de puertas abiertas.

Se va, no tiene nada más que hablar conmigo. Le sigo por el camino de ladrillos. Estar tan cerca de la casa, a plena luz del día, es una experiencia muy extraña. He observado esta casa desde lejos muchas veces. Hasta he soñado que la observaba desde lejos. Y ahora aquí estoy, literalmente a tres pasos de la puerta abierta.

—Espere —digo—. ¿Le importa que eche un vistazo rápido? Ya que estoy aquí y usted también…

—No. —Se gira y levanta una mano grande y carnosa para pararme en seco—. La casa no está en condiciones de enseñarla.

—Da igual. No me importa.

—A mí sí.

O la casa de verdad no está en condiciones de que nadie la vea, o al vecino y agente inmobiliario del polo rosa no le parezco tan respetable como yo creía.

—Son mis padres los que buscan casa —le digo—, no yo. Mi padre me tiene dando vueltas, a ver si veo algo. Necesitan un sitio donde quedarse mientras reforman su casa. Viven en Zephyrus.

Ahora parece que le intereso un poco más. Zephyrus es una de las urbanizaciones más pijas de la ciudad. Mis padres imaginarios son sus arrendatarios ideales. Pero aun así dice que no con la cabeza.

—Lo siento —dice—. Los inquilinos anteriores han dejado la casa hecha un asco, pero la semana que viene estará en perfectas condiciones. Déjame tu número y te daremos cita para una visita privada.

No puedo esperar hasta la semana que viene para entrar en la casa. Si quiero averiguar algo útil, necesito verla tal y como la han dejado los Shaw, antes de que vuelva a estar en perfectas condiciones.

Pienso, a ver si se me ocurre qué otros ases tengo en la manga.

—¿Conoce a Felice Upton?

—No.

—¿Y a…? —La madre de Salvador, ¿cómo se llama? Nunca me acuerdo. ¿Valerie, quizá? ¿Vanessa?—. ¿Vanessa Velasco?

Duda, con la mano en el pomo, listo para cerrar la puerta.

—¿Tus padres están trabajando con Vanessa?

—Es amiga de la familia. Solo necesito cinco minutos.

—Que sepas que… La casa está hecha un asco. Los inquilinos anteriores… —Aprieta los dientes y tensa la mandíbula. Puede que no odie a Nathan Shaw tanto como yo, pero casi casi—. Además, no puedo acompañarte. Tengo una cita en la otra punta de la ciudad.

—Lo entiendo —digo—. Totalmente.

—¿Nos conocemos? —Me observa atentamente—. Tu cara me suena.

—No creo. Seguro que conoce a mucha gente.

Me da su tarjeta y me dice que cierre la puerta cuando me vaya. Cuando se marcha, entro.

El vestíbulo. Correo basura amontonado en una esquina, hasta la

altura de la rodilla. Una mancha de humedad que se extiende por el techo. Una bofetada de olor: débil y fétido, desagradablemente afrutado y agrio.

El verdadero desastre empieza en la habitación de al lado, el cuarto de estar. Cortinas arrancadas de los ganchos y tiradas en el suelo, manchas marrones que espero sinceramente que no sean de mierda en las paredes, un litro de aceite de coche volcado, empapando la moqueta. El único mueble que queda en la habitación, una mesa de centro, está hecha trizas. Hay astillas de madera esparcidas por todas partes.

El mal olor es más fuerte en la cocina. Hay moscas zumbando alrededor del fregadero. No pienso acercarme ahí. La puerta del horno está abierta, hay basura amontonada dentro y moscas alrededor. Latas vacías y envases de poliestireno, posos de café y peladuras imposibles de identificar. En la pared, a mi lado, hay más manchas, veo que con forma de enorme cara sonriente. Es mantequilla de cacahuete, no mierda. Estoy casi seguro. Cruzo los dedos.

El resto del piso de abajo está igual. En la parte de atrás, en el salón que vimos Eleanor y yo desde detrás del árbol, los cristales de la puerta de la terraza están rotos, agrietados en forma de telaraña.

No me sorprende que Nathan sea así de desagradable y malintencionado, que destroce completamente una casa antes de mudarse. Puede que estuviera cabreado porque le habían subido el alquiler. O puede que le hayan echado por las fiestas con sus amigos chungos hasta las tantas de la noche. Pero, al ir de habitación en habitación, me doy cuenta de que no solo es desagradable y malintencionado. Nathan Shaw ha puesto en juego su imaginación para hacer todo esto, se ha recreado en la tarea. Ha disfrutado. Pienso en las quemaduras de cigarrillo de la clavícula de Jack, del tobillo de Pearl, en cómo estaban perfectamente alineadas, espaciadas con esmero.

Quiero marcharme, pero me obligo a subir. Lo del piso de arriba es mejor y peor al mismo tiempo: mejor porque no está destrozado ni huele mal, solo está vacío, y peor porque ahora me resulta mucho más fácil imaginarme a Pearl y a Jack, imaginarme la vida que llevan. Nathan Shaw gritándoles desde abajo «¡Venid aquí!». Pearl avanzando por el pasillo. Jack siguiéndola, pegado a ella. El

largo descenso por las escaleras que sin embargo no dura lo suficiente.

Un dormitorio grande y dos más pequeños. El baño de la habitación grande está inundado y la bañera llena hasta los topes. Los grifos están cerrados, pero Nathan Shaw debió de dejarlos abiertos. Por eso está manchado el techo de abajo.

Paredes de color blanco roto en todas las habitaciones, la misma moqueta de color crema y ningún mueble. No hay forma de saber si Pearl y Jack tenían cada uno su propio cuarto o compartían habitación. El sol entra a raudales por las persianas subidas y las paredes desnudas y la moqueta están relativamente limpias, pero aun así la planta de arriba de la casa es lúgubre, triste, deprimente. No sé si lo es objetivamente o solo me lo parece porque sé lo que pasaba aquí.

Debería ponerme a buscar pruebas. Concéntrate, presta atención. Felice y los demás detectives profesionales deben saber cómo dejar de lado sus sentimientos y emociones personales, pero a mí todavía no se me da muy bien. Seguramente nunca se me dará bien.

La gente siempre se olvida algo cuando se muda, ¿verdad? Reviso el armario de debajo del lavabo del cuarto de baño principal. Echo un vistazo al armario del pasillo, que solo es la bomba de calor, y a los armarios de los dormitorios. Reviso los rincones de los estantes de arriba de los armarios de todas las habitaciones. No encuentro nada. Nada. Eso me parece sospechoso, pero quizá no lo sea. En el techo del vestidor de la habitación grande hay una trampilla. El desván.

Odio los desvanes. Yo y todo el mundo. ¿Cuándo ha pasado algo bueno en un desván? Se me acelera el corazón antes incluso de abrir la trampilla y desplegar la endeble escalerilla de madera. Arriba no se enciende automáticamente una bombilla. Pruebo todos los interruptores de la habitación. Nada, no hay suerte.

Enciendo la linterna del teléfono. Tengo que hacer esto. Subo los escalones de madera. Son superendebles. El techo es tan bajo que no puedo estirarme del todo, así que avanzo encorvado. Hace un calor increíble, como si todos los veranos desde que se construyó la casa siguieran atrapados aquí.

Apunto con la linterna y empiezo a buscar. Podría haber ratas o

arañas, pero lo que más me asusta es que el haz de la linterna ilumine de pronto otra cosa. Me vienen a la cabeza todos los artículos que he leído sobre maltrato infantil, los detalles concretos, los objetos que usaban los adultos para hacer daño a los niños.

Llego al fondo del desván, a la chimenea de ladrillo, y vuelvo atrás. Doy la vuelta entera, pero no encuentro nada. Solo aislante rosa y mucho polvo. Apunto con el móvil al suelo. Las únicas huellas que veo en la espesa capa de polvo son las mías. Quiero encontrar pruebas, necesito encontrarlas, pero también es un alivio comprobar que hace mucho, mucho tiempo que nadie sube aquí. Es muy posible que Jack y Pearl no hayan subido nunca.

Bajo y vuelvo a cerrar la trampilla. Estoy empapado de sudor, el calor del desván se me ha pegado al cuerpo, así que salgo al pasillo y bajo el termostato de veintitrés grados a veinte. La bomba de calor retumba y empieza a silbar, lo que me hace echar un vistazo al armario donde se encuentra. Esta vez me fijo en algo que antes no he visto: la puerta tiene una cerradura con llave.

¿En serio? ¿La gente va por ahí robando bombas de calor? Abro la puerta y vuelvo a mirar dentro. Es posible, supongo, que Nathan Shaw guardara objetos de valor aquí, pero es un sitio muy raro para guardar cosas. El espacio es muy estrecho, apenas hay sitio para la caldera y el ventilador, más los tubos y los conductos metálicos. El suelo de cemento está mojado por el goteo de la condensación.

Concéntrate, presta atención. Piensa. Vuelvo a mirar la puerta. Por dentro, la cerradura no tiene pestillo. Es una cerradura doble, lo que significa que podría usarse para que nadie entre en el armario, pero también para encerrar a alguien dentro.

Ya no tengo calor. Estoy helado. Enciendo la linterna del teléfono y me agacho. Es imposible que un adulto pueda meterse en el armario. Incluso Jack y Pearl, con lo pequeños que son, tendrían que pegar las rodillas a la barbilla, apretujarse debajo del tubo principal y pegar el cuerpo a la pared. Sería una pesadilla. El calor y el ruido, sin espacio para moverse o respirar. Oscuridad total cuando la puerta está cerrada con llave por fuera. Mi linterna alumbra algo de color en el rincón del fondo, debajo de un tubo envuelto en goma. Algo rojo. Estiro el brazo y palpo alrededor. Es un muñequito de plástico, un vaquero haciendo girar su lazo. Estoy helado y sudando otra vez.

32

Cierro la puerta del armario y me guardo el vaquero de plástico en el bolsillo. Necesito salir de aquí. Ya he visto suficiente. Demasiado.

Fuera, aspiro una bocanada de aire fresco. Respiro hondo una y otra vez. ¿El vaquero es de Jack o de Pearl? El leve y desagradable olor de la casa me ha impregnado la ropa, se me ha pegado a la piel, se me ha metido dentro.

¿Con qué frecuencia y cuánto tiempo —cuántos minutos, horas o incluso días— han estado Jack y Pearl encerrados en ese armario de pesadilla? ¿Se turnaban? Solo hay sitio para uno. Me imagino a Nathan con la mano apoyada en la delgada nuca de Jack, obligándole a avanzar. Me imagino a Pearl poniéndole a escondidas el muñequito en la otra mano a Jack justo antes de que Nathan se lo llevara a rastras. O quizá fuera al revés y fue Jack quien le puso el vaquero en la mano a Pearl antes de que Tracy se la llevara. Estar separados así debía de ser terrible también para el que se quedaba atrás. No saber cuándo volvería tu hermano o tu hermana. No saber si volvería.

Hago un esfuerzo por concentrarme. Lo primero de todo, tengo que averiguar adónde se han mudado los Shaw. Me preocupa lo que puede suponer para Pearl y Jack que se hayan ido a vivir a otra parte. No se me ocurre cómo puede hacerles eso la vida más fácil, más bien todo lo contrario.

No debería ser muy difícil encontrarlos. Esperaré a que Nathan salga del bufete y le seguiré hasta casa. Esta vez deberé tener mucho, mucho cuidado cuando le siga y dar por sentado que él o los matones de sus amigos me están vigilando.

Tengo que devolverle el coche a Salvador a las cuatro. Me reúno con él en Frontera Embrujada y le digo que necesito el todoterreno

un rato más.

—Voy contigo —me dice.

Noto que ha pasado de la súplica a la afirmación.

—No puedes venir —contesto—. Es muy peligroso.

—Si no voy contigo, no te presto el coche.

—¿Qué? Salvador… ¿En serio?

Parece incluso más sorprendido que yo por este acto de rebeldía. Tiene las mejillas coloradas y los ojos vidriosos. Jadea más de lo normal. Cuando intenta enderezar los hombros, casi pierde el equilibrio y se cae de culo.

—Es mi oferta final —dice. Supongo que se lo habrá oído decir a su madre.

—Salvador… —contesto.

Vaya… Creo que ha sido una experiencia positiva para él, ayudarme estas últimas semanas. ¿Debería sentirme orgulloso o he creado un monstruo?

—Es mi oferta final, por favor —dice, con más suavidad esta vez, pero vuelve a enderezar los hombros (le está cogiendo el tranquillo) y entorna los ojos con férrea determinación.

Puedo ganar esta batalla. Al final, Salvador se rendirá. Pero son casi las cuatro. Nathan saldrá pronto del trabajo.

—Vale —le digo—, pero tienes que hacer lo que yo te diga sin preguntar. Sin hacer preguntas, en general.

Llegamos a la zona de oficinas a las cuatro y cuarto. No puedo arriesgarme a aparcar en el sitio de siempre, en el centro comercial de enfrente, ni siquiera con otro coche. Por suerte hay un 7-Eleven al final de la calle. Desde allí veré bien el bufete. Podré seguir a Nathan cuando salga del aparcamiento.

Me meto en el 7-Eleven. El deportivo de Nathan no está delante del bufete. ¿Se habrá ido ya? Vuelvo a salir del aparcamiento y paso por delante de la zona de oficinas. El deportivo tampoco está aparcado detrás del bufete.

Salvador tiembla por el violento deseo de hacer todas las preguntas que tiene prohibido hacer. Por fin no puede más y se derrumba.

—¿Qué hacemos ahora? —dice—. El coche no está. ¿Cómo lo seguimos si no está? ¿Qué hacemos? ¿Crees que…?

—Para —le digo.

—Perdona, pero…

—Déjame pensar, Salvador.

Lo más sensato, lo obvio, es tener paciencia y volver mañana a las cuatro, o antes, para pillar a Nathan cuando salga del trabajo. Pero esta situación me está dando mala espina. Tengo una corazonada. ¿Qué posibilidades hay de que el hecho de que no esté el deportivo no tenga nada que ver con que hayan dejado la casa? Seguro que tiene que ver. Necesito averiguar si el local del bufete también ha quedado libre de repente. Si no, podría perder un tiempo que no puedo permitirme perder.

Es muy arriesgado. O no. No consigo decidirme. Cabe la posibilidad de que Nathan acabe de salir, que haya ido un momento a la oficina de correos o algo así y vuelva enseguida. Pero echar un vistazo rápido al local me va a llevar más dos minutos. No es tan arriesgado. Miro a Salvador. Para él no lo es, desde luego. Nathan nunca le ha visto. Ni siquiera sabe que existe.

—Salvador —digo—, ¿te apetece un poco de acción?

Le explico lo que he planeado. Avanzará un trecho a pie, cruzará la calle y entrará en la clínica dental. Preguntará si aceptan nuevos pacientes. Le digan que sí o que no, cogerá una tarjeta de la clínica y se irá. Luego pasará tranquilamente, como quien no quiere la cosa, por delante del local de al lado y echará una ojeada al escaparate, a ver qué ve.

—Vale, genial —dice.

—¿Seguro?

—¡Sí!

Vuelvo a repasar el plan. No podría ser más sencillo. Salvador no puede cagarla, ¿no? Va diciendo que sí con la cabeza, punto por punto, y parece entenderlo todo. Cuando sale del todoterreno, se va en dirección contraria. Empezamos bien.

Avanza una manzana a pie, cruza la calle en zigzag aprovechando los huecos entre los coches que pasan y atraviesa la zona de oficinas. Un deportivo color perla pasa por el cruce y a mí me da un vuelco el corazón. Pero solo es un deportivo color perla, no el deportivo color perla. Pasa a toda velocidad y desaparece.

Salvador se acerca a la clínica dental. Muy bien, Salvador, lo estás bordando. Pero entonces, de pronto, gira a la izquierda y se acerca al escaparate del bufete. Veo que prácticamente pega la cara

al cristal y se hace sombra con las manos. ¿Qué hace? Se supone que tiene que pasar por delante como si tal cosa y echar un vistazo dentro.

Nathan puede volver en cualquier momento. O, todavía peor, ¿y si el deportivo no arrancaba esta mañana y Nathan ha cogido un Uber para venir a trabajar? ¿Y si está en el despacho ahora mismo? No conoce a Salvador, pero eso no importará si levanta la vista y ve a un chico con la cara pegada al cristal. Enseguida se dará cuenta de que pasa algo raro.

Salvador se desplaza del escaparate a la puerta. Agarra el picaporte y tira de él. Es increíble. ¿Sabéis quién tiene la culpa? Yo, no Salvador. Yo, por confiar en que no la cagaría. Estoy demasiado lejos para pitarle y que me haga caso. Si Nathan le pone las manos encima, si empieza a interrogarle, estamos perdidos. ¿Será lo bastante listo como para mentir y decirle que está buscando la clínica dental? No cuento con ello.

Enciendo el motor. Tengo que sacar de ahí a Salvador. Pero entonces veo que vuelve a cruzar la calle. Sigo mirando el bufete. La puerta no se abre. No se ve movimiento en el escaparate. Me relajo. Un poco.

Salvador sube al todoterreno. Tiene las mejillas coloradas por la emoción o por haber andado tanto, o por las dos cosas. Espero para asegurarme de que nadie le sigue, luego piso el acelerador y arranco.

—Pasar tranquilamente por delante de la oficina y echar un vistazo rápido al escaparate —le digo. Miro por los retrovisores para estar superseguro de que no nos sigue nadie—. ¿Recuerdas esa parte?

—No ha hecho falta —contesta. Ahora me doy cuenta de que es por la emoción por lo que está tan colorado—. Está cerrada. La oficina.

—¿Cerrada por hoy o…?

—No, cerrada cerrada. Del todo. Había un cartel. No he hecho una foto, pero lo he memorizado.

Espero.

—¡Salvador!

—¡Ah! «El bufete de Nathan Shaw se ha trasladado. Para más información, visite nuestra página web».

Son malas noticias. En el siguiente semáforo, saco mi teléfono y miro el sitio web del bufete. No se dice nada de ningún traslado. La dirección que aparece en la página de inicio, en Acerca de y en Contacto tampoco ha cambiado. O sea, que Nathan se ha esfumado, tal cual. Lo que significa que Pearl y Jack también se han esfumado.

Recojo mi coche en Frontera Embrujada y me voy a casa. Estoy otra vez en las mismas. ¿Cómo voy a localizar ahora a la familia Shaw? Le escribo un mensaje de socorro a Felice, pero no me contesta. Estará en el trabajo, enseñando una casa. O a lo mejor es que pasa de mí, también es posible.

Me tumbo en el futón, cierro los ojos y relajo la mente. Me abro a nuevas ideas, pero no surge ninguna. Me levanto de la cama y me pongo a andar de un lado a otro. Tampoco ayuda.

Quizá la clave para encontrar a la familia Shaw sea averiguar por qué se han ido. ¿Nathan está huyendo de alguien? Porque está claro que hay algo sospechoso: el cartel de cerrado no incluye la dirección nueva, y tampoco hay información en la página web. Un negocio normal promocionaría al máximo su nueva ubicación.

Primero, Nathan me advierte que me aleje de él y de su familia. Poco después, la familia desaparece. Ha sido todo demasiado seguido para que sea una coincidencia, pero también me cuesta creer que Nathan esté huyendo de mí. Seguramente no se habrá vuelto a acordar de que existo. Eso es mucho más probable.

Supongo que llevaba semanas o meses planeando esta jugada, por razones desconocidas y completamente ajenas a mí. Quizá tenga que ver con los asuntos turbios en los que anda metido. Puede que haya estado estafando a sus clientes de la asesoría fiscal.

Pienso en ese trozo de conversación que oímos Eleanor y yo en la terraza, cuando el barbudo le dijo «Ya casi es la hora, venga» a las dos de la madrugada. ¿Tendrá algo que ver con esto?

Pearl y Jack podrían estar en cualquier parte. En otra ciudad, en otro estado, puede que incluso en otro país. ¿Cómo voy a encontrarlos? Cuando me suena una notificación, me lanzo a por el teléfono pensando que es Felice. Pero es un mensaje de un número desconocido.

«Lo siento».

33

Tracy Shaw. No sé cómo, pero lo sé al instante.

«Lo siento».

¿Qué es lo que siente? ¿Haberme vendido a su marido para que los matones de sus amigos me dieran una paliza de muerte? No se me ocurre ninguna otra razón. Pero ¿por qué lo siente ahora, de repente?

Pero no, en realidad no lo siente, claro. Es un truco, otra encerrona. Los matones de Nathan le contaron lo del espray de pimienta y ahora Nathan quiere engañarme para acabar de darme mi merecido. ¿Tan tonto se cree que soy? ¿Tan tonto es él, que se piensa que voy a caer en la trampa?

Me quedo mirando el teléfono. Tiene que ser una trampa, ¿no? Aunque, por otro lado… Nathan no es tan tonto como para creerse que voy a picar. Si quisiera volver a tenderme una emboscada, estoy casi seguro al cien por cien de que se le ocurriría algo mucho más astuto y retorcido. Ya lo hizo la primera vez que me engañó: aquello fue mucho más astuto y retorcido que esto.

«Lo siento».

Es igual. Aunque no sea una trampa, no voy a contestar. Porque sería como para cabrearse que Tracy me pidiera disculpas ahora. A lo mejor debería haberlo pensado antes de irle con el cuento a su marido, antes de que los matones de Nathan me dieran una paliza.

Pero debe de sentirse fatal, si se ha arriesgado a mandarme un mensaje. Porque, si no es una trampa, me habrá escrito a espaldas de Nathan. No hará ningún daño responderle, por si acaso. Escribo «No pasa nada», pero me paro antes de darle a enviar. Lo cambio por algo más neutro, un simple «Okey».

Le doy a enviar y espero. Si no es una trampa… Uf, eso significa

que aún podría convencerla de que vaya al Servicio de Protección de Menores. O al menos puedo averiguar adónde se han mudado.

Me cosquillea el dedo del gatillo. Quiero mandar otro mensaje. Quiero mandar un montón de mensajes. Tengo tantas preguntas… Pero me contengo. No puedo presionar a Tracy. Ha sido ella quien se ha puesto en contacto conmigo. Tengo que actuar con inteligencia y dejar que vaya a su ritmo.

Después de mucho, mucho rato —solo veinte o treinta segundos, seguramente—, salta un mensaje a la superficie de mi pantalla:

«Estás bien?».

Decido atenerme a un tono neutro y objetivo: «Costilla rota nariz rota etc». Pero luego me preocupa haberme ido al otro extremo, estar siendo demasiado neutro y objetivo y que se sienta mal. Así que añado otro mensaje: «Pero bien más o menos».

Responde: «No quería que te hicieran daño».

Puede que sea sincera. Y puede que no. No tengo forma de saberlo, solo con un mensaje. Me doy cuenta de que ni siquiera tengo forma de saber si de verdad es Tracy. Podría ser Nathan, por ejemplo, haciéndose pasar por ella.

Le escribo otra vez: «Puedes hablar?».

Enseguida, casi al instante, me contesta: «No». Lo cual puede ser sospechoso (si Nathan se está haciendo pasar por Tracy, no querrá hablar) o totalmente comprensible (Tracy no quiere que Nathan la oiga). Pero todo esto no sirve de nada si no puedo confirmar que de verdad estoy hablando con Tracy.

Mando otro mensaje: «Podemos quedar?».

«No».

«Cinco minutos, donde sea».

«No puedo».

Puede que no sea Tracy o puede que Nathan esté sentado a su lado diciéndole lo que tiene que escribir. Aun así, tengo que hacerle la pregunta que más me reconcome:

«Por qué le hablaste a tu marido de mí?».

«Tuve que hacerlo lo siento».

«Vale gracias pero por qué?».

«Creía que te había mandado él».

¿Que me había mandado quién? Tardo un segundo en darme cuenta de que se refiere a Nathan. Pero… ¿creía que Nathan me

había mandado a hablar con ella en el centro comercial? Eso no tiene sentido.

«No entiendo».

«No podía arriesgarme».

No podía arriesgarse… ¿a qué? Y entonces pienso en Nathan, me acuerdo de la meticulosidad con que destrozó la casa, de la astucia con la que me tendió una emboscada, y por fin lo entiendo. Tracy tenía miedo de que su marido me hubiera enviado para ponerla a prueba, para ver si era leal y digna de confianza. Mi historia, mi número de teléfono, mi ofrecimiento de ayudarles a ella y a los niños… Le preocupaba que fuera todo una treta.

«No me mandó él».

«Ya lo sé».

Me pregunto si, cuando Nathan llegó a casa esa noche, se jactó de la paliza que me habían dado en el callejón. Puede que también quisiera darle una lección a ella.

«Sigo queriendo ayudaros».

«Tengo que irme».

«Podemos vernos, porfa? cinco minutos donde tú digas».

Me quedo esperando. Confío en que haya alguna posibilidad de que Tracy no me haya escrito solamente para disculparse. A lo mejor, aunque ella no se dé cuenta, en realidad quiere que la ayude. Ya sé que es mucho suponer, pero la verdad es que no tenía por qué prolongar esta conversación. No tenía por qué escribirme, para empezar.

Sigo esperando. Suena mi teléfono. Es el número desde el que me ha estado mandando mensajes.

—¿Hola? —digo.

—¿Cómo sé que no eres un pederasta que se fijó en mis hijos por casualidad aquel día? —pregunta Tracy.

—No lo soy, te lo prometo. —Pero es una buena pregunta y dudo que vaya a creerme sin más, solo porque yo se lo diga. No debería.

Se queda callada. Trato de pensar, pensar, pensar… Siento que tengo literalmente un segundo para decir lo correcto, o no volveré a saber de ella nunca más.

—Después de ver a tus hijos —digo—, llamé al Servicio de Protección de Menores. Les di mi nombre, todo. Un par de días

después, fui allí para asegurarme de que iban a hacer algo. Un pervertido no haría eso, ¿no?

Se corta la llamada. Joder. Pero entonces, unos segundos después, aparece otro mensaje en mi pantalla.

«Solo cinco minutos».

34

Tracy me dice que quedamos el próximo miércoles a la una. Me doy cuenta de que es cuando tiene reunión de NA. La dirección que me manda también me suena. Cuando la busco en el navegador, veo que es el antiguo Blockbuster. Noto que está siendo superlista y supercuidadosa. No quiere salirse de su rutina por si Nathan la está haciendo seguir, o por si ha escondido un rastreador en su móvil o en el coche. Lo busco en internet. Un paquete de cuatro AirTags de Apple cuesta menos de cien pavos.

Así que ahora tengo casi una semana para agobiarme pensando que voy a caer en otra emboscada. ¿Debo confiar en Tracy? Todo se reduce a eso. Más concretamente, ¿debo confiar en una persona que ya me ha vendido una vez? La respuesta obvia es «No, ni hablar, ni en broma». No me preocupa que Tracy sea en secreto una madre malvada, ni ningún giro espectacular de ese estilo, tipo Netflix. Supongo que es posible, pero la he visto con los niños. La he visto con ellos cuando no sabía que alguien la estaba mirando. Recuerdo lo aterrorizada que estaba en la azotea del aparcamiento del centro comercial. Aterrorizada por Nathan, ahora lo sé.

Tracy no es en secreto una madre malvada. Respecto a eso, voy a arriesgarme a meter la mata. Pero aun así me preocupa que vuelva a delatarme por la misma razón que la otra vez: porque le tiene pánico a Nathan y porque crea que es la mejor forma de protegerse a sí misma y a sus hijos. Eso sí que no sería un giro sorprendente, para nada.

Voy a necesitar que alguien me cubra las espaldas. Salvador no, desde luego. El viernes llamo a Eleanor.

—¿Te has recuperado lo suficiente como para llevar a mi abuela al médico el lunes? —me pregunta.

—¿Otra vez?

—Es otro médico. ¿Cuántos médicos tiene?, te preguntarás. Mogollón, te lo aseguro.

—Claro, sí que puedo. —La costilla fracturada me duele menos y ya puedo respirar por la nariz. Los hematomas han empeorado; ya no son morados, sino de un tono amarillento y moteado, como si estuvieran en descomposición, pero también me duelen menos—. ¿A qué hora sales hoy del trabajo? ¿Quieres que vayamos a comer algo?

—En hora y media. Vale.

Podría intentar leer o echarme una siesta o relajarme sin más, pero estoy demasiado agobiado. Voy en coche al edificio municipal y espero a Eleanor en el aparcamiento. Mi mente no descansa. Supongamos, solo por suponer, que no es una trampa. Aun así, tendré que convencer a Tracy de que vaya al Servicio de Protección de Menores. No será fácil. Puede que ni siquiera sea posible. Si no ha ido ya, será por algo. ¿Porque tiene miedo de Nathan Shaw?

Es una preocupación muy legítima. ¿Quizá le preocupa que Protección de Menores no tenga personal suficiente o que no haga nada eficaz? También es muy legítimo pensarlo.

Miro mi teléfono. Me encantaría hablar de todo esto con Felice, pero sigue sin contestar a mis mensajes.

Hace demasiado calor para esperar en el coche. Quizá haya poco movimiento en la Oficina de Acreditación de Conductores y pueda convencer a Eleanor de que salga antes. Las puertas de cristal del edificio de administración municipal se abren. Al entrar, retrocedo en el tiempo. Por un instante es hace tres semanas y media y no hay nada importante que me preocupe, nada importante en mi futuro.

—¿Puedo ayudarle? —me dice el guardia de seguridad, porque estoy ahí parado, bloqueando la puerta.

Digo que no con la cabeza y sigo adelante. Pienso en lo distinto que sería todo si hace tres semanas y media hubiera encontrado al guardia de seguridad. ¿Por qué desapareció en ese momento concreto? Quizá fue una suerte. Porque, si le hubiera llevado a Pearl y Jack, él los habría llevado a Protección de Menores y no habría vuelto a pensar en ellos. Y seguramente yo tampoco y ahora seguiría viviendo tan pancho, igual que antes.

El banco donde vi por primera vez a Pearl y Jack está vacío. Me

paro a mirarlo. Los niños están aquí, delante de mí, y luego ya no están; están aquí y luego ya no. El tiempo va y viene tan deprisa que no puedo seguirlo, es como un crupier barajando cartas. En algún momento dejará de barajar, imagino. Dará la vuelta a las cartas. Y averiguaremos quién gana y quién pierde.

Dentro de Acreditación de Conductores hay un par de personas sentadas en la zona de espera, entretenidas con sus teléfonos. Eleanor, en recepción, también está entretenida con el suyo.

—Firme en el registro. —Entonces levanta la vista, me ve y frunce el ceño—. ¿Qué haces aquí?

—Hace mucho calor para esperar en el aparcamiento.

Mira hacia atrás, hacia las entrañas de la oficina.

—Si sale Denise, no te conozco. Eres un tío cualquiera que iba a cien en un tramo de sesenta. Ya me tiene enfilada.

—Tracy me ha mandado un mensaje.

—¿Qué?

—La madre. Tracy.

—Sé quién es Tracy. Me lo has dicho un millón de veces. ¿Te ha mandado un mensaje?

—Para decirme que lo sentía. Lo que pasó.

—¿Qué? ¿Quería decirte que sentía que hubieran estado a punto de matarte por su culpa?

—No fue culpa suya. Me lo explicó. Le tiene miedo a Nathan. Pensó que le estaba tendiendo una trampa. Hemos quedado. Por eso necesito hablar contigo.

Eleanor se limita a mirarme. Esta vez ni siquiera consigue decir «¿Qué?».

—Ya sé que parece un poco arriesgado —le digo—. Pero voy a tomar precauciones. Por eso necesito que me cubras las espaldas.

Sacude la cabeza de una forma que me parece que significa «No me lo puedo creer» y no «Ni de coña».

—Así que —continúo— lo que quiero es que…

—Firme aquí y siéntese, por favor —dice.

Levanto la vista. Hay una mujer en la puerta del despacho del fondo. Es ella, la supervisora que se deshizo de mí el primer día, la que me dijo que quitara de su vista el problema de dos niños maltratados, la que se negó incluso a darme el nombre de Tracy. La supervisora (Denise, supongo) consulta su portafolios.

—¿Señor Johnson? —dice—. ¿Keith Barent Johnson?

Una de las personas de la sala de espera se levanta.

—Aleluya —refunfuña.

—¡Denise! —digo yo con voz tranquila, aunque un poco más alta de lo que debería—. ¿Se acuerda de mí?

Parpadea un par de veces, sorprendida de que sepa su nombre. Eleanor, que sigue haciendo el papel de recepcionista aburrida y descontenta, vuelve a concentrarse en su móvil. Pero veo que me mira de reojo. ¿Qué coño haces?

La verdad es que no lo sé, pero ¡qué coño! Estoy aún más cabreado que la primera vez que vi a Nathan Shaw. Y esta vez de repente, sin previo aviso y sin ningún motivo. Es como si estuviera a pocos centímetros de un motor a reacción y el calor me echara el pelo para atrás y me estirara la piel sobre el cráneo. ¿O el motor a reacción soy yo? No lo sé.

—¿Cómo dice, señor? —pregunta Denise.

—Hablé con usted hace unas semanas.

—Lo lamento, pero no lo recuerdo.

¿Cuántas veces, en las últimas tres semanas y media, han estado Pearl y Jack encerrados en el armario oscuro y recalentado de la bomba de calor? ¿Cuántas veces han pensado que nadie iría a sacarlos de allí?

—Había dos niños en el banco de fuera con quemaduras de cigarrillo por todas partes, y su madre estaba aquí porque tenía una cita. Le pedí a usted el nombre de la madre para poner una denuncia en el Servicio de Protección de Menores. Y usted no quiso dármelo. ¿Se acuerda ahora?

Denise parpadea y parpadea. Keith Barent Johnson, que se ha acercado arrastrando los pies y está parado a mi lado, dice:

—Hay que joderse.

—Señor —me dice Denise—, tengo que pedirle que…

—No la culpo —contesto—. No era problema suyo, ¿verdad? ¿Por qué iba a implicarse? Pero déjeme preguntarle una cosa. ¿Piensa alguna vez en esos niños? ¿Alguna vez se ha preguntado, aunque sea un segundo, qué ha sido de ellos?

Salgo de la oficina antes de que conteste. Lo más probable es que no diga nada, que ponga cara de fastidio y se lleve a Keith Barent Johnson a su despacho. En el coche, me enciendo una pipa,

aunque ya me he calmado antes de que la maría me haga efecto. El viento caliente ha dejado de soplar. ¿Qué me ha pasado? Yo nunca pierdo los nervios.

A las cinco sale Eleanor y nos vamos cada uno en su coche a un restaurante coreano, no muy lejos de casa de su abuela.

—Ha sido fascinante ver cómo se te iba la olla —dice después de que nos traigan la comida. Un bol de cerdo picante para ella, más sopa de tofu y rollitos de huevo, y tortitas para mí.

—No sé qué me ha pasado. Lo siento. Soy un gilipollas.

—No, qué va.

Miro mi teléfono. Nada, Felice sigue contestar.

Eleanor empieza a zamparse su bol de cerdo picante y hace una pausa para respirar.

—¿Quién es la chica misteriosa con la que estás obsesionado? A ver si lo adivino. Da clases de yoga y tiene un tatuaje que dice «No todo el que vaga anda perdido». Fuma mucha maría. No. Aspira a dar clases de yoga algún día.

—Tiene cuarenta y pocos años y antes era detective privada.

—Ah, claro. La de la inmobiliaria, la que te enseñó los arcanos del oficio detectivesco.

—Puede que tenga unos cuarenta y cinco. Nos hemos enrollado un par de veces.

—¿Qué? —dice Eleanor—. No.

—Sí.

—¿Una exdetective de cuarenta y tantos años que ahora trabaja en una inmobiliaria?

—Y además es un encanto. ¿Te lo puedes creer?

—Para nada. ¿En serio? Si de verdad es verdad, tengo que reconocer, aunque me cueste, que estoy impresionada.

¡He impresionado a Eleanor, aunque le cueste reconocerlo! Pero no puedo disfrutar de este momento porque ahora mismo no debería estar regodeándome en esa faceta de mi vida. No merezco perderme en el calor de la boca y el cuerpo de Felice —ni en persona ni en el recuerdo— cuando debería estar pensando en Pearl y Jack cada minuto de cada día.

—¿Y cuál es el problema? —pregunta Eleanor—. Bueno, seguramente te lo montas fatal en la cama, pero yo no me preocuparía mucho por eso. A no ser que te quedes ahí tumbado

como un muerto. No te quedas tumbado como un muerto, ¿verdad?

—¿Por qué tendría yo que ser feliz cuando ellos no lo son? Esos niños, quiero decir. No debería ser feliz de ninguna manera hasta que estén a salvo.

—Eso es una estupidez.

—¿Sí?

Eleanor se acaba su bol de cerdo. Mueve unos granos de arroz con la punta de los palillos y mira fijamente el bol como si estuviera leyendo hojas de té.

—Es una estupidez total —dice—. Es como si una saboteara todas las relaciones que tiene porque sabe que en algún momento acabarán fracasando. O como si se negara a ser feliz porque, como más adelante podría no serlo, ¿por qué no empezar ya?

—¿Te refieres a ti misma?

—¿Cómo lo has adivinado?

—¿Después de que se fuera tu madre?

—Después de la tercera y última vez. En fin, no escarmenté enseguida. La esperanza persistió bastante tiempo, absurdamente.

—Sí, ya.

—Oye —me dice—, a lo mejor estamos planteándolo mal. Tu situación con esa pibita de edad avanzada, digo. Igual ser feliz de vez en cuando es lo que necesitas en este momento.

—¿Lo que necesito?

—Para seguir adelante. Para seguir ayudando a esos niños. Es una inyección de… No sé de qué. De fuerza para el corazón, quizá.

¿Será verdad?, me pregunto. A veces, estos días, noto el corazón totalmente agotado, pisoteado, molido. Es posible que Eleanor tenga razón. ¿O solo quiero creerlo?

Me saco del bolsillo el vaquero de juguete y lo pongo entre los dos, sobre la mesa. Me viene una imagen a la cabeza. Me imagino agachado, devolviéndoles el vaquero a Jack y Pearl cuando todo esto termine y estén a salvo en algún sitio. «Aquí tenéis, chicos. Esto es vuestro».

—¿Qué es eso? —pregunta Eleanor.

Le cuento dónde me lo encontré. Le explico lo de la cerradura de la puerta. Se mete en la boca una de las pastillas de su abuela, imagino, y se la toma con un trago de cerveza.

—Qué puta mierda —dice.

—Sí, ya lo sé.

—A veces siento que no deberíamos estar aquí. En este mundo, los seres humanos… Estamos en el lugar equivocado. Somos un error. A veces solo quiero tumbarme y desaparecer.

Creo que entiendo lo que quiere decir.

—Pero es lo único que tenemos —contesto—. Lo que somos.

—¿De verdad vas a verte con ella? ¿Con esa mujer que casi hace que te maten? ¿De verdad no te parece un suicidio?

—Espero que no.

35

La abuela de Eleanor, cuando consigues que hable y te las apañas para que se relaje y se comporte más o menos civilizadamente, es muy divertida. Ha vivido una vida plena. En los veinte minutos o así que tardamos en ir de su casa al oncólogo, me entero de que en los años sesenta pasó un verano trabajando de piloto en el circuito de carreras de destrucción y en los setenta fue una de las primeras paramédicas del país. En el trayecto de vuelta, me cuenta que tuvo un novio que era fontanero del zoo y que estuvo a punto de morir una semana antes de la boda porque una grulla sarus le dio un picotazo en la cabeza. El botón de la gorra de béisbol le salvó de una fractura de cráneo, pero a ella aquello le dio mal fario y le dejó.

—¿Te estás quedando conmigo, Terry? —le digo, porque no me deja llamarla señora O'Loughlin bajo ningún concepto.

—¡Ja! ¿Por qué iba a inventarme esa gilipollez?

—Tienes razón.

La ayudo a salir del coche y a subir a casa. Voy demasiado lento para ella y luego demasiado rápido.

—Me cago en todo —dice.

—Lo siento.

—¿Cuál es tu historia?

—¿Mi historia? —digo—. La verdad es que no tengo. Todavía no, por lo menos.

—Voy a darte un consejo.

—Vale.

Espera hasta que la instalo arriba, en su sillón La-Z-Boy, con los auriculares en el regazo.

—El consejo que te doy es este —dice.

—Vale.

—Vende todo lo que tengas y cómprate un billete de avión solo de ida a la India. Empieza en Delhi y ve hacia el sur. No te preocupes por los monzones. ¡Es lluvia! ¡Vaya cosa! Limítate a comer verduras, nada de carne, y tu estómago te lo agradecerá. Visita las ciudades, pero no te pierdas el campo. Los trenes son horribles, pero te acostumbrarás.

Vaya. Yo me esperaba uno de esos consejos muy vagos y generales que dan los ancianos. ¡Haz caso de lo que te dicte el corazón! Debería haberlo imaginado.

Como no me toca currar en Frontera Embrujada, me encierro en mi cuarto y tengo conversaciones imaginarias con Tracy. Lo que le diré el miércoles, lo que me dirá ella a mí… Es como si fuera a ir a una entrevista de trabajo, solo que por primera vez en mi vida me importa si me dan el trabajo o no.

Le dije a Tracy que la ayudaría y sé que el miércoles me va a preguntar cómo. Y aún no tengo la respuesta.

Cuando necesito cambiar de aires, salgo. Burke y Jutta están en el jardín de atrás, debajo de los focos. Jutta observa a Burke, que está usando estacas de madera y un rollo de cuerda para marcar un gran rectángulo en la hierba.

Le froto las orejas a Jutta. Entre nosotros nos entendemos. A los dos nos gustaría que fuera mi perra y no la de Burke.

—Hola, Burke —digo—. ¿Qué tal?

—Aquí, disfrutando de una agradable tarde de verano.

Termina el rectángulo, de unos cuatro metros de largo por tres de ancho, y se retira para inspeccionar su obra. Lleva una camiseta que pone Derecha o izquierda, da igual el lado, a todos nos chifla el helado.

—Parece que vas a cavar un agujero en el jardín —le digo.

—No te digo ni que sí ni que no.

Cuatro metros por tres parece una medida muy pequeña para una piscina. Y además Burke no es muy de piscina. Si está construyendo un búnker en el jardín, yo me mudo.

Mide con un metro y luego ajusta las estacas y la cuerda. Me siento en los escalones con Jutta. No voy a pedirle su opinión a Burke, ¿verdad? Me digo a mí mismo que tampoco me vendría mal. Por lo de agarrarse a un clavo ardiendo y esas cosas, ¿no?

—Oye, Burke —le digo—, estoy metido en una situación un

poco difícil.

—¿Difícil?

—Potencialmente peligrosa.

Se le iluminan los ojos.

—Me gusta cómo suena eso.

Enseguida me arrepiento de haberle dicho nada, pero ya es demasiado tarde. Empiezo por el principio y le explico lo de Tracy y los niños, lo de Nathan Shaw y lo de cómo me he metido en este lío. Le cuento que he convencido a Tracy de que quede conmigo.

—¿Crees que es una trampa? —le pregunto.

—¿Es que importa? —contesta.

¿La pregunta tiene truco? Conociendo a Burke, seguro que sí.

—No.

—Correcto. Sea o no sea una trampa, tienes que ir preparado para una trampa. —Me hace señas de que me acerque y me coloca dentro del rectángulo—. Quiero hacerme una idea de la escala —dice.

—¿Vas a construir un búnker o algo así?

—Necesitarás un arma. Pero ¿cuál es la más adecuada? Esa es la cuestión.

En lo primero en lo que piensa es en un arma, cómo no. Ha sido un error pedirle su opinión.

—No necesito un arma, Burke. No quiero un arma.

Paso completamente. Nunca he disparado un arma, ni he tenido una en la mano. No quiero dispararle a nada ni a nadie, ni dispararme a mí mismo por accidente. Las armas me acojonan, es así de sencillo. No me da vergüenza reconocerlo. Es de sentido común que te den miedo.

Burke se ríe como si fuera una broma.

—Algo ligero y compacto, creo, pero con pegada suficiente para finiquitar el asunto. Habrá que ver qué opciones tenemos.

—Nada de pistolas, Burke. No, ni hablar.

—¿Sabes lo que nadie ha dicho nunca? «Ojalá no hubiera tenido un arma a mano, por si acaso». Eso nadie lo ha dicho nunca.

Estoy casi seguro de que no es cierto. Tiene que haber montones de personas que desearían, *a posteriori*, no haber tenido un arma a mano. Pero a Burke no voy a convencerle de nada, y menos de algo que tenga que ver con las armas.

—Mejor me voy —le digo—. Luego nos vemos.

—Procura quedar con ella en un lugar público. Y hacer antes un reconocimiento del sitio. Para identificar todas las posibles opciones de exfiltración.

—Vale.

Sonríe mientras se frota las manos arriba y abajo en las perneras de los vaqueros, no sé si de alegría o porque las tiene sucias de tierra.

—Me muero de ganas de que me lo cuentes —dice.

36

Llega el miércoles. Estoy estresado pero listo. Le pido prestado el coche a Preston. No voy a arriesgarme con el mío, porque Nathan lo conoce, ni con el todoterreno de Salvador, porque puede que también lo conozca, aunque sea una posibilidad remota.

Para ir desde la oficina de Preston a la zona comercial tomo una ruta tan enrevesada que me pierdo un par de veces. Me meto en la autopista y luego tomo la siguiente salida. Cruzo dos carriles en el último segundo y cambio de sentido tres veces seguidas, sin quitar ojos a los retrovisores. Si alguien me está siguiendo, es invisible.

Llego veinte minutos antes de la hora. Aparco cerca del antiguo Blockbuster, frente a la tienda Verizon, de culo para ver todos los coches que entren en el aparcamiento.

Eleanor llega unos minutos después y aparca al otro lado de la zona comercial. Ha cogido prestado el Lincoln Continental de su abuela. Es enorme, un acorazado marrón con un faro roto. La cara de Eleanor parece diminuta comparada con el coche, como si fuera una muñequita de salpicadero y no la conductora.

Le mando un puño con el pulgar hacia arriba. Me responde con un emoji con cara de fastidio. Su tarea consiste en estar alerta y avisarme si ve algo sospechoso. Puede que Nathan o alguno de sus matones se las arreglen para pillarme desprevenido, pero por lo menos así lo tendrán más difícil.

Justo a la una, cinco minutos antes de que empiece la reunión de NA, el Volvo de Tracy entra en el aparcamiento. Aparca delante del antiguo Blockbuster y sale del coche. Esta vez no ha traído a los niños. ¿Eso es bueno o malo? ¿Significa que es más probable que sea una trampa o menos? En todo caso, me doy cuenta de que Pearl y Jack están solos en casa, con Nathan. Están solos en casa con él

por mi culpa. ¿Estaré empeorando las cosas?

Espero hasta estar seguro de que nadie la ha seguido y entonces me acerco.

—Hola —le digo.

Sacude la cabeza como si dijera «No me puedo creer que esté haciendo esto».

—¿Quieres que nos sentemos a tomar un café? —le digo—. Hay un sitio aquí enfrente, al otro lado de la calle.

—No. Vamos dentro.

—¿Aquí?

Empuja la puerta del antiguo Blockbuster sin molestarse en contestar. Yo dudo. No sé cómo vamos a hablar durante una reunión de Narcóticos Anónimos. ¿Vamos a sentarnos en la última fila y a susurrar? ¿O es que solo me va a conceder dos minutos, antes de que empiece la reunión?

Otro problema es el tipo que dirige la reunión, el Willie Nelson de las trenzas y los abrazos. Si me reconoce, eso le recordará a Tracy que la he estado acosando, básicamente. Y no quiero empezar así, con tan mal pie.

Sigo a Tracy adentro. Ya han sacado las sillas plegables. Hay una decena de personas pululando por allí. Al otro lado de la sala está Willie Nelson. Por supuesto, se acerca corriendo. Le da a Tracy un abrazo de oso que ella soporta y luego intenta darme otro a mí, pero le retiro.

—Lo siento —le digo—. Tengo una costilla rota.

—Charlie —dice tendiéndome la mano—. Me alegro de que hayas venido.

No me ha reconocido. O me ha reconocido y respeta mi anonimato. Por mí estupendo, en cualquier caso.

—¿Podemos usar el despacho de atrás un minuto, Charlie? —le pregunta Tracy—. Necesita que hablemos en privado antes de la sesión en grupo.

—Es todo vuestro —dice.

Tracy me hace una seña. La sigo a través de una puerta junto a la mesa de la cafetera y las galletas y de un pasillo corto. Al final del pasillo hay una puerta de emergencia abierta y sujeta con un bloque de hormigón. A la izquierda hay un despachito. Un par de sillas plegables, un armario archivador y un olor denso a humo

viejo.

Tracy coge una de las sillas. Yo cojo la otra. Aquí atrás no oigo nada de lo que pasa en la sala grande, ni siquiera el murmullo de la gente hablando. Lo que sí oigo, a través de la salida de emergencia abierta, son los neumáticos de un coche haciendo crujir la grava del callejón, detrás de la zona comercial. El coche no se para, pero yo no me relajo. No me está gustando este sitio. No es un lugar público. Y está pegado a un callejón.

—¿Qué pasa? —me pregunta Tracy.

—Nada. —Pero luego decido ser sincero con ella. Mal no puede hacerme. Bueno, sí, sí que puede, pero también podría ser lo único que ayude—. Me preocupa que esto sea, ya sabes, otra trampa.

Me observa largo rato, o eso me parece (seguramente, solo un par de segundos).

—Sí. Lo entiendo.

No sé si pretendía que sonara tranquilizador. Porque no lo es, la verdad.

—Gracias por quedar conmigo.

—Este sitio es NA, Narcóticos Anónimos —me dice—. Vengo a las reuniones todas las semanas. ¿Ya lo sabías?

Sigo siendo sincero y digo que sí con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevas viniendo a las reuniones? —le pregunto.

—Menos del que debería.

—No es asunto mío.

Se ríe.

—Eso tiene gracia.

Asiento con la cabeza.

—Sí.

Pasamos un buen rato callados. Me doy cuenta de que ahora me toca a mí hablar. A ella le da igual que pasen los cinco minutos y se me agote el tiempo. Hay tantas preguntas que quiero hacerle… ¿Empiezo por el principio de la lista o por el final? Decido que es mejor empezar por el principio.

—¿Por qué lo hace? —le digo—. ¿Cómo puede alguien hacer daño a sus propios hijos?

—¿Cómo puede alguien hacer daño a cualquier niño?

—Sí.

Se encoge de hombros.

—Antes me decía a mí misma… Me decía muchas cosas distintas. Que era solo su mal genio. Que bastaba con que procurase que no se enfadara. Que lo pasó muy mal de pequeño y necesitaba superarlo, nada más. Que era conmigo con quien de verdad se enfadaba. Y que en cuanto me desintoxicase, dejaría tranquilos a Pearl y Jack.

Otro coche pasa despacio por el callejón, haciendo crujir la grava. Cada vez más cerca, cada vez más despacio. Por un segundo parece que va a pararse justo delante de la puerta abierta.

Me pongo tenso. Debería haberle dicho a Salvador que vigilara la parte de atrás de la zona comercial. Nathan y sus matones podrían entrar por la puerta trasera, y Eleanor, que está delante, no se daría cuenta.

Tracy no se inmuta. O no le preocupa que Nathan pueda aparecer o está resignada a que aparezca. Ojalá supiera cuál de las dos cosas es. El coche sigue avanzando. Pasa y se va. Me doy cuenta de que la expresión de Tracy me recuerda a la de Jack y Pearl sentados en el banco, con la mirada perdida, esperando a que termine una vida que ya han vivido cien veces.

—He intentado impedírselo. Lo he intentado todo. A veces solo empeoro las cosas. —Respira hondo y mira su teléfono—. Se acabó el tiempo. ¿Cómo crees que puedes ayudarme?

Sigo sin tener una respuesta satisfactoria. Quizá nunca la tenga. Quizá lo único que pueda hacer sea prestar atención y escuchar, y dejar que Tracy me muestre el camino.

—¿En qué está metido Nathan? —le pregunto—. ¿En temas de drogas?

—Claro. Y otras cosas. Quién sabe.

—¿Por qué no le has denunciado a Protección de Menores? ¿Porque le tienes miedo?

—No. —Suspira. Todavía no me ha mirado a los ojos ni una sola vez—. Le tengo miedo, sí. Y tú también deberías tenérselo, mucho más del que le tienes. Pero no es por eso.

—Vale.

Por fin me mira a los ojos. Es un poco como si volvieran a darme un puñetazo en la cara. Hasta noto que me palpita la nariz. No sé si está furiosa conmigo, o con Nathan, o con Protección de Menores o

con todo, con el mundo en general.

—¿No lo entiendes? —dice—. No puedo ir a Protección de Menores. Me quitarán a Jack y Pearl. Soy una yonqui. Llevo casi dos años desenganchada, pero eso les dará igual. A ojos de la ley, siempre seré una yonqui. Y no voy a permitir que me quiten a mis hijos.

A ojos de la ley siempre serás una yonqui. Oigo la voz de Nathan. Oigo la amenaza que le ha hecho a Tracy. Pero me preocupa que sea una amenaza con fundamento. ¿El mejor argumento que se me ocurre es «Puede que no»? Porque es cierto que las autoridades podrían quitarle a Pearl y Jack. Quizá no para siempre, o no por mucho tiempo, pero dudo que eso a ella le importe. No va a arriesgarse a perder a sus hijos ni un minuto. Y yo no voy a sugerírselo, tal y como me está mirando.

No la culpo. No del todo. Una pequeñísima parte de mí se pregunta si no estará siendo egoísta. ¿Tan terrible sería que las autoridades la apartaran de los niños, si eso significara alejarlos de Nathan? ¿Pearl y Jack no estarían mejor en cualquier otro lugar que donde están ahora mismo?

Pero yo no soy padre y no tengo ni idea de lo que haría si estuviera en su lugar. Entonces se seca una lágrima con el talón de la mano y esa pequeñísima parte de mí se calla.

—No puedo hacerlo —dice.

—No pasa nada. ¿Puedes dejar a Nathan? ¿Llevarte a los niños?

Se seca otra lágrima y se ríe.

—No. Eso sí que es porque le tengo miedo. Mira… ¿Sabes lo que eres tú para Nathan? Una ligera molestia. Como el zumbido de una mosca. Y mira lo que te hizo. Cuando le hablé de ti, ni siquiera reaccionó. Tomó nota mentalmente, como si tuviera que acordarse de recoger la ropa de la tintorería. Y mira lo que te hizo. ¿Qué crees que me haría a mí? ¿Y a Pearl y Jack?

—Quizá tú y los niños podáis, no sé, desaparecer.

—Nos encontraría.

—Podríais iros a otra ciudad, a otro estado. Incluso a la otra punta del país.

—Alguien nos encontraría. También son sus hijos. Yo los estaría secuestrando. Eso sería legalmente. Eso hará él que parezca.

Y si intenta explicarles su situación a las autoridades,

intervendrá el Servicio de Protección de Menores y correrá el riesgo de perder a sus hijos.

—¿Y un abogado? Mientras tú estás escondida, un abogado podría encargarse de solucionarlo todo.

—¿Y de dónde voy a sacar dinero para pagar a un abogado? No tengo acceso a ningún dinero. Ya se asegura Nathan de ello.

—No sé. Tiene que haber abogados que…

—¿Y de dónde sacaría dinero para esconderme? ¿Dónde viviríamos? No tengo familia. Los amigos que tenía, de mi antigua vida… ¿Voy a presentarme así, de la nada? «Hola, soy yo, vengo con mis dos hijos pequeños y en una situación muy jodida y extremadamente peligrosa».

—Quizá yo pueda juntar algún dinero para dejártelo. —¿Cómo voy a hacer eso? No estoy precisamente forrado. Pero por lo menos es algo tangible, un objetivo concreto en el que volcarme—. Algo es algo.

Vuelve a mirar el móvil y se levanta.

—Me tengo que ir.

—Espera. Solo…

—¿Por qué haces esto?

Es una pregunta obvia. Pero ¿qué le digo? A estas alturas, entiendo lo complicada que es la respuesta. Quiero decirle la verdad. Si quiero que confíe en mí, tengo que decírsela.

—Cuando vi las quemaduras de cigarrillo de Pearl y Jack —digo —, cuando me di cuenta de lo que les estaba pasando… No podía dejarlo pasar. Los niños no tienen elección. Los niños están, no sé, a merced del mundo, ¿no? Pero… no es solo eso. Es por mí también, no solo por ellos.

Tracy me mira atentamente. Creo que por fin he dicho algo que le interesa.

—¿Por qué?

Podría hablarle de mi madre, de aquella tarde en el patio del colegio, cuando me enteré de que había muerto. De cómo ese día se abrió una grieta en la tierra y yo caí dentro. De lo que se abrió dentro de mí, de ese agujero que se hizo aún más grande al día siguiente, y al otro. No estoy comparando lo que me pasó a mí con lo que les están pasando a Pearl y Jack —no, para nada—, pero Eleanor tenía razón cuando dijo aquello, al principio. Me preocupan

tanto esos niños por ser quien soy.

Pero no es solo por eso.

—Es la primera vez en mi vida que hago algo que importa —digo—. Es la primera vez en mi vida que yo importo. Que soy la persona que quiero ser. Y haré lo que haga falta para ayudaros a ti y a tus hijos.

Tracy se queda callada un momento y luego vuelve a reírse. Y se sienta.

—Dios mío —dice—. Qué vida tan jodida tengo… ¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés. Y ya sé que no tiene mucho sentido, pero…

—Hay una chica que conozco, del instituto. Éramos muy amigas, pero su familia se mudó a Tucson. Éramos como hermanas. Puede que todavía esté allí, en Tucson.

Tardo un segundo en entender lo que está diciendo.

—Bien —digo—. Vale. Está en algún sitio. Podemos averiguar dónde. Algo es algo.

—Pero primero tendríamos que marcharnos. Y es imposible. La granja donde vivimos ahora está a quince kilómetros de la ciudad, en medio de la nada.

—No es imposible.

—Nathan siempre está por allí. Siempre hay alguien cerca. Algunos de los cerdos con los que tiene negocios también viven en la finca. Uno de ellos es el dueño. Nathan los tiene vigilándome. Ya nunca me deja salir sola con Pearl y Jack.

Creo que ya tengo experiencia de primera mano con dos de los cerdos con los que Nathan tiene negocios. El barbudo y el borracho flacucho.

—Deberías olvidarte de nosotros —dice—. La próxima vez, te matará. Por favor. No quiero ese peso sobre mi conciencia. No puedes ayudarnos.

Se empeña en decir eso, que no puedo ayudarla, pero ¿por qué me escribió, entonces? ¿Por qué accedió a que nos viéramos? Puede que de verdad sienta mucho lo que me pasó, pero no puede ser solo por eso.

—¿Está empeorando? —le pregunto—. ¿Lo que les hace Nathan a los niños?

Se mira las manos como si fueran de otra persona. Se clava el

pulgar profundamente, seguro que haciéndose daño, en la palma de la otra mano.

—No puedes ayudarnos —repite, aunque esta vez en voz más baja.

—No es imposible. Podemos buscar la manera de sacaros de allí.

—No puedo llevarme mi coche. Está a su nombre. Denunciará el robo. Nos encontrará.

—Yo os recogeré. Os llevaré a la estación de autobuses o al aeropuerto. Donde tú quieras ir. Os llevaré en coche a Arizona, si es más seguro.

—Te dejas llevar, te parece que todo va bien —dice bajando todavía más la voz mientras se clava y se clava el pulgar—. Te preocupas por cosas pequeñas, por cosas de la vida cotidiana. Y entonces levantas la vista y de repente no entiendes dónde estás. No sabes cómo has llegado ahí.

37

—¿Te ha pedido dinero? —pregunta Eleanor—. Vaya, qué bonito.

Estamos en la cafetería de esa misma calle, un poco más abajo del antiguo Blockbuster. Yo todavía estoy intentando asimilar la conversación que acabo de tener con Tracy. Hay mucho que asimilar.

—No me ha pedido nada —contesto.

—Yo no voy a darte dinero, si es lo que estás pensando. No tengo nada.

—Llevas el retrovisor sujeto con palillos chinos y cinta americana. ¿Cómo voy a pensar que tienes dinero? Pero tienes que ayudarme a trazar un plan. Para alejar a Tracy y a los niños de Nathan. Y de esos cabrones de la granja.

—¿Qué?

—Ya sé que va a ser complicado. Pero algo se nos ocurrirá.

—¿«Complicado»? Increíblemente peligroso, dirás. Y una locura, literal.

—Es la única solución. Tengo que sacarlos de allí.

—Ya has estado en urgencias hace poco. ¿Te acuerdas?

—Sí, pero…

—Preferiría no tener que llevarte otra vez al hospital. Llámame vaga. Y podrías acabar en un sitio peor que en urgencias.

—No estoy loco. Por eso necesito un buen plan. Tienes que ayudarme a idear uno.

—¿Me estás escuchando? ¿Estás oyendo lo que dices?

—Sí.

Respira hondo.

—Tengo que volver al trabajo.

—Ya se nos ocurrirá un plan. Luego te escribo.

Se marcha. Cuando llego a Frontera Embrujada, me voy derecho al Tren de la Mina. Rebusco en el montón de fichas de Salvador y abro un paquete nuevo. Preston empieza cada uno de sus proyectos haciendo una lista. Según él, es el secreto del éxito. Voy a probar, a ver qué tal.

Primero: el dinero. Si no consigo algo de dinero para Tracy —cosa que, repito, ella no me ha pedido—, no tiene sentido planear nada más. Tracy no va a coger a sus hijos y a llevárselos a la otra punta del país sin tener un colchón.

Segundo: ¿cuánto dinero necesitan? Tracy no me lo ha dicho y a mí no se me ha ocurrido preguntárselo. Necesitarán todo lo posible, claro. ¿Cuánto dinero puedo reunir? Esa es la verdadera cuestión. Además, no tengo mucho tiempo. Nathan se ha llevado a la familia a la granja y no deja que Tracy salga con los niños, lo cual es inquietante. Pearl y Jack han llevado muy mala vida. Y las cosas están yendo a peor.

Ahora mismo tengo doscientos ochenta y cuatro dólares. Faltan dos semanas para que tenga que pagar el alquiler, pero de eso puedo olvidarme. Seguramente Burke me dará una moratoria, por una vez. Y, si no, puedo buscar un sitio donde quedarme unas semanas. Así que me olvido del alquiler. Tengo doscientos ochenta y cuatro dólares, de partida.

¿A quién puedo pedirle dinero? A Nguyen y Mallory, no. Están tan pelados como yo. ¿A Felice? Todavía no me ha contestado. Preston también está descartado. Leah y él están ahorrando para la boda y para tener su primer hijo. Seguro que tiene una lista. Me echaría un cable si alguna vez tuviera problemas personales graves, pero cualquier cosa que no sea una enfermedad que ponga en peligro mi vida, con un diagnóstico médico que lo confirme, no cumplirá sus requisitos. Ya le veo frunciendo el ceño y resoplando si le digo para qué quiero el dinero.

Le llamo de todos modos y le explico lo que pasa con Tracy. No le digo que también voy a tener que sacarla de una granja aislada y en una situación de peligro. Aun así, como era de esperar, frunce el ceño (lo noto hasta por teléfono) y resopla.

—¿Otra vez me estás pidiendo dinero? —dice—. ¿Ya? Acabo de prestarte setenta y cinco dólares. ¿Y además lo quieres para regalárselo a una perfecta desconocida? No puedo prestarte más, no

lo tengo. No voy a prestarte más dinero para que se lo des a una perfecta desconocida.

—Lo que puedas —le digo—. Te lo devolveré.

—¿Cuándo? ¿En tu próxima vida?

—Es su única oportunidad, Preston. De tener una vida ahora mismo. Para ella y para sus hijos.

—Esto es exactamente lo que siempre estoy intentando decirte.

—¿Qué es exactamente lo que siempre estás intentando decirme, Preston?

—¡Que tienes que sentar la cabeza! ¡Que tienes que ser serio! ¿Te acuerdas de por qué empecé a llamarte Hardly cuando éramos pequeños?

—¿Que si me acuerdo? —No me deja olvidarlo. Lo primero que hace cuando me presenta a alguien nuevo es explicarle por qué empezó a llamarme Hardly—. Sí, Preston, claro que me acuerdo. Porque, según tú, casi nunca me esfuerzo.

—¡Y porque casi nunca piensas con la cabeza! Pero ¿sabes qué? Me equivoqué. En vez de Hardly, debería haberte llamado Never[5].

—¿Y tú qué eres? ¿El colmo del éxito? Tú sí que deberías tomarte más en serio, Preston. No vas a diseñar las ciudades del futuro, bellas y elegantemente eficientes. Te vas a pasar el resto de tu vida metido en un cubículo, quejándote de tu trabajo y haciéndoles la pelota a urbanistas de tres al cuarto.

Se queda callado. Seguramente se habrá quitado las gafas y estará limpiando los cristales. Ha revolucionado a fondo el motor de su autocontrol y se está congratulando por ello.

—¿Cuánto necesitas? —Preston sabe cómo desarmarme e incapacitarme sin renunciar a sus aires de grandeza moral—. La verdad es que no tengo mucho, por desgracia. Creo que lo máximo que puedo prestarte son seiscientos o setecientos. ¿Servirá?

—Sí —le digo—. Gracias.

—Lo tendré mañana. Ahora tráeme mi coche.

—Preston…

—¿Qué?

—Lo retiro. Lo que he dicho antes.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —dice, y cuelga.

Vale. Tengo casi mil dólares. Estoy haciendo progresos. Abro

otro paquete de fichas, azules en vez de blancas, y me centro en el resto del plan. ¿Cómo alejo a Tracy y a los niños de Nathan?

Parece bastante sencillo. Tracy elegirá un momento en el que Nathan no esté y yo me encargaré de los matones que queden. Una maniobra de distracción, eso es lo que necesito. Algo que los quite de en medio para que yo llegue, recoja a Tracy y a los niños y vuelva a salir.

¿Una maniobra de distracción de qué tipo? Tendré que pensarlo. Tendré que pedirle más información a Tracy. Mientras tanto, volvamos a la cuestión del dinero. Con mil dólares, Tracy y los niños no llegarán muy lejos.

Oigo un jadeo lejano. Oigo un ruido como si alguien tropezara y un graznido de dolor. Un minuto después, Salvador irrumpe en la plataforma de carga. Al verme usando las fichas, pone mala cara. Las fichas son cosa suya.

Le entrego el rotulador y las tarjetas azules y le digo que vamos a hacer una lista de personas que podrían prestarme dinero para ayudar a Tracy y a los niños.

—¡Estupendo! —Le quita la capucha al rotulador y se dispone a escribir el primer nombre—. Estoy listo —dice—. Puedes empezar cuando quieras.

—Estoy pensando —contesto en tono un poco más cortante de lo que pretendía.

—Perdona.

—No pasa nada.

—Yo tengo algo de dinero que puedo prestarte.

—No, no te preocupes.

—¡En serio!

No puedo aceptar el dinero de Salvador. Además, mucho no puede tener, de todos modos. Tiene dieciséis años, gana aún menos que yo por hora y solo hace un par de turnos a la semana.

—¿Cuánto tienes? —le pregunto.

—No lo sé seguro. Unos cuatro mil dólares.

Me doy la vuelta. Salvador está sentado con las piernas cruzadas encima de un cajón de dinamita, con el rotulador en la mano.

—¿Cuánto has dicho?

—Unos cuatro mil dólares. Es mi fondo para robots.

—¿Tu qué?

—Para el club de robótica. No el club de robótica oficial de mi instituto, sino el que voy a crear para la gente a la que no invitan a unirse al club oficial de robótica. Mi club será más democrático y podrá apuntarse cualquier persona a la que le gusten los robots.

Cuatro mil dólares. Ostras. Ostras… Yo esperaba, en el mejor de los casos, que Tracy no se riera en mi cara cuando le ofreciera mil dólares. ¡Cuatro mil dólares! Eso sí que sería un buen comienzo para Tracy, Pearl y Jack, una verdadera oportunidad de tener una nueva vida. Pero no puedo aceptar el dinero del club de robótica de un chaval de dieciséis años. ¿Verdad?

—Te lo devolveré —le digo.

—¡No hace falta! —contesta.

—No. Es solo un préstamo. Te lo devolveré.

Se baja de un salto de la caja de dinamita y se pone de pie, con bastante agilidad para ser él.

—¡Qué bien! Voy a buscarlo enseguida. Tengo mi propia cuenta bancaria.

—¿Estás seguro, Salvador?

No me puedo creer que vaya a ser tan fácil. Y luego empieza a preocuparme que sí, que vaya a ser tan fácil. Es sospechoso, ¿no? Este golpe de buena suerte, digo. O quizá sea mejor verlo así: hay que aprovechar la buena suerte cuando surge.

—¡Claro que estoy seguro! —contesta.

Sale a toda prisa y un segundo después le oigo tropezar y resbalar y bajar la cuesta a trompicones.

38

Tracy me ha dicho que no la llame ni le escriba bajo ningún concepto, así que tengo que aguantarme las ganas de contarle lo del dinero. No sé cuándo volverá a ponerse en contacto conmigo, y eso me estresa.

Pasa un día sin noticias de Tracy. No puedo trazar un plan para alejarla a ella y a los niños de Nathan hasta que tenga información más concreta sobre su situación y la logística del asunto. Intento quedar con Eleanor para debatir algunas ideas generales, pero la Oficina de Acreditación de Conductores está digitalizando archivos antiguos y esta semana tiene que quedarse trabajando hasta tarde todos los días. El viernes sigo sin saber nada de Tracy, pero después de mi turno, mientras voy hacia el aparcamiento, Felice me escribe por fin.

«Pásate a saludar».

Llamo al portero automático y me abre el portal. Subo en ascensor hasta el último piso. Me siento optimista. ¡Cuatro mil dólares! Esto está pasando de verdad. Voy a encontrar la manera de alejar a Tracy y a los niños de Nathan y de mandarlos lejos para que empiecen una nueva vida. Voy a conseguirlo.

Al abrir la puerta de su piso, Felice frunce el ceño. Tengo la cara mucho mejor que hace semana y media, pero no hace falta haber sido detective privado para darse cuenta de que me han dado una buena paliza.

—¿Qué te ha pasado? —dice.

—Nathan sabía que le estaba siguiendo y mandó a un par de matones a asaltarme en un callejón. Pero estoy bien. Fue solo una advertencia. Ya estoy mejor. Va todo de maravilla.

Me acaricia la mejilla arañada con dos dedos.

—¿Has ido al médico?

—Sí. Solo tengo una costilla rota, y la nariz se me rompió de la mejor manera en que puede romperse una nariz. Pero, escucha, Tracy se puso en contacto conmigo después. Estuvimos hablando y luego aceptó que quedáramos. Uf, tengo que contarte un montón de novedades…

—Ve a darte una ducha.

—Lo siento. Acabo de salir del trabajo.

—No me digas.

Mientras me enjabono, Felice entra en el baño para lavarse los dientes. Su ducha es de cristal, así que puedo verla. Lleva un vestido negro llamativo, más corto que las faldas que suele ponerse para el trabajo, con un brillito plateado entretejido en la tela. También lleva unos tacones llamativos, de ocho o diez centímetros de alto, y una cadenita en el tobillo que no le había visto nunca.

A lo mejor debería fastidiarme ser el plan b de Felice cuando una cita no le sale bien. Pero mírala. Es un orgullo ser su plan B. Y también me alegro de estar aquí por otras razones más importantes. Ella es mi arma secreta contra Nathan. Cualquier cosa que a mí se me pase, seguro que a ella no se le pasará.

—Vale —digo—, primero de todo, ya no hay duda de que Nathan es un cabrón de tres pares de narices. Tracy le tiene miedo. Pero no es por eso por lo que no ha ido a Protección de Menores. O no es solo por eso.

Felice se enjuaga la boca y escupe.

—¿Ya estás limpio?

Estoy empezando a aclararme. Quitarse el sudor y la suciedad de Frontera Embrujada solo lleva un minuto.

—Casi he terminado.

—No te he preguntado si has terminado. Te he preguntado si estás limpio.

Se quita los zapatos. El vestido negro se desliza hasta sus pies. Después van el sujetador y las bragas. Se mete desnuda en la ducha, conmigo. He follado en la ducha algunas veces. Siempre es menos porno y más incómodo de lo que uno imagina. Para empezar, hay que hacerlo de pie, y no es lo ideal a no ser que las dos personas sean de alturas complementarias. Además, siempre acabas clavándote los pomos y los grifos o tirando los botes de champú. Si

estás justo debajo del chorro, te asas y, si no, te congelas.

Con Felice, en cambio, el sexo en la ducha es alucinante. La alcachofa está montada en el techo, lo que ayuda. Y ella tiene la altura perfecta para mí, o yo para ella. Mi costilla me recuerda un par de veces que sigue fracturada, pero no dejo que unos cuantos dolorcillos me frenen.

A veces es fácil olvidar que Felice es mucho mayor que yo. Pero yo no quiero olvidarlo. Las arruguitas, la textura de sus labios. Su piel es más interesante que la de las chicas de mi edad. ¿Me gusta tanto porque es veinte años mayor que yo y está buenísima, o solo porque está buenísima? En cualquier caso, eso que salgo ganando.

Después de un rato nos secamos, más o menos, y acabamos en la cama. Felice coge la botella de agua de la mesilla y sonríe.

—Bueno… —dice.

Empiezo a sentirme culpable, como antes, pero entonces me acuerdo de lo que dijo Eleanor. Puedo disfrutar de una hora así de vez en cuando, porque eso me anima y me da nuevos ímpetus. Me motiva más aún para ayudar a Pearl y Jack.

—Entonces, ¿puedo contarte lo de los niños? —le pregunto—. ¿Para que me des tu opinión?

—¿No estás cansado?

—Da igual.

La pongo al corriente. Estamos frente a frente, con la cabeza en la almohada, a pocos centímetros. Felice tiene una expresión aún más inescrutable que de costumbre. Es como una página en blanco, o como una pizarra sin nada escrito. Cuando me mira a los ojos, no sé si está sondeando mi alma o si solo está acordándose de que ha olvidado pasarse el hilo dental y no piensa en mí en absoluto.

—Bueno, ¿qué opinas? —le pregunto cuando termino.

Felice me pasa una uña por el centro del cuerpo, desde la garganta hasta justo debajo del ombligo, ligeramente pero con intención, haciéndome un poquitín de daño. Me recuerda a un cirujano trazando una línea con el bisturí y luego separando la piel y la carne del paciente, como si abriera las puertas de un balcón.

Me da un pico en los labios y se levanta de la cama.

—Necesito una ducha.

Vaya chasco. No esperaba que se pusiera a dar saltos de alegría ni que levantara el puño como Salvador, pero… He avanzado un

montón, estoy de verdad a punto de poder ayudar a Pearl y Jack. ¿No debería estar por lo menos un poco impresionada?

La sigo al baño.

—Ya sé que me quedan muchas cosas por averiguar —le digo—. Pensaba que a lo mejor tú podías, ya sabes, darme alguno de tus estupendos consejos.

Abre el grifo del agua caliente y empieza a salir vapor. Levanta la cara hacia el chorro y cierra los ojos.

—Dime qué opinas —insisto—. En serio, te lo agradecería.

Exhala un leve suspiro, la primera señal de lo que ocurre detrás de esa expresión inescrutable.

—¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que nos vimos?

—¿Sigues pensando que es mala idea?

—Es peor idea que entonces.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Me has estado escuchando?

—Mira cómo estás. La costilla rota, la nariz rota… ¿Y fue solo una advertencia? Y encima, ahora, una granja en medio de la nada. Será algún asunto de tráfico de drogas, seguramente. ¿Crees que no van a tener armas?

—Pero no llegaremos a eso, si tengo un buen plan.

Termina de ducharse sin decir nada. Le doy una toalla y luego se pone crema. Una crema para la cara y otra para las piernas. La sigo al dormitorio. Se pone unos pantalones de pijama y una camiseta desteñida de Cal State Northridge. Me siento como un tonto allí desnudo, así que vuelvo al baño a por mis calzoncillos y mi camiseta.

Ahora está en el salón. Me siento en el sofá. Sirve dos chupitos de un tipo de whisky y me trae uno. Le doy un sorbo. Solo el olor bastaría para arrancar la pintura de la pared. Felice se sienta de cara a mí. Sin maquillaje, parece mayor y más joven al mismo tiempo, como si una versión de ella se superpusiera a otra: la Felice del pasado y la Felice del futuro, ambas completamente desconocidas para mí.

—No voy a dejar tirados a esos niños —digo.

—Quieres que sea sincera contigo.

—Sí, quiero, pero…

—Entonces voy a ser sincera contigo. Tienes una fantasía. Eres el héroe, el héroe que consigue salvar la situación él solito. Es típico

de los hombres tener esa fantasía. Creerse que son el caballero de la radiante armadura, montado en su corcel. Y está bien, supongo, siempre y cuando uno distinga entre lo que es una fantasía y lo que no.

Me quedo un segundo tan aturdido que no consigo formular un pensamiento ni una frase.

—¿Qué? ¿Yo, una fantasía?

Le da un sorbo a su bebida. Podríamos estar hablando del tiempo. Hace calor últimamente, ¿no?

—¿Me equivoco? —pregunta.

—Sí. Al cien por cien, te equivocas.

—Si tú lo dices.

Recuerdo lo que le dije a Tracy. Recuerdo lo bien que me sienta estar haciendo al fin algo importante con mi vida. Pero eso no significa que esto sea una fantasía mía.

—Puede que no al cien por cien —digo—, lo admito. Pero sí en un noventa y cinco por ciento. Esto es muy sencillo. Se trata de dos niños a los que el cabronazo de su padre maltrata y alguien tiene que hacer algo para ayudarlos. Es así de sencillo.

—Eres una buena persona —dice Felice—. Intentas ser una buena persona. La mayoría de la gente ni siquiera se molesta. Pero una buena persona puede hacer una tontería.

Hace quince minutos estábamos revolcándonos en la cama, besándonos y sonriendo. Ahora está muy seria, es como hielo macizo. Como cuando te sientas sin querer encima del mando a distancia y el DVR se adelanta diez o veinte minutos. No, como cuando cambia a otra serie completamente distinta.

—Vas a conseguir que te maten —me dice—. Vas a conseguir que maten a esos niños y a su madre. No sigas con esto. Déjalo.

Me pongo de pie, pero luego no sé qué hacer. ¿Me voy hecho una furia? ¿Me pongo a dar vueltas por la habitación? ¿Hago como que no me afecta y le relleno la copa a Felice? Sigo dándole vueltas. Puedo hacerlo. Estoy tan cerca… Puedo dar con el plan perfecto. Es peligroso, sí, pero Pearl y Jack corren más peligro si no hago nada.

Felice cree que sigo siendo el mismo que cuando la conocí. Ese es el problema. Que no entiende cómo he cambiado. Estoy muy lejos de aquel primer día, cuando visité la casa y me acerqué a ella sin tener ni idea de lo que hacía.

Vuelvo a sentarme. Me bebo el resto del whisky. Estalla como una bomba.

—Gracias por ser sincera conmigo, Felice —le digo.

La calidez vuelve a sus ojos. Por lo menos en parte. Me pone una mano en la pierna.

—Déjame que te cuente una historia.

—Vale.

—Cuando era joven… —Hace una pausa—. Bueno, no era tan joven. Se me presentó una oportunidad. Debería haberme dado cuenta de que no me convenía. Y me di cuenta, de hecho. Lo sabía. Pero era una chica muy testaruda. ¿Te imaginas?

Se supone que tengo que sonreír, así que sonrío. Ya sé a dónde quiere ir a parar.

—No tenía a nadie que se preocupara de mí lo suficiente como para zarandearme. Para hacerme despertar.

—No voy a dejar tirados a esos niños.

—Escúchame. Tienes que volver a Protección de Menores. Diles lo que sabes.

—¿A Protección de Menores? No sirven para nada. Ya te lo dije.

—Puede que muchos no, pero seguro que hay allí alguna persona que sirva. La persona correcta en el despacho correcto. Siempre la hay. ¿Quieres seguir presionando? Pues presiona ahí. Al final conseguirás que algo se mueva. Es mucho más seguro para todos.

Por segunda vez en pocos días, después de años y años de no enfadarme, estoy cabreado. Me cabreo porque ahora me doy cuenta de que Felice es como cualquier otra persona en el mundo, que, cuando ve un problema, solo quiere alejarse de él.

Pearl y Jack están en el infierno ahora mismo, tal cual. Él tiene seis años. Ella, siete. ¿Qué han hecho para merecer eso? Y la cosa no va a mejorar. Tracy me lo dijo sin decírmelo. Está desesperada. ¿Por qué, si no, consideraría siquiera la posibilidad de que alguien como yo pueda ayudarla a salir de esa situación? Y Felice hablándome de despachos…

—¿Cuánto tiempo crees que tardaría en conseguir que algo se moviera en Protección de Menores? —le pregunto.

—Eso no lo sé.

—¿Y puedes garantizarme un final feliz? ¿Estás segura de que

todo saldrá bien?

—Por supuesto que no.

—Le quitarán a sus hijos. Eso, en el mejor de los casos.

—Puede que deban quitarle a sus hijos.

—Imagino que lo que importa es que puedo sentirme satisfecho de mí mismo. Decir que he hecho todo lo que estaba en mi mano, ¿verdad?

—Has hecho todo lo que has podido.

—No es cierto.

Sonríe y me coge la mano. Me besa la palma y se la lleva a la mejilla. Sus ojos vuelven a llenarse de calidez. Noto el latido de mi corazón vibrando a través de la costilla fracturada, el leve dolor, como el golpeteo de un martillo contra un clavo. No hace falta ser un genio para saber a dónde lleva esto.

—Me voy a la cama —dice Felice—. Deberíamos despedirnos ya.

39

Son cerca de las dos de la mañana cuando el ascensor me deja en el portal de Felice. Me meto en el coche y enciendo una pipa, aunque ya estoy más calmado. Ya no estoy enfadado con Felice. En realidad, nunca lo he estado. Ella hace lo que tiene que hacer. Y yo también. Tampoco estoy muy hecho polvo. Tengo que afrontarlo: tarde o temprano iba a darme puerta. Lo he encajado bien, no he montado ningún drama. Le he dado un beso en la mejilla y me he ido con la dignidad intacta. De lo único que me arrepiento es de no haberle dado las gracias, sinceramente, por haberme ayudado, por haberse prestado a echarme un cable. Sin ella, ¿dónde estaría ahora?

Enciendo el motor y arranco. No me apetece que venga un policía a preguntarme qué hago aquí a las dos de la madrugada. Me da la risa al pensar en la historia que podría contarle. Tendría que empezar por el principio. Pues verá, yo tenía que tramitar una multa de aparcamiento y… No, tengo que remontarme más atrás. Yo vivía tan tranquilo cuando…

Me voy a casa. ¿Y si Felice tiene razón? Me permito hacerme esa pregunta una vez, solo una. Y respondo una sola vez: no. Mi yo anterior vacilaría, dejaría que la duda le hiciera perder fuelle y lo arrastrara de un lado a otro. Y al final no haría nada. Seguiría sin hacer nada. Pero yo ya no soy así.

Cuando llego a casa, me dejo caer en la cama. Intento dormir, pero no paro de preguntarme cuándo se pondrá Tracy en contacto conmigo. Seguramente estará esperando el momento perfecto, pensando en que Nathan no se entere de que está hablando conmigo. Es posible, claro, que él ya lo haya descubierto, pero no quiero pensar en lo que podría hacerle a ella, y a los niños. Lo que

quizá les haya hecho ya.

Más tarde, esa mañana, estoy en la cocina buscando algo para desayunar cuando me suena el teléfono. Es el número de Tracy. Vuelvo corriendo a mi habitación y cierro la puerta.

—¿Tracy?

—No puedo hacerlo. Es demasiado peligroso.

—Te he conseguido dinero. Cuatro mil dólares.

—Nos encontrará.

—Tienes que salir de ahí. Tienes que sacar a tus hijos de ahí.

Silencio. Luego:

—¿Cuatro mil dólares?

No sé si le parece mucho o poco.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo nos durará?

—No lo sé. Una temporada, al menos, ¿no? Hasta que decidas qué hacer después.

Otra vez se queda callada. Solo sé que no ha colgado porque la oigo respirar.

—Gracias —dice—. Soy una mala persona. Gracias por conseguir el dinero. No sé por qué haces esto.

Esta vez noto que no es una pregunta. No es que diga «¿Por qué haces esto?». Se me acelera el corazón. Tracy va a dar el salto.

—¿Sabes de antemano cuándo va a salir Nathan? —le pregunto.

—A veces. Depende. Sí. Pero ya te lo he dicho, siempre hay otros por aquí. No puedes llegar con el coche y pitar. Siempre hay alguien vigilándome.

—¿Cuántos son? Necesito saberlo con exactitud.

—Depende. Tres, cuatro. Siempre dos. Dos como mínimo.

—¿Hay algún momento en que Nathan se vaya y solo se queden dos?

—Tal vez. Sí.

Vale. No es lo ideal. Lo ideal sería que Nathan y sus matones se marcharan de la granja un buen rato. Pero puedo arreglármelas con esto. Solo tengo que idear una maniobra de distracción, algo infalible que distraiga a los matones el tiempo suficiente para que yo entre y recoja a Tracy y a los niños.

—Te harán daño —dice—. Tú no sabes cómo es esa gente.

Después de lo que pasó en el callejón, lo sé bastante bien.

—Voy a evitarlo. Voy a evitarlos.

—No lo entiendes. Hace un par de días, unos adolescentes que estaban jugando a *paintball* se metieron sin querer en la finca. Tres de los hombres de Nathan fueron tras ellos. Eran como perros rabiosos. Habrían matado a esos chicos si los hubieran pillado. Los habrían matado por diversión. Eso dijo Nathan.

Evidentemente, no me apetece ni pizca enfrentarme a unos tipejos con el gatillo flojo, capaces de matar a unos adolescentes por diversión. Pero puede que el que sean tan violentos y se calienten tan fácilmente sea una ventaja. Podría ser la clave para que mi maniobra de distracción salga bien.

—Háblame de la granja —digo—. ¿Cuántos edificios hay? ¿Dónde estáis los niños y tú?

—Estamos en la casa principal. Hay un granero. Un par de casetas. Ah, y también una casa móvil vieja. Uno de los hombres de Nathan vive allí.

—¿Puedes enviarme la ubicación para que lo mire en Google?

—Sí, pero…

—Voy a encontrar la manera de hacerlo. ¿Cuándo se irá Nathan? ¿Lo sabes? ¿Y cuándo se quedarán solo dos tipos?

—No lo sé. Podría ser mañana. O dentro de una semana. No lo sabré hasta el último momento.

—Llámame en cuanto lo sepas.

—No entiendo por qué estás haciendo esto —repite, y luego se corta la llamada.

40

Esa tarde, cuando voy camino del trabajo (mirando por los retrovisores cada dos segundos para asegurarme de que no me siguen y dándole vueltas a cómo voy a sacar a una mujer y a sus hijos maltratados de un recinto lleno de narcotraficantes asesinos), de repente me alucina que todo esto me parezca tan… normal. Como si fuera un sábado cualquiera para Hardly Reed.

¿Por qué estoy tan tranquilo? ¿Es bueno o malo que me lo esté tomando con tanta calma? Sé lo que diría Felice, pero se equivoca. Se equivoca. Cada vez lo tengo más claro. O cada vez lo pienso menos. Que es más o menos lo mismo, ¿no?

Me suena una notificación en el móvil. Tracy me ha mandado la ubicación de la granja. Doy un volantazo a la derecha para meterme en el aparcamiento de un Best Buy y abro la vista por satélite de Google. Me desplazo por el mapa. Es verdad que la granja está en medio de la nada. Campos por tres lados, y una arboleda y un estanque en el cuarto. Veo que va a ser más difícil de lo que pensaba recoger a Tracy y a los niños sin que nos vean. La casa principal está al final de un camino de acceso muy largo que sale de un camino privado también muy largo. Hay cerca de un kilómetro entre la carretera pública y la casa.

El granero. Las casetas. No veo la casa móvil. Debieron de instalarla después de la última foto del satélite. La arboleda al oeste del recinto llega hasta una carretera comarcal. Los adolescentes debieron de jugar a *paintball* allí, en el bosque del otro lado del estanque. Ahí es donde tengo que situar mi maniobra de distracción. Entre la casa y el lindero de la finca por el lado oeste hay unos ochocientos metros. Si consigo llevar a los matones hasta allí, calculo que tendré tiempo suficiente. Quizá debería decirle a

Tracy que salga de la casa y se reúna conmigo al final del camino de entrada. No quiero que los matones oigan mi coche. Pero me preocupan Pearl y Jack. Son tan pequeños… ¿Serán capaces de llegar tan lejos rápidamente? Espero que sí. Le diré a Tracy que viaje ligera. Sin maletas. Así podrá llevar en brazos a Jack si es necesario.

Me dan ganas de faltar al trabajo —puedo llamar a Duttweiler y decirle que se me están extendiendo los hongos de las uñas de los pies— para ir a echar un vistazo a la granja en persona. Pero está demasiado aislada y no puedo arriesgarme, ni siquiera con el coche de Preston. Podría cruzarme con el coche de Nathan. Y, en una carretera comarcal de dos carriles, seguro que me vería.

Lo principal, el problemón, es que tengo que idear una distracción. Tiene que ser algo lo bastante gordo como para llamar la atención de los matones desde casi un kilómetro de distancia. O sea que tiene que ser una distracción muy gorda. Y además tiene que alejar a todos los matones de la casa principal, no solo a unos pocos. Si uno solo se queda, tendremos un problema.

Me calzo las botas y me pongo la insignia de *sheriff* en el chaleco. Salvador no curra esta noche y un par de empleados nuevos no se han presentado a su primer turno, así que tengo que arreglármelas sin ayudante. Dejo al primer grupo en manos de los colonos necrófagos. Mientras los colonos necrófagos gimen y lanzan zarpazos, me imagino que soy un matón. Estoy sentado en mi casa móvil. ¿Qué me sobresalta? ¿Qué hace que mueva el culo y me vaya al bosque cagando leches?

¿Un coche pitando? No. Un matón en su casa móvil no oiría los pitidos o pensaría que vienen de la carretera comarcal. ¿Música a todo volumen? Quizá. Algo de Jimmy Page, en homenaje a la abuela de Eleanor. Pero la música tendría que sonar superfuerte para que se oyera tan lejos. Ojalá supiera cómo se dieron cuenta los matones de que esos chavales estaban jugando a *paintball*. Escribiría a Tracy para preguntarle si lo sabe, pero ha vuelto a darme órdenes estrictas. Nada de mensajes. Ni de llamadas.

El cuarto grupo de la noche es pequeño pero especialmente odioso: tres universitarios pijos, quemados por el sol y cachas, que se creen que es como para partirse de risa intentar asustar a los actores gritándoles y haciéndoles muecas. Es una pérdida de

tiempo. Estamos curados de espanto. Trabajamos en Frontera Embrujada. Nuestro sino está sellado.

¿Cuándo empecé a odiar este trabajo? ¿Cuándo empecé a darme cuenta de que la vida que llevo no me basta? Supongo que sé cuándo y por qué. Lo que tengo menos claro es cómo proceder a partir de ahora. ¿Qué haré después de dejar a Tracy y a los niños en Arizona? ¿Volver a… esto? A fumar maría y ver reposiciones de *The Office*, y a no estar nunca seguro, o a no preocuparme, de qué día de la semana es, ni qué mes del año, ni qué año de la década? No creo que pueda volver a esto. En sentido figurado, quiero decir. Y puede que en sentido literal tampoco. Arizona está cerca de California. ¡Vete al oeste, muchacho! No es una idea muy original, pero nunca he visto el océano Pacífico. Ya no voy a poder contentarme con lo que antes me contentaba. De eso estoy casi seguro.

Volver a la universidad es una posibilidad. Preston está obsesionado con eso. Pero todavía estoy pagando los préstamos de la primera vez. ¿Quiero acumular más deudas, además de los cuatro mil dólares que voy a deberle a Salvador?

Me gustaría saber qué hace falta para sacarse la licencia de investigador privado. No os riais. Obviamente, no sería un detective brillante, de esos que resuelven asesinatos imposibles, pero le pondría empeño, prestaría atención y escucharía atentamente a la gente cuando hablo con ella. Los investigadores privados a los que llamé antes de conocer a Felice cobran tarifas alucinantes. Yo podría cobrar la mitad y aun así doblaría mis ingresos. Y, lo que es más importante, haría algo interesante y complejo que, digamos, no se me da mal del todo. Tal vez podría especializarme en casos para los que el Servicio de Protección de Menores no da abasto.

Parece que dos de los estudiantes pijos están intentando quitarle de la mano a Justin el globo ocular aplastado y/o follárselo. El otro les hace fotos (con *flash*, cómo no).

—Por favor, no acoséis a los colonos —les digo—. Y nada de fotos con *flash*, por favor.

Ellos, cómo no, pasan de mí. Justin consigue soltarse y escapar con su globo ocular. Bien hecho, chaval.

—Por aquí, amigos —digo cuando los últimos colonos necrófagos se dispersan. Próxima parada, el cementerio.

Pero, en vez de llevarlos allí, los llevo por la calle principal, hasta la cárcel del pueblo, y los hago entrar en el cobertizo vacío y oscuro que, por más que insistiera el quejica de la semana pasada, nunca ha formado parte del itinerario de Frontera Embrujada.

—Aquí nadie dura mucho —les digo—. Es el lugar más terrorífico de la frontera. Estáis avisados. Solo los cobardes y los gallinas intentan escapar.

Gritan y aúllan, se dan codazos y se guiñan el ojo, retándose a aguantar toda la noche. Se llaman «nenaza» unos a otros. Yo salgo, cierro la puerta y me voy a la antigua hojalatería. No sé cuánto tiempo aguantarán esos idiotas dentro de un edificio oscuro y vacío como un cascarón. ¿Cinco minutos? ¿Diez? Yo he tardado veintitrés años en salir.

Me pongo mi ropa de calle y clavo la insignia de *sheriff* en el corcho de Recursos Humanos. Estoy cruzando la cerca de entrada a Frontera Embrujada, camino del aparcamiento, cuando me ve Duttweiler.

—¡Hardly! —me llama.

—Hola.

—¿Adónde vas? ¿Qué pasa? ¿Dónde está tu grupo? ¿Por qué…?

Sigue hablando, pero no le oigo: la primera andanada de cohetes estalla en América Colonial. La gente que estaba haciendo cola para entrar en Frontera Embrujada se dispersa y se va hacia el centro del parque. ¿Por qué son tan irresistibles los fuegos artificiales? Se ven perfectamente desde aquí. Y se oyen muy bien. Pero en cuanto el cielo se ilumina a lo lejos, todas las polillas vuelan hacia allí.

Ostras, ahora caigo. Fuegos artificiales. Eso es, así de fácil.

41

A la mañana siguiente llamo a Salvador para preguntarle si ha sacado del banco el dinero de los robots.

—¡Te han despedido! —me dice horrorizado.

—No, qué va. ¿Cómo es que ya lo sabes? Me despedí yo.

—¡Duttweiler llamó a seguridad para que te echaran!

—Dimití muy educadamente, Salvador. Duttweiler y yo nos dimos la mano. ¿Tienes el dinero?

—¡Sí!

Voy en coche hasta su casa. Vive con su madre no muy lejos de Eleanor y su abuela, pero en un barrio más molón, destartalado pero guay, no deprimente. Cuando llego, le mando un mensaje diciendo que estoy fuera. Mientras espero, llamo a Eleanor.

—No puedo hablar —me dice.

—¿Y cuándo puedes? Tenemos que hablar. ¿Cómo está tu abuela? ¿Cuándo tiene su próxima cita?

—No puedo hablar.

La madre de Salvador, la señora Velasco, sale de casa y se acerca a su coche, que está aparcado en la entrada. La he visto un par de veces cuando ha tenido que ir a recoger a Salvador al trabajo por una cosa o por otra. Dudo que se acuerde de mí. No tendría por qué. Pero, de todos modos, la saludo con la mano.

Se acerca.

—¿Eres Hardly?

O sea que sí se acuerda de mí. Lo que quizá signifique que… Oh oh. ¿Le habrá contado algo Salvador? ¿Le habrá dicho lo de los cuatro mil dólares que va a prestarme? No será tan tonto, ¿verdad? Si le ha dicho a su madre lo de los cuatro mil dólares, esta podría ser una conversación muy corta, tensa y desastrosa.

—Sí, soy yo —contesto—. Hola. Buenas.

La señora Velasco tiene más o menos la edad de Felice, pero no se parece en nada a ella. Es alta, desgarbada y mueve mucho las manos, con mucho entusiasmo. Tiene la risa fácil, se ríe a carcajadas. Ya me explico por qué Salvador es tan payasete. Pero en ella no molesta. Al contrario, hace que uno se sienta a gusto. Seguro que vende mogollón de casas.

—Vaya, vaya, vaya —dice, y luego se ríe.

—Vaya, vaya, vaya —contesto yo, nervioso.

—Quería decirte una cosa, tío.

—Vale.

Me da un ligero puñetazo en el hombro.

—Gracias por portarte tan bien con Salvador. Le quiero con locura, pero sé que a veces puede ser un poquito pesado. Dice que siempre le eliges para que sea tu ayudante.

Asiento con la cabeza, aunque no es del todo verdad. Solo casi verdad.

—No es para tanto —digo.

—¿Y le estás ayudando con su proyecto del club de robótica? —Se ríe otra vez—. ¿Sabes cómo puedes ayudarle de verdad con eso? Convenciéndole de que lo deje, tío. Salvador necesita estar en un club en el que haya más de una persona.

Yo también me río, y me relajo: no le ha contado a su madre lo de los cuatro mil dólares. Pero también me siento un poco mal porque me haga tantos halagos. No me los merezco en absoluto. Me recuerdo a mí mismo que solo es un préstamo y que le devolveré el dinero de algún modo. Y me recuerdo también para qué es el dinero y lo que está en juego.

La señora Velasco me da otro golpecito, me dice que vaya a cenar cuando quiera y se marcha. Salvador, que debía de estar esperando a que se fuera, sale de la casa. Es más astuto de lo que creo.

Me entrega un sobre gordo. Miro dentro. Cuarenta billetes de cien dólares. Madre mía. Puedo decir sin temor a equivocarme que nunca había imaginado que alguna vez iba a tener en la mano un sobre lleno de billetes de cien dólares. Ni que me metería ese sobre en un bolsillo de los pantalones cortos.

Salvador quiere saber cuál es el plan. Le cuento la versión

resumida de lo que se me ha ocurrido. Esperaré a que Nathan Shaw se vaya de la granja. Haré estallar cohetes para distraer a los matones y alejarlos de la casa. Recogeré a Tracy y a los niños en el punto de encuentro. Y nos largaremos a toda prisa.

—¡Es perfecto! —dice.

¡Ja! Ojalá. Pero no está mal. La verdad es que creo que puede salir bien, aunque aún me queda mucho por hacer y no sé de cuánto tiempo dispongo.

Salvador frunce el ceño.

—Pero ¿cómo vamos a entrar en el almacén pirotécnico?

El almacén pirotécnico de Bella América es donde se guardan los fuegos artificiales del parque, y está cerrado con llave las veinticuatro horas del día. Pero no necesitamos los proyectiles de artillería con los que el equipo de Así suena la libertad ilumina el cielo cada noche. No tenemos que dejar boquiabiertos a toda una multitud de espectadores, solo a unos cuantos matones.

—No voy a robar los fuegos artificiales —contesto—. Voy a comprarlos. Hay un sitio junto a la autopista. Lo he mirado.

—¿Voy a encargarme yo de la maniobra de distracción?

—Ya veremos.

La verdadera respuesta es que Salvador no se va a encargar de la maniobra de distracción ni de coña. Y lo digo con todo el cariño. Eleanor se encargará de los fuegos artificiales. Tendré que volver a buscarle alguna tarea para mantenerle alejado. Pero dejo que me acompañe a comprar los cohetes. El trayecto es largo y su todoterreno es mucho más cómodo que el cacharro de mi coche.

El sitio de los fuegos artificiales está justo al otro lado del límite del condado, al pie de un campo de cultivo enorme y llano, cubierto de rastrojos marrones. Es un viejo contenedor de carga pintado de amarillo chillón. Delante pone ¡FUEGOS ARTIFICIALES PARA TODA LA FAMILIA! en enormes letras rojas, y en letra más pequeña PETARDOS A UN DÓLAR. Han cortado tres ventanas en la chapa del contenedor, y las solapas metálicas, dobladas hacia arriba, parecen párpados caídos.

Una adolescente más o menos de la edad de Salvador descansa en una silla de jardín pegada al lateral del contenedor, en el único trozo de sombra que hay en kilómetros a la redonda.

—Hola, hola, hola —dice—. Acercaos, sed bienvenidos y todo

eso.

Tiene el pelo largo, de un rubio sucio —o puede que solo tenga el pelo rubio y sucio—, y lleva unos vaqueros cortos encima de un bañador. Enciende un petardo Black Cat con un mechero desechable y se lo lanza a un conejo que está a unos cinco metros de allí. ¡Pum! Salvador y yo damos un brinco, pero el conejo casi ni se inmuta.

—Se llama condicionamiento operante —dice la chica—. ¿A que mola?

—Hola —dice Salvador tímidamente. Se ha enamorado.

—Necesitamos algo brillante y que haga mucho ruido —le digo a la chica—. Como los fuegos artificiales del parque temático, pero que podamos pagar.

—Pues, amigos míos, habéis venido al lugar correcto.

Le tira otro petardo al conejo. Pum. El conejo se estremece y luego sigue comiendo hierbajos. La escena me recuerda a un cuento que leí en la universidad. No me acuerdo bien del argumento, pero una imagen se me quedó grabada. Una familia que iba a Florida en coche durante la Gran Depresión paraba en un puesto de carretera y veía a un mono amaestrado en un árbol, espulgándose y matando las pulgas con los dientes.

—Esperad aquí —nos dice la chica.

Aparta la silla de jardín y abre la puerta del contenedor. Le cuesta entrar porque el sitio está abarrotado de cajas de colores de arriba abajo. Cuando vuelve a salir, unos segundos después, lleva una caja más o menos del tamaño de un bloque de hormigón. La etiqueta lleva una foto de un perro gruñendo y el nombre del producto: Muerdeculos. Deja la caja a nuestros pies. Salvador y yo damos un paso atrás.

—Esta es mi batería favorita —dice—. Doscientos gramos de pólvora, veinticuatro disparos con silbato. Seis colores. Y dura casi un minuto entero.

Tiene buena pinta, pero quiero asegurarme de que el Muerdeculos nos servirá para lo que queremos.

—Bueno, nuestros amigos van a estar mirando desde una distancia de unos ochocientos metros, más o menos. ¿No será demasiado lejos?

—Van a flipar, os lo garantizo. ¿Cuántos queréis? Cincuenta una caja o tres cajas por ciento treinta y cinco.

Compro seis cajas. Con eso debería bastar. Cuantos más cohetes lance Eleanor, y cuanto más tiempo dure el espectáculo, mejor. Así será más probable que los matones se den cuenta y vayan corriendo. Pero también tendrá que largarse lo más rápido posible. No puede quedarse allí lanzando muerdeculos sin parar o los matones la pillarán.

La chica se lame el pulgar y cuenta el dinero dos veces. Vuelve a entrar en el contenedor y saca cinco cajas más y una cosa que parece un puñado de varitas de incienso sujetas con una goma.

—¿Necesitáis palitos encendedores? —pregunta—. Son cinco dólares. No recomiendo usar llama viva para las baterías. Os lo digo por el bien de vuestras extremidades. ¿Vais a usar estacas y cinta?

—¿Que si qué?

Vuelve a entrar y regresa con seis estacas de madera y un rollo de cinta aislante.

—Para que las baterías no se vuelquen. Clavas la estaca en el suelo y sujetas la batería con la cinta aislante. Otros diez dolarines, por favor y gracias.

—Vale. ¿A qué distancia hay que ponerlas unas de otras? Las baterías, digo.

—Eso como usted quiera, caballero. A un metro o a veinte. Y a darle candela.

Le doy el dinero y vuelve a su silla de jardín. Coge entre dos dedos un mechón de su pelo rubio sucio y se pasa la llama del mechero por las puntas.

Mientras Salvador y yo cargamos nuestras compras en la parte de atrás del todoterreno y yo me pregunto si las baterías de cohetes pueden explotar espontáneamente si el coche pisa un bache, Salvador me tira de la manga.

—¿Crees que debería pedirle su número de teléfono? —susurra.

Le miro. No está bromeando. Increíble, es un peligro el despiste que tiene. ¿Verá Felice a Salvador cuando me mira a mí? ¿Hasta qué punto es exacta esa comparación? Procuro no pensarlo.

—Quizá la próxima vez —le digo.

—Vale —dice moviendo la cabeza—. Buenísima idea. Exacto.

42

¿Qué estoy pasando por alto? Mientras espero la llamada de Tracy, mi planteamiento es asumir que el plan tiene agujeros. De ese modo puedo encontrarlos y resolverlos. Estudio la imagen por satélite de la granja. Amplío el conjunto de edificios y luego vuelvo a alejarme y me voy desplazando por los bordes del recinto. ¿Qué detalles no he visto? Es difícil estar seguro, pero puede que haya una puerta entre el camino privado y el camino de acceso a la casa. Otra buena razón para que Tracy y los niños se reúnan allí conmigo.

Me centro sobre todo en la distracción. Tracy y los niños necesitarán todo el tiempo posible, y yo también. ¿Cuánto tiempo tardarán los matones en llegar corriendo desde el recinto hasta el punto más alejado del bosque, donde Eleanor encenderá los cohetes? Hay un pequeño claro no muy lejos de la carretera comarcal que parece perfecto. Busco «cómo medir distancias en Google Maps». La distancia exacta entre el recinto y el claro es de 0,6 millas. Cuando busco «a qué velocidad puede correr una persona media una distancia de una milla», me da un resultado de entre nueve y doce minutos. Seis décimas partes de eso son entre cinco y siete minutos, aproximadamente. O sea que, en total, ida y vuelta, serían entre diez y catorce minutos, sin contar el tiempo que los matones inviertan en buscar a los intrusos.

Debería ser tiempo suficiente. Además, no es que los matones, y menos aún el barbudo, sean atletas de primera fila. Pero ¿cómo puedo añadir un poco de relleno? Cada minuto cuenta. Cuanto más tiempo pasen buscando al intruso, mejor. ¿Y si Eleanor, antes de encender los cohetes, crea un rastro para que lo sigan? Eso los entretendría un rato. ¿Latas de cerveza vacías? Un zapato. ¡Una chancla! Una chancla de colores vivos en un camino que lleve en

otra dirección. ¡Mirad! ¡Se habrán ido por ahí! ¡Vamos!

Da la casualidad de que hay un 7-Eleven más o menos a una milla de casa de Burke. Pongo el cronómetro del móvil y echo a correr. Voy a toda pastilla un rato, hasta que estoy a punto de desplomarme, y hago el resto del camino al trote, arrastrando un poco los pies. Once minutos y nueve segundos. Compro un paquete de doce cervezas de las más baratas, marca Old Milwaukee, y unas gafas de sol cutres para que las encuentren los matones. ¡Mirad! ¡Unas gafas de sol! ¡Por aquí! Vuelvo andando despacio a casa.

El lunes vuelvo a intentarlo con Eleanor.

—¿Por qué no me has escrito? —le digo—. Es importante.

—Ya te lo dije. Estaba trabajando, y esta noche también tengo que trabajar.

—¿A qué hora sales?

—Tarde. Pasadas las diez, normalmente. Te llamo mañana.

Mañana no me sirve. Tracy podría llamar en cualquier momento. Necesito hablar con Eleanor ya. Pero no discuto con ella. Llego un poco antes de las diez al edificio municipal. Mi idea es esperar en el aparcamiento y pillarla cuando salga. Pero solo hay un par de coches más en el aparcamiento, y el suyo no está entre ellos.

Le mando un mensaje. «Fuera del edif munic dónde estás?».

Un segundo después suena mi teléfono. La oigo suspirar.

—Estoy en casa.

—¿Ya?

Vuelve a suspirar.

—Vente para acá.

Nos sentamos en el porche. Enciendo un porro y se lo paso. El porche es antiguo y profundo, rodea tres lados de la casa. Me imagino a una familia sentada aquí hace cincuenta años o incluso cien. ¿Nos imaginarían ellos a nosotros, a Eleanor y a mí? ¿Imaginarían cómo ha cambiado el mundo?

—Entonces, ¿esta noche has salido pronto? —le pregunto.

—No he trabajado esta noche. No he tenido que trabajar ninguna noche.

—¿Me has estado mintiendo? —pregunto desconcertado—. ¿Por qué?

Se encoge de hombros. Por encima de nosotros, en la primera planta, una batería empieza a sonar y luego se oye el grito de una

guitarra en la noche.

—¡Los cascos! —grita Eleanor. Unos segundos después deja de oírse la guitarra, justo cuando alcanzaba la cima de un *crescendo*.

—¿Cómo que no has tenido que trabajar ninguna noche?

—Vamos a dar un paseo. Aquí hace un calor asfixiante.

Caminamos un trecho, hasta un parque que hay junto a su casa. Nos sentamos en un banco junto a la fuente. Conozco este parque y conozco esta fuente: suele estar averiada y seca. Esta noche, en cambio, el agua cae en cascada y burbujea. La brisa es fresca y agradable.

—Bueno, primero de todo —digo—, se me ha ocurrido una distracción para alejar a los matones del recinto. Cohetes, fuegos artificiales. Tú los encenderás en el límite de la finca mientras yo entro desde la carretera.

Le explico el plan completo, con todos los detalles. Cuando acabo, se queda callada. No tengo ni idea de por qué está de mal humor ni sé por qué me ha mentido para escaquearse, pero en realidad no me preocupa que no quiera participar. Eleanor no tiene miedo. Es una chica capaz de saltar una valla de dos metros y pico en plena noche y de rociar con espray de pimienta a unos matones. Y no es Felice. En el fondo de su corazón gótico y siniestro, a Eleanor le importan Pearl y Jack. Ha pasado con su madre por lo mismo que pasé yo. Entiende por qué hago esto, por qué nos necesitan esos niños.

—Hazme una crítica constructiva —le digo—. Es un plan provisional. Si se te ocurre alguna idea, soy todo oídos.

—Hardly —dice—, quiero que me escuches de verdad.

—Vale. Te escucho de verdad.

—Es demasiado peligroso.

—No lo es. Te lo prometo. El claro está como a cien metros de la carretera. Volverás a tu coche y te irás antes de que aparezcan. ¿Ahora vas a ser tú la cobardica?

—No lo decía por eso. Lo digo porque es todo demasiado peligroso. Hay un montón de cosas que podrían salir mal. Todo podría salir mal. Y si eso pasa…

¿De verdad me está diciendo lo que creo que me está diciendo?

—¿O sea que no quieres que… que haga nada?

—Deberías volver a intentarlo con Protección de Menores.

No me lo puedo creer.

—¿Para qué? ¿Por si acaso se han puesto las pilas estas últimas semanas? ¿Y confiar en que Pearl y Jack tengan suerte y sigan vivos mientras hacen algo?

—Tú inténtalo otra vez.

¡No me lo puedo creer, joder! Primero Felice y ahora Eleanor. ¡Eleanor! Felice, entiendo que pasara de mí. ¿Qué soy yo para ella? No quiere complicaciones. Pero ¿Eleanor?

—Sinceramente, pensaba que éramos amigos de verdad —le digo.

—Un amigo de verdad te lo dice cuando se te va del todo la olla.

Me levanto y voy del banco al borde de la fuente. Eleanor me sigue. Se sienta con los pies recogidos para no mojarse las deportivas y la barbilla apoyada en la rodilla.

—No te enfades —me dice.

Estoy aturdido pero no enfadado. No dejo de darle vueltas y más vueltas, intentando encontrarle sentido. ¿Cómo puede Eleanor dejarme tirado así, y ahora?

Estira el brazo y mete la mano en el agua. Y entonces, antes de que me dé cuenta de lo que pasa, me lanza una gran palada de agua. Intento apartarme de un salto, pero me alcanza casi de lleno: me empapa prácticamente todo el lado izquierdo del cuerpo, desde la costilla rota hasta la chancla.

—Uy, lo siento —me dice.

—¿No vas a ayudarme?

—Estoy intentando ayudarte. ¿No me estás oyendo?

Recuerdo un tono de verde muy concreto. La hierba en esa época del año, los árboles. Mayo. Temporada de tornados. Pero era un día hermoso y tranquilo. El último día de colegio, o puede que solo mi último día. El recreo. Una profe vino cruzando el patio. ¿Ya había terminado el recreo? Me llevó dentro, al despacho de la directora. La directora debía de usar el mismo champú que mi madre, porque a eso olía su despacho. O puede que eso me lo haya inventado.

Siéntate, Hardy. Tengo que decirte una cosa muy importante.

—Hardly —dice Eleanor—, no te desprecio. Puede que te hayas dado cuenta.

—Vale. Gracias.

—Lo cual es raro en mí. Y, en este caso, inexplicable.

—Vale.

—Así que por favor, por favor, por favor, hazme caso. No sigas con esto. Hay otras maneras.

—O sea que no. No vas a ayudarme.

—Inténtalo otra vez con Protección de Menores, ¿vale? Ya sé que la cagaron, pero, ¿por qué no les das otra oportunidad? ¿Qué daño puede hacerte? Habla con ellos, a ver qué pasa esta vez.

Exactamente el mismo argumento de mierda que usó Felice.

—No tengo tiempo de darles más oportunidades. Además, supongamos que me hacen caso. A Tracy le quitarán a sus hijos, tú lo sabes. ¿Cómo puedes querer que eso ocurra, precisamente tú?

No dice nada. Me echa más agua, pero esta vez estoy preparado y me aparto de un brinco.

—Eleanor —le digo—, no estoy chalado. Sé que esto es un poco una locura, lo sé. Pero mírame a los ojos y dime que no vale la pena correr ese riesgo. ¿Cuántas veces en la vida tienes la oportunidad de hacer algo que de verdad importe? ¿Que de verdad mejore la vida de otras personas? Puede que este sea ese momento de mi vida, el único momento que de verdad importe.

—Hardly…

—Vale —digo—. Gracias por todo. Lo digo en serio. Ya nos veremos por ahí, quizá.

Es verdad que lo digo en serio. Y ya está, eso es todo, hemos terminado, sin una gran escena dramática. Me pongo de pie y me voy hacia el coche con la chancla izquierda empapada.

43

En el camino de vuelta a casa no veo ningún otro coche en la carretera, ni uno solo. No es que sea muy raro, porque es casi medianoche, pero sí que lo es hasta cierto punto porque vivo en una ciudad bastante grande y las doce de la noche no es tan tarde, en realidad. Por fin veo señales de vida: un peatón camina con paso decidido por la mediana de un gran bulevar. Es increíblemente alto y delgado y lleva una gabardina reluciente y —¡toma ya!— unas gafas de aviador anticuadas. No se fija en mí cuando paso. Tiene asuntos importantes que atender, en esta o en otra dimensión. Bajo la ventanilla para que me dé el aire, para asegurarme de que no es un sueño.

Cuando llego a casa de Burke, después de aparcar junto a la acera y apagar el motor, me siento de repente tan agotado, tan molido y agobiado como si el mundo se hubiera dado la vuelta y de pronto lo tuviera todo encima de mí, aplastándome. Ni siquiera tengo ánimos para recorrer la corta distancia entre el coche y la puerta de mi habitación.

Echo el asiento hacia atrás y cierro los ojos. Tengo la sensación de llevar siglos despierto. Llevo despierto desde la primera vez que vi a Pearl y Jack. Abro los ojos. El tipo misterioso de la gabardina y las gafas de aviador anticuadas viene hacia mí con paso decidido. ¿Qué hace aquí? Me agarra del hombro y me zarandea. Intenta decirme algo. Es un mensaje urgente. Me señala el cartel del callejón. NO PROCEDA. En el sueño sé exactamente lo que significa el cartel. NO PROCEDA A ABANDONAR A ESOS NIÑOS.

—No —le digo al tipo misterioso—, no.

—¿No qué? Arriba, despierta. Es hora de levantarse.

Abro los ojos. El resplandor del sol en el parabrisas me

deslumbra. Es por la mañana. Burke me sacude por el hombro. Los pájaros trinan y gorjean. Hace calor pero no demasiado todavía. El peso aplastante de anoche ha desaparecido y de pronto estoy absolutamente seguro, tengo clarísimo lo que voy a hacer a continuación.

No necesito a Eleanor. Ni a Felice. Este es ese momento de todas las películas en que el protagonista se da cuenta de que todo depende de él; el momento en que comprende, concretamente, que es así como tiene que ser.

—Puedo hacerlo, joder —digo.

—Por supuesto que sí —dice Burke.

—Voy a hacerlo.

—¿Qué vas a hacer, exactamente?

Le miro. Veo mi reflejo en sus gafas tácticas de espejo y por un segundo no me reconozco.

—Burke —le digo—, tienes razón. Debería tener un arma, ¿verdad? Solo por seguridad.

Sonríe.

—¿Conferenciamos en la cocina? Nos vemos allí dentro de tres minutos.

En la cocina, me bebo dos vasos grandes de agua del grifo. Mi estante de la nevera está vacío y mi lado del armario también: solo hay una lata de aceitunas negras que no recuerdo haber comprado y un paquete viejo de palomitas para microondas. Hago las palomitas. Como ya no puedo contar con Eleanor, los cohetes tendrá que encenderlos Salvador. ¿De verdad voy a responsabilizarle a él, a Salvador, de la parte más delicada del plan? Pero es solo una onda de duda muy tenue y desaparece casi antes de que la note. Puedo hacer esto. Puedo preparar a Salvador. Puedo asegurarme de que haga lo que tiene que hacer.

Recibo un mensaje de Eleanor: «Porfa porfa vuelve a pensar lo de protección de menores».

Le respondo: «No».

«Qué daño puede hacer???».

Aparto el teléfono. Justo cuando las palomitas dejan de estallar y empiezan a quemarse, entra Burke con mucha pompa y circunstancia, sosteniendo un maletín de plástico duro delante de él como si contuviera joyas preciosas o un tesoro o un alma humana

resplandeciente.

Deja el maletín encima de la mesa y abre los pestillos.

—Lo he pensado mucho —dice—. Cada trabajo requiere la herramienta adecuada. Dime qué piensas.

La pistola encajada en el molde de espuma es… una pistola. Ese es el principio y el final de mis pensamientos. No he tocado una pistola de verdad en mi vida. Ni siquiera había estado tan cerca de una hasta ahora. Esta es pequeña, negra, rechoncha. Parece más pesada y mucho más siniestra que el revólver de atrezo que lleva el Sheriff Muerto en *Frontera Embrujada*.

—Confío en tu criterio, Burke.

—Una decisión sensata.

Saca la pistola del maletín, otra vez con mucha pompa y circunstancia, y abre la parte de arriba. La mira por un lado y por el otro para comprobar que no está cargada. Por lo menos, eso creo que es lo que hace. Eso espero.

—La Glock 19 no es la más chica más guapa de la discoteca, pero es fiable y fácil de usar, y tiene suficiente pegada si se usan balas de punta hueca. ¿Estoy en lo cierto al suponer que tienes poca experiencia en el manejo de armas de fuego?

—Correcto. Sí.

Me ofrece la pistola, con la empuñadura por delante.

—La Glock no tiene seguro, así que debes tener cuidado en todo momento. No querrás pegarte un tiro.

Me quedo mirando la pistola que Burke tiene en la mano. «No, gracias», quiero decirle, «he cambiado de idea». Pero tengo que estar preparado para todo. Y, además, no es que vaya a usar la pistola, en realidad. Como mucho, en el peor de los casos, la moveré un poco para hacer retroceder a algún matón, para asustarlo y que nos deje —a mí, a Tracy y a Pearl y Jack— seguir nuestro camino.

—Venga —dice Burke—. Que no muerde.

¿Que no muerde? Levanto la vista para ver si habla en serio o en broma. Es difícil saberlo.

—¿Cuánto cuesta? —le pregunto.

—Voy a hacerte el descuento para amigos y familiares. Incluye una caja de balas de punta hueca. Y no te preocupes por el rollo del número de serie. Ya me he encargado de eso. Son seiscientos.

—¿Seiscientos dólares?

—Es la opción más asequible. Puedes revenderla a buen precio. No tendrás problemas para recuperar tu inversión. Seiscientos.

Seiscientos dólares es mucho más de lo que esperaba, un buen pellizco del dinero que pensaba darle a Tracy. Claro que, si alguien sabe del valor de reventa de las armas, seguramente es Burke. Puedo vender la Glock cuando todo esto termine y mandarle a Tracy las ganancias.

—Adelante —dice Burke, acercándome el arma—. Pruébala, a ver qué tal te va de tamaño.

Mi teléfono vibra, una llamada entrante. Número desconocido. Le digo a Burke que vuelvo enseguida y corro a mi cuarto. Pulso el botón verde.

—¿Diga?

Silencio. Casi digo su nombre, Tracy, pero me contengo a tiempo. Nathan podría haber encontrado su teléfono escondido y haber marcado el último número al que llamó ella. Tracy podría estar ahora mismo tirada en el suelo, muerta, junto a Pearl, junto a Jack.

—Soy yo —dice Tracy.

—Estoy listo.

—El jueves. Pasado mañana. Estará fuera toda la tarde y parte de la noche. Le he oído decir que volverá sobre las diez.

Empiezo a darle vueltas al asunto. El momento más seguro será justo en medio, entre el momento en que se vaya y su vuelta. ¿A las seis, pongamos? Pero los fuegos artificiales funcionarán mejor como distracción cuando haya anochecido, o al atardecer, por lo menos.

—A las ocho y media —le digo—. Espérame con Pearl y Jack al final del camino de entrada. Estaré esperándoos allí con el coche. A las ocho y media en punto.

—¿Cómo voy a hacer eso? —pregunta—. Ya te lo dije. Cuando no está, siempre hay gente alrededor. Siempre tiene a alguien vigilándonos. Si nos vamos hacia la entrada…

—No pasa nada. Voy a distraerlos. Los alejaré de la casa.

—¿Cómo?

—Con cohetes. Fuera, en el lindero de la finca, hacia el oeste.

—¿Qué? ¿Cohetes? —Pero entonces creo que se acuerda de los chavales del *paintball* y que lo entiende. Suspira—. Joder.

—A las ocho y media en punto.

Espera, espera. No. Tracy y los niños no pueden reunirse conmigo a las ocho y media en punto. No sé cuánto va a tardar Salvador en hacer lo suyo. Si se retrasa aunque solo sea unos minutos y Tracy y los niños intentan salir de la casa antes de que empiecen a estallar los cohetes y los matones se distraigan, la hemos jodido. Me doy cuenta de que acabo de esquivar un desastre en potencia, y de los gordos.

Y si Salvador se adelanta unos minutos, también puede ser problemático. No quiero que los matones vuelvan demasiado pronto de ir a mirar qué son los cohetes.

—No, a las ocho y media en punto, no —rectifico—. Espera a oír los cohetes. Debería ser a las ocho y media, pero puede que sea un poco antes o un poco después. Cuando los oigas, espera a que se vayan todos. Seguramente, unos cinco o diez minutos. ¿Sabrás si se han ido todos?

—No lo sé. Sí. Creo que sí.

—Entonces sal a toda prisa y ve lo más rápido que puedas. —Me preocupan Pearl y Jack, si estarán tan asustados que perderán los nervios. Puede ser. Pero estarán con su madre, huyendo de Nathan. Espero que entiendan que es para bien—. No te lleves nada. Ni maletas ni cajas ni nada.

—¿Y si no se van todos? —pregunta—. ¿Lo has pensado?

No he pensado en otra cosa. Por eso Burke está en la cocina, a punto de venderme una Glock 19, con una caja de balas de punta hueca incluida en el precio.

—Sí —le digo.

—¿Y?

—Deberían irse todos, pero, si no, llámame e iré a la casa. Nos veremos allí. Estaré preparado.

Se queda callada un momento. No me pregunta qué quiero decir con eso de que estaré preparado, pero tengo otra vez la sensación de que las respuestas ya no importan. Ha dado el salto, va a volar hacia el futuro. Dónde aterrice no depende de ella.

—¿Algo más? —pregunta por fin.

—Ocho y media —repito—. Pasado mañana. Espera a oír los cohetes. Espera a que esté todo despejado y reúnete conmigo al final del camino de entrada. Si…

—Tengo que colgar ya.

—Vale, pero…

—Ahora mismo.

La línea hace bip-bip-bip y se corta.

Cuando vuelvo a la cocina, Burke está haciendo café. Ha devuelto la Glock a su nido de espuma gris. Dudo y luego la cojo. Pesa todavía más de lo que esperaba y está mucho más caliente. Mantengo el dedo lo más lejos posible del gatillo. Noto que empieza a sudarme la palma.

Jutta, que normalmente, en cuanto entro en una habitación, se acerca para que le acaricie las orejas, se queda donde está, al otro lado de la cocina.

—No puedes saber si un arma es adecuada para ti hasta que disparas con ella —me dice Burke—. Puedo darte algunas lecciones mañana por la tarde. Sin cobrarte nada.

Vuelvo a dejar con cuidado la pistola en el estuche y me seco la palma en los vaqueros.

—De acuerdo —digo.

44

Llamo a Salvador. Mientras escucho sonar el teléfono, vuelvo a preguntarme si no estaré haciendo una locura al ponerle al mando de la maniobra de distracción. Todo —todo— depende de la distracción, lo que significa que todo dependerá de… Salvador. Pero no tengo tiempo para dudas. El tiempo de las dudas ya pasó.

Salvador viene a casa. Burke está encerrado en su habitación, así que me evito el engorro de tener que presentarlos. Burke y Salvador… ¿Ese es mi equipo? No. Ese es mi equipo. Puedo hacer esto. Voy a hacerlo.

Salvador está encantado de que le haya permitido entrar en mi sanctasanctórum. Flota por mi habitación maravillado y se queda boquiabierto mirando objetos que no tienen nada de particular, como el futón, las estanterías hechas con tablones y ladrillos, la Xbox y el póster de Paisaje con la caída de Ícaro.

—Siéntate —le digo—. Y estate quieto, ¿vale? ¿Recuerdas el plan?

Se sienta en el borde del futón.

—¡Sí!

—Tú vas a encargarte de la distracción. —Señalo con la cabeza las cajas de cohetes apiladas contra la pared—. Vas a encenderlos.

Espero el grito y el puño en alto, pero veo —puede que por primera vez— que Salvador se para a pensar antes de hablar.

—¿Yo? —dice por fin.

Es buena señal, ¿no? Que se pare a pensar, que esté madurando, que reconozca lo importante que es su papel.

Me siento a su lado, enciendo el MacBook Air y abro la vista por satélite de la granja. Nos encorvamos en torno a la pantalla cuando amplío el extremo noroeste de la finca.

—¿Ves este claro en el bosque? —le pregunto—. Ahí es donde lo harás. Aparcarás el coche aquí, en el arcén de la carretera. Pon aquí una marca.

—Vale.

—Que la pongas ahora.

—Ah. —Saca el teléfono y pone la marca. Me aseguro de que lo hace bien.

Debería estar tomando notas. Le busco un boli y una bolsa aplastada del Sonic Burger.

—Apúntalo todo —le digo—. Irás allí y aparcarás en el arcén pasado mañana a las ocho en punto. A las ocho de la tarde. Cuando llegues, antes de encender los cohetes, vas a crear una distracción dentro de la distracción.

Le explico —muy despacio, para que pueda anotar cada palabra — que esparcirá por ahí latas de cerveza vacías, un par de chanclas y unas gafas de sol. El objetivo es alejar a los matones del claro y procurar que se adentren en el bosque. Hay un término para este tipo de estratagema. ¿Cuál es? Cortina de humo, eso es. Después de crear la cortina de humo, colocará las baterías de cohetes en fila. Con su estaca y su cinta.

—¿Entendido?

Asiente. Le explico que, a las ocho y media, encenderá la primera mecha. Cuando la primera batería termine de estallar —pasado un minuto, según la chica del puesto—, encenderá la siguiente. Y así sucesivamente. Luego volverá corriendo a su coche y se largará de allí.

Dice que sí con la cabeza. Se lo explico todo otra vez, de arriba abajo.

—Llena hoy el depósito —le digo—. Respeta el límite de velocidad, a la ida y a la vuelta. No tienes que preocuparte por si llueve. He mirado la previsión del tiempo.

Miramos juntos las instrucciones impresas de los cohetes. Cada batería tiene una mecha principal y otra de reserva, por si falla la principal. No es complicado. Prendes el palito encendedor, enciendes la mecha y te apartas cinco metros.

Voy leyendo por encima de su hombro. Está apuntándolo todo bien, con cuidado y en letra legible. Pero solo son notas. Pienso otra vez en cuánto me gustaría poder pasar en coche por la finca y echar

un vistazo al claro del bosque y al arcén de la carretera. Ya sé que es muy arriesgado. Pero ¿y los cohetes? Podemos hacer una prueba, no hay razón para que no la hagamos. Iremos a comprar una batería de prueba. Y ya que estamos, podemos preguntarle a la psicópata de los fuegos artificiales si puede darnos algún consejo. Quizá haya un modo de conectar las seis baterías para que Salvador solo tenga que encender la primera mecha. Así podría volver antes al coche.

—Vamos a dar una vuelta —le digo.

Vuelve a asentir con la cabeza. Sigue sin levantar el puño. Es buena señal. Se lo está tomando muy en serio.

Cuando llegamos al puesto de fuegos artificiales, vemos que está cerrado. Las solapas de metal de las ventanas están cerradas y no hay ni rastro de la psicópata. La puerta lateral está cerrada con llave. ¿Ya han cerrado por hoy? ¿O para toda la semana? No hay ningún cartel ni forma de saberlo.

Salvador se viene abajo. Supongo que está decepcionado por lo de la psicópata, el amor de su vida, pero entonces dice, en voz alta hasta para él, tan alta que un conejo salta entre los rastrojos:

—¡Pero yo necesito practicar!

Busco en Google otros puestos de fuegos artificiales. El más cercano está a treinta minutos. Llamo al número que aparece para ver si está abierto. No contestan.

—Pero yo necesito practicar —vuelve a decir Salvador, en voz más baja pero más angustiada.

No sé si es buena idea echar mano de nuestras reservas. Solo tenemos seis cajas de cohetes, seis minutos de distracción en total. En un mundo perfecto, Salvador podría usar una caja para practicar, para que los dos, él y yo, nos quedemos tranquilos. Pero nunca se sabe. Ese minuto extra podría ser decisivo mañana por la noche.

No es tan complicado. Solo hay que prender el palito encendedor y luego usarlo para encender la mecha.

—Lo harás perfectamente —le digo a Salvador.

Volvemos a mi casa. Le digo a Salvador que nos vemos el jueves en el aparcamiento de Frontera Embrujada, a las siete y cuarto de la tarde, en punto.

Asiente con la cabeza.

—En punto.

—Vas a hacerlo de puta madre, Salvador. Eres el rey de los fuegos artificiales. Tienes que creer en ti mismo. ¿Entendido?

Asiente con más energía.

—Entendido.

Paso la mañana del miércoles haciendo recados. Pongo gasolina al coche, reviso el aceite y la presión de los neumáticos. Parece que mis nuevos neumáticos viejos aguantan bien. Luego voy a Home Depot. He hecho una lista con los artículos que va a necesitar Salvador: una linterna; pilas para la linterna; tres mecheros desechables, más un mechero de chimenea flexible de treinta centímetros de largo por si fallan los palitos encendedores y los mecheros desechables. En Best Buy, al lado, compro un teléfono de prepago de reserva, por si falla el teléfono de Salvador.

¿Se me olvida algo? Antes de pasar por caja en Best Buy, cierro los ojos y despejo la mente. Vuelvo y cojo otro teléfono de prepago por si falla el mío. Luego vuelvo a Home Depot y compro otra linterna para mí.

Eleanor me manda tres mensajes y me llama una vez. No le hago caso. No por fastidiar ni porque esté enfadado. Es que aún me queda mucho por hacer y no puedo desconcentrarme.

Esa tarde, voy a la dirección que me dio Burke. Es una tienda de armas con galería de tiro en ese polígono industrial desierto, pasado el «Tipple and Pickle», no muy lejos del callejón donde Nathan me tendió la emboscada. Burke me está esperando en la puerta.

—¿Nervioso? —pregunta sonriendo.

—Sí —contesto, porque, si miento, se dará cuenta y disfrutará todavía más.

—Relájate, disfruta y apunta al centro de masa. —Me da unos golpecitos en el centro de masa—. Toc, toc.

—¿Quién es?

—Pum, pum.

Entramos. Me relajo moderadamente. La armería no es un sitio cutre, siniestro y lleno de humo, como me imaginaba. Está limpia, enmoquetada y bien iluminada, como una librería Barnes & Noble pero con armas de fuego en lugar de libros, y cabezas disecadas de diversos animales muertos colgadas de las paredes. Los clientes que veo mirando los expositores y las estanterías parecen gente normal, hombres y mujeres. Solo hay un tipo nervioso y escurridizo que

posiblemente esté tramando un tiroteo en el trabajo. Ah, y los dos dependientes llevan pistolas enormes en la cadera. O sea que tampoco se parece tanto a un Barnes & Noble.

Los dependientes saludan a Burke como a un buen amigo. En el mostrador de la galería de tiro, uno de ellos me da unas gafas de plástico y unos auriculares acolchados. Burke abre la cremallera de su mochila. Ha traído sus propias gafas protectoras y sus cascos, mucho más molones que los míos.

—Elige —me dice el empleado.

Se vuelve hacia la pared que tiene detrás, donde están expuestas las dianas de papel. Además de la amplia gama básica de círculos concéntricos y siluetas humanas, de todos los tamaños y colores, hay una caricatura de Osama bin Laden, otra de un ladrón sujetando a un rehén, y una figura de un hombre visto con rayos X, con los órganos internos resaltados en rojo.

—Ponnos a Hunter —dice Burke antes de que me dé tiempo a señalar una de las dianas circulares.

El tipo del mostrador saca dos grandes hojas azules con una silueta de hombre, de rodillas para arriba y líneas de tiro superpuestas encima, y las alisa sobre el mostrador. Para ser una silueta azul sin ningún rasgo, la figura parece extrañamente realista. Es por el lenguaje corporal: parece como si tuviera las manos metidas en los bolsillos, como si estuviera esperando a su novia, que ha ido al baño, en la zona de restaurantes de un centro comercial.

—Calle cuatro. Buena caza.

Cruzamos una puerta y entramos en la galería de tiro. Techo bajo, paredes de hormigón desnudas, suelo de hormigón desnudo. Bang bang bang. En la primera calle, un tipo dispara a las caricaturas del ladrón y su rehén, acribillándoles la cabeza. Bang bang bang. Ostras, qué ruido. Hasta con los cascos puestos me pitan los oídos. En la tele y los videojuegos, los disparos no suenan tan fuerte. Siento como si me hubieran estado mintiendo toda la vida.

Burke vuelve a sonreír.

—Ya te acostumbrarás.

Yo digo que sí con la cabeza. Quiero acabar con esto cuanto antes. Él engancha la primera silueta de papel y pulsa un botón para alejarla diez metros por nuestra calle: el pobre Hunter, con las manos metidas en los bolsillos, esperando a que su novia termine de

probarse blusas.

Burke me enseña a manejar el cargador de la Glock. Es un cargador de caja, recalca, no un peine. Quince cartuchos. Me enseña a encajarlo en el arma, a cargar un cartucho en la recámara —se llama así, por lo visto— y a sujetar la pistola con las dos manos. Me enseña a colocarme para disparar, con los pies nivelados, sin apoyar el dedo en el gatillo aún.

—Primera regla para manejar un arma de fuego —dice—. Nunca apuntes a quien no tienes intención de disparar.

Bang bang bang. El tipo de la otra calle ocupada dispara en ráfagas imprevisibles. Justo cuando creo que ha terminado, me asusto al oír otro bang bang, bang bang.

—Respira —me dice Burke—. Relájate. Alinea las miras, la mira delantera con el centro del pecho. El centro de masa. Dedo en el gatillo. Respira. Aprieta, no tires.

Solo quiero que esto acabe de una vez. Aprieto el gatillo. La Glock explota. O eso parece. Un destello de fuego naranja y amarillo justo delante de mi cara, mucho más cerca de mi cara de lo que debería estar una explosión. Humo, el olor de las llamas del infierno. Cuando bajo el arma, veo un agujero en la esquina superior derecha del blanco, lejos de la silueta.

Burke me ajusta la posición de las manos para que los dos pulgares apunten hacia delante y luego espera a que vuelva a disparar. Tengo aún menos ganas de disparar que antes, ahora que sé lo de la explosión en plena cara.

—Concéntrate en la mira delantera —me dice—. Respira y aprieta.

Aprieto los dientes, entrecierro los ojos y disparo otra vez. Por lo menos esta vez no suena tan fuerte, porque ya estoy medio sordo. Sé que seguramente he dado un respingo al apretar el gatillo, y ni siquiera estoy seguro de haber tenido los ojos abiertos, así que luego me alucina ver un agujero en el muslo izquierdo de la silueta.

—Mmm —dice Burke.

—Burke —digo yo.

—¿Sí?

—¿Quieres ayudarme con este asunto? Podrías encargarte de la maniobra de distracción. Encender los cohetes.

—¿Los cohetes?

—Podrías encargarte de eso.

Sonríe.

—No, gracias.

—¿Seguro?

Me gira suavemente hacia la diana.

—Otra vez, por favor.

Bajo la Glock. ¿Para qué quiero una pistola? No la necesito. No quiero apuntar a nadie con un arma con intención de disparar, lo tengo clarísimo. Me tiemblan las manos, así que agarro con más fuerza la empuñadura de la Glock. Me recuerdo a mí mismo lo que está en juego, el motivo por el que estoy aquí. Piénsalo: mañana puede ser el último día de su vida en que Pearl y Jack tengan que temer a su padre. En Arizona serán niños normales, niños felices, y Tracy podrá ser una madre como la madre de Salvador, la señora Velasco, siempre ahí, para ellos, cuando la necesiten.

Estoy tan cerca de conseguirlo… No he llegado hasta aquí, no he cambiado tanto, para abandonar ahora a Pearl y Jack. Y si voy a hacer esto, si voy a tomármelo tan en serio como debo, tengo que estar preparado para cualquier cosa. Vuelvo a levantar la Glock.

—Creo que no entiendo lo de las miras —le digo a Burke.

—Estoy de acuerdo.

—¿La mira delantera tiene que estar…?

—Centrada en la muesca de la mira trasera.

Alineo las miras. El centro de masa. Pienso en las quemaduras de cigarrillo del tobillo de Pearl. Pienso en la cerradura del armario de la bomba de calor. Esa silueta azul podría ser Nathan. Esa silueta azul es Nathan.

—Respira y aprieta —dice Burke.

Aprieto el gatillo y disparo.

—Mejor —dice—. No está mal. Ahora, otra vez. Practicando es como se aprende.

45

Cuando volvemos a casa, Burke me sienta en la mesa de la cocina y me hace cargar y descargar la Glock hasta que se da por satisfecho con mi manejo básico. Le pago los seiscientos dólares por el arma y la caja de balas.

—Una cosa más —me dice.

—Vale.

—Si alguien te pregunta…

—¿Preguntarme qué?

—Dónde compraste la pistola.

Tardo un segundo en entender a dónde quiere ir a parar.

—No conozco a la persona que me la vendió.

—Quizá estabas en la armería charlando con otro cliente, y ese cliente, que no sabes cómo se llama pero que parecía buena gente, te comentó que tenía una Glock que quería vender.

—Eso es lo que pasó.

—¡Qué suerte!

Burke se encierra en su cuarto. Son las ocho y media. Faltan exactamente veinticuatro horas. Eleanor me escribe otra vez: «Hazme caso porfa».

Y luego: «Si tengo que llevarte a rastras a protección de menores, lo haré».

Le respondo: «No».

«Podemos hablar??».

«No».

Hago una lista detallada de todo lo que tengo que hacer y empiezo a tachar cosas. Meto en el maletero del coche las cajas de cohetes, los encendedores, las estacas y la cinta aislante. Cargo la tarjeta prepago de los dos teléfonos y pongo pilas a las linternas.

Vacío las doce latas de Old Milwaukee en el fregadero de la cocina y luego meto las latas vacías, más un par de chanclas desparejadas y las gafas de sol baratas en una bolsa de la compra de Trader Joe's. La meto también en el maletero, junto con la bolsa de Home Depot.

Meto ropa en mi mochila, un par de libros, un sobre marrón lleno de fotos antiguas, tarjetas de cumpleaños y documentos importantes como mi tarjeta de la seguridad social. El resto de las cosas de las que no puedo prescindir —no muchas, la verdad—, las meto en una caja pequeña. Si decido seguir hacia el oeste después de dejar a Tracy y a los niños en Arizona, le pediré a Burke que me la envíe.

La Glock descargada va en el pequeño compartimento delantero de la mochila. El cargador y la caja de balas, en el bolsillo lateral, que es aún más pequeño. Ahí guardo también el dinero, un rollo de billetes de cien dólares sujeto con unas cuantas gomas. Tres mil doscientos dólares para Tracy. En la cartera llevo cien dólares para el trayecto, para gasolina y comida.

Hay catorce horas de aquí a Phoenix y otras catorce de vuelta o bien otras seis hasta Los Ángeles. Esperaré a estar allí, en la bifurcación del camino, para decidirme. Aunque la verdad es que seguramente ya me he decidido.

Jutta, que ha estado observándome hacer el equipaje, se acerca para que le rasque las orejas. Se aprieta contra mí con todo su peso y casi pierdo el equilibrio.

—Ojalá pudiera —le digo.

Me tumbo en el futón y repaso el plan una y otra vez. ¿Se me olvida algo? ¿He pasado algo por alto? Estoy demasiado nervioso para comer. Ni siquiera intento dormir. Me fumo una pipa, pero la maría casi no me hace efecto.

Se levanta el viento. Golpea y zarandea la puerta de fibra de vidrio del garaje, que es una de las paredes de mi cuarto. Si mañana sopla tanto, puede que a Salvador le cueste encender los cohetes. Me lavo las manos por quinta o sexta vez. No consigo quitarme un olor que supongo que es a pólvora. ¿Cuándo se tomó esa imagen por satélite de la granja? ¿Y si el bosque ya no existe? ¿Y si Salvador llega y se encuentra totalmente expuesto, sin sitio donde cubrirse? Pienso en su madre, la señora Velasco, dándome un golpecito en el hombro y agradeciéndome que me porte tan bien

con su hijo.

Voy al piso de Nguyen y Mallory. Están fumando en el bong y —agarraos— viendo episodios antiguos de *Parks and Recreation*, en vez de episodios antiguos de *The Office*. Le pregunto a Nguyen —el entendido es él— qué me recomienda para relajarse al máximo y quedarse pegado al sofá. Se queda pensando un rato, luego entra en su habitación y me trae un poco de Skywalker OG.

—¿Adónde vas? —me pregunta Mallory cuando ya me marcho.

Me acerco y le doy un abrazo. Le doy otro a Nguyen. Están tan colocados que no les extraña.

Llamo a Preston.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

—Vas a hacerlo —le digo.

—¿El qué?

—Diseñar ciudades bellas y elegantemente eficientes.

—Cállate.

—Lo digo en serio. Vas a hacerlo, Preston.

Se queda callado un segundo. Luego dice:

—Lo sé. —Y cuelga.

Cuando vuelvo a casa, me fumo un poco de Skywalker OG y observo Paisaje con la caída de Ícaro. ¿Quién es Ícaro, ahora que lo pienso? Sé que es un mito griego. ¿El del minotauro, quizá? La verdad es que nunca he leído nada sobre eso. Saco el teléfono. La Wikipedia dice que Ícaro se puso unas alas que fabricó su padre para intentar escapar de Creta. De ahí he sacado lo del minotauro. Ícaro escapó, pero se acercó demasiado al sol y el calor derritió la cera. Cayó del cielo y se ahogó.

No es una historia muy estimulante, teniendo en cuenta mis circunstancias actuales. ¿Soy yo Ícaro? ¿Voy a acercarme demasiado al sol con unas alas raquíticas?

No. Qué va. En mi versión de la historia, es a Pearl y a Jack a quienes hay que salvar. Y, ojo, no porque Ícaro caiga al mar tiene que ahogarse. En mi versión de la historia, el labriego, o el pescador, o el pastor, se lanzarán al agua y lo pondrán a salvo.

Eleanor vuelve a escribirme: «Vas a ignorarme eternamente? en serio?».

Y luego: «Podemos hablar dos minutos?».

Me pregunto si no debería seguir su consejo, y el de Felice, y

probar una última vez con el Servicio de Protección de Menores. Podría pasarme por allí mañana por la mañana. Puede que encuentre un buen trabajador social, un trabajador social despierto y feroz que coja las pruebas que tengo y…

No. ¿Recuerdas? El tiempo de las dudas ya pasó. Tracy confía en mí. Va a confiármelo todo. No puedo defraudarla. No puedo dejar tirados a Pearl y Jack. Ya no puedo dudar de mí mismo ni tener miedo. Este es el punto en mi vida que va a dar sentido a toda mi existencia. ¿Cuánta gente tiene esa oportunidad? ¿Cuánta gente puede elegirlo? Muy poca. Muy muy poca.

La Skywalker OG funciona. Empiezo a relajarme. Es la una de la madrugada. Mañana a esta hora todo habrá terminado.

46

Llego pronto a Frontera Embrujada. Aparco en la esquina más alejada y desierta del aparcamiento y me fumo una última pipa de Skywalker OG que he guardado para este momento. Negros nubarrones se acumulan al oeste, sobre la cima aserrada de la Montaña del Tren de la Mina Abandonada. Hace media hora, la última vez que lo miré, el pronóstico era de un diez por ciento de probabilidad de precipitaciones. No vuelvo a mirarlo. Si llueve, que llueva. No puedo hacer nada al respecto.

Este lado del aparcamiento está bordeado de árboles. Las cigarras son ensordecedoras, su chirrido sube y baja, sube y baja: la misma canción pero un millón de solos de guitarra distintos. Me alegro de tener la Skywalker OG, pero no la necesito. Ya estoy tranquilo. Sincronizo el ritmo de mi corazón con el de las cigarras. Conozco el plan. Estoy preparado.

A las siete y cuarto clavadas llega Salvador. Aparca el todoterreno a mi lado y se baja de un salto. Rodea mi coche y da una palmada animosa al capó.

—Voy a hacerlo de puta madre —dice—. Soy el rey de los fuegos artificiales.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

Lleva una bolsa de papel en la mano. Noto un aroma tentador a ajo y carne frita.

—Pastelitos andinos. Los ha hecho mi madre. Están deliciosos. Cuando le he dicho que esta noche tenía que trabajar, me ha dado de sobra para que los comparta contigo. Podemos guardarlos para después o comérnoslos ahora, o comernos ahora tres y guardar los otros tres para luego. Como quieras.

—Salvador.

—¿Qué?

—Nada.

Abro el maletero de mi coche. Sé exactamente lo que tenemos que trasladar al todoterreno de Salvador: la caja con las seis baterías de cohetes Muerdeculos; la primera bolsa de Trader Joe's con las estacas, la cinta aislante, los palitos encendedores y los mecheros; y la segunda bolsa de Trader Joe's con una linterna, un teléfono de prepago, doce latas de cerveza vacías, dos chanclas desparejadas y unas gafas de sol baratas. También he traído el MacBook Air para devolvérselo. Está todo bien ordenado en la mitad izquierda del maletero, para que no se me olvide nada.

Entonces, ¿por qué me quedo aquí parado, mirando fijamente los ojos del perro gruñón de las cajas de Muerdeculos? Puede que sean los dichosos pastelitos que ha traído Salvador, el olor de la comida casera de su madre. Echo un vistazo. Ha abierto la bolsa y está mirando dentro. Supongo que para volver a contar los pastelitos y confirmar que me ha dado la información correcta.

No va a pasarle nada. Se irá del claro mucho antes de que lleguen los matones. El plan va a salir rodado y Salvador tendrá una historia estupenda que contarles a sus hijos algún día.

Pero solo tiene dieciséis años. Quiere fundar su propio club de robótica. Es Salvador. Yo he elegido hacer esto. Pero no sé si él lo ha elegido de verdad. No, miento. Sí que lo sé. No lo ha elegido. He elegido yo por él.

Pero no va a pasarle nada. Y, sin él, ¿cómo voy a poner en marcha la maniobra de distracción? Es demasiado tarde para posponerlo. Tracy estará preparando a Pearl y Jack, puede que ya haya pasado el punto de no retorno. Va a poner la vida de los tres en mis manos.

—¿Qué pasa? —pregunta—. Hay seis pastelitos, como yo pensaba. ¿Crees que deberíamos comernos tres ahora? ¿Uno y medio cada uno?

Antes de pensármelo otras cien veces, cojo el MacBook Air, solamente el MacBook Air, y cierro de golpe el maletero. Le doy el portátil. No puedo poner a Salvador en peligro.

—¿Sabes qué pasa? —le digo—. Que Tracy no podía hoy. Nathan no se va hasta mañana. Tendremos que hacerlo mañana.

—Ah.

—Me he enterado hace un par de horas. Debería haberte llamado.

Salvador pasa por las cinco fases por las que suele pasar cada vez que tiene que encajar una gran noticia, cuatro de las cuales conllevan cierto grado de estupor.

—Ah —repite al comprender por fin la situación.

—Es una mierda. Tenía muchísimas ganas.

—Yo también.

Es difícil saber si está desilusionado o aliviado. ¿Las dos cosas, posiblemente? Creo que así me sentiría yo si de repente Tracy me escribiera para decirme que está sana y salva en Arizona, con los niños.

Respira hondo, muy hondo, y suelta el aire.

—Mañana. Entendido.

—¿De acuerdo? Quedamos aquí otra vez. A las siete y cuarto.

Y entonces vuelvo a mi coche y me alejo sin mirar atrás. No hace falta. Salvador sigue ahí de pie, con sus tontos pastelitos en la mano. Yo también respiro hondo, muy hondo, mientras salgo del aparcamiento. Recuerdo que una vez leí que los paracaidistas alcanzan un punto de equilibrio perfecto en el que ya no distinguen si están inmóviles, flotando apaciblemente en el espacio, o cayendo a velocidad máxima.

Madre mía, ¿qué acabo de hacer? Sin Salvador, tendré que encender yo los cohetes y luego salir pitando a recoger a Tracy y a los niños. Ni siquiera me he molestado en medir qué distancia hay desde el claro hasta el final del camino de entrada, rodeando la finca y cogiendo el camino privado. ¿Cerca de dos kilómetros, quizá? ¿Dos minutos, más un minuto para volver del claro al coche? No es gran cosa, ¿verdad? Me sobran tres minutos. O quizá sí sea gran cosa.

Pero creo en mí mismo. Puedo hacerlo. Hay menos posibilidades de que algo salga mal si enciendo los cohetes yo mismo. Seguro que sí.

Dejó atrás la ciudad. La carretera de dos carriles por la que voy empieza a subir y a bajar, no mucho, pero es lo que se considera una zona montañosa en las llanuras del sur de los Estados Unidos. Paso por terrenos boscosos en venta y praderas en las que pasta el ganado. Voy con tiempo. Ojalá el sitio de fuegos artificiales hubiera

estado abierto. Si supiera cómo conectar las seis baterías de cohetes, recuperaría los tres minutos que voy a perder y me sobrarían un par de minutos. Quizá cuando llegue al claro encuentre un tutorial en YouTube. No. Me acuerdo de cuando busqué en YouTube consejos de vigilancia, hace mucho tiempo, y el resultado que dio. Esta vez no me voy a distraer.

Un goterón de lluvia se estrella en el parabrisas y luego caen unos cuantos más. Cada salpicadura es como el efecto de sonido de una película de terror. Un segundo después, estalla la tormenta y mis limpiaparabrisas casi no dan abasto. Tengo que encender las luces, aunque falta media hora para que se ponga el sol. La oscuridad está bien, la lluvia no. Hago un pacto conmigo mismo. Pase lo que pase a partir de este momento, no voy a perder los nervios, mantendré la calma. ¿De acuerdo? Trato hecho. Es la única manera de sacar esto adelante. Felice no creía que fuera capaz. Eleanor, tampoco. Pues vamos a averiguarlo.

La lluvia afloja y luego cesa. El viento se lleva la mayor parte de las nubes, como si pasara una mano por un espejo empañado. Franjas de color rosa intenso iluminan el horizonte.

Llego a una señal de stop: el cruce de la carretera comarcal 44 y Post Road. Aquí es, la esquina noroeste de la finca. No tengo ningún coche detrás, así que aprovecho para comprobar mi ubicación en el navegador. Me tranquiliza comprobar que en la vida real todo parece coincidir con la aplicación. En línea recta por la 44, atravesando un tramo boscoso, aparcaré en el arcén, a unos quinientos metros. Desde allí iré andando hasta el claro. A mi derecha, bajando por Post Road y pasando unos mil metros de campos y pastos, está el desvío a la izquierda que desemboca en el camino privado y, al final del camino, la entrada de la finca. Esa es la ruta que seguiré cuando encienda los cohetes.

Son ahora las siete y cuarenta y cinco. He llegado pronto, con tiempo de sobra. Podría bajar un momentito por Post Road para localizar el desvío. Seguramente no habrá peligro. Nathan ya se ha ido. Tracy me dijo que estaría fuera toda la tarde y no me ha llamado ni me ha escrito para darme novedades. Bajar un momento por Post Road es mucho más prudente que arriesgarme a pasarme el desvío cuando cada segundo cuente.

Así que giro a la derecha hacia Post Road. Pasado un minuto,

más o menos, la carretera baja y luego sube. Reduzco la marcha. Desde lo alto de la cuesta veo el recinto a lo lejos. La casa, el granero, un par de casetas. Es tal y como me lo describió Tracy, tal y como aparecía en la vista por satélite de Google. La casa móvil está un poco separada del resto de los edificios.

Luego Post Road vuelve a bajar y describe una curva. Me encantaría mirar con más calma el complejo, pero es demasiado arriesgado parar o ir más despacio. El desvío debería estar un poco más adelante. Observo los postes inclinados de la valla y el alambre medio descolgado. Ojalá el desvío sea fácil de ver. Estará más oscuro cuando vuelva y tendré que ir a toda hostia.

Ahí está, y es muy fácil de ver. El camino privado es de tierra en vez de asfalto, ancho y bien cuidado, con una señal oxidada de prohibido el paso. No podría pasármelo ni aunque quisiera.

Doy la vuelta en el siguiente cruce solitario y vuelvo hacia la 44. Echo otro vistazo rápido al recinto y al bosque de detrás. No puedo comprobarlo desde esta distancia y desde este ángulo, pero sigo estando casi seguro al cien por cien de que el claro no se ve desde el recinto.

Vuelvo a la 44. Sigo adelante un minuto, hasta que la señorita del GPS me dice que estoy a cien metros de mi destino. Voy frenando. Espesas arboledas a ambos lados de la 44. Mi destino es en realidad solo una suposición. Busco algún sitio idóneo donde aparcar. El arcén de grava entre la carretera y los árboles apenas tiene anchura para un coche. Avanzo muy despacio y encuentro un sitio donde puedo meterme unos metros más adentro. Según el navegador, estoy justo al sur del claro.

Apago el motor, pulso el botón del capó y me aseguro de que los faros están apagados. Compruebo que llevo la llave cuando salgo. Abro el capó. Si alguien pasa y se fija en mi coche —que no creo que a nadie le importe una mierda—, espero que piense que he tenido una avería y que he vuelto andando por la 44 hacia la civilización. Aquí las cigarras se están volviendo locas. Te dejan sordo. Comparado con esto, el estruendo de las de Frontera Embrujada parece un suave susurro en una iglesia.

Son las ocho y cinco. Tengo veinticinco minutos. Voy a tener que hacer dos viajes, así que primero cojo la caja de los cohetes. No creo que necesite la linterna todavía, pero la meto en la caja, por si

acaso.

Me adentro en el bosque. El camino no es muy difícil. Es una franja no urbanizada y un poco agreste de un área metropolitana, no la naturaleza salvaje de Alaska ni un bosque encantado de cuento de hadas. Los árboles están bastante separados, con mucho espacio para maniobrar, y es fácil atravesar la maleza. No me da miedo desorientarme o perderme. Lo que temo es otra cosa: que, como la imagen de satélite de Google se tomó hace unos años, el bosque se haya tragado el claro. Si no está lo bastante despejado para que lance los cohetes, lo llevo crudo.

Caen gotas de lluvia de las hojas. Estoy sudando a chorros. La tormenta no ha refrescado mucho el ambiente y ha disparado la humedad. El suelo está un poco embarrado, pero no resbala. Está oscureciendo deprisa; me alegro de haber traído la linterna. ¿Lo veis? Ahora se me da mucho mejor que antes prever las cosas. Me acuerdo de mi yo de antes, haciendo cola en la ventanilla de las oficinas municipales, tan empanado que no se acordaba de tramitar todas las multas de aparcamiento a la vez.

El claro está justo donde tenía que estar, bien espacioso y rodeado de árboles. Me acerco al otro extremo para ver si se divisa el recinto desde aquí, a unos ochocientos metros. No, nada. Perfecto.

Dejo la caja de cohetes y vuelvo corriendo al coche. Me cronometro. Tardo un minuto y cuarenta y tres segundos, más o menos lo que había calculado, pero seguramente haré mejor tiempo cuando los cohetes estén estallando y me suba la adrenalina.

Llevo las dos bolsas de Trader Joe's al claro. Las ocho y cuarto, faltan quince minutos. Lo primero que hago es preparar la distracción secundaria, las pistas falsas: esparzo los envases de Old Milwaukee por el bosque, lejos del complejo y de la carretera. Coloco una chancla al principio del sendero y las gafas de sol al final.

Ahora, las estacas de madera para anclar las baterías de cohetes. Cojo la primera estaca y me doy cuenta de que se me ha olvidado comprar un martillo o un mazo, algo para clavarlas en el suelo. Mierda. Joder. ¿Cómo he podido olvidarme de comprar un martillo o un mazo? Siento el primer golpe de pánico poniendo a prueba mi equilibrio. No le hago caso. Estoy bien. Como no hay árboles, la

lluvia ha empapado el claro. La tierra está mojada y blanda. Hinco una estaca en el suelo y me subo encima. Llevo unas Vans, no unas chanclas. La estaca se hunde. La sacudo un poco. Está bien clavada. Perfecto.

Sujeto con cinta aislante la primera batería a la primera estaca, con la parte superior hacia arriba y sin tapar la mecha. Advertencia: Dispara bolas de fuego. Cinco estacas más, a medio metro de distancia cada una, y cinco baterías más. Ya tengo la adrenalina a tope. Pruebo los encendedores. Los tres funcionan bien. Desato el manojo de palitos encendedores. Faltan cinco minutos y he terminado, justo a la hora. Prefiero que no me haya sobrado más tiempo. Cuanto más tiempo pase mi coche en el arcén, más posibilidades hay de que alguien —una patrulla de tráfico— se pare a echar un vistazo.

¿Qué me falta? ¿Qué más se me ha olvidado, aparte de un martillo o un mazo? Es la última vez que tengo un momento para pararme a pensar, así que más vale que lo aproveche. Vuelvo corriendo al coche. Dudo, luego saco de la mochila la Glock y el cargador lleno de balas. Encajo el cargador en su sitio y tiro de la corredera hacia atrás como me enseñó Burke. La pistola está cargada. Vuelvo a dudar y luego me la meto en el bolsillo derecho de los pantalones cortos. Cabe perfectamente. Abrocho la solapa del bolsillo. No voy a tener que usar la Glock, me digo a mí mismo. En el peor de los casos, si las cosas salen supermal, tendré que hacer un disparo de advertencia al aire. Si acaso, nada más.

Me meto el sobre del dinero en el bolsillo izquierdo. Es muy improbable que me roben el coche, pero no puedo arriesgarme. ¿Y si los chavales del *paintball* vuelven y se llevan mi coche para dar una vuelta? Tengo que pensar en todo.

Vuelvo al claro a toda prisa. Intento mantener un paso suave y constante. Burke me aseguró que la Glock no se dispararía por accidente. Tengo que fiarme de él, aunque esa es la definición de accidente, ¿no? Algo que sucede cuando estás seguro de que no va a suceder.

Está anocheciendo, el cielo es de un suave azul claro con vetas de morado y gris. Miro el móvil por si Tracy me ha mandado un mensaje de última hora. Nada, pero me doy cuenta de que la cobertura va y viene. Una barra, dos barras, ninguna. Una barra,

ninguna, ninguna.

Intento pensar en algo divertido que me ayude a mantener la calma. ¿Qué es divertido? No sé cómo lo recuerdo, porque estaba muy drogado después de ir a urgencias, pero me acuerdo de Eleanor saliendo de Walgreens y lanzándome la caja de champú antipiojos Vamousse. Eso me hace sonreír, aunque no por mucho tiempo. Eleanor debería estar aquí. Deberíamos estar haciendo esto juntos. O yo debería haberles hecho caso a ella y a Felice, y no debería estar haciendo esto.

Enciendo el palito y lo acerco a la primera mecha. La mecha escupe y chisporrotea al instante, se consume más rápido de lo que esperaba. Casi no me da tiempo a retroceder unos metros antes de que la primera bola de fuego se eleve, borracha, hacia el cielo.

47

Me doy prisa. La luz de la última batería de Muerdeculos brilla a través de las ramas de los árboles y los estallidos ensordecedores suenan como si estuvieran a pocos centímetros de mí, persiguiéndome. Es increíblemente bonito estar justo debajo de un dosel de fuegos artificiales. ¿Te acuerdas de aquella vez que estuviste justo debajo de un dosel de fuegos artificiales? Es mi táctica para mantener la calma en este momento: imaginarme que esto ya ha sucedido y ha acabado bien, y que estoy recordándolo desde —por ejemplo— un sillón cómodo, con vistas apacibles al otro lado de la ventana.

Voy tan rápido que casi no me paro a tiempo y por poco derrapo y me estrello contra el lateral del coche. He tardado menos de un minuto en volver del claro. Sé que ha sido menos de un minuto porque, mientras cierro el capó, una última estrella azul brillante estalla por encima de los árboles. Muy muy por encima de los árboles. La psicópata de los fuegos artificiales nos informó bien. El espectáculo tiene que haberse visto y oído fácilmente desde la finca. Hasta ahora, todo va según lo previsto.

No me hago un lío buscando la llave. El coche arranca al primer intento. La carretera 44 está despejada en ambos sentidos. Salgo sin problemas y doy la vuelta. Acelero suavemente.

El asfalto está todavía mojado por la lluvia, brilla a la luz de los faros y seguramente esté resbaladizo, así que no sobrepaso el límite de velocidad, ochenta. También procuro no sobrepasarlo por si acaso pasa algún guardia de tráfico.

Me paro del todo al llegar al cruce y giro a la izquierda hacia Post Road. Cuando miro el velocímetro, veo que voy a noventa y cinco. Freno un poco. Estoy a unos dos minutos del desvío del

camino privado. Tracy ya ha sacado a los niños de la casa. Lleva de la mano a Jack y Pearl. «Venga, niños, vamos a dar un paseo por el camino». Tracy me lo contará todo con detalle durante el viaje a Arizona. Me lo está contando ahora. Ya estamos de camino, a kilómetros de aquí.

La carretera baja y sube. Veo el complejo. Detrás, por encima del bosque, distingo una mancha de humo, lo único que queda de los cohetes. Y veo dos pequeñas figuras avanzando hacia el humo y el bosque. Los matones. La distracción ha funcionado. ¡Ha funcionado! Pero… ¿cómo es que han avanzado tanto? Corren muy deprisa, están casi en la linde del bosque. No deberían estar tan lejos ya. Freno antes de llegar a la curva y perderlos de vista. Y entonces veo que las dos figuras no van corriendo, sino conduciendo. Montadas en quads de tres ruedas.

Dejo de ver la finca. Piso el acelerador. Tranquilo, no pasa nada. Tracy no me dijo que hubiera quads y a mí no se me ha ocurrido esa posibilidad. ¿A qué velocidad puede ir un quad? Mucho más rápido de lo que puede correr un matón, eso seguro. Tracy, los niños y yo vamos a tener menos tiempo. Pero no pasa nada. Hay tiempo suficiente, aun así. Seguramente los matones no podrán meterse con los quads en el bosque, ¿no? Tendrán que bajarse y seguir a pie. Y seguirán el rastro de latas de cerveza arrugadas y buscarán por todas partes a los adolescentes. La distracción ha funcionado, eso es lo que de verdad importa.

La señal de prohibido el paso aparece cuando doblo la curva. Giro hacia el camino privado, un poco bruscamente y más deprisa de lo que debería. Noto que la parte de atrás del coche levita y se balancea. Mi estómago también levita y se balancea. Pero no es más que un pequeño coletazo y enseguida enderezo el coche. El camino es estrecho, de arcilla roja húmeda, aún más resbaladiza que el asfalto, con una zanja poco profunda a la derecha y otra más profunda en mi lado. No puedo ir a más de veinticinco por hora. Pero aún tenemos tiempo suficiente. Espero que haya sitio para dar la vuelta cuando llegue al final del camino. Si no, tendré que salir reculando.

El camino privado serpentea y zigzaguea, pero eso ya me lo esperaba, por la vista del satélite. Delante de los edificios hay árboles que dan sombra, así que solo veo de vez en cuando las luces

de la casa principal.

Ya tengo que estar cerca del camino de entrada, donde me estarán esperando Tracy y los niños. ¿Apago los faros? Apago los faros. Todavía no ha oscurecido del todo. Sigo serpenteando y veo un poco más adelante el lugar donde la arcilla roja se convierte en grava. Me detengo al borde del camino de entrada. Hay sitio suficiente para dar la vuelta. Qué alivio.

Pero Tracy y los niños… no están. Miro a izquierda y derecha. Es posible que estén agazapados, que se hayan escondido hasta estar seguros de que soy yo. Pero la verdad es que no hay sitio donde esconderse, no hay árboles cerca, solo algunas zonas de hierbajos altos. Y la zanja del lado del camino tendrá poco más de medio metro de profundidad, como mucho.

Me arriesgo y enciendo las luces del coche. Obviamente, no puedo pitar. ¿Cuánto puedo esperar? Ya deberían estar aquí. Tendrían que haber llegado hace cinco minutos.

Intento recordar con exactitud, palabra por palabra, la conversación que tuve con Tracy. Le dije que fuera andando hasta el final del camino de entrada y que me esperara allí, ¿no? ¿O le dije solamente que me esperara al final del camino? En cuyo caso… ¿pensó que me refería al otro extremo del camino, a unos doscientos metros de aquí, junto a la casa?

No. Estoy seguro al cien por cien de que le dije que fuera hasta el final del camino. Bueno, al noventa y nueve por ciento. Lo lógico es que sea este lado del camino. Así Tracy y los niños podrían escabullirse y mi coche no llamaría la atención.

Pearl y Jack… ¿Qué les habrá pasado? ¿Qué le habrá pasado a Tracy? ¿Habrá descubierto Nathan lo que estaba tramando?

Mantengo la calma, aun así. No pierdo los nervios. La verdad es que me asombra un poco ser capaz de hacerlo. Meto primera y avanzo hacia los edificios. Como estoy tranquilo, no me cuesta decidirme. Tracy y los niños me están esperando al otro lado del camino, o se han retrasado por la razón que sea. En cualquier caso, tengo que ir a buscarlos. No hay tiempo de que vengan hasta aquí.

La grava apedrea los bajos del coche. El camino es más o menos recto, así que puedo ir más deprisa: a cincuenta por hora y luego a sesenta. Mis nuevos neumáticos viejos aguantan, de momento. Llevo en el maletero un gato y una llave, pero sigo sin tener rueda

de repuesto. ¿Por qué no se me ha ocurrido comprar una? Aunque, de todos modos, si ahora me revienta una rueda no tendré tiempo de cambiarla.

Paso por delante del grupo de árboles de sombra, piso el freno y me paro en el centro del complejo. La casa principal está justo enfrente; el granero, a mi izquierda, con un coche delante; y la vieja casa móvil, a mi derecha, con una camioneta roja en la puerta. Conozco esa camioneta roja.

Está todo hecho una porquería. La casa se cae a pedazos: tiene la madera podrida, el tejado combado y algunos cristales rotos. El granero ya se ha caído; por lo menos, la parte de atrás. Es como un perro que luchara por alzarse sobre sus patas traseras. A un lado de la casa móvil hay un montón de chatarra oxidada y, al otro, un sofá mugriento y encharcado.

Ni rastro de Tracy, Jack o Pearl. Tranquilo, mantén la calma. Joder. Deben de estar dentro de la casa. No se me ocurre otra cosa. ¿Por qué no me ha escrito Tracy? Dejo el motor en marcha y me bajo. No pasa nada. Los dos matones ya habrán localizado el claro. Estarán andando por el bosque, siguiendo el rastro de latas de cerveza, en busca de los gamberros. Tengo por lo menos cinco minutos para encontrar a Tracy y a los niños. Seguramente más, ¿verdad?

Un tipo sale del granero. Lo reconozco de la fiesta nocturna: es ese tío con tan malas pintas, el del flequillo corto y el mullet que le caía por la nuca. Levanta el brazo a medias. Lleva una pistola en la mano. Es más grande que la Glock y plateada, una versión auténtica del revólver falso que llevo en mi funda, en Frontera Embrujada.

—¿Quién cojones eres tú? —me dice. No agarra la pistola con fuerza. El cañón se inclina un poco hacia abajo. Pero aun así apunta hacia mí.

No me vuelvo para mirarle. Me mantengo un poco girado para que no vea mi mano derecha. Estiro la mano y desabrocho la solapa del bolsillo. Toco la empuñadura de la Glock. Mis sentidos se apagan, uno a uno. Primero se corta el sonido, las cigarras y el petardeo irregular del motor del coche. Lo único que oigo es el sonido sofocante de mi respiración. Después, mi visión periférica se funde en negro y no puedo apartar los ojos de la pistola plateada. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se concentran en la

yema de mi dedo índice derecho, apoyada en el plástico frío de la empuñadura de la Glock.

—He dicho que quién cojones eres tú —repite sacudiendo la pistola para enfatizar ciertas palabras.

Nunca he creído de verdad en Dios ni en un ser supremo ni en nada parecido, por lo menos desde que murió mi madre. Pero aun así rezo una oración ferviente para mis adentros. «Por favor, por favor, déjame mentir bien por una vez en la vida».

—¿Que quién cojones soy? —respondo—. Nos conocimos la otra noche, en la fiesta en casa de Nathan.

Me mira con desconfianza y no baja la pistola, pero tampoco la levanta del todo, y eso es bueno.

—No me acuerdo.

—¿No te acuerdas de la fiesta? ¿Cuánto vodka de ese bebiste?

—No me acuerdo de ti —responde.

—¿Dónde está Nathan? Habíamos quedado aquí.

—Se ha ido a la ciudad. Yo no soy su puta secretaria.

—Entonces le espero dentro —le digo.

—No soy su puta secretaria.

Baja el arma, da media vuelta y entra en el granero. Se me desenfoca la vista y luego vuelve a enfocarse. Ya oigo otra vez. ¿Qué ha estado a punto de pasar? Sé lo que ha estado a punto de pasar. Estoy temblando. Oigo la voz de mi madre.

¡Pero no ha pasado!

Tengo que encontrar a Tracy y a los niños. Enseguida. Apago el motor —sería sospechoso que lo dejara encendido— y subo a toda prisa los escalones del porche. La puerta está abierta y la mosquitera no está cerrada con pestillo.

48

Un pasillo. Escaleras a la izquierda. Cuarto de estar a la derecha. Una lámpara encendida, aunque no hay nadie. El cuarto de estar no está tan machacado como esperaba. Unos cuantos muebles rústicos, bonitos y macizos, y varias fotos familiares antiguas, con marco, en la repisa de la chimenea. Pero ya hay indicios de deterioro: un bote de pintura lleno de colillas sobre la mesa baja, una pizza a medio comer volcada sobre la alfombra. Huele a humo rancio y a pis de gato.

Saco la Glock, pero no acerco el dedo al gatillo, lo apoyo encima, como me enseñó Burke. Voy por el pasillo hasta la cocina. Está vacía, aunque la luz está encendida. El olor a pis de gato es más fuerte aquí, y también huele a carne quemada. No sé si debería llamar a gritos a Tracy. ¿Quién más puede haber en la casa? Prefiero sorprenderlos yo a que me sorprendan ellos a mí. Debería haberle preguntado al del granero si había alguien en la casa. Aunque mejor no. Habría sido tentar a la suerte.

El comedor, pegado a la cocina, también está desierto. Vuelvo a las escaleras y subo con cuidado de no hacer ruido. No hay mucha luz en el pasillo de arriba. Dejo que mis ojos se acostumbren mientras espero a que algún gato idiota salte de pronto y me dé un susto de muerte.

Dos dormitorios en la parte delantera de la casa, los dos vacíos, aunque se nota que alguien ha estado durmiendo aquí. Ropa amontonada en el suelo, sábanas arrugadas, olor a tabaco reciente. El barbudo y el borracho flacucho, imagino. La camioneta roja de fuera es la suya. Los de los quads son ellos.

Avanzo por el pasillo hacia la parte de atrás de la casa. Ahora me muevo más deprisa. He perdido la noción del tiempo. No sé ni

cuánto tiempo llevo en la casa. Echo un vistazo a mi móvil. Las ocho y cuarenta y dos. No pasa nada. No es tan terrible. Va todo bien.

El baño. No hay nadie. Dos puertas cerradas más, dos habitaciones más. Una delgada raya de luz bajo la primera puerta. La abro sin problema. Tracy. Está de pie frente a un armario antiguo. Intenta abrir la puerta frenéticamente, pero sin hacer ruido. ¿Qué hace?

—¡Tracy! —susurro-grito.

Se gira con los ojos desquiciados.

—¿Qué haces aquí?

No entiendo.

—He venido a por ti. Por los niños. Tenemos que…

—¿Por qué no nos has esperado al final del camino?

—Tenemos que irnos. Enseguida. ¿Dónde están Pearl y Jack?

Se ríe, o solloza, o algo parecido. Por fin me fijo en el candado de la puerta del armario. Veo muescas en la madera, alrededor del cierre. Veo en el suelo las tijeras y el cuchillo doblado que han hecho las muescas.

—Los encerró dentro antes de irse, el hijo de puta —dice—. No puedo abrirlo. Hijo de puta… Ayer me quitó el teléfono. No he podido avisarte.

Pearl y Jack, encerrados en el armario. Deben de estar aterrorizados. Con los dos dentro, hay aún menos espacio que en el armario de la bomba de calor. Y Tracy arañando la madera y llorando…

—No pasa nada —le digo. No sé qué otra cosa decirle. Tengo que mantener la calma por los dos. Vuelvo a guardarme la pistola en el bolsillo. No puedo dispararle al candado porque los niños están dentro del armario—. Vamos a solucionarlo. ¿De acuerdo?

Milagrosamente, ella dice que sí.

—Vale. De acuerdo. Por favor.

Las tijeras no sirven. El cuchillo doblado, tampoco. El candado es resistente. Necesito un destornillador para forzarlo y para abrir el pestillo del armario o como se llame.

—¿Hay una caja de herramientas en alguna parte? ¿Algún cajón con herramientas?

Sus ojos vuelven a tener ese brillo desquiciado.

—¡No!

Si supiera dónde hay un destornillador, ya lo habría usado. Vale. De todos modos, puede que no baste con un destornillador. Me acuerdo de mis nuevos neumáticos viejos. La llave de las ruedas: por un lado, es una llave para tuercas y, por el otro, una palanca.

—Ya lo tengo —le digo—. Ahora mismo vuelvo. Dos segundos. Diles que todo va a salir bien. Diles a Pearl y a Jack que todo va a salir bien. ¿Vale?

—Sí. Vale. Sí.

—Quédate aquí. Vuelvo enseguida.

Bajo las escaleras volando. Cruzo la mosquitera, salgo al porche y me quedo paralizado. Hay un coche aparcado junto al mío, un todoterreno. ¿Nathan? No. Es el todoterreno de Salvador. ¿El todoterreno de Salvador? ¡¿Qué?! ¡Es Salvador! También está paralizado, medio fuera del coche, con la puerta abierta y un pie en el estribo. Mira al tipo del granero por el cristal de la ventanilla del conductor.

El del granero está a tres metros del todoterreno, con el brazo levantado y la gran pistola plateada apuntando a Salvador.

—¿Qué cojones pasa aquí? —pregunta.

—¡Salvador! —grito yo.

El tipo del granero gira la pistola hacia mí y luego la gira otra vez hacia Salvador y dispara, un estampido tan fuerte que el corazón se me aplasta en el pecho. El cristal de la ventanilla se hace añicos y cae del marco. Salvador se desploma. De pronto tengo la Glock en la mano. No recuerdo habérmela sacado del bolsillo. No recuerdo haber apretado el gatillo. El cañón centellea. Un disparo. El tipo del granero gruñe y cae de rodillas. Cierro los ojos, ¿o los he tenido cerrados todo el tiempo? Cuando los abro, el tipo del granero ha caído de bruces sobre la grava. No se mueve.

Corro al todoterreno. Salvador está tumbado boca arriba. Solo le veo el blanco de un ojo. El resto de la cara está cubierto de sangre. Le burbujea sangre en la boca cuando respira.

—Tranquilo —le digo—. Joder. Joder.

No sé dónde le ha dado la bala. Tiene demasiada sangre en la cara. Por fin veo un corte en la sien, donde le ha rozado un trozo de cristal. Parece que la sangre es de ahí. ¿Ha sido un trozo de cristal o la bala? ¿Es posible…? ¿Es posible que la bala no le haya dado?

—Estoy bien —dice—. Lo siento.

Puede hablar. Eso es buena señal. Tiene que ser buena señal.

—No pasa nada —le digo—. Tranquilo.

—Me duele la cabeza. He venido. Sabía que estabas aquí. Quería ayudar.

Aprieto tan fuerte la empuñadura de la Glock que estoy a punto de aplastarla, como Supermán en los cómics apretando un trozo de carbón hasta convertirlo en un diamante. Guardo la pistola y busco a tientas el teléfono para llamar a emergencias. «No. No, no, no». Tengo que sacar a Salvador de aquí. Tengo que sacar a Tracy y a los niños de aquí. Si no los saco antes de que vuelvan los otros matones del claro… Y volverán mucho antes de que llegue la policía o una ambulancia.

—¿Puedes sentarte? —le digo.

Le ayudo a sentarse. La bala solo le ha rozado, pero sangra mucho. Le ayudo a levantarse.

—Me duele la cabeza. Lo siento. No veo muy bien.

—Es porque tienes sangre en los ojos. No te limpies la cara. Puede que haya cristales. No te la toques. Solo estate tranquilo y relájate. —Le meto en el asiento trasero del todoterreno. Todavía tiene la llave en la mano. Se la quito—. Vuelvo enseguida. Tracy irá en mi coche y nosotros en el tuyo. Túmbate, que no te vean. No pasa nada. Túmbate y relájate.

Estoy absurdamente calmado, es como un milagro. Puede que esté en estado de *shock*. Abro el maletero de mi coche, levanto la tapa de abajo y saco la llave. Luego vuelvo corriendo a la casa. No miro al tipo del granero, tendido boca abajo sobre la grava. No puedo. No es real. No ha pasado de verdad. No sé cuánto dura un *shock*. Espero que dure lo suficiente.

Tracy está otra vez hurgando en la madera, alrededor del candado, con las tijeras. Seguro que sabe que no sirve de nada, pero puede que ella también esté en estado de *shock*.

—Cuidado —le digo.

Ve la barra de hierro y se aparta del armario.

—¡Rápido!

Intento meter el extremo plano de la llave debajo de la chapa atornillada a la puerta, pero está demasiado apretada. ¿Y ahora qué? Meto la palanca en la U del candado y apoyo todo mi peso en

la barra de hierro. Al principio no pasa nada: me quedo ahí, suspendido, de puntillas. Luego se oye un crac. El candado se abre de golpe. Pierdo el equilibrio y me voy hacia atrás.

—Dios mío —dice Tracy.

Quita el candado y abre de un tirón la puerta del armario. Dentro, Pearl y Jack están acurrucados, muy juntos. Casi no hay sitio para uno. Pero por su cara no se diría que han estado en ese encierro tan horrible; que han estado oyendo disparos, el arañar de las tijeras, los sollozos de su madre. Tienen exactamente la misma expresión que el día que los vi por primera vez en el banco: vacía e impasible, como justo antes o después de bostezar, como si fueran al trabajo en el autobús de siempre, como un millón de veces antes.

—Tenemos que irnos —le digo a Tracy.

Coge a los niños. Oigo un rugido de motores, débil al principio pero cada vez más fuerte. Tracy lo oye también. Me mira. Me acerco a la ventana que da al bosque. Dos faros individuales rebotan y brincan. Los quads. El barbudo y el borracho flacucho vuelven a toda velocidad.

Lo que va a ocurrir a continuación no es un gran misterio. Dentro de uno o dos minutos, el barbudo y el borracho flacucho entrarán en la finca y verán el todoterreno de Salvador. Verán mi coche. Verán al tipo del granero tirado boca abajo en la grava. No he tenido tiempo de arrastrar su cuerpo hasta el granero. De todos modos, no creo que hubiera tenido valor para hacerlo. ¿Van armados? Han estado buscando a unos gamberros. Seguro que van armados.

Agarro a Tracy del brazo.

—Espera aquí, ¿vale? No te muevas. Protege a los niños.

Asiente con la cabeza. Está más calmada. Sí, creo que está en *shock*.

—Toma. —Le doy la llave de mi coche—. Por si acaso. Coge mi coche. Hay un chico en la parte de atrás del todoterreno. Métele en mi coche antes de irte. Está herido. Déjale en un hospital antes de salir de la ciudad. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Sí.

Le doy también el sobre con el dinero, luego saco la Glock del bolsillo y bajo las escaleras. Espero junto a la puerta del cuarto de estar, me asomo a la esquina y miro por el pasillo, hacia la puerta

de la casa, que sigue abierta.

«Apunta al centro de masa. No te precipites. Apunta al centro de masa. No te precipites. Soy el yo de ahora, no el yo de antes».

Los motores rugen, cada vez más cerca. Oigo a alguien gritar «¡Joder!». El rugido se apaga. Más gritos y palabrotas. «¿Qué cojones…? ¡Ven aquí! Está… No puedo. ¿Qué cojones…?». Oigo un nombre. ¿Gerwin o Gerbler? El nombre del hombre al que he matado. Intento contener una oleada de vértigo. No he matado a un hombre. No he segado una vida humana. No es real. No ha ocurrido de verdad.

Los gritos y las palabrotas se apagan de repente. Ahora solo se oye un murmullo de voces. No distingo lo que dicen. Tampoco veo nada. Por el marco de la puerta solo veo un trozo del todoterreno de Salvador. Ojalá esté conteniendo la respiración, ojalá no haga ningún ruido.

Unas botas suben los escalones del porche. Vuelvo a meter la cabeza en el cuarto de estar. Oigo abrirse la mosquitera.

—¡Alto! —grito—. ¡Soltad las armas!

—¡Sé quién eres! —Es el barbudo quien grita, creo—. Ese es tu coche. ¿Quién más está contigo? Salid para que hablemos.

—¡Soltad las armas! ¡Los dos!

—Vale. Estoy bajando la mía, muy despacio.

—Suéltala, por favor. Que yo lo oiga.

—Ya está en el suelo. Sal y míralo.

Las sombras se mueven. Me lanzo a la izquierda en el momento en que la ventana del cuarto de estar estalla detrás de mí. Me pitan los oídos. Un dolor abrasador me atraviesa en diagonal, desde el hombro a la cadera del otro lado. Oigo el ruido sordo de unas botas en el pasillo y me arrastro hasta la pared, junto a la ventana. Todavía tengo la Glock.

El borracho flacucho asoma la cabeza por la ventana. La silueta de su perfil se dibuja contra la lámpara.

—¡Le he dado! —grita.

Aprieto el gatillo tres veces y la lámpara se apaga. A través del humo, veo al borracho flacucho desplomado sobre el alféizar de la ventana, un trozo de su cabeza toca el suelo. Me resbalo con la sangre al intentar levantarme. La sangre es suya, pero puede que también mía. El lanzazo de dolor se ha convertido en un nudo,

concentrado por completo en mi costado. Algo huele a quemado.

El barbudo pasa el brazo por el marco de la puerta y dispara a ciegas dentro del cuarto de estar. El sofá tose relleno gris. El bote de pintura lleno de colillas estalla. Yo me quedo agachado. No sé si podría levantarme aunque quisiera. Apunto a la pared, junto a la puerta, y aprieto el gatillo. El barbudo aparece en la puerta y me dispara. Yo le disparo a él. Está oscuro, hay humo por todas partes y se oye un rugido tan fuerte que es como si la tierra se estuviera abriendo. Mi hombro izquierdo se astilla. El dolor es inimaginable, un secreto que no se puede conocer de antemano porque uno moriría de desesperación. No sé cómo, pero todavía tengo el arma en la mano derecha. Disparo una vez más, dos veces más, tres, y luego el dedo se me entumece y el silencio me traga.

49

Suelo de madera. Borde de alfombra oscuro y húmedo. Jirones de relleno de sofá gris claro. Ceniza. Nieve. Una nevada en agosto. No hay dos copos de nieve iguales. Eso es lo que te enseñan. ¿Cómo lo saben? Yo lo dudo.

Miro una mano que sostiene una pistola. Mi mano. Mi pistola. Todavía quedan balas en el cargador. Por lo menos una. Lo sé porque Burke me enseñó que la corredera se abre cuando se vacía el cargador. Lo vi con mis propios ojos en la galería de tiro. La corredera de mi pistola no se ha abierto todavía.

Bolsillo. Pistola. Guardo la pistola. Necesito la mano derecha. No puedo levantar el brazo izquierdo. El hombro me duele menos ahora. El dolor se ha ausentado un momentito, no por mucho tiempo. «Vuelvo en un pispás». Me agarro con la mano derecha a la balda de abajo de una estantería y me pongo de rodillas. Enciclopedia Británica VIII piraña-saburroso. Enciclopedia Británica IX saca-Tirah. Subo a la siguiente balda, luego a la siguiente y ya estoy de pie. ¿Qué significará «saburroso»? ¿Es así como me siento? ¿Saburroso? Si antes no estaba en estado de *shock*, ahora sí.

El barbudo yace inmóvil en el suelo, junto a la puerta, con los ojos y la boca abiertos y la mejilla y la oreja pegadas al suelo. Como si estuviera escuchando ruidos subterráneos. Como… ¿Te acuerdas de esa película antigua? ¿Esa en la que el forajido pega el oído al raíl de la vía y oye acercarse el tren? No sé si la vi entera, pero recuerdo esa escena.

Cruzo la habitación. Puedo andar, aunque sea despacio. No me estoy muriendo. Me agarro al marco de la puerta con la mano derecha y paso por encima del barbudo. No le miro, no miro sus ojos abiertos ni su barba mojada de sangre. Otra vez estoy

temblando. ¿Te acuerdas de aquella otra película antigua? ¿Esa en la que se abren las puertas del ascensor y sale un torrente de sangre? A mi madre le gustaban las películas de miedo y las Bangles, y su integrante favorito de Van Halen no era David Lee Roth ni Eddie Van Halen, ni tampoco el otro Van Halen, el que tocaba la batería. Su favorito era… No recuerdo su nombre. El de la barba. Creo que a mi madre le daba pena porque nadie se acordaba de su nombre.

Las escaleras. Un pie detrás del otro. Si me estoy muriendo, es un poco como soñar. Siento pánico y al mismo tiempo estoy relajado. Me fijo en detalles extraños. Hay una varilla metálica en la base de cada peldaño, para sujetar la tira de moqueta que baja desde arriba. Qué ingenioso. En el pasillo de arriba, en la parte de dentro del marco de una puerta, veo marcas borrosas: nombres, alturas y fechas. ¿Qué? ¡Ah! Niños de hace mucho tiempo, y su altura a medida que crecían. ¿Dónde estás ahora, Patrick 1983? ¿Cómo te ha tratado la vida?

Tracy me abraza. Intenta mantenerme erguido. Es inútil. Me voy al suelo de todos modos.

—Necesito tumbarme un momento —le digo.

—Dios mío.

Oigo un portazo. Oigo el ruido de la grava cuando un coche se detiene fuera. Puede que no en ese orden. Puede que al revés.

Tracy me palpa suavemente. Intenta ver dónde me duele.

—En todas partes —le digo.

—¿Qué?

—Vete.

Me tumbo boca arriba y me quedo mirando el techo. Abajo, la mosquitera chirría. De repente tengo un oído sobrenatural. Giro la cabeza. Tracy está cerrando la puerta del armario.

—No hagáis ruido —les dice a Pearl y Jack, que siguen dentro.

Vuelve a colocar el candado en el pestillo para que no se note que lo han forzado a no ser que te fijes bien. Se sienta con la espalda apoyada en el armario y se abraza las rodillas. Da patadas. Está apartando la llave de los neumáticos, metiéndola debajo de la cama.

No, no, no. ¿Qué está haciendo? Aún hay tiempo. Tiene que irse, tiene que escapar, tiene que intentarlo al menos. Las escaleras

crujen. Vuelvo a mirar al techo. Peso quinientos kilos. No puedo levantar la mano. Casi no puedo ni levantar el meñique. Tengo que levantar la mano. Tengo que sacar la pistola del bolsillo.

—No sé de dónde coño ha salido —dice Tracy—. Me habrá seguido después de una reunión. Te lo juro. Sabes que te digo la verdad.

Nathan se para a mi lado. Pone la cara en el cuadrado de techo que estoy mirando.

—Hola, tú.

—¿Ha matado a Billy? —pregunta Tracy.

—Ha matado a esos tres cabrones —contesta Nathan. Y luego me dice—: Has matado a esos tres cabrones. ¿Qué tienes que decir en tu defensa, jovencito?

Toco con el dedo el botón de la solapa de mi pantalón. Meto la mano en el bolsillo, pero está vacío. La pistola no está. Mierda. Pensaba que me la había metido en el bolsillo. Creía que sí. Veo la pistola. Ahí está: abajo todavía, en el cuarto de estar. Suelo de madera, borde de alfombra, ráfagas de nieve. Juraría que me la había guardado en el bolsillo.

Nathan me pone el pie en el pecho, encima del corazón. Presiona un poco, rítmicamente.

—Tienes una fuga —me dice.

—Debe de haberme seguido —dice Tracy—. Tienes que creerme.

La mira.

—¿Ah, sí?

Agarro el tobillo de Nathan. Con las dos manos. Pero estoy demasiado débil para apartarle el pie de mi pecho.

—Quería a Pearl y a Jack —dice Tracy—. Está loco. O será un pervertido. Te estoy diciendo la verdad.

Entiendo por qué lo hace. Lo entiendo. Es inteligente. Quiere sobrevivir y que sobrevivan sus hijos. Pero ¿cuánto tiempo podrá mantener a sus hijos con vida? Vamos, Tracy, escapa. Inténtalo, por lo menos. Esta podría ser tu última oportunidad. Podrías llegar abajo con los niños.

—Te creo —dice Nathan.

—Te lo juro —contesta ella.

Él vuelve a mirarme. Sigue apretándome el corazón con el pie, con un ritmo agradable y constante. Sonríe.

—Date prisa —dice—. No tengo toda la noche.

Giro la cabeza. No quiero que la cara de Nathan sea lo último que vea en mi vida. Ahora estoy mirando a Tracy. Quiero que entienda… ¿qué? No estoy seguro. ¿Que he hecho todo lo posible? Claro. Pero eso no va a importarle. No le importará a nadie.

Pero Tracy ni siquiera me mira. Está mirando a Nathan. Levanta la Glock, mi pistola, y le apunta. Él no la ve. Sigue sonriéndome y moviendo el pie despacio.

Mi pistola. ¿Cómo la ha…? Ah. Ah. Cuando me estaba palpando. No estaba viendo dónde estaba herido. Estaba buscando mi pistola. Ah.

Tiene las manos firmes. La Glock no tiembla.

—Mírame —me dice Nathan.

No le miro. Mantengo los ojos fijos en Tracy. La veo apretar el gatillo, veo el fogonazo, siento que Nathan cae al suelo, a mi lado.

50

—Voy a llamar a emergencias —dice Tracy.

No me he muerto. ¿Cómo es posible? Me las arreglo para apoyarme en el codo derecho. Sigo sin poder usar el brazo izquierdo. Me apoyo en la pared de detrás y, maniobrando con la espalda y el trasero, consigo sentarme. O recostarme, más bien. ¿Cómo es que no estoy muerto? Tendría que ser imposible.

—Voy a pedir auxilio. —Tracy marca el número de emergencias en un teléfono que no reconozco. El de Nathan. Se lo acerca a la oreja.

—Espera —le digo—. Para. Tienes que irte. No puedes quedarte aquí.

Mira el cadáver de Nathan y baja el teléfono. Corta la llamada. No hace falta que se lo explique. Si sigue aquí cuando lleguen la policía y los servicios médicos, si está cerca, lo tendrá muy jodido. Quizá no la detengan por asesinato, pero se llevarán a sus hijos. De una manera o de otra.

—No pasa nada —le digo—. Vete. No te preocupes por mí. No estoy muerto.

—Pero…

—Los niños. Vete.

Ella duda, luego asiente.

—Llamaré cuando estemos en la carretera. Llamaré a emergencias desde allí.

—Entonces deshazte de su teléfono. Tíralo.

—Pediré ayuda.

—Perfecto.

Ahora que estoy recostado contra la pared, vuelvo a pesar quinientos kilos. No, una tonelada. Ya ni siquiera puedo mover el

meñique. Mi cuerpo se vuelve más pesado a medida que la sangre lo abandona. No parece muy científico. No parece justo.

—No te olvides de Salvador. El hospital. Déjale allí, por favor.

—Te lo prometo.

Tracy arranca una manta de la cama y tapa el cadáver de Nathan. No quiere ver lo que ha hecho. O no quiere que lo vean los niños. Quita el candado y abre la puerta del armario.

—Vamos, chicos —dice—. Tenemos que darnos prisa. Vamos a dar una vuelta. Los tres solos. No volveremos aquí.

Coge a Pearl de la mano y la ayuda a salir del armario. Después sale Jack. Sus caras… Vacías, impasibles aún. Están muy metidos dentro de sí mismos. Este mundo es solo una sombra para ellos, un contorno difuso. El disparo más estruendoso seguramente es solo un susurro.

Pero entonces… ¿qué ocurre? Me ven apoyado contra la pared y distingo un destello de auténtica sorpresa en sus ojos. Me reconocen. De verdad. Me reconocen del edificio municipal y se dan cuenta de que nunca les he abandonado. Esa chispa de sorpresa en sus ojos, esa chispa de vida, es lo más increíble que he experimentado nunca, lo digo sinceramente.

Tracy les hace cruzar la habitación a toda prisa. Se para en la puerta. ¿Por qué se para? Tiene que irse. Tienen que irse ya. Tracy pone la mano en el hombro de Pearl y la hace girarse para mirarme de frente. Jack imita el movimiento de su hermana. Ahora también está de cara a mí.

—Este es Hardly —dice Tracy—. Hardly, estos son Pearl y Jack.

—Hola —digo.

Luego se van. Los oigo en las escaleras. Oigo cerrarse la mosquitera de abajo. Oigo cerrarse las puertas de los coches. Oigo arrancar el motor de mi coche. La transmisión siempre chilla cuando metes la marcha atrás, como si hubiera visto una araña.

Un minuto después, puede que menos, el ruido y los gruñidos de mi motor se han desvanecido por completo. Ya solo oigo las cigarras y mi respiración. Está oscureciendo, pero no como cuando el crepúsculo da paso a la noche, sino como de los bordes hacia dentro, como si la luz se estuviera yendo por un desagüe.

No estoy muerto, pero me estoy muriendo. Ya lo sabía, pero ahora tengo que afrontar los hechos. Aunque Tracy hubiera llamado

a emergencias, es imposible que hubieran llegado a tiempo. Estamos en medio de la nada. Es un hecho.

Pero Tracy y los niños se han ido. Son libres. Están a salvo. Ahora puedo relajarme. Y aun así no puedo. Soy un cobardica, después de todo. De repente me da miedo morir. Ojalá creyera en el cielo, ojalá creyera que mi madre está allí esperándome. Sí, no. Intento creer. No, nada. Pero no hay ninguna regla que impida imaginarlo, ¿verdad? Así se me pasa un poco el miedo.

Tracy y los niños se han ido y son libres y están a salvo. Eso también hace que se me pase un poco el miedo.

El teléfono me zumba en el bolsillo. Ahora peso dos mil kilos, pero milagrosamente consigo mover la mano y pulsar el botón verde con un dedo ensangrentado.

—No puedes huir de mí eternamente —me dice Eleanor—. Soy incansable.

—Me rindo.

—¿Dónde estás? ¿Acabas de despertarte? Hablas raro. ¿O estás muy ciego?

Me acuerdo del vaquero de juguete que encontré en el armario de la bomba de calor. Está en la guantera de mi coche. Tenía que devolvérselo a Pearl y Jack. ¡El gran final de mi historia! Se me ha olvidado por completo. Puede que en algún momento miren en la guantera y lo encuentren. Pero, si no, no pasa nada. Pearl y Jack se han ido, son libres y están a salvo. Eso es lo único que importa en esta historia.

—¿Hola? —dice Eleanor—. Te juro que, si vuelves a pasar de mí, te arranco el corazón de cuajo y me lo como.

—No.

—¿No, no vas a pasar de mí otra vez, o no, no quieres que me coma tu corazón?

—Fue duro.

—¿El qué?

—Que te rajaras. Que me dejaras plantado.

—No te he dejado plantado, idiota, voy a ayudarte. Cuenta conmigo para lo que decidas hacer, aunque sea una locura. Solo quería valorar primero todas las alternativas razonables.

El teléfono se me escurre entre los dedos y cae sobre mi regazo. Esta vez me cuesta mucho más cogerlo y acercármelo a la oreja. Es

la última vez que voy a hacerlo, me temo.

—¿Lo dices de verdad? —le digo.

Me hace feliz que Eleanor en realidad no fuera a abandonarme. Pero tenía razón. Debería haberle hecho caso. Soy una idiota. Fíjate. Mira todo esto. Felice tenía razón. He conseguido que me mataran. Podría haber hecho que Pearl, Jack y Tracy también acabaran muertos, habría sido muy muy fácil. Menos mal que Tracy disparó a Nathan y arregló las cosas. Si no, la habría cagado a lo grande.

—A lo mejor he ayudado —digo.

—¿De qué estás hablando?

—Puede que la haya cagado, pero también he ayudado un poco. Es complicado.

Eleanor se queda callada unos segundos.

—¿Estás bien?

—Asustado.

—¿Asustado?

Pero hablar con Eleanor también hace que se me pase un poco el miedo. Es justo lo que necesito en este momento.

—¿Te acuerdas? —pregunto.

—¿De qué?

—De esa valla. Te pusiste en plan ninja.

—¿Qué te pasa, Hardly? ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Eres…

—¿Qué?

—Una persona fundamentalmente agradable.

—Dime dónde estás. Voy a buscarte ahora mismo.

¿Está llorando? ¿Por qué llora? El teléfono se me resbala de la mano. Peso cinco mil kilos. Peso tanto como un planeta entero. No quiero moverme más. He hecho mi último movimiento.

¿Cómo será morirse? ¿Y cuándo ocurrirá exactamente? No me gusta el suspense. Yo decido cómo será morirse: el humo de una llama al apagarse, una última voluta de vida que se eleva hacia el cielo y, en ese momento, un vislumbre del futuro.

Arizona. Una casa pequeña y bonita. ¿Con cactus en el patio delantero? Sí. Y flores. Columpios en el patio de atrás. Tracy tomando café en la terraza mientras ve a Pearl y Jack jugar con el perro. Veo a Pearl y Jack reír y correr, caerse y levantarse otra vez, reír y seguir corriendo. El amanecer en el desierto es increíblemente

hermoso.

Agradecimientos

La verdad es que no sé cómo expresar lo afortunado que me siento por tener a Shane Salerno como agente y amigo. Tener a Shane a mi lado marca la diferencia cada día, y no sé dónde estaría sin él. Gracias también a toda la gente de Story Factory, y en especial a Don Winslow.

Gracias a Emily Krump y Liate Stehlik, mis editoras. Me siento profundamente agradecido por su confianza en mí como escritor.

Estoy en deuda con todo el equipo de William Morrow y HarperCollins. Gracias en especial a Brian Murray, Jennifer Hart, Kelly Rudolph, Ed Spade, Andy LeCount, Kaitlin Harri, Tessa James, Julianna Wojcik, Mark Meneses, Sabrina Annoni y Guillermo Chico. Gracias de todo corazón a Danielle Bartlett y Carla Parker, que han estado conmigo —y detrás de mí— desde el principio.

Hay muchas personas excelentes en mi vida. No me las merezco. Por nombrar solo a algunas: Ellen, Adam, Jake, Sam, Sarah, Kayla, Lauren, Thomas Cooney, Terrence Cooney, Trish Daly, Misa Shuford, René Sánchez y Kerri Westenberg, Martha Sánchez, Laura Moon, Scott y Jennifer Booker, Alicia y Chris Milum, Chris y Elizabeth Borders, Titi Nguyen, Janice Dillon Himegarner, Kristen Cole, Thy Nguyen, Erin Redfearn, Susana Rodríguez Lezaun, Carlos Bassas del Rey, Eduardo Nanclares, Ann y Joel Guthals, Dotty Baker, Theresa Lee y Sheila Prosser.

Y no puedo olvidarme de los que han fallecido en los últimos años: Chris McGinn, Sam Silvas, Peggy Hageman, Barbie Steelman, Mike Berney y Evan Klingenberg (ese guapetón con la mejor risa del mundo).

He contado con ayuda para la documentación de este libro. Gracias a Aubrey McDermid, Rachel Holt, Kaden Cook y Steve Hill.

Lo mejor de ser escritor de novela negra es que pasas a formar parte de la comunidad de escritores de novela negra. Ahí he conocido a algunas de mis personas favoritas (espero que esas personas sepan quiénes son). Les estoy muy agradecido a todos los escritores, lectores, críticos, blogueros, comerciales y libreros a los que he tenido la suerte de conocer.

Mi mujer, Christine, es lo mejor que me ha pasado nunca. Desde entonces lo tengo todo ganado.

LOU BERNEY (nacido en 1964 en Oklahoma) es un autor estadounidense de novela negra que ha publicado cuatro libros desde 2010. Por sus obras, Berney ha ganado múltiples premios, entre ellos un Anthony, un Barry y un Edgar por *The Long and Faraway Gone*. Con *Carreteras de otoño*, Berney ganó el CWA Ian Fleming Steel Dagger, además de otros premios Barry y Edgar. Aparte de escribir, Berney fue guionista de la película *Angels Sing*, que se estrenó en 2012.

Notas

[1] Hardly, «apenas». (Todas las notas son de la traductora). < <

[2] Meadow Wood, «Bosque Prado». < <

[3] En castellano en el original. < <

[4] Hilly Flats, «Llanos Montañosos». < <

[5] Hardly never, «casi nunca». < <